

Sharpe



El triunfo de Sharpe

Bernard Cornwell

Lectulandia

En esta ocasión Cornwell nos traslada a uno de los episodios más atroces de la segunda guerra anglo-maratha, la batalla de Assaye, que Wellington consideró la más sangrienta en la que había tomado parte (y su mayor éxito). El 23 de septiembre de 1803, las tropas imperiales derrotaron al ejército de treinta mil hombres de Sindhia y Gwalior con cuatro mil quinientos británicos y soldados nativos, y lograron capturar todas las tropas y el armamento enemigo.

La misión encomendada a Sharpe es dar caza a un oficial inglés que ha desertado para pasar a las filas enemigas, una empresa que su peor enemigo, Hakeswill, hará todavía más difícil.

Junto a *Sharpe y el tigre de Bengala* y *Sharpe y la fortaleza india*, *El triunfo de Sharpe* forma parte de una trilogía dentro de la serie, centrada en los años en que Sharpe participa en las guerras en la India.

Lectulandia

Bernard Cornwell

El triunfo de Sharpe

Richard Sharpe - 2

ePub r1.0

viejo_oso 20.06.13

Título original: *Sharpe's Triumph*

Bernard Cornwell, 1998

Traducción: Montserrat Batista

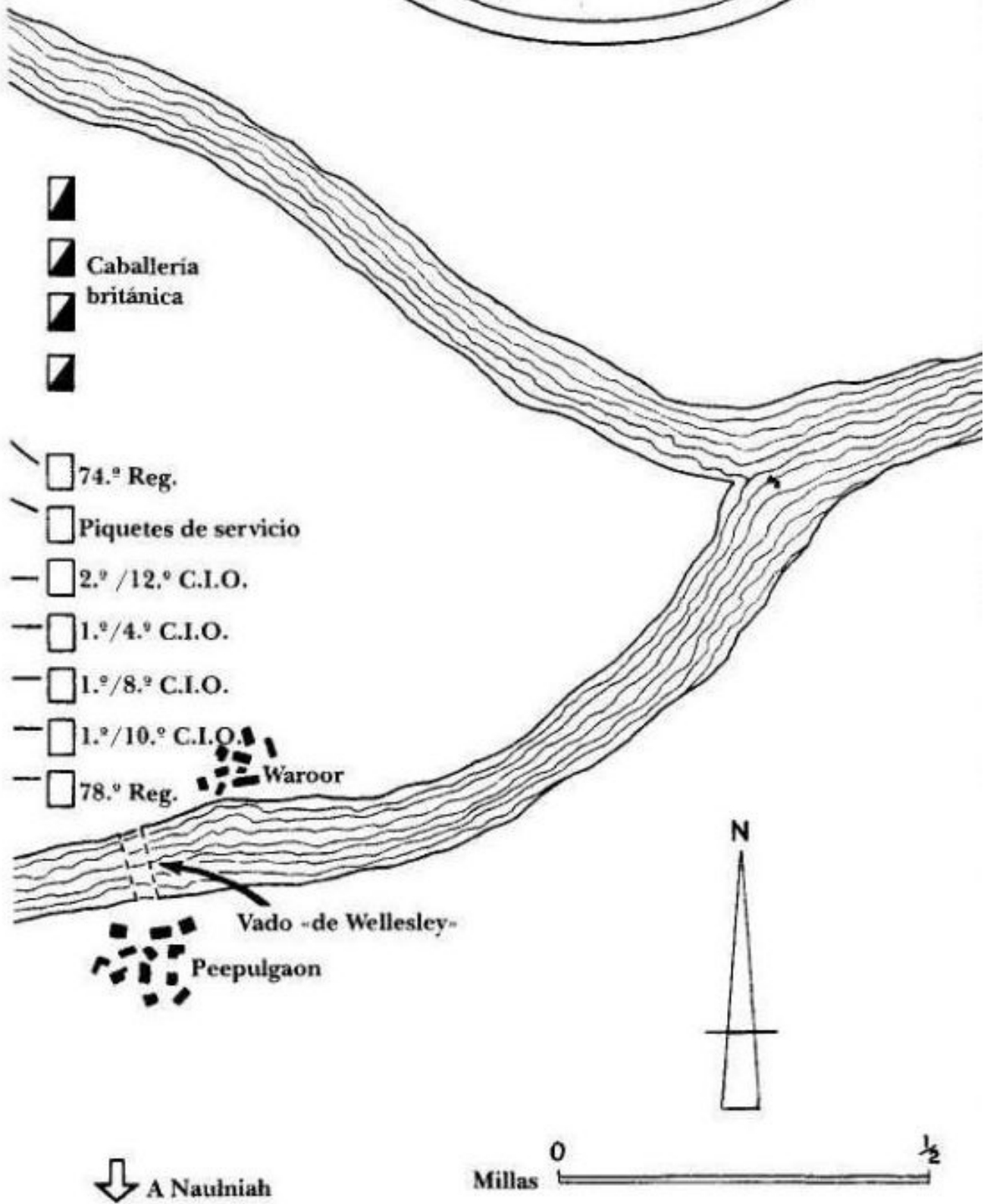
Editor digital: viejo_oso

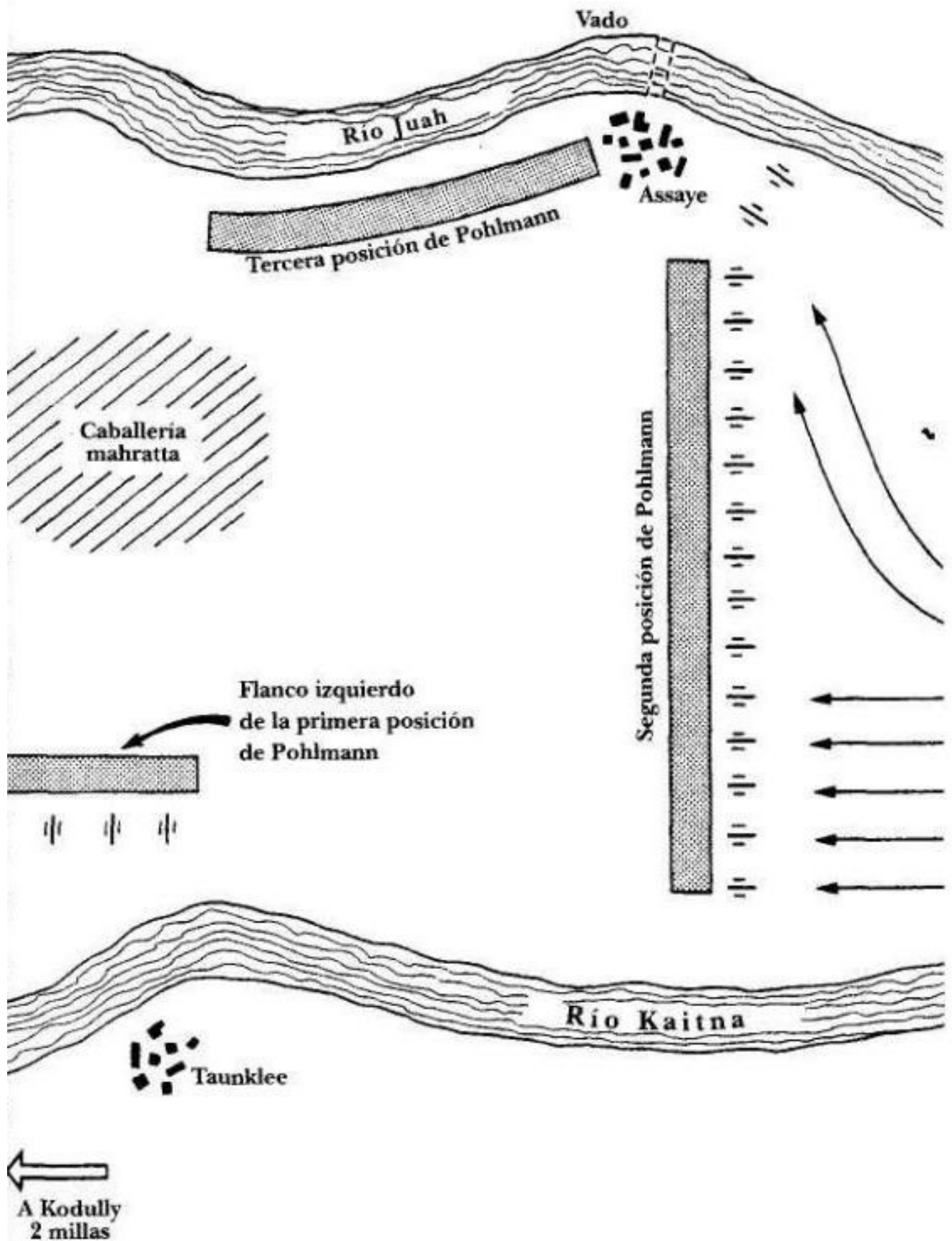
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedico *El triunfo de Sharpe* a Joel Gardner,
quien recorrió Ahmednuggur y Assaye conmigo

La batalla de **Assaye** 23 de septiembre de 1803





1

No fue culpa del sargento Richard Sharpe. Él no estaba al cargo. Era subalterno de al menos una docena de hombres entre los que se incluían un comandante, un capitán, un *subadar* y dos *jemadars*, pero aun así se sentía responsable. Se sentía responsable, enojado, sulfurado, resentido y asustado. La sangre formaba una costra en su rostro por el que se paseaban un millar de moscas. Tenía moscas hasta dentro de la boca abierta.

Pero no osaba moverse.

El aire húmedo apestaba a sangre y al hedor a huevos podridos que producía el humo de la pólvora. Lo último que recordaba haber hecho era lanzar su mochila, su morral y su cartuchera sobre las rojas cenizas de una fogata y entonces explotó la munición de la caja de cartuchos. Con cada estallido de la pólvora surgió un chorro de chispas y cenizas que se elevó en el aire caliente. Un par de soldados se rieron al verlo. Se detuvieron a observarlo unos segundos, agujonearon los cadáveres más cercanos con sus mosquetes y luego siguieron andando.

Sharpe estaba tendido sin moverse. Una mosca le recorrió el globo ocular y él se obligó a permanecer completamente inmóvil. La sangre le cubría el rostro y había formado un charco en su oído derecho, aunque entonces ya se estaba secando. Parpadeó y temió que aquel pequeño movimiento atrajera la atención de alguno de los asesinos, pero nadie se dio cuenta.

Chasalgaon. Era allí donde se encontraba. Chasalgaon, un miserable fuerte de muros de espino en la frontera de Hyderabad, y como el rajá de Hyderabad era un aliado británico el fuerte había sido guarnecido con un centenar de cipayos de la Compañía de las Indias Orientales y cincuenta jinetes mercenarios de Mysore, pero cuando Sharpe llegó la mitad de los cipayos y todos los jinetes habían salido a patrullar.

Sharpe había acudido allí desde Seringapatam al frente de un destacamento de seis soldados rasos y cargado con una bolsa de cuero abarrotada de rupias, y fue recibido por el comandante Crosby, que era quien estaba al mando en Chasalgaon. El comandante resultó ser un hombre regordete, repugnante y de cara colorada a quien no le gustaba el calor y que odiaba Chasalgaon, y se había dejado caer en su silla de lona al tiempo que desdoblaba las órdenes de Sharpe. Las leyó, soltó un gruñido y las volvió a leer.

—¿Por qué diablos lo mandaron a usted? —preguntó al fin.

—No había nadie más a quien mandar, señor.

Crosby miró la orden con el ceño fruncido.

—¿Por qué no a un oficial?

—No había oficiales disponibles, señor.

—Es un trabajo de mucha responsabilidad para un sargento, ¿no le parece?

—No le defraudaré, señor —dijo Sharpe de forma inexpresiva, con la mirada fija en el color cetrino de la lona de la tienda unos pocos centímetros por encima de la cabeza del comandante.

—¡Será mejor que no lo haga, maldita sea! —replicó Crosby, al tiempo que metía las órdenes entre un montón de papeles húmedos que tenía sobre su mesa de campaña —. Además, parece usted puñeteramente joven para ser un sargento.

—Nací tarde, señor —repuso Sharpe. Tenía veintiséis años, o eso creía él, y la mayoría de los sargentos eran mucho mayores.

Crosby imaginó que se estaba burlando de él y levantó la vista para mirar a Sharpe, pero no había ningún atisbo de insolencia en el rostro del sargento. Era un hombre bien parecido, pensó Crosby con amargura. Probablemente todas las *bibbis* de Seringapatam se despojaban de sus saris y caían rendidas a sus pies, y Crosby, cuya esposa había muerto por la fiebre hacía diez años y que se consolaba con una prostituta del pueblo que le costaba dos rupias cada jueves por la noche, sintió una punzada de celos.

—¿Y cómo diablos espera llevar la munición a Seringapatam? —preguntó.

—Alquilando carros de bueyes, señor. —Hacía tiempo que Sharpe había perfeccionado la manera de dirigirse a los oficiales poco dispuestos a ayudar. Daba respuestas precisas, no añadía nada innecesario y siempre parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Con qué? ¿Con promesas?

—Con dinero, señor. —Sharpe dio unos golpecitos en su morral donde llevaba la bolsa llena de rupias.

—¡Dios! ¿Le han confiado dinero?

Sharpe optó por no responder a esa pregunta y se limitó a quedarse mirando la lona sin inmutarse. Chasalgaon, decidió, no era un lugar agradable. Se trataba de un pequeño fuerte construido sobre un risco por encima de un río que tendría que haber estado desbordando sus orillas, pero el monzón había fallado y la tierra estaba cruelmente seca. El fuerte no tenía zanja, sino simplemente un muro hecho con espinosos cactus que contaba con una docena de plataformas de defensa espaciadas por su perímetro. En el interior del muro había una plaza de armas de tierra batida donde un árbol desnudo servía de asta para la bandera; dicha plaza de armas estaba rodeada por tres barracones de paredes de adobe y tejados de palma, una cocina de campaña, tiendas para los oficiales y un polvorín de paredes de piedra para almacenar la munición del fuerte. Los cipayos estaban allí en compañía de sus familias, por lo que el lugar se hallaba plagado de mujeres y niños, pero Sharpe se había fijado en lo hoscos que eran. Crosby, pensó, era uno de esos oficiales refunfuñones que sólo era feliz cuando todos los de su alrededor sufrían.

—Supongo que espera que me encargue de los carros de bueyes —dijo Crosby con indignación.

—Yo mismo lo haré, señor.

—Habla usted el idioma, ¿no? —se burló Crosby—. Es usted sargento, banquero e intérprete, ¿no es cierto?

—Traje a un intérprete conmigo, señor —replicó Sharpe. Lo cual era decir demasiado, porque Davi Lal tan sólo tenía trece años y era un golfillo sacado de las calles de Seringapatam. Era un chiquillo listo y travieso que Sharpe había encontrado robando en la cocina del arsenal y, después de propinarle al hambriento muchacho una colleja para que aprendiera a respetar la propiedad de Su Majestad Británica, Sharpe se lo había llevado a casa de Lali y le había dado de comer como es debido. Lali habló con el chico y se enteró de que sus padres habían muerto, de que no tenía parientes que él supiera y de que vivía de su ingenio. También estaba lleno de piojos.

—Líbrate de él —le había aconsejado ella a Sharpe, pero él había visto algo de su propia niñez en Davi Lal, por lo que lo había arrastrado hasta el río Cauvery y lo había restregado bien. Después de eso se había convertido en el chico de los recados de Sharpe. Aprendió a blanquear los cinturones con caolín, a lustrar botas y a hablar su propia versión del inglés que, como provenía de la tropa, tenía tendencia a escandalizar a las personas de más alcurnia.

—Va a necesitar tres carros —dijo Crosby.

—Sí, señor —convino Sharpe—. Gracias, señor. —Sabía exactamente cuántos carros le iban a hacer falta, pero también sabía que era una idiotez hacerse el enterado delante de oficiales como Crosby.

—Encuentre sus malditas carretas —dijo Crosby bruscamente— y cuando esté listo para cargar hágame saber.

—Muy bien, señor —repuso Sharpe—. Gracias, señor. —Sharpe se puso firme, dio media vuelta y salió de la tienda para encontrarse con Davi Lal y los seis soldados que esperaban a la sombra de uno de los barracones—. Vamos a comer —les dijo Sharpe— y esta tarde elegiremos algunas carretas.

—¿Qué hay para comer? —preguntó el soldado Atkins.

—Lo que Davi pueda birlar de la cocina —respondió Sharpe—, pero que sea rápido, ¿de acuerdo? Quiero estar fuera de este maldito lugar mañana por la mañana.

Su trabajo consistía en recoger ochenta mil cartuchos de mosquete de primera calidad que habían sido robados del arsenal de la Compañía de las Indias Orientales en Madras. Los cartuchos eran de lo mejor que había en la India y los ladrones que los robaron sabían exactamente quién pagaría el precio más alto por la munición. Los principados de la Confederación Mahratta se hallaban constantemente en guerra unos con otros o bien asaltando los estados vecinos, pero entonces, en el verano de 1803, se enfrentaban a una inminente invasión por parte de las fuerzas británicas. La

amenaza de una invasión había llevado a dos de los gobernantes maharatta más importantes a formar una alianza, que en aquellos momentos reunía a sus contingentes, para repeler a los británicos, y dichos gobernantes habían prometido a los ladrones un dineral en oro por los cartuchos. Sin embargo, uno de los ladrones que había ayudado a entrar en el arsenal de Madras se había negado a dejar que su hermano se uniera a la banda y participara en el beneficio, por lo que el hermano ofendido había delatado a los ladrones a los espías de la Compañía y, dos semanas más tarde, la caravana que transportaba los cartuchos de un extremo a otro de la India había sido emboscada por los cipayos cerca de Chasalgaon. Los ladrones habían muerto o huido, y la munición recuperada se había llevado al pequeño polvorín del fuerte para ponerla a buen recaudo. Ahora los ochenta mil cartuchos tenían que ser transportados al arsenal de Seringapatam, a tres días de marcha hacia el sur, desde donde se distribuirían entre las tropas británicas que se estaban preparando para la guerra contra los maharatta. Una tarea sencilla, y Sharpe, quien había pasado los últimos cuatro años como sargento en el arsenal de Seringapatam, había recibido la responsabilidad.

Sharpe pensaba en el deterioro mientras sus hombres hacían hervir un caldero de agua de río sobre una hoguera hecha con boñigas de buey. Ésa era la clave para los próximos días, el deterioro. ¿Digamos siete mil cartuchos echados a perder a causa de la humedad? En Seringapatam nadie lo discutiría y Sharpe creía que podía revender los siete mil cartuchos a Vakil Hussein siempre que, por supuesto, hubiera ochenta mil cartuchos para empezar. De todos modos, el comandante Crosby no había cuestionado dicha cifra, pero justo cuando Sharpe estaba pensando en ello, el comandante Crosby salió de su tienda con un sombrero de tres picos en la cabeza y una espada en el costado.

—¡En pie! —ordenó bruscamente Sharpe a sus muchachos mientras el comandante se dirigía hacia ellos.

—Creí que estaba tratando de encontrar carros de bueyes —le gruñó el comandante a Sharpe.

—Primero la comida, señor.

—Espero que sea su comida y no la nuestra. Aquí no disponemos de raciones para alimentar a las tropas del rey, sargento. —El comandante Crosby estaba al servicio de la Compañía de las Indias Orientales y, aunque vestía una casaca roja al igual que el Ejército del Rey, las dos fuerzas no se podían ni ver.

—Nuestra comida, señor —dijo Sharpe al tiempo que señalaba el caldero en el que hervían el arroz y la carne de cabrito, ambas cosas robadas de los almacenes de Crosby—. La trajimos con nosotros, señor.

Un *havildar* dio un grito desde la puerta del fuerte para llamar la atención de Crosby, pero el comandante hizo caso omiso del aviso.

—Olvidé mencionar una cosa, sargento.

—¿Señor?

Por un momento Crosby pareció avergonzado, pero entonces recordó que estaba hablando con un simple sargento.

—Algunos de los cartuchos se estropearon. Se humedecieron.

—Lamento oírlo, señor —repuso Sharpe sin reírse.

—Así que tuve que destruirlos —añadió Crosby—. Seis o siete mil, creo recordar.

—Se deterioran, señor —comentó Sharpe—. Ocurre continuamente, señor.

—Así es —dijo Crosby, incapaz de ocultar su alivio ante la facilidad con la que Sharpe había aceptado su historia—, así es —entonces se volvió hacia la puerta—.

¿Havildar?

—¡Se acercan tropas de la Compañía, *sahib*!

—¿Dónde está el capitán Leonard? ¿No es él el oficial de servicio? —preguntó Crosby.

—Aquí, señor, estoy aquí. —Un capitán alto y desgarbado se apresuró a salir de una tienda, tropezó con uno de los vientos, recuperó su sombrero y luego se dirigió hacia la puerta.

Sharpe corrió para alcanzar a Crosby, quien también había empezado a andar hacia la puerta.

—¿Me dará una nota, señor?

—¿Una nota? ¿Por qué diablos tendría yo que darle una nota?

—Por el deterioro, señor —contestó Sharpe respetuosamente—. Tengo que dar cuentas de los cartuchos, señor.

—Después —dijo Crosby—, después.

—Sí, señor —asintió Sharpe—. Y que te den por el culo, cabrón miserable —añadió, aunque en voz demasiado baja para que Crosby lo oyera.

El capitán Leonard subió como pudo a la plataforma que había junto a la puerta y allí se le unió Crosby. El comandante se sacó un catalejo del bolsillo trasero y desplegó los tubos. La plataforma daba al pequeño río que debería de haber crecido con las lluvias estacionales hasta convertirse en una riada, pero la ausencia del monzón había dejado únicamente un hilito de agua entre las planas rocas grises. Al otro lado del achicado cauce, en la línea del horizonte tras una arboleda, Crosby divisó las tropas de casaca roja con un oficial europeo montado en un caballo negro al frente y lo primero que pensó fue que debía de tratarse del capitán Roberts, que volvía de patrulla, pero Roberts tenía un caballo picazo y, además, sólo se había llevado a cincuenta cipayos, mientras que aquel jinete encabezaba una compañía casi dos veces mayor.

—Abran la puerta —ordenó Crosby, y se preguntó quién diablos sería. Decidió que probablemente se trataba del capitán Sullivan, del puesto de la Compañía en

Muladar, otro fuerte fronterizo como Chasalgaon, pero ¿qué demonios hacía Sullivan allí? Tal vez estuviera marchando con algunos nuevos reclutas para endurecer a esos bastardos. No es que a esos brutos flacuchos les hiciera falta encallecerse, pero era una descortesía por parte de Sullivan no haber avisado a Crosby de su llegada—. ¡*Jemadar* —gritó Crosby—, que se prepare la guardia!

—¡Sí, *sahib*! —El *jemadar* respondió a la orden. Otros cipayos estaban tirando de las espinosas puertas.

«Querrá comer», pensó Crosby agriamente, y se preguntó qué estarían cocinando sus criados para la comida del mediodía. Cabrito, probablemente, con arroz hervido. Bueno, pues Sullivan tendría que conformarse con esa carne correosa por no haber mandado aviso, e iba listo si pretendía que Crosby les diera de comer también a sus cipayos. Los cocineros de Chasalgaon no esperaban visitas y no habría raciones suficientes para otro centenar de cipayos hambrientos.

—¿Es Sullivan? —le preguntó a Leonard al tiempo que le tendía el catalejo al capitán.

Leonard se quedó mirando durante un buen rato al jinete que se aproximaba.

—No conozco a Sullivan —dijo finalmente—, así que no sabría decirle.

Crosby le arrebató de nuevo el catalejo.

—Salude de mi parte a ese cabrón cuando llegue —le ordenó Crosby a Leonard— y dígame que puede comer conmigo. —Hizo una pausa—. Y usted también —añadió de mala gana.

Crosby regresó a su tienda. Decidió que era mejor dejar que Leonard le diera la bienvenida al forastero en vez de mostrarse él demasiado impaciente. Maldito fuera Sullivan, pensó, por no haber avisado, aunque había un lado bueno, puesto que tal vez le trajera noticias. Indudablemente el alto y bien parecido sargento de Seringapatam podía haberle contado a Crosby los últimos rumores de Mysore, pero antes de que Crosby le pidiera información a un sargento iban a criar pelo las ranas. No obstante, no había duda de que algo estaba cambiando en el exterior, puesto que habían pasado nueve semanas desde la última vez que Crosby vio a un salteador mahratta y eso era algo decididamente raro. El propósito del fuerte de Chasalgaon era mantener a los jinetes asaltantes mahratta alejados del rico territorio del rajá de Hyderabad y Crosby tenía la impresión de haber hecho bien su trabajo, pero aun así encontraba que la ausencia de merodeadores enemigos era extrañamente preocupante. ¿Qué estaban tramando esos cabrones? Tomó asiento tras su mesa y llamó a gritos a su secretario. Él escribiría una nota para el condenado sargento del arsenal explicando que la pérdida de siete mil cartuchos era debida a una gotera en el tejado de piedra del polvorín de Chasalgaon. Estaba claro que no podía admitir que había vendido la munición a un mercader.

—Lo que hizo ese cabrón —les estaba diciendo Sharpe a sus hombres—, fue

vender la condenada mercancía a algún pagano hijo de puta.

—Es lo que iba a hacer usted, sargento —dijo el soldado Phillips.

—Lo que yo iba a hacer no es de su maldita incumbencia —replicó Sharpe—. ¿No está lista esa comida?

—Cinco minutos —prometió Davi Lal.

—Un maldito camello lo podría hacer más deprisa —rezongó Sharpe, y cogió su mochila y su morral—. Voy a mear.

—Nunca va a ningún sitio sin su maldita mochila —comentó Atkins.

—No quiere que le robes la camisa de recambio —respondió Phillips.

—En esa mochila hay algo más que una camisa. Está escondiendo algo. —Atkins se dio la vuelta—. ¡Eh, Erizo! —Todos llamaban «Erizo» a Davi Lal porque tenía el pelo de punta; no importaba lo graso que estuviera o lo mucho que se lo cortara, siempre lo tenía tieso en rebeldes puntas—. ¿Qué es lo que guarda Sharpy en la mochila?

Davi Lal puso los ojos en blanco.

—¡Piedras preciosas! Oro. Rubíes, diamantes, esmeraldas, zafiros y perlas.

—¡Y una mierda!

Davi Lal se rió y volvió a girarse de cara al caldero. Fuera, junto a la puerta del fuerte, el capitán Leonard estaba dando la bienvenida a los visitantes. La guardia presentó armas cuando el oficial que iba al frente de los cipayos atravesó la puerta a caballo. El visitante devolvió el saludo llevándose la fusta al ala del sombrero de tres picos que, al tenerlo puesto de forma transversal, le ensombrecía el rostro. Se trataba de un hombre alto, extraordinariamente alto, y al llevar los estribos largos daba la impresión de ser demasiado grande para su caballo, que era una bestia deplorable de lomo combado y piel sarnosa, aunque no había nada extraño en eso. Los buenos caballos eran un lujo en la India y la mayoría de los oficiales de la Compañía montaban jamelgos decrepitos.

—Bienvenido a Chasalgaon, señor —dijo Leonard. No estaba seguro de si debía llamar «señor» al forastero, puesto que el hombre no llevaba ningún distintivo de rango visible en su casaca roja, pero tenía el porte de un oficial de alto rango y reaccionó ante el recibimiento de Leonard con una arrogante despreocupación—. Está usted invitado a comer con nosotros, señor —añadió Leonard apresurándose a seguir al jinete quien, tras meter la fusta bajo el cinturón, condujo entonces a sus cipayos directamente al campo de armas. Detuvo su caballo bajo el asta de la que colgaba la bandera británica en el aire sin viento, luego esperó a que su compañía de cipayos de casaca roja se dividiera en dos unidades de dos filas cada una que marcharon a ambos lados del mástil. Crosby observaba desde el interior de su tienda. Era una entrada aparatosa, decidió el comandante.

—¡Alto! —gritó el desconocido oficial cuando su compañía estuvo en el

mismísimo centro del fuerte. Los cipayos se detuvieron—. ¡Media vuelta hacia el exterior! ¡Descansen armas! ¡Buenos días! —Finalmente bajó la vista hacia el capitán Leonard—. ¿Es usted Crosby?

—No, señor. Soy el capitán Leonard, señor. ¿Y usted, señor? —El hombre alto hizo caso omiso de la pregunta. Miró el fuerte Chasalgaon con el ceño fruncido como si no aprobara nada de lo que veía. ¿Qué demonios era eso?, se preguntó Leonard. ¿Una inspección sorpresa?—. ¿Quiere que le dé de beber a su caballo, señor? —se ofreció Leonard.

—A su debido tiempo, capitán, todo a su debido tiempo —respondió el misterioso oficial, luego se giró en su silla y gruñó una orden a su compañía—. ¡Calen las bayonetas! —Los cipayos extrajeron sus hojas de más de cuarenta centímetros y las encajaron en las bocas de sus mosquetes—. Me gustaría ofrecerle un saludo como es debido a un compatriota inglés —le explicó el hombre alto a Leonard—. Usted es inglés, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Demasiados condenados escoceses en la compañía —rezongó el hombre alto—. ¿Se ha fijado en eso, Leonard? Demasiados escoceses e irlandeses. Son unos tipos con mucha labia, eso sí, pero no son ingleses. No son ingleses en absoluto. —El visitante desenfundó su espada y respiró hondo—. ¡Compañía! —gritó—. ¡Apunten armas!

Los cipayos se llevaron los mosquetes al hombro y Leonard vio, demasiado tarde, que las armas apuntaban a las tropas de la plaza fuerte.

—¡No! —exclamó, pero no muy fuerte, porque todavía no daba crédito a lo que veía.

—¡Fuego! —gritó el oficial, y el aire de la plaza de armas quedó desgarrado por la doble descarga de disparos de mosquete, unos fuertes estallidos chasqueantes que llenaron de humo el barro agrietado por el sol y lanzaron balas de plomo contra la confiada guarnición.

—¡Ahora, a por ellos! —bramó el alto oficial—. ¡A por ellos! ¡Rápido, rápido, rápido! —Espoleó su caballo, se acercó al capitán Leonard y, casi con indiferencia, le propinó un golpe de espada y dio un fuerte tirón hacia atrás para arrancar la hoja una vez que ésta se hubo hincado en el cuello del capitán, de manera que su filo atravesó rápida y profundamente los tendones, el músculo y la carne—. ¡Mátenlos! ¡Mátenlos! —gritó el oficial mientras Leonard se desplomaba. Sacó una pistola de la funda de su silla de montar y galopó hacia las tiendas de los oficiales. Sus soldados proferían gritos de guerra a la vez que se desplegaban por el fortín para atrapar hasta al último de los cipayos de la plaza fuerte de Chasalgaon. Tenían órdenes de dejar a las mujeres y los niños para el final y dar caza primero a los hombres.

Crosby se había quedado mirando horrorizado e incrédulo y entonces, con las

manos temblorosas, empezó a cargar una de sus pistolas, pero de pronto la puerta de su tienda se oscureció y vio que el alto oficial había desmontado de su caballo.

—¿Es usted Crosby? —quiso saber el oficial.

—Sí —logró responder Crosby—. ¿Y quién diablos es usted?

—Dodd —contestó el hombre alto—. Comandante William Dodd, a su servicio. —Y Dodd alzó su enorme pistola de manera que apuntara al rostro de Crosby.

—¡No! —gritó Crosby.

Dodd sonrió.

—Presumo que está rindiéndome el fuerte, ¿no, Crosby?

—¡Maldito sea! —replicó débilmente Crosby.

—Bebe usted demasiado, comandante —dijo Dodd—. Toda la compañía sabe que es un borracho. No opuso demasiada resistencia, ¿no es cierto? —Apretó el gatillo y la cabeza de Crosby salió impelida hacia atrás en medio de una neblina de sangre que salpicó la lona—. Lástima que sea usted inglés —dijo Dodd—. Prefiero dispararle a un escocés. —El comandante moribundo emitió un horrible sonido ahogado y su cuerpo dio unas incontrollables sacudidas hasta que finalmente quedó inmóvil—. Alabado sea Dios, arriar la bandera y encontrar el arcón de la paga —dijo Dodd para sí mismo. Luego pasó por encima del cadáver del comandante y vio que el cofre de la paga estaba allí donde esperaba encontrarlo, debajo de la cama—. ¡Subadar!

—¿Sahib?

—Que vengan dos hombres para vigilar el arcón de la paga.

—¡Sahib!

El comandante Dodd regresó a toda prisa a la plaza de armas donde un pequeño grupo de casacas rojas, todos británicos, oponían resistencia y quiso asegurarse de que sus cipayos se encargaban de ellos, pero un *havildar* se había adelantado a las órdenes de Dodd y se dirigía a la cabeza de un pelotón contra la media docena de soldados.

—¡Claven bien las hojas! —los animó Dodd—. ¡Con fuerza! ¡Retuérzanlas! ¡Así se hace! ¡Cuidado por la izquierda! ¡Por la izquierda! —Su tono de voz era apremiante porque un alto sargento había aparecido de pronto de detrás de la cocina, un hombre blanco con mosquete y bayoneta en las manos, pero uno de los cipayos tenía todavía un mosquete cargado y se giró, apuntó, disparó y Dodd vio otra nube de sangre brillante que centelleó bajo la luz del sol. El sargento había sido alcanzado en la cabeza. Se detuvo, puso cara de sorprendido mientras el mosquete se le resbalaba de las manos y la sangre le corría por el rostro, luego cayó hacia atrás y quedó inerte.

—¡Busquen al resto de estos cabrones! —ordenó Dodd, sabiendo que aún debía de haber una veintena de miembros de la guarnición escondidos en los barracones. Algunos de los soldados habían escapado por encima del muro espinoso, pero los atraparían los jinetes mahratta, que eran aliados de Dodd y que en aquel momento

debían de haberse desplegado a ambos lados del fuerte—. ¡Y busquen bien!

Él se fue a ver los caballos de los oficiales de la plaza fuerte y decidió que uno de ellos era algo mejor que el suyo. Trasladó su silla al mejor equino, lo sacó a la luz del día y lo ató al asta de la bandera. Una mujer pasó junto a él corriendo y gritando mientras huía de los asesinos de casaca roja, pero un cipayo la alcanzó y le puso la zancadilla y otro le arrancó el sari del hombro. Dodd estaba a punto de ordenarles que dejaran a la mujer pero consideró que el enemigo estaba ya derrotado, de manera que sus hombres podían disfrutar sin peligro.

—¿*Subadar*? —gritó.

—¿*Sahib*?

—Que un pelotón se cerciore de que están todos muertos. Otro que abra el arsenal. Y hay un par de caballos en el establo. Elija uno para usted y el otro se lo llevaremos a Pohlmann. Y bien hecho, Gopal.

—Gracias, *sahib* —dijo el *subadar* Gopal.

Dodd limpió la sangre de su espada y volvió a cargar la pistola. Uno de los casacas rojas caídos estaba intentando darse la vuelta, así que Dodd se dirigió hacia el herido, se quedó un momento observando sus débiles esfuerzos y luego le metió una bala en la cabeza. El soldado dio una espasmódica sacudida y se quedó inmóvil. El comandante Dodd puso mala cara al ver que la sangre le había salpicado las botas, pero escupió, se agachó y la limpió. Sharpe observaba al alto oficial por el rabillo del ojo. Se sentía responsable, enojado, sulfurado, resentido y asustado. Le había salido sangre de la herida que tenía en el cuero cabelludo. Se notaba mareado y la cabeza le iba a estallar, pero estaba vivo. Tenía moscas en la boca. Y luego su munición empezó a explotar, el alto oficial se dio la vuelta rápidamente creyendo que había problemas y un par de soldados se rieron al ver las cenizas que salían despedidas en el aire con cada pequeño estallido de la pólvora.

Sharpe no osaba moverse. Oyó a mujeres que gritaban y a niños que lloraban, luego oyó el sonido de cascos y esperó hasta que aparecieron unos cuantos jinetes. Eran indios, por supuesto, todos ellos hombres de aspecto salvaje armados con sables, fusiles de mecha, lanzas, picas y hasta con arcos y flechas. Bajaron deslizándose de sus monturas y se unieron a la caza del botín.

Sharpe yacía como los muertos. Tenía una gruesa costra de sangre que se le endurecía en el rostro. El golpe de la bala de mosquete lo había aturdido, de manera que no recordaba haber soltado su arma ni haber caído al suelo, pero notaba que el golpe no era mortal. Ni siquiera profundo. Le dolía la cabeza y notaba la piel de la cara tirante debido a la sangre seca, pero sabía que las heridas en la cabeza siempre sangran profusamente. Trató de respirar de forma superficial, dejó la boca abierta y ni siquiera sintió náuseas cuando una mosca le bajó hasta la base de la lengua. Luego percibió el olor a tabaco, *arrack*, cuero y sudor de un jinete que se inclinaba sobre él

con un cuchillo curvo de hoja oxidada y aspecto horrible y Sharpe temió que le iban a cortar el cuello, pero en lugar de eso el jinete empezó a rajarle los bolsillos del uniforme. Encontró la enorme llave que abría el polvorín principal de Seringapatam, una llave que Sharpe se había hecho hacer en el bazar para no tener que rellenar siempre el formulario en el cuartel del arsenal. El hombre tiró la llave, cortó otro bolsillo y al no encontrar nada de valor se dirigió a otro cuerpo. Sharpe levantó la mirada hacia el sol.

En algún lugar cercano un cipayo de la guarnición soltó un quejido y casi inmediatamente recibió un bayonetazo, y Sharpe oyó la ronca exhalación del hombre al morir así como el sonido de succión cuando el asesino retiró la hoja de la carne que la oprimía. ¡Todo ocurrió tan deprisa! Y Sharpe se sentía responsable, aunque sabía que no era culpa suya. Él no había dejado entrar en el fuerte a los asesinos, pero había vacilado unos segundos antes de arrojar su mochila, bolsas y caja de cartuchos al fuego y ahora se reprendía porque tal vez hubiera podido utilizar esos pocos segundos para salvar a sus seis soldados. Salvo que la mayoría de ellos ya estaban muertos o agonizaban cuando Sharpe se había dado cuenta de que había una contienda. Se encontraba orinando contra la pared negra del barracón que hacía de almacén de la cocina cuando una bala de mosquete atravesó la pared de cañizo y durante uno o dos segundos se quedó allí parado, incrédulo, sin poder apenas dar crédito a los disparos y los gritos que sus oídos percibían. No se había molestado en abrocharse los pantalones, sino que se dio la vuelta, vio la mortecina hoguera, arrojó a ella su mochila y cuando hubo amartillado el mosquete y volvió corriendo al lugar donde sus hombres habían estado esperando la cena la lucha ya casi había terminado. La bala de mosquete le había echado la cabeza hacia atrás y había sentido un dolor punzante a ambos lados de los ojos, y lo siguiente que supo fue que estaba tendido con la sangre que se le secaba en el rostro y las moscas que le bajaban por el gáznate.

Pero quizá hubiera podido hacer retroceder a sus hombres. Se torturaba con la idea de que podía haber salvado a Davi Lal y a un par de soldados, tal vez hubiese podido atravesar el muro de cactus espinosos y huir hacia los árboles, pero el muchacho estaba muerto y sus hombres también, y Sharpe oía reír a los asesinos mientras sacaban la munición del pequeño polvorín.

—¡*Subadar!* —gritó el alto oficial—. ¡Retire esa maldita bandera! ¡Hace una hora que tendría que haberse hecho!

Sharpe parpadeó de nuevo porque no pudo evitarlo, pero nadie se dio cuenta, luego cerró los ojos porque el sol lo deslumbraba y quiso llorar de ira, odio y frustración. Seis hombres muertos, Davi Lal muerto y Sharpe no había sido capaz de hacer absolutamente nada para ayudarlos; se preguntaba quién sería aquel alto oficial cuando una voz le proporcionó la respuesta.

—¿Comandante Dodd, *sahib*?

—¿*Subadar*?

—Ya está todo cargado, *sahib*.

—Pues vámonos antes de que sus patrullas regresen. ¡Bien hecho, *subadar*! Dígales a los soldados que habrá una recompensa.

Sharpe se quedó escuchando mientras los asaltantes abandonaban el fuerte. ¿Quién diablos eran? El comandante Dodd llevaba el uniforme de la Compañía de las Indias Orientales, al igual que todos sus soldados, en realidad, pero no había duda de que no eran tropas de la Compañía. Unos hijos de puta, eso es lo que eran, unos hijos de puta salidos del infierno que habían realizado un concienzudo y siniestro trabajo en Chasalgaon. Sharpe dudaba que hubieran perdido a un solo hombre en su traicionero ataque y siguió tumbado en silencio mientras los sonidos se iban apagando. Se oyó el llanto de un bebé en alguna parte, una mujer sollozaba, pero Sharpe siguió esperando hasta que al final tuvo la seguridad de que el comandante Dodd y sus hombres se habían ido y sólo entonces se dio la vuelta sobre el costado. El fuerte apestaba a sangre y era un hervidero de moscas. Soltó un quejido y se puso de rodillas. El caldero de arroz y cabrito había hervido hasta quedarse sin agua, así que se puso en pie y lo sacó del trípode de una patada.

—¡Hijos de puta! —exclamó, vio la mirada de sorpresa en el rostro de Davi Lal y quiso llorar por el muchacho.

Una mujer medio desnuda que sangraba por la boca vio a Sharpe de pie entre la ensangrentada pila de muertos y dio un grito antes de agarrar rápidamente a su hijo y volver a meterse en un barracón. Sharpe no le hizo caso. No encontró su mosquete. No quedaba ni una maldita arma.

—¡Hijos de puta! —le gritó al cálido aire y le propinó un puntapié a un perro que olisqueaba el cadáver de Phillips. El olor de la sangre, la pólvora y el arroz quemado le llenaba la garganta. Dando arcadas, entró en la cocina y allí encontró una jarra de agua. Bebió abundantemente y luego se echó agua en la cara y se frotó para quitarse la sangre coagulada. Humedeció un trapo y se estremeció al limpiarse la herida poco profunda de la cabeza. Entonces, de repente, le sobrevino un sentimiento de horror y pena, cayó de rodillas y medio sollozó. Pero en lugar de eso maldijo—. ¡Hijos de puta! —Repitió esas palabras una y otra vez con furia e impotencia y entonces se acordó de su mochila, así que se volvió a poner en pie y salió a la luz del sol.

Las cenizas de la hoguera aún estaban calientes y los calcinados restos de lona de su mochila y de sus bolsas resplandecían con un brillo rojizo cuando encontró un palo y revolvió entre los rescoldos. Poco a poco fue encontrando lo que había escondido en la hoguera. Las rupias destinadas a alquilar los carros, luego los rubíes y las esmeraldas, los diamantes y las perlas, los zafiros y el oro. Fue a buscar un saco de arroz a la cocina, vació los granos en el suelo y llenó el costal con su tesoro. Era un botín robado a un rey hacía cuatro años en la Compuerta de Seringapatam, donde

Sharpe había atrapado al sultán Tippoo y le había pegado un tiro antes de desvalijar su cadáver.

Entonces, con el tesoro apretado contra su estómago, se puso de rodillas en medio del hedor de Chasalgaon y se sintió culpable. Había sobrevivido a una masacre. La ira se mezcló con la culpa y supo que tenía deberes que cumplir. Debía encontrar a todos los que hubiesen sobrevivido, debía ayudarles y debía encontrar la manera de poder vengarse.

Vengarse de un hombre llamado Dodd.

El comandante John Stokes era un ingeniero, y si alguna vez hubo alguien contento con su profesión, ése era el comandante John Stokes. No había nada con lo que disfrutara más que construyendo cosas, ya se tratara de una cureña perfeccionada, de un jardín o, tal como hacía en aquellos momentos, de mejorar un reloj que pertenecía al rajá de Mysore. El rajá era un hombre joven, apenas más que un niño en realidad, que debía su trono a las tropas británicas que habían expulsado al usurpador sultán Tippoo y, en consecuencia, las relaciones entre el palacio y la pequeña plaza fuerte británica de Seringapatam eran buenas. El comandante Stokes había encontrado el reloj en una de las antecámaras del palacio y se fijó en su falta de precisión, motivo por el cual se lo había llevado al arsenal donde lo estaba desmontando alegremente.

—No está firmado —le dijo a su visitante— y me imagino que lo hicieron aquí. Pero se nota la mano de un francés, eso sí que lo sé. ¿Ve el escape? Es un trabajo típicamente francés.

El visitante miró detenidamente aquella maraña de ruedas dentadas.

—No sabía que los franchutes se dedicaran a hacer relojes, señor —comentó.

—¡Oh, por supuesto que sí! —exclamó Stokes en tono reprobador—. ¡Y hacen unos relojes excelentes! Excelentes. ¡Piense en Lépine! ¡Piense en Berthoud! ¿Cómo puede uno ignorar a Montandon? ¡Y a Breguet! —El comandante sacudió la cabeza a modo de mudo tributo a tan grandes artesanos y luego escudriñó el lamentable reloj del raja—. Hay un poco de herrumbre en el muelle real, por lo que veo. Eso no ayuda. Me imagino que se trata de metal maleable. En este lugar cada uno saca todo lo que puede. De eso me he dado cuenta. Un trabajo decorativo maravilloso, pero los indios hacen unos mecanismos de muy mala calidad. ¡Fíjese en este muelle! Es una vergüenza.

—Es vergonzoso, señor. Vergonzoso. —El sargento Obadiah Hakeswill no sabía distinguir entre un muelle real y un péndulo, y ninguno de los dos le hubiera podido importar menos, pero necesitaba información del comandante Stokes y le convenía mostrar interés.

—Estaba dando las nueve cuando debería haber dado las ocho —dijo el

comandante mientras metía el dedo en las entrañas del reloj—, o tal vez daba las ocho cuando debían de haber sonado las nueve. No lo recuerdo. De la una a las siete funciona de una forma admirable, pero en algún punto alrededor de las ocho empieza a ir mal. —El comandante, que estaba a cargo del arsenal de Seringapatam, era un tipo rechoncho y alegre con un prematuro cabello cano—. ¿Entiende usted de relojes, sargento?

—No puedo decir que sí, señor. Yo soy un simple soldado, señor, que tiene el sol como reloj. —El rostro del sargento se convulsionó de manera horrible. Era un espasmo incontrolable que le sacudía la cara cada pocos segundos.

—Me estaba preguntando por Sharpe —dijo el comandante Stokes al tiempo que escudriñaba el reloj—. ¡Increíble! ¡El tipo ha hecho los tambores de madera! ¡Dios bendito! ¡Madera! ¡No es de extrañar que no funcione bien! Una vez Harrison hizo un reloj de madera, ¿lo sabía? ¡Hasta los engranajes! Todo de madera.

—¿Harrison, señor? ¿Pertenece al ejército, señor?

—Es un relojero, sargento, un relojero. Uno muy bueno además.

—¿No es un franchute, señor?

—¿Con un nombre como Harrison? ¡Por Dios, no! Es inglés, y hace unos buenos relojes que son de fiar.

—Me alegra oírlo, señor —dijo Hakeswill, luego le recordó al comandante el motivo de su visita al arsenal—. El sargento Sharpe, señor, mi buen amigo, señor, ¿está aquí?

—Está aquí —respondió Stokes levantando al fin la vista del reloj—, o mejor dicho estaba. Lo vi hace una hora. Pero se retiró a sus dependencias. Ha estado fuera, ¿sabe? Envuelto en ese espantoso asunto en Chasalgaon.

—¿Chiseldown, señor?

—¡Un asunto terrible, terrible! Así que le dije a Sharpe que se limpiara. ¡El pobre iba cubierto de sangre! Parecía un pirata. Bueno, esto es interesante.

—¿Sangre, señor? —preguntó Hakeswill.

—¡Una rueda de escape de seis dientes! ¡Con una espiga bifurcada! ¡Increíble! Eso es enriquecer el pudín con pasas. O mejor dicho, ¡es como poner un cerrojo Egg en una pistola común y corriente! Estoy seguro de que si se espera, sargento, Sharpe volverá pronto. Es un tipo estupendo. Nunca me defrauda.

Hakeswill se obligó a sonreír porque él odiaba a Sharpe con una malevolencia resuelta y poco común.

—Es uno de los mejores, señor —dijo al tiempo que los espasmos le crispaban el rostro—. ¿Y va a abandonar pronto Seringapatam, señor? ¿Tendrá que volver a irse en alguna misión, señor?

—¡Oh, no! —exclamó Stokes mientras cogía una lupa para mirar el interior del reloj con más detenimiento—. Lo necesito aquí, sargento. ¡Ahí está! ¿Lo ve? Le falta

una muesca a la rueda de levas. Engrana con estos piñones de aquí, ¿lo ve?, y el engranaje hace el resto. Simple, supongo. —El comandante levantó la mirada, pero vio que el extraño sargento de rostro convulsivo ya no estaba. Daba igual, el reloj era mucho más interesante.

El sargento Hakeswill salió del arsenal y torció a la izquierda para dirigirse a los barracones en los que se alojaba temporalmente. En aquellos momentos el 33.º del Rey se hallaba acuartelado en Hurryhur, a unos doscientos cuarenta kilómetros al norte, y su trabajo consistía en mantener los caminos del oeste de Mysore libres de bandidos, de manera que el regimiento deambulaba de un extremo a otro del país y, al encontrarse con que estaban cerca de Seringapatam, donde se hallaba el arsenal principal, el coronel Gore había mandado un destacamento a por munición de repuesto. El servicio le había tocado al capitán Morris de la Compañía Ligera, que había llevado consigo a la mitad de sus hombres y al sargento Obadiah Hakeswill para proteger el envío que saldría de la ciudad a la mañana siguiente y sería transportado en carros de bueyes hasta Arrakerry, donde el regimiento estaba acampado entonces. Una tarea fácil, pero que le había proporcionado al sargento Hakeswill una oportunidad que había buscado durante mucho tiempo.

El sargento se detuvo en una de las cantinas y pidió *arrack*. El establecimiento estaba vacío aparte de él, el propietario y un mendigo sin piernas que se acercó penosamente al sargento y recibió una patada en el trasero por causar problemas.

—¡Fuera de aquí, cabrón sarnoso! —gritó Hakeswill—. Que entren las moscas, eso es lo que consigues. ¡Venga! ¡A la mierda! —La taberna quedó vacía y a su plena satisfacción. Hakeswill se sentó en una esquina oscura a contemplar la vida—. Me censuro a mí mismo —rezongó en voz alta, lo cual causó preocupación al propietario del establecimiento al que asustaba el aspecto de aquel hombre con tics y casaca roja—. Es culpa tuya, Obadiah —dijo Hakeswill—. ¡Deberías haberte dado cuenta hace años! ¡Años! Es rico como un judío, sí señor. ¿Me estás escuchando negro cabrón pagano? —El propietario, al verse desafiado de ese modo, se metió corriendo en la trastienda y dejó a Hakeswill refunfuñando en la mesa—. Sharpe es rico como un judío, lo que pasa es que cree ocultarlo, y no lo hace, puesto que yo me he dado cuenta. ¡Ni siquiera vive en barracones! Dispone de unas habitaciones cerca de la puerta Mysore. Tiene un condenado sirviente. Siempre lleva dinero encima, ¡siempre! Compra bebidas. —Hakeswill sacudió la cabeza ante lo injusto de todo aquello. El 33.º se había pasado los últimos cuatro años patrullando por los caminos de Mysore y durante todo ese tiempo Sharpe había estado viviendo con todas las comodidades en Seringapatam. Eso no estaba bien, no había derecho, no era justo. Hakeswill había estado preocupado por ese asunto, preguntándose por qué Sharpe era tan rico. Al principio había supuesto que Sharpe tenía algún chanchullo en los almacenes del arsenal, pero eso no explicaba su aparente riqueza—. Pero tanta leche no da una vaca

—murmuró Hakeswill—, por mucho que le exprimas las ubres. —Entonces ya sabía por qué Sharpe era rico, o creía saberlo, y Obadiah Hakeswill se había dado cuenta de algo que lo llenó de una envidia terrible. Se rascó una picadura de mosquito que tenía en el cuello, dejando al descubierto la vieja cicatriz oscura allí donde la cuerda del verdugo le había quemado y escoriado la piel. Obadiah Hakeswill había sobrevivido a la horca y como consecuencia de ello creía fervientemente que no podían matarlo. Marcado por Dios, afirmaba estar, marcado por Dios.

Pero él no era rico. No era rico en absoluto, y Richard Sharpe sí. Corría el rumor de que Richard Sharpe hacía uso de la casa de Lali y ése era un burdel sólo para oficiales, así que ¿por qué se le permitía la entrada al sargento Sharpe? Porque era rico, ése era el motivo, y al fin Hakeswill había descubierto el secreto de Sharpe.

—¡El Tippoo! —dijo en voz alta, y luego golpeó la mesa con su taza de hojalata para pedir más bebida—. ¡Y date prisa, cabrón de cara negra!

Tenía que ser el Tippoo. ¿No había visto Hakeswill a Sharpe merodeando por la zona donde habían matado al Tippoo? Y ningún soldado se había adjudicado el mérito de haberlo matado. Se creía que uno de esos cabrones de Suffolk del 12.º había atrapado al rey en medio del caos al final del asedio, pero finalmente Hakeswill lo entendió. Había sido Sharpe, y el motivo por el que éste no había dicho nada sobre dicha muerte era porque había despojado al Tippoo de todas sus piedras preciosas y no quería que nadie, y menos los oficiales de alto rango del ejército, supieran que estaba en posesión de las joyas.

—¡Maldito Sharpe! —exclamó Hakeswill en voz alta.

Así pues, todo lo que entonces necesitaba era una excusa para que a Sharpe lo mandaran de vuelta al regimiento. ¡Ya basta de servicios fáciles y limpios para Sharpy! Se le habían terminado los buenos ratos en casa de Lali. Ahora iba a tocarle a Obadiah Hakeswill vivir rodeado de lujos, y todo por el tesoro de un rey muerto.

—Rubíes —dijo Hakeswill en alto, pronunciando la palabra lentamente—, esmeraldas y zafiros, y diamantes como estrellas, y un oro espeso como la mantequilla. —Se rió entre dientes. Y lo único que hacía falta, le parecía a él, era un poco de astucia. Un poco de astucia, una mentira dicha con seguridad y un arresto—. Y ése va a ser tu fin, Sharpy, ése va a ser tu fin —dijo Hakeswill, y sintió que la belleza de su ardid se desplegaba igual que el loto que florecía en el foso de Seringapatam. ¡Funcionaría! Su visita al comandante Stokes había establecido que Sharpe se encontraba en la ciudad, lo cual significaba que la mentira podía contarse y entonces, igual que el reloj del comandante Stokes, todo funcionaría bien. Todos los piñones, engranajes y ruedas dentadas encajarían en su lugar con un chasquido, harían tic, tac, y el rostro del sargento Hakeswill se convulsionó y sus manos se contrajeron como si la taza de hojalata que agarraba fuera la garganta de un hombre. Sería rico.

El comandante William Dodd tardó tres días en transportar la munición de vuelta al *compo* de Pohlmann, que se hallaba acampado justo en las afueras de la ciudad maharatta de Ahmednuggur. El *compo* era una brigada de infantería de ocho batallones, todos ellos reclutados de entre los mejores guerreros mercenarios del norte de la India y todos entrenados y comandados por oficiales europeos. Dowlut Rao Scindia, el maharajá de Gwalior, cuyo territorio se extendía desde la fortaleza de Baroda al norte hasta el refugio de Gawilghur al este y Ahmednuggur al sur, alardeaba de estar al frente de cien mil soldados y de que su ejército podía ennegrecer la tierra como si de una plaga se tratara, pero aquel *compo*, con sus siete mil miembros, constituía el implacable corazón de su ejército.

Uno de los ocho batallones del *compo* se hallaba formado a un kilómetro y medio de distancia del campamento para recibir a Dodd. La caballería que había acompañado a los cipayos hasta Chasalgaon se había adelantado para avisar a Pohlmann del regreso de Dodd y aquél había organizado una recepción triunfal. Los soldados del batallón estaban allí parados con sus casacas blancas, sus cinturones negros y sus armas relucientes, pero Dodd, que cabalgaba al frente de su pequeña columna, sólo tenía ojos para el alto elefante que estaba situado junto a un entoldado de rayas amarillas y blancas. La enorme bestia brillaba bajo la luz del sol debido a que tenía la cabeza y el cuerpo protegidos por una inmensa capa de cuero sobre la que se habían cosido unos cuadrados de plata que formaban unos intrincados diseños. La plata cubría el cuerpo del paquidermo, continuaba por encima de la cabeza y luego, excepto por dos círculos que se habían abierto para los ojos, caía en cascada en toda la longitud de su trompa. Las piedras preciosas refulgían entre las láminas de plata mientras que unos lazos de seda color púrpura se agitaban en la coronilla del animal. Los últimos centímetros de los grandes colmillos curvos de la bestia estaban revestidos también de plata, aunque las puntas propiamente dichas se hallaban rematadas con unas afiladas fundas de acero como agujas. El cornaca del elefante, el *mahout*, sudaba bajo una anticuada cota de malla que había sido bruñida hasta tener el mismo brillo reluciente que la armadura de plata de su animal, mientras que tras él había un *howdah* hecho de madera de cedro que tenía unos paneles de oro clavados y sobre el cual se agitaba un dosel de seda amarilla con flecos. Unas largas filas de soldados de infantería con casacas color púrpura se hallaban en posición de firmes a ambos lados del elefante. Algunos de los soldados llevaban mosquetes en tanto que otros portaban largas picas con sus anchas hojas pulidas para lograr un brillo argénteo.

El elefante se arrodilló cuando Dodd estuvo a unos veinte pasos y el ocupante del *howdah* descendió cuidadosamente por un tramo de escaleras forradas en plata, que colocó allí uno de sus guardaespaldas de casaca púrpura, y se dirigió tranquilamente a

la sombra del entoldado a rayas. Era un europeo, un hombre alto y robusto, fornido, y aunque a primera vista pudiera parecer que tenía sobrepeso, al echarle otra ojeada se vería que la mayoría de ese peso era sólido músculo. Tenía una cara redonda enrojecida por el sol, unos grandes bigotes negros y unos ojos que parecían encontrar deleite en todo lo que veía. Su uniforme lo había ideado él mismo: unos bombachos blancos de seda metidos en unas botas de montar inglesas, una casaca verde adornada con galones dorados y cordonaduras y, en los anchos hombros de la guerrera, unas hombreras de gruesa seda blanca de las que colgaban unas cortas cadenas de oro. La casaca tenía vueltas de color escarlata y presillas de galón del mismo color que rodeaban los dobleces de los puños y los botones dorados. El sombrero de ese hombretón era un bicornio con penacho de plumas teñidas de color púrpura sujetas mediante una insignia que mostraba el caballo blanco de Hanover; la empuñadura de su espada estaba hecha de oro y tenía forma de cabeza de elefante y unos anillos también de oro destellaban en sus grandes dedos. En cuanto estuvo bajo la sombra del entoldado de lados abiertos se acomodó en un diván y sus edecanes se agruparon a su alrededor. Aquél era el coronel Anthony Pohlmann y estaba al mando del *compoo*, así como de una caballería de quinientos hombres y veintiséis cañones de campaña. Diez años atrás, cuando el ejército de Scindia no era nada más que una horda de harapientos soldados de caballería montados en equinos medio muertos de hambre, Anthony Pohlmann había sido sargento en un regimiento hanoveriano de la Compañía de las Indias Orientales; ahora montaba un elefante y necesitaba de otras dos bestias para transportar los arcones de monedas de oro que viajaban con él a todas partes.

El coronel Pohlmann se puso de pie cuando Dodd bajó de su caballo.

—¡Bien hecho, comandante! —exclamó el coronel en su inglés con acento alemán—. ¡Extremadamente bien hecho! —Los edecanes de Pohlmann, la mitad europeos y la otra mitad indios, se unieron a su comandante para aplaudir al héroe que regresaba, en tanto que la escolta formó una doble fila a través de la cual Dodd pudo avanzar para encontrarse con el resplandeciente coronel—. ¡Ochenta mil cartuchos —se regocijó Pohlmann— arrebatados a nuestros enemigos!

—Setenta y tres mil, señor —dijo Dodd al tiempo que se sacudía el polvo de los pantalones.

Pohlmann esbozó una sonrisa burlona.

—Siete mil estropeados, ¿eh? Las cosas no cambian.

—No los estropeé yo, señor —gruñó Dodd.

—Ya me lo imagino —replicó Pohlmann—. ¿Tuvo algún problema?

—Ninguno —respondió Dodd con seguridad—. No perdimos a nadie, señor, ni siquiera un rasguño, mientras que no sobrevivió ni un solo soldado enemigo. —Sonrió, con lo que se agrietó el polvo que tenía en las mejillas—. Ni uno.

—¡Una victoria! —exclamó Pohlmann y entonces le hizo señas a Dodd para que entrara en la tienda—. Tenemos vino, si se le puede llamar así. Hay ron, *arrack*, ¡e incluso agua! Venga, comandante.

Dodd no se movió.

—Mis hombres están cansados, señor —observó.

—Pues dígales que se retiren, comandante. Pueden refrescarse en la tienda de la cocina.

Dodd fue a decirles a sus soldados que rompieran filas. Era un inglés larguirucho de rostro cetrino y expresión hosca. También era uno de esos casos rarísimos, un oficial que había desertado de la Compañía de las Indias Orientales y que además lo había hecho con ciento treinta miembros de su propia tropa de cipayos. Había acudido a Pohlmann hacía tan sólo tres semanas y algunos de los oficiales europeos de éste estaban convencidos de que el teniente Dodd era un espía mandado por los británicos cuyo ejército se estaba preparando para atacar a la Confederación Mahratta, pero Pohlmann no había estado tan seguro. Era cierto que ningún otro oficial británico había desertado antes como Dodd, pero pocos tenían motivos parecidos a los suyos y Pohlmann también había reconocido el hambre de Dodd, su incomodidad, su enojo y sus aptitudes. La hoja de servicios del teniente mostraba que se trataba de un soldado excelente, sus cipayos lo apreciaban y poseía una furiosa ambición, y Pohlmann había creído que la desertión de Dodd era tan entusiasta como real. Le había ascendido a comandante y luego le había hecho una prueba. Lo había mandado a Chasalgaon. Si Dodd demostraba ser capaz de matar a sus antiguos compañeros, entonces no era ningún espía, y Dodd había superado el examen triunfalmente, con lo cual el ejército de Scindia tenía entonces setenta y tres mil cartuchos más.

Dodd regresó al entoldado y se le ofreció el asiento de honor a la derecha del diván de Pohlmann. La silla de la izquierda la ocupaba una mujer, una europea, y Dodd apenas podía apartar sus ojos de ella, lo cual no era de extrañar puesto que se trataba de una mujer con un aspecto que era muy poco frecuente encontrar en la India. Era joven, no tendría más de dieciocho o diecinueve años, de tez pálida y cabello muy rubio. Sus labios tal vez fueran un poquitín demasiado delgados y su frente quizás un centímetro demasiado ancha; sin embargo, había algo en ella que resultaba extrañamente atrayente. Tenía un rostro, decidió Dodd, al que las imperfecciones le sumaban atractivo, y su encanto se veía incrementado por un tímido aire de vulnerabilidad. Al principio Dodd supuso que era la amante de Pohlmann, pero entonces vio que su vestido de lino blanco tenía el dobladillo raído y que el encaje del pudoroso cuello tenía algún que otro burdo zurcido, y resolvió que Pohlmann nunca permitiría que su amante fuera tan mal vestida.

—Déjeme presentarle a *madame* Joubert —dijo Pohlmann, que había notado la

avidez con la que Dodd había estado mirando a la mujer—. Éste es el comandante William Dodd.

—¿*Madame* Joubert? —Dodd puso énfasis en el «*madame*», medio levantándose y haciendo una reverencia desde su silla al saludarla.

—Comandante —dijo ella en voz baja, luego esbozó una nerviosa sonrisa antes de bajar la vista hacia la mesa que estaba llena de platos de almendras.

Pohlmann chasqueó los dedos para llamar a un sirviente y le sonrió a Dodd.

—Simone está casada con el capitán Joubert y ése es el capitán Joubert. —Señaló hacia un lugar a pleno sol donde un capitán de baja estatura se hallaba en posición de firmes frente al batallón formado que tan rígido e inmóvil permanecía bajo el sol ardiente.

—¿Joubert está al mando del batallón, señor? —preguntó Dodd.

—Nadie está al mando del batallón —respondió Pohlmann—. Pero hasta hace tres semanas estaba comandado por el coronel Mathers. Entonces tenía cinco oficiales europeos; ahora tiene al capitán Joubert y al teniente Silliére. —Señaló a un segundo europeo, un joven alto y delgado, y Dodd, que era perspicaz, vio que Simone Joubert se ruborizaba al oír mencionar el nombre de Silliére. A Dodd le hizo gracia. Joubert parecía tener al menos veinte años más que su esposa, mientras que Silliére sólo era uno o dos años mayor que ella—. Y debemos tener a europeos —siguió diciendo Pohlmann al tiempo que, desperezándose, se estiraba en el diván que crujió bajo su peso—. Los indios son unos excelentes soldados, pero necesitamos a europeos que comprendan las tácticas europeas.

—¿Cuántos oficiales europeos ha perdido, señor? —inquirió Dodd.

—¿De este *compo*? Dieciocho —respondió Pohlmann—. Demasiados. —Los hombres que se habían ido eran los oficiales británicos y todos ellos poseían contratos con Scindia que los eximían de luchar contra sus propios compatriotas, y para empeorar aún más las cosas la Compañía de las Indias Orientales había ofrecido un soborno a cualquier oficial británico que abandonara a los mahratta y, en consecuencia, algunos de los mejores hombres de Pohlmann se habían marchado. Cierto que todavía le quedaban algunos buenos oficiales, la mayoría de ellos franceses, junto con un puñado de holandeses, suizos y alemanes, pero Pohlmann sabía que mal podía permitirse la pérdida de dieciocho oficiales europeos. Al menos no había desertado ninguno de sus artilleros y Pohlmann confiaba enormemente en la capacidad de sus cañones para ganar batallas. Dichos cañones eran manejados por portugueses o por indios mestizos de las colonias lusas de la India y aquellos profesionales habían permanecido leales y eran formidablemente competentes.

Pohlmann apuró un vaso de ron y se sirvió otro. Toleraba el alcohol de una forma extraordinaria, una capacidad que Dodd no compartía, y el inglés, conociendo su propensión a emborracharse, se limitó a tomar unos sorbos de vino aguado.

—Le prometí una recompensa, comandante, si conseguía recuperar los cartuchos —dijo Pohlmann cordialmente.

—Es suficiente recompensa saber que he cumplido con mi deber —repuso Dodd. Se sentía astroso y mal uniformado entre los chillones atuendos de los asistentes de Pohlmann y había resuelto que era mejor hacer el papel de soldado campechano, un papel que creyó que atraería a un antiguo sargento. Se decía que Pohlmann guardaba su viejo uniforme de la Compañía de las Indias Orientales como recordatorio de lo mucho que había ascendido.

—Los soldados no se unen al ejército de Scindia simplemente por el placer de cumplir con su deber —dijo Pohlmann—, sino por las recompensas que ofrece tal servicio. Estamos aquí para convertirnos en hombres ricos, ¿no es cierto? —Se desenganchó del cinturón la espada con empuñadura de elefante. La vaina estaba hecha de suave cuero color rojo con incrustaciones de pequeñas esmeraldas—. Tenga. —Pohlmann le ofreció la espada a Dodd.

—¡No puedo quedarme con su espada! —protestó Dodd.

—Tengo muchas, comandante, y muchas de ellas mejores que ésta. Insisto.

Dodd tomó la espada. Sacó la hoja de la vaina y vio que estaba muy bien hecha, mucho mejor que la sosa espada que él había llevado como teniente durante los últimos veinte años. Muchas espadas indias eran de acero dúctil y se rompían con facilidad en combate, pero Dodd se imaginó que aquella hoja había sido forjada en Francia o Gran Bretaña y luego se le había añadido su hermosa empuñadura de elefante en la India. Esta era de oro, la cabeza del paquidermo era el pomo mientras que el guardamano lo formaba la trompa curva de la bestia. El mango era de cuero negro envuelto con alambre de oro.

—Gracias, señor —dijo con profunda emoción.

—Es la primera de muchas recompensas —añadió Pohlmann con ligereza—, las cuales lloverán sobre nosotros cuando vencamos a los británicos. Que lo haremos, aunque no aquí. —Hizo una pausa para beber ron—. Los británicos atacarán cualquier día de estos —continuó— y sin duda esperan que me quedaré aquí a combatirlos, pero no tengo intención de complacerlos. Será mejor hacer que esos cabrones marchen tras nosotros, ¿eh? Las lluvias llegarán mientras nos persigan y los ríos entorpecerán su avance. Las enfermedades los debilitarán. Y cuando ellos estén débiles y cansados nosotros estaremos fuertes. Todos los *compoos* de Scindia se unirán y el rajá de Berar ha prometido su ejército, y una vez estemos todos reunidos aplastaremos a los británicos. Pero eso significa que tengo que renunciar a Ahmednuggur.

—No es una ciudad importante —comentó Dodd. Se fijó en que Simone Joubert estaba bebiendo vino a sorbos. Mantenía la mirada gacha y tan sólo la levantaba de vez en cuando para mirar a su marido o al teniente Silliére. No le prestaba ninguna

atención a Dodd, pero ya lo haría, se prometió él a sí mismo, lo haría. Tenía la nariz demasiado pequeña, decidió él, pero aun así era una criatura de asombrosa palidez y fragilidad en aquella calurosa tierra de gentes de piel oscura. Su cabello rubio, que caía en tirabuzones siguiendo la moda que había imperado diez años antes en Europa, estaba sujeto con pequeños broches de nácar.

—Ahmednuggur no es importante —convino Pohlmann—, pero Scindia odia perder cualquiera de sus ciudades y llenó Ahmednuggur de provisiones y se empeñó en que yo apostara un regimiento en la ciudad. —Señaló con un gesto de la cabeza a las tropas de casaca blanca—. Ese regimiento, comandante. Probablemente es el mejor que tengo, pero me veo obligado a acuartelarlo en Ahmednuggur.

Dodd comprendió el aprieto en el que se encontraba Pohlmann.

—No puede sacarlos de la ciudad sin que Scindia se moleste —dijo—, pero no querrá perder el regimiento cuando caiga la ciudad.

—¡No puedo perderlo! —replicó Pohlmann con indignación—. ¿Un buen regimiento como éste? Mathers lo entrenó bien, muy bien. Ahora él se ha ido para unirse con nuestros enemigos, pero no puedo perder también su regimiento, así que quienquiera que sustituya a Mathers debe saber cómo sacar a sus hombres de dificultades.

Dodd sintió que lo invadía el entusiasmo. Le gustaba pensar que no había desertado de la Compañía sólo por el dinero, ni por sus problemas legales, sino por la oportunidad que debería haber tenido hacía tiempo de comandar su propio regimiento. Sabía que podía hacerlo bien, y sabía adonde quería llegar Pohlmann.

Pohlmann sonrió.

—Suponga que le doy el regimiento de Mathers, comandante. ¿Puede hacerme un favor y retirarlo de la línea de fuego?

—Sí señor —dijo simplemente Dodd. Por primera vez desde que la habían presentado a Dodd, Simone Joubert levantó la vista para mirarlo, pero sin ninguna simpatía.

—¿Todo? —preguntó Pohlmann—. ¿Incluida la artillería?

—Todo —confirmó Dodd con determinación—, y con todos los dichosos cañones.

—Pues a partir de ahora es el regimiento de Dodd —dijo Pohlmann—, y si lo dirige bien, comandante, lo ascenderé a coronel y lo pondré al mando de un segundo regimiento.

Dodd lo celebró apurando su copa de vino. Era tal la emoción que lo embargaba que apenas se atrevía a hablar, aunque la expresión de su rostro lo decía todo. ¡Al fin su propio regimiento! Hacía mucho tiempo que esperaba ese momento y ahora ¡por Dios que iba a demostrarle a la Compañía lo bien que podían luchar los oficiales que ellos desdeñaban!

Pohlmann chasqueó los dedos para que una de las criadas le trajera más ron.

—¿Cuántos efectivos traerá Wellesley? —le preguntó a Dodd.

—No más de quince mil soldados de infantería —respondió con seguridad el nuevo comandante del regimiento de Dodd—. Es probable que menos, y los dividirán en dos ejércitos. El Muchachito Wellesley estará al mando de uno y el coronel Stevenson del otro.

—Stevenson es ya mayor, ¿verdad?

—Viejo y cauteloso —respondió Dodd con desdén.

—¿Caballería?

—¿Cinco o seis mil? La mayoría indios.

—¿Cañones?

—Veintiséis como máximo. Nada más grande que un doce libras.

—Scindia puede alinear ochenta cañones —dijo Pohlmann—, algunos de ellos de veintiocho libras. Y cuando las fuerzas del rajá de Berar se unan a nosotros dispondremos además de cuarenta mil soldados de infantería y al menos cincuenta cañones más. —El hanoveriano sonrió—. Pero las batallas son algo más que cifras. También las ganan los generales. Hábleme de ese general de división sir Arthur Wellesley.

—¿El Muchachito Wellesley? —respondió Dodd en tono mordaz. El general británico era más joven que Dodd, pero no era ése el motivo de aquel apodo burlón. Más bien era envidia, porque Wellesley poseía contactos y riqueza mientras que Dodd carecía de ambas cosas—. Es joven —dijo Dodd—, tiene tan sólo treinta y cuatro años.

—La juventud no es una barrera para ser un buen soldado —comentó Pohlmann con reprobación, aunque entendía perfectamente el resentimiento de Dodd. Durante años Dodd había visto a hombres más jóvenes ir ascendiendo de rango en el Ejército del Rey en tanto que él se quedaba estancado en la baja jerarquía de la Compañía. En ella los ascensos no podían comprarse ni se otorgaban por méritos, únicamente por antigüedad, por lo que hombres de cuarenta años como Dodd eran aún tenientes mientras que en el Ejército del Rey unos simples muchachos eran capitanes o comandantes—. ¿Wellesley es bueno? —preguntó Pohlmann.

—Nunca ha combatido en una batalla —repuso Dodd con amargura—, a menos que contemos Malavelly.

—¿Una descarga cerrada? —preguntó Pohlmann, recordando a medias las historias sobre aquella escaramuza.

—Una descarga cerrada y una carga de bayonetas —dijo Dodd—, no fue una verdadera batalla.

—Derrotó a Dhoondiah.

—Una carga de caballería contra un bandido —replicó Dodd con desdén—. Lo

que quiero decir, señor, es que el Muchachito Wellesley nunca se ha enfrentado a la artillería y a la infantería en una batalla de verdad. Lo nombraron general de división únicamente porque su hermano es gobernador general. Si se hubiera llamado Dodd en lugar de Wellesley tendría suerte de estar al mando de una compañía, y no digamos de un ejército.

—¿Es un aristócrata? —inquirió Pohlmann.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podía ser? —preguntó Dodd—. Su padre era conde.

—De manera que... —Pohlmann se metió un puñado de almendras en la boca e hizo una pausa para masticarlas—. ¿De manera que —continuó diciendo— es el hijo menor de un noble al que han enviado al ejército porque no sabe hacer nada más y su familia compró sus ascensos?

—Exactamente, señor, exactamente.

—Pero he oído que es eficiente.

—¿Eficiente? —Dodd lo consideró—. Si es eficiente, señor, es porque su hermano le proporciona el dinero. El no puede permitirse una gran recua de bueyes. Lleva los suministros con él, por lo que sus hombres están bien alimentados. Pero no ha visto nunca la boca de un cañón, ni frente a él ni junto a una veintena de personas y apoyado por una infantería firme.

—Lo hizo bien como gobernador de Mysore —observó Pohlmann con suavidad.

—¿Así que es un buen gobernador? ¿Eso lo convierte en general?

—Por lo que he oído sabe mantener la disciplina —dijo Pohlmann.

—Las formaciones que hace en la plaza de armas son estupendas —asintió Dodd sarcásticamente.

—¿Pero no es un idiota?

—No —admitió Dodd—, no es ningún idiota, pero tampoco es un general. Lo han ascendido con demasiada rapidez y demasiado joven, señor. Ha derrotado a bandidos, pero él se llevó una buena paliza en las afueras de Seringapatam.

—Ah, sí. El ataque nocturno. —Pohlmann había oído hablar de aquella refriega, de cómo Arthur Wellesley había atacado un bosque de las proximidades de Seringapatam y de cómo había sido derrotado de forma aplastante por las tropas del Tippoo—. Aun así —dijo—, nunca es bueno subestimar a un enemigo.

—Sobreestímelo cuanto quiera, señor —replicó Dodd rotundamente—, pero el hecho es que el Muchachito Wellesley nunca ha luchado en una batalla de verdad, no con más de mil hombres a sus órdenes y nunca se ha enfrentado a un verdadero ejército, a un ejército de campaña bien entrenado con artilleros y una infantería disciplinada, y apuesto a que no resistirá. Acudirá corriendo a su hermano y le pedirá más efectivos. Es un hombre prudente.

Pohlmann sonrió.

—Así pues, hagamos que ese hombre prudente se adentre en lo más profundo de nuestro territorio donde no pueda batirse en retirada, ¿eh? Y entonces lo derrotamos. —Volvió a sonreír, sacó un reloj del bolsillo de su chaleco y abrió la tapa—. Tengo que irme enseguida —dijo—, pero antes una cosa. —Extrajo un sobre del bolsillo de su chillona casaca y le entregó el papel sellado a Dodd—. Esto es su autorización para tomar el mando del regimiento de Mathers —dijo—, pero recuerde, quiero que lo saque de Ahmednuggur sin ningún percance. Puede ayudar a las defensas durante un tiempo, pero no se quede atrapado allí. El joven Wellesley no puede sitiarse la ciudad entera, no dispone de efectivos suficientes, así que debería poder escapar con bastante facilidad. Déle una paliza, Dodd, pero mantenga a salvo a su regimiento. ¿Comprende?

Dodd lo entendía perfectamente. Pohlmann le estaba asignando una difícil e innoble tarea, la de retirarse de un combate con sus hombres indemnes. Poca gloria se derivaba de tal maniobra, pero aun así sería una acción militar difícil y Dodd se dio cuenta de que lo estaban poniendo a prueba una segunda vez. La primera prueba había sido Chasalgaon, la segunda sería Ahmednuggur.

—Puedo hacerlo —dijo con adustez.

—¡Bien! —exclamó Pohlmann—. Le facilitaré las cosas y llevaré hacia el norte a las familias de los miembros de su regimiento. Tal vez pueda usted sacar a los soldados de la ciudad sin problemas antes de que ésta caiga, pero dudo que pueda controlar además a una horda de mujeres y niños. ¿Y usted, *madame*? —Se giró y posó una rolliza mano en la rodilla de Simone Joubert—. ¿Viene conmigo? —Le hablaba como a una chiquilla—. ¿O se queda con el comandante Dodd?

Simone pareció sobresaltarse con la pregunta. Se sonrojó y dirigió la mirada hacia el teniente Silliére.

—Me quedaré aquí, coronel —respondió en inglés.

—Asegúrese de volver a dejarla a salvo en casa, comandante —le dijo Pohlmann a Dodd.

—Lo haré, señor.

Pohlmann se levantó. Sus guardaespaldas de purpúreas casacas, que habían permanecido de pie frente a la tienda, se apresuraron a ocupar sus puestos junto a las ijadas del elefante mientras que el *mahout*, que se había quedado descansando en la amplia sombra que proyectaba el animal, montó en la soñolienta bestia agarrándose de su cola y trepando por su anca como un marinero subiendo por un cabo. Avanzó poco a poco junto al *howdah* dorado, tomó asiento en el cuello del elefante y condujo al animal hacia la tienda de Pohlmann.

—¿Está segura —Pohlmann se volvió hacia Simone Joubert— de que no prefiere venir conmigo? El *howdah* es muy cómodo, siempre que no se maree con facilidad.

—Me quedaré con mi marido —dijo Simone. Se había puesto en pie y resultó ser

mucho más alta de lo que Dodd había imaginado. Alta y algo desgarbada, pensó, pero aun así poseía un extraño atractivo.

—Una mujer debe estar con su marido —convino Pohlmann—, o por lo menos con el marido de alguien. —Se volvió hacia Dodd—. Lo veré dentro de unos días, comandante, con su nuevo regimiento. No me falle.

—No lo haré, señor, no lo haré —prometió Dodd al tiempo que, con su nueva espada en la mano, observaba cómo su nuevo comandante subía al *howdah* por los escalones plateados. Tenía que salvar a un regimiento y forjarse una reputación y por Dios, pensó Dodd, que iba a hacer bien ambas cosas.

2

Sharpe estaba sentado en el cobertizo abierto del arsenal en el que se guardaban las cureñas. Había empezado a llover, aunque no se trataba de la cortina de agua del monzón, sino de una triste llovizna constante y gris que convertía el barro del patio en una resbaladiza capa de limo rojo. El comandante Stokes, que empezó la tarde con una casaca roja limpia, un cuello de seda blanca y unas botas lustradas, daba vueltas obsesivamente alrededor de una cureña recién fabricada.

—La verdad es que no fue culpa suya, Sharpe —dijo.

—Pues lo parece, señor.

—¡Es lógico, era de esperar! —repuso Stokes—. Lo muestra a usted bajo una luz bastante desfavorable, Sharpe, por Dios que sí. Pero no fue culpa suya, de ninguna manera.

—Perdí a mis seis hombres, señor. Y al joven Davi.

—¡Pobre Erizo! —dijo Stokes al tiempo que se agachaba para mirar a lo largo de la lanza de la cureña—. ¿Cree usted que esta madera está recta, Sharpe? ¿Un poco combada, quizás?

—Yo la veo recta, señor.

—Es poco vetado este roble, poco vetado —dijo el comandante, y empezó a desabrocharse el talabarte. Cada mañana y cada tarde su criado lo mandaba al arsenal con la ropa bien lavada y planchada y en menos de una hora el comandante Stokes ya se había quedado en pantalones y mangas de camisa y tenía las manos llenas de raederas, sierras, punzones o azuelas—. Me gusta ver un timón recto —dijo—. Hay una raedera del número cuatro en la pared, Sharpe, sea bueno.

—¿Quiere que lo rebaje, señor?

—Ya lo hice anoche, Sharpe. Le dejé unos cantos estupendos. —Stokes se quitó la casaca roja y se remangó—. Aquí la madera no se seca como es debido, ése es el problema. —Se inclinó sobre la nueva cureña y empezó a pasar la raedera por el timón dejando que cayeran las virutas de blanca madera nueva—. Estoy arreglando un reloj —le contó a Sharpe mientras trabajaba—, una pieza estupenda de no ser por un engranaje local un tanto rudimentario. Échele un vistazo. Está en mi oficina.

—Lo haré, señor.

—Y he encontrado otra madera para los ejes, Sharpe. ¡Es muy emocionante!

—Se van a romper igualmente, señor —dijo Sharpe con pesimismo y luego levantó con ambas manos a uno de los muchos gatos que vivían en el arsenal. Colocó al atigrado felino en su regazo y lo acarició, lo cual provocó un ronroneo de satisfacción.

—¡No sea agorero, Sharpe! Ya resolveremos el problema de los ejes. Es tan sólo una cuestión de madera, nada más que la madera. Bueno, esto ya tiene mejor aspecto.

—El comandante dio un paso hacia atrás y observó su trabajo con ojo crítico. Había muchos artesanos indios que trabajaban en el arsenal, pero al comandante Stokes le gustaba hacer las cosas por sí mismo; además, la mayoría de los nativos estaban ocupados con los preparativos del Dashera, que comportaba la fabricación de tres figuras gigantes que desfilarían hasta el templo hindú para ser quemadas. Los indios estaban atareados en otro cobertizo sin paredes en el que tenían cola burbujeando al fuego y algunos de ellos estaban pegando trozos de tela de un color pálido en un cesto de mimbre que serviría de cabeza para uno de los gigantes. Stokes estaba fascinado con su actividad y Sharpe supo que el comandante no tardaría mucho en unirse a ellos—. ¿Le dije que hoy estuvo aquí un sargento que le buscaba? —preguntó Stokes.

—No, señor.

—Vino justo antes de la cena —dijo Stokes—, era un tipo bastante extraño. —El comandante se inclinó sobre el timón de la cureña y la emprendió con otra parte de la madera—. Tenía tics, ya lo creo.

—Obadiah Hakeswill —dijo Sharpe.

—Creo que así se llamaba. No parecía nada importante —explicó Stokes—. Dijo que estaba de visita en la ciudad y buscaba a antiguos compañeros. ¿Sabe lo que estaba pensando?

—Dígame usted, señor —repuso Sharpe mientras se preguntaba por qué diablos le habría estado buscando Obadiah Hakeswill. Para nada bueno, de eso no había duda.

—Esas vigas de madera de teca que hay en la vieja sala del trono del Tippoo —dijo Stokes— se secarían enseguida. ¡Podríamos llevarnos media docena y utilizarlas para hacer toda una tanda de ejes con ellas!

—¿Las vigas doradas, señor? —preguntó Sharpe.

—El dorado se quita rápidamente, Sharpe. ¡Las cepillamos en un periquete!

—Al rajá puede que no le guste la idea, señor —comentó Sharpe.

Stokes puso cara larga.

—Eso es cierto, eso es cierto. Por regla general a nadie le gusta que le echen abajo el techo para hacer cureñas. De todas formas, el rajá suele ser una persona de lo más servicial si consigues que sus malditos cortesanos te dejen pasar. El reloj es suyo. Da las ocho cuando debería dar las nueve, o quizá sea al contrario. ¿Le parece que esa cuña tiene el ángulo correcto?

Sharpe miró el alza que levantaba y bajaba el tubo del cañón.

—Se ve bien, señor.

—Podría rebajarla un poquitín. ¿Tendremos los vástagos mal graduados? Deberíamos comprobarlo. ¿No es magnífica esta lluvia? Las flores se estaban poniendo mustias, ¡se marchitaban! Pero con este poco de lluvia este año voy a tener

un espléndido despliegue. Tiene que venir a verlas.

—¿Sigue queriendo que me quede aquí, señor? —preguntó Sharpe.

—¿Que se quede aquí? —Stokes, que estaba colocando la cuña en un torno, se volvió para mirar a Sharpe—. Por supuesto que quiero que se quede, sargento. ¡Es el mejor hombre que tengo!

—Perdí a seis soldados, señor.

—Y no fue culpa suya, en absoluto. Le conseguiré otros seis.

Sharpe deseó que todo fuera así de fácil, pero no podía apartar de su pensamiento la culpa por lo de Chasalgaon. Cuando terminó la masacre había deambulado por el fuerte medio aturdido. La mayoría de mujeres y niños permanecían con vida pero estaban asustados y habían retrocedido a su paso. El capitán Roberts, el segundo al mando del fuerte, volvió de patrullar aquella tarde y vomitó al ver aquel horror en el interior de los muros de cactus.

Sharpe le había entregado el informe a Roberts, quien lo había mandado a Hurrayhur, el cuartel general del ejército, mediante un mensajero y luego le había dicho a Sharpe que se retirara.

—Supongo que habrá una investigación —le había dicho Roberts a Sharpe—, así que no hay duda de que será necesario su testimonio, pero puede esperar igualmente en Seringapatam. —De manera que Sharpe, sin más órdenes que aquellas, había regresado a casa andando. Le había devuelto la bolsa de rupias al comandante Stokes y ahora, de una manera confusa, quería recibir algún castigo por parte del comandante, pero a Stokes le preocupaba mucho más el ángulo de la cuña.

—He visto clavijas que se hacían pedazos porque el ángulo era demasiado agudo, y no sirve de mucho que se rompan las clavijas en combate. He visto cañones franchutes con cuñas recubiertas de metal, pero no hacen otra cosa que oxidarse. No se puede confiar en que un franchute las mantenga engrasadas, ya lo ve. Le está dando vueltas a la cabeza, Sharpe.

—No puedo evitarlo, señor.

—No sirve de nada amargarse. Déjelo para los poetas y los curas, ¿eh? A esos tipos les pagan para eso. Usted tiene que seguir adelante. ¿Qué hubiera podido hacer?

—Matar a uno de esos cabrones, señor.

—Y ellos lo hubieran matado a usted y eso no le habría gustado, ni a mí tampoco. ¡Fíjese en ese ángulo! ¡Mírelo! Hago unos ángulos estupendos, ya lo creo que sí. Debemos compararlos con los vástagos. ¿Cómo tiene la cabeza?

—Se está curando, señor. —Sharpe se tocó el vendaje que le envolvía la frente—. Ya no me duele, señor.

—La Providencia, Sharpe, eso es la Providencia. El buen Dios en Su inefable misericordia quiso que usted viviera. —Stokes aflojó el torno y devolvió la cuña a la cureña—. Un toque de pintura a ese timón y ya estará lista. ¿Cree usted que el rajá

me daría una viga del techo?

—No pierde nada con preguntárselo, señor.

—Lo haré, lo haré. ¡Ah! Una visita. —Stokes se puso derecho cuando un jinete, que para protegerse de la lluvia iba envuelto en una capa de hule y llevaba el sombrero de tres picos cubierto con un forro del mismo material, entró cabalgando en el patio del arsenal llevando a un segundo caballo por las riendas. El visitante sacó los pies de los estribos, bajó de la silla y luego ató las riendas de los dos equinos a una de las columnas del cobertizo. El comandante Stokes, cuya vestimenta se hallaba en la fase inicial de volverse sucia y desarreglada, sonrió al alto recién llegado cuyo sombrero tricornio y espada revelaban que se trataba de un oficial—. Ha venido a pasar revista, ¿no es verdad? —preguntó alegremente el comandante—. ¡Va a encontrarse con un verdadero caos! No hay nada que esté en su sitio, los archivos están todos desordenados, la madera de las estanterías llena de carcoma, hay humedad en los polvorines y la pintura está completamente deteriorada.

—Mejor que se deteriore la pintura que no la mente —dijo el recién llegado, luego se quitó el sombrero de tres picos y dejó al descubierto una cabeza cana.

Sharpe, que estaba sentado en una de las cureñas ya terminadas, se puso en pie de un salto arrojando al sorprendido gato encima de las virutas de madera del comandante.

—¡Coronel McCandless, señor!

—¡Sargento Sharpe! —respondió McCandless. El coronel sacudió el agua de su sombrero tricornio y se volvió hacia Stokes—. ¿Y usted, señor?

—Comandante Stokes, señor, a sus órdenes, señor. Horace Stokes, comandante del arsenal y, como puede ver, carpintero de Su Majestad.

—¿Me disculpará, comandante Stokes, si hablo un momento con el sargento Sharpe? —McCandless se despojó de la capa de hule y dejó ver su uniforme de la Compañía de las Indias Orientales—. El sargento Sharpe y yo somos viejos amigos.

—Será un placer, coronel —dijo Stokes—. Tengo asuntos que atender en la fundición. Están vertiendo demasiado deprisa. ¡Se lo estoy diciendo continuamente! Si se vierte deprisa el metal hace burbujas, y un metal con burbujas conduce al desastre, pero no me hacen caso. No es como hacer campanas para los templos, les digo, pero más me valdría no gastar saliva. —Echó una nostálgica mirada a los alegres hombres que estaban haciendo la cabeza del gigante para la celebración del Dashera—. Y también tengo otras cosas que hacer —añadió.

—Preferiría que no se fuera, comandante —dijo McCandless muy formalmente—. Creo que lo que tengo que decir le incumbe. Me alegro de verle, Sharpe.

—Yo también, señor —respondió Sharpe, y era cierto. Había estado encerrado en las mazmorras del Tippoo con el coronel Héctor McCandless y, si era posible que un sargento y un coronel fueran amigos, lo que había entre ellos dos era amistad.

McCandless, un hombre alto, vigoroso, de sesenta y tantos años, era el jefe del servicio de inteligencia de la Compañía de las Indias Orientales para toda la India oriental y meridional y en los últimos cuatro años Sharpe y él habían hablado unas cuantas veces siempre que el coronel pasaba por Seringapatam, pero se había tratado de conversaciones sociales y el adusto rostro del coronel sugería que aquel encuentro lo era todo menos social.

—¿Estuvo usted en Chasalgaon? —quiso saber McCandless.

—Sí, señor, estuve allí.

—¿De modo que vio al teniente Dodd?

Sharpe asintió con la cabeza.

—Nunca olvidaré a ese hijo de puta. Lo siento, señor. —Se disculpó porque McCandless era un cristiano ferviente que aborrecía toda clase de lenguaje soez. El escocés era un hombre severo, honesto como un santo, y en ocasiones Sharpe se preguntaba por qué le caía tan bien. Tal vez fuera porque McCandless era siempre justo, decía siempre la verdad y podía hablar con cualquier persona, ya fuera rajá o sargento, con la misma sincera franqueza.

—Yo no he visto nunca al teniente Dodd —dijo McCandless—, descríbamelo.

—Es alto, señor, y delgado como usted o yo.

—No como yo —terció el comandante Stokes.

—Tiene el rostro un tanto amarillento —siguió diciendo Sharpe—, como si alguna vez hubiera sufrido la fiebre. Cara larga, como si hubiese comido algo amargo. —Se quedó pensando un segundo. Sólo había alcanzado a ver a Dodd fugazmente unas pocas veces y de reojo—. Tenía el pelo lacio, señor, cuando se quitó el sombrero. Cabello castaño. Una nariz larga, señor, como la de sir Arthur, y una barbilla huesuda. Ahora se hace llamar comandante Dodd, señor, no teniente. Oí que uno de sus hombres lo llamaba comandante.

—¿Y mató a todos los soldados de la plaza fuerte? —preguntó McCandless.

—Sí, señor. A todos menos a mí. Tuve suerte.

—¡Tonterías, Sharpe! —replicó McCandless—. Tenía sobre usted la mano del Señor.

—Amén —intervino el comandante Stokes.

McCandless se quedó mirando a Sharpe con expresión pensativa. El coronel poseía unas facciones muy angulosas con unos ojos extrañamente azules. Afirmaba constantemente que quería retirarse a su Escocia natal, pero siempre encontraba algún motivo para quedarse en la India. Había pasado gran parte de su vida cabalgando por los estados que limitaban con el territorio administrado por la Compañía dado que su trabajo consistía en explorar dicho terreno e informar a sus superiores sobre sus amenazas y debilidades. Pocas cosas ocurrían en la India que le pasaran inadvertidas a McCandless, pero Dodd se le había escapado y ahora constituía una preocupación

para él.

—Hemos puesto a su cabeza —dijo el coronel— un precio de quinientas guineas.

—¡Dios Santo! —exclamó Stokes asombrado.

—Es un asesino —continuó McCandless—. Mató a un orfebre en Seedesegur y debería enfrentarse ajuicio, pero huyó, y quiero que usted, Sharpe, me ayude a atraparlo. Y no estoy persiguiendo a ese canalla porque desee quedarme con el dinero de la recompensa; en realidad no lo aceptaré. Pero lo quiero a él y quiero que usted me ayude.

El comandante Stokes empezó a protestar diciendo que Sharpe era su mejor soldado y que el arsenal se vendría abajo si se llevaban al sargento, pero McCandless le lanzó al afable comandante una dura mirada que bastó para hacerlo callar.

—Quiero al teniente Dodd capturado —dijo McCandless implacablemente—, lo quiero juzgado y ejecutado, y necesito a alguien que lo conozca de vista.

El comandante Stokes reunió suficiente coraje para continuar con sus objeciones.

—Pero yo necesito al sargento Sharpe —protestó—. ¡Él lo organiza todo! Las listas de turnos, los almacenes, el arcón de la paga, ¡todo!

—A mí me hace más falta —gruñó McCandless al tiempo que se volvía hacia el desventurado comandante—. ¿Sabe usted cuántos ciudadanos británicos hay en la India, comandante? Habrá unos doce mil, y menos de la mitad son soldados. Nuestro poder no descansa en los hombros de los hombres blancos, comandante, sino en los mosquetes de nuestros cipayos. Nueve de cada diez soldados de los que invadan los estados mahratta serán cipayos, ¡y el teniente Dodd convenció a más de un centenar para que desertaran! ¡Que desertaran! ¿Se imagina cuál será nuestro destino si otros cipayos siguen su ejemplo? Scindia colmará de oro a los soldados de Dodd, comandante, hará llover sobre ellos el lucro y las prebendas con la esperanza de que otros los sigan. Tengo que impedirlo y necesito a Sharpe.

El comandante Stokes aceptó lo inevitable.

—¿Lo traerá de vuelta, señor?

—Si Dios así lo quiere, sí. ¿Y bien, sargento? ¿Va a venir conmigo?

Sharpe miró al comandante Stokes que se encogió de hombros, sonrió y dio su consentimiento con un movimiento de la cabeza.

—Iré con usted, señor —le dijo Sharpe al escocés.

—¿Cuándo puede estar listo?

—Ahora mismo, señor. —Sharpe señaló la mochila y el mosquete que le acababan de proporcionar y que tenía a sus pies.

—¿Sabe montar a caballo?

Sharpe frunció el ceño.

—Sé sentarme en uno, señor.

—Es suficiente —dijo el escocés. Se puso la capa de hule, luego desató las dos

riendas y le dio unas a Sharpe—. Es una bestia dócil, Sharpe, así que no le clave el bocado.

—¿Nos vamos ahora mismo, señor? —preguntó Sharpe, sorprendido por lo repentino de todo el asunto.

—Ahora mismo —respondió McCandless—. El tiempo no espera a nadie, Sharpe, y tenemos que atrapar a un traidor y un asesino. —Se encaramó a su silla y observó cómo Sharpe montaba torpemente en el segundo caballo.

—¿Y adonde van? —le preguntó Stokes a McCandless.

—Primero a Ahmednuggur y después Dios dirá. —El coronel rozó los ijares de su caballo con las espuelas y Sharpe, con la mochila colgada de un hombro y el mosquete del otro, lo siguió.

Iba a reparar su fracaso en Chasalgaon. No mediante un castigo, sino con algo mejor: con una venganza.

El comandante William Dodd deslizó un dedo envuelto en un guante blanco por el radio de la rueda de un cañón. Examinó la yema de su dedo y a cambio, casi novecientos soldados formados, o al menos aquellos que podían ver al comandante, lo examinaron a él.

En el guante no había ni barro ni polvo. Dodd puso la espalda derecha y dirigió una mirada fulminante a los artilleros, desafiando a los soldados a que mostraran satisfacción por haber conseguido una limpieza casi perfecta. Había resultado un trabajo duro, porque a primeras horas del día había llovido y los cinco cañones del regimiento se habían arrastrado por las embarradas calles hasta la plaza de armas situada justo al otro lado de la puerta sur de Ahmednuggur, pero aun así los artilleros habían conseguido limpiar sus armas, meticulosamente. Habían quitado hasta el último resto de barro, habían lavado los timones de caoba y luego habían pulido los tubos hasta que la aleación de cobre y estaño relució con un brillo metálico.

Admirable, pensó Dodd mientras se quitaba el guante. Pohlmann había abandonado Ahmednuggur y se había retirado al norte para unirse con su *compo* al ejército de Scindia que se estaba congregando y Dodd había ordenado aquella inspección sorpresa de sus nuevas tropas. Había avisado a su regimiento con tan sólo una hora de anticipación, pero hasta el momento no había encontrado nada mal. La verdad era que impresionaban, allí formados en cuatro largas filas con las casacas blancas, sus cuatro cañones y el obús expuestos en el flanco derecho. Las armas en sí, a pesar de su brillo, eran lamentables. Los cañones de campaña sólo eran unos cuatro libras mientras que el obús era de cinco pulgadas y ninguna de las piezas de artillería disparaba una bala que pesara de verdad. No una bala asesina.

—¡Cerbatanas! —exclamó Dodd en tono desdeñoso.

—¿Monsieur? —preguntó el capitán Joubert, el francés que había deseado

desesperadamente que le concedieran a él el mando del regimiento.

—Ya me ha oído, monsieur. ¡Cerbatanas! —dijo Dodd al tiempo que levantaba la tapa de un armón de artillería y alzaba una de las balas de cuatro libras. Medía la mitad que una pelota de cricket—. ¡Casi sería mejor que les escupiera, monsieur!

Joubert, un hombre pequeño, se encogió de hombros.

—A corto alcance, monsieur... —empezó a decir en defensa de los cañones.

—¡A corto alcance, monsieur, a corto alcance! —Dodd le lanzó la bala a Joubert que la atrapó torpemente—. ¡A corto alcance no sirve de nada! Es lo mismo que usar una bala de mosquete y el cañón es diez veces más voluminoso que un mosquete. —Hurgó en el armón—. ¿No hay botes de metralla?

—No se suministran botes de metralla para los cañones de cuatro libras —dijo Joubert—. Ni siquiera está pensado para ellos.

—Entonces los fabricaremos nosotros mismos —replicó Dodd—. Bolsas con trozos de metal, monsieur, atadas a un culote y a una carga. Una libra y media de pólvora para cada proyectil. Encuentre a una docena de mujeres en la ciudad y haga que cosan las bolsas. ¿Tal vez su esposa podría ayudar, monsieur? —Le lanzó una mirada lasciva a Joubert, que no mostró ninguna reacción. Dodd podía oler la debilidad de un hombre, y la extrañamente atractiva Simone Joubert era sin duda la debilidad de su marido, porque estaba claro que ella lo despreciaba y era igual de evidente que él temía perderla—. Quiero treinta bolsas de metralla para cada cañón mañana a esta misma hora —ordenó Dodd.

—¿Pero y los tubos, comandante? —protestó Joubert.

—¿Se refiere a que se rayarán? —se burló Dodd—. ¿Qué quiere, monsieur? ¿Un ánima rayada y un regimiento vivo? ¿O un cañón limpio y una hilera de soldados muertos? Para mañana, treinta proyectiles de metralla para cada cañón, y si no hay espacio en los armones deshágase de esas malditas balas. Dispararles esos guijarros sería lo mismo que si les escupiéramos huesos de cereza. —Dodd bajó de golpe la tapa del armón. Aunque los cañones dispararan improvisados proyectiles de metralla no estaba seguro de que valiera la pena conservarlos. Todos los batallones de la India poseían artillería de apoyo como aquella, pero en opinión de Dodd los cañones sólo servían para hacer más lentas las maniobras de un regimiento. Las armas en sí eran voluminosas y pesadas y los animales que hacían falta para tirar de ellas eran un incordio, por lo que si alguna vez le daban su propio *compoo* despojaría a los regimientos de artillería de campaña. Si un batallón de infantería no se podía defender con mosquetes, ¿de qué servía entonces? Pero le tocaba cargar con las cinco piezas de artillería, así que las usaría como escopetas gigantes y abriría fuego a trescientos metros. Los artilleros se quejarían del daño producido a sus tubos, pero les iban a dar morcilla.

Dodd examinó el mortero, lo encontró igual de limpio que las otras armas y le

hizo un gesto con la cabeza al *subadar* artillero. No ofreció ningún cumplido porque Dodd no era partidario de elogiar a los soldados por limitarse a cumplir con su obligación. Los elogios eran para aquellos que se excedían en el cumplimiento de su deber, el castigo para los que se quedaban cortos, y el silencio debía bastar para el resto.

En cuanto hubo inspeccionado las cinco piezas de artillería, recorrió lentamente las filas de la infantería de casacas blancas, en las que miró a los ojos a todos y cada uno de los soldados y no cambió ni una sola vez la adusta expresión de su rostro, aunque los soldados habían puesto especial cuidado en vestirse bien para su nuevo oficial al mando. El capitán Joubert iba un paso por detrás de Dodd y había algo de ridículo en la combinación de Dodd, alto y de piernas largas, con el diminuto Joubert, a quien le hacía falta corretear para seguir el ritmo del inglés. De vez en cuando el francés hacía un comentario.

—Es un buen soldado, señor —decía cuando pasaban frente a un infante, pero el comandante hacía caso omiso de los elogios y, al cabo de un rato, Joubert se quedaba callado y con el ceño fruncido detrás de Dodd. Éste notaba la antipatía del francés, pero no le importaba.

Dodd no mostró ninguna reacción ante el aspecto del regimiento; sin embargo, estaba impresionado. Aquellos soldados iban bien vestidos y sus armas estaban tan limpias como las de sus propios cipayos a quienes se les habían proporcionado casacas blancas y que ahora formaban como una compañía adicional en el flanco izquierdo del regimiento, posición en la que formaban los tiradores en los regimientos británicos. Los batallones de la Compañía de las Indias Orientales no tenían tiradores puesto que se creía que los cipayos no eran buenos en dicha tarea, pero Dodd había decidido convertir a sus leales cipayos en los mejores tiradores de la India. Que demostraran que la Compañía estaba equivocada y al hacerlo podrían ayudar a destruirla.

La mayor parte de los soldados levantaron la vista para mirar a Dodd a los ojos cuando éste pasaba delante de ellos, aunque fueron pocos los que prolongaron su mirada, desviándola rápidamente. Joubert vio la reacción y la comprendió, porque en el largo y avinagrado rostro del inglés había algo claramente desagradable que rayaba en lo aterrador. Probablemente, decidió Joubert, aquel inglés era un flagelador. Los ingleses eran bien conocidos por utilizar el látigo con sus propios soldados, reduciendo las espaldas de los casacas rojas a una masa de carne desgarrada y sangre reluciente, pero Joubert estaba completamente equivocado acerca del comandante Dodd. Éste no había azotado a un solo hombre en su vida, y eso no era únicamente porque la Compañía lo tuviera prohibido en su ejército, sino porque a William Dodd no le gustaba el látigo y detestaba ver azotar a un soldado. Al comandante Dodd le gustaban los soldados. Odiaba a la mayoría de los oficiales, sobre todo a aquellos

superiores a él, pero le gustaban los soldados. Los buenos soldados ganaban batallas y las victorias hacían famosos a los oficiales, de manera que para tener éxito un oficial necesitaba soldados que le tuvieran simpatía y que le siguieran. Los cipayos de Dodd eran una prueba de ello. Había cuidado de ellos, se había asegurado de que les dieran de comer y les pagaran y les había dado la victoria.

Ahora los iba a hacer ricos al servicio de los príncipes mahratta, que eran famosos por su generosidad.

Dejó atrás el regimiento y se dirigió hacia su estandarte, dos banderas de color verde vivo caracterizadas por unos *tulwars* cruzados. Las banderas las había elegido el coronel Mathers, el inglés que había comandado el regimiento durante cinco años hasta que prefirió renunciar antes que combatir contra sus propios compatriotas, y ahora el regimiento iba a ser conocido como el regimiento de Dodd. ¿O tal vez debiera llamarlo de otra manera? ¿Los Tigres? ¿Los Águilas? ¿Los Guerreros de Scindia? No es que el nombre importara en esos momentos. Lo que entonces importaba era salvar a aquellos novecientos soldados bien entrenados y a sus cinco relucientes cañones y llevarlos sin ningún percance de vuelta al ejército mahratta que se estaba reuniendo en el norte. Dodd se dio la vuelta bajo el estandarte.

—¡Me llamo Dodd! —gritó, haciendo una pausa para dejar que uno de sus oficiales indios tradujera sus palabras al marathi, un idioma que Dodd no hablaba. Tampoco había muchos de los soldados que lo hablaran, porque la mayoría eran mercenarios del norte, pero la tropa murmuró su propia traducción y así el mensaje de Dodd fue transmitido de un extremo a otro de las filas—. ¡Soy un soldado! ¡Nada más que un soldado! ¡Siempre seré un soldado! —Hizo una nueva pausa. La parada se estaba realizando en el espacio abierto de detrás de las puertas y una multitud de lugareños se habían congregado para quedarse mirando boquiabiertos a las tropas; dispersos entre el gentío se hallaban los mercenarios árabes vestidos con túnicas que estaban considerados como las más feroces de todas las tropas mahratta. Eran unos hombres de aspecto salvaje que portaban todas las armas imaginables, pero Dodd dudaba que poseyeran la disciplina de su regimiento—. Juntos —les dijo a voz en grito a sus hombres—, ustedes y yo lucharemos y venceremos. —Utilizó palabras sencillas, porque a los soldados siempre les gustaban las cosas simples. El saqueo era algo simple, ganar y perder eran nociones nada complicadas e incluso la muerte, a pesar de la manera en que los malditos predicadores trataban de enredarla con la superstición, era un concepto sencillo—. ¡Estoy decidido —bramó, luego aguardó a que la traducción recorriera las filas— a que este regimiento sea el mejor que haya al servicio de Scindia! Hagan bien su trabajo y los recompensaré. Háganlo mal y dejaré que sus compañeros decidan su castigo. —Eso les gustó, tal como Dodd sabía que iba a suceder.

—¡Ayer —declamó Dodd— los británicos cruzaron nuestra frontera! ¡Mañana su

ejército estará aquí, en Ahmednuggur, y pronto combatiremos contra ellos en una gran batalla! —Había decidido no decir que la batalla tendría lugar bastante al norte de la ciudad porque eso podría desalentar a los civiles que escuchaban—. Los obligaremos a retroceder hasta Mysore. Les demostraremos que el ejército de Scindia es más grande que cualquiera de los suyos. ¡Venceremos! —Los soldados sonrieron ante su seguridad—. Nos quedaremos con sus tesoros, sus armas, su tierra y sus mujeres, y todas estas cosas serán su recompensa si combaten bien. Pero si luchan mal, morirán. —Esta última frase provocó que un estremecimiento recorriera las cuatro filas de casacas blancas—. Y si demuestran ser unos cobardes —terminó diciendo Dodd— yo mismo los mataré.

Dejó que la amenaza calara hondo y luego ordenó con brusquedad al regimiento que volviera a sus obligaciones antes de decirle a Joubert que lo siguiera hacia lo alto de las escaleras de piedra roja de la muralla de la ciudad, allí donde los guardias árabes permanecían tras los merlones que se alineaban a lo largo de la banqueta. A lo lejos, al sur, más allá del horizonte, se empezaba a distinguir una nube oscura. Podría haberse confundido con una distante nube de lluvia, pero Dodd supuso que se trataba de la mancha provocada por la humareda de las fogatas británicas.

—¿Cuánto cree que aguantará la ciudad? —le preguntó Dodd a Joubert.

El francés consideró la cuestión.

—¿Un mes? —calculó.

—No sea idiota —gruñó Dodd. Tal vez quisiera la lealtad de sus soldados, pero le importaba un bledo la buena opinión de sus dos oficiales europeos. Ambos eran franceses y el concepto que Dodd tenía de los franchutes era el típico de un inglés. Eran buenos maestros de baile y expertos en atarse un cuello o colocar el alamar de manera que cayera con gracia sobre un uniforme, pero en combate eran tan efectivos como lo serían unos perritos falderos con exostosis. El teniente Silliére, que había seguido a Joubert hasta la banqueta, era un hombre alto y de aspecto fuerte, pero Dodd desconfiaba de alguien que se preocupaba tanto por su uniforme y hubiera podido jurar que percibía un olorcillo a lavanda proveniente del cabello cuidadosamente cepillado del joven teniente—. ¿Cuál es la longitud de las murallas de la ciudad? —le preguntó a Joubert.

El capitán lo pensó un momento.

—¿Unos tres kilómetros?

—Como mínimo, ¿y cuántos son los hombres que forman la guarnición?

—Dos mil.

—Pues calcule usted, monsieur —dijo Dodd—. ¿Un soldado cada metro y medio? Tendremos suerte si la ciudad resiste tres días. —Dodd trepó hasta uno de los baluartes desde donde pudo mirar por entre las cañoneras el enorme fuerte que se hallaba cerca de la ciudad. Aquella fortaleza de doscientos años era una plaza fuerte

mucho más imponente que la ciudad, aunque su mismo tamaño la hacía vulnerable puesto que su guarnición, igual que la de la ciudad, era demasiado reducida. Pero frente a la alta muralla del fuerte había una gran zanja, sus troneras estaban abarrotadas de cañones y sus bastiones eran altos y resistentes, aunque la fortaleza no valía nada sin la ciudad. Lo importante era la ciudad, no el fuerte, y Dodd dudaba que el general Wellesley desperdiciara sus fuerzas en contra de la guarnición del mismo. El Muchachito Wellesley atacaría la ciudad, abriría una brecha en las murallas, irrumpiría por el boquete y mandaría a sus hombres que mataran salvajemente a los defensores en aquel laberinto de callejones y patios, y en cuanto la ciudad hubiera caído, los casacas rojas buscarían provisiones que ayudarían a alimentar al ejército británico. Sólo entonces, con la ciudad en su poder, volvería Wellesley sus armas en contra del fuerte y era posible que éste resistiera el avance británico unas dos o tres semanas, proporcionándole con ello a Scindia más tiempo para reunir a su ejército. Cuanto más aguantara el fuerte mejor, porque tal vez llegaran las lluvias que ya deberían haber caído y obstaculizaran el avance británico. Pero de una cosa estaba Dodd completamente seguro: tal como había dicho Pohlmann, la guerra no iba a ganarse en aquel lugar, y para William Dodd lo más importante era sacar de ahí a sus soldados para que pudieran compartir esa victoria—. Usted tomará los cañones del regimiento y trescientos hombres y guarnecerá la puerta del norte —le ordenó Dodd a Joubert.

El francés frunció el entrecejo.

—¿Cree usted que los británicos atacarán por el norte?

—Creo, monsieur, que los británicos atacarán aquí, en el sur. Nuestras órdenes consisten en matar a cuantos podamos y luego escapar para reunimos con el coronel Pohlmann. Realizaremos la huida por la puerta norte, pero incluso un idiota puede darse cuenta de que la mitad de los habitantes de la ciudad intentarán escapar también por dicha puerta, y su trabajo, Joubert, consiste en evitar que esos cabrones nos bloqueen el paso. Estoy decidido a salvar el regimiento, no a perderlo con la ciudad. Eso significa que usted va a abrir fuego contra cualquier civil que trate de abandonar la ciudad, ¿comprende? —Joubert quiso discutir, pero una mirada al rostro de Dodd lo convenció para apresurarse a asentir—. Estaré en la puerta norte dentro de una hora —dijo Dodd—, y que Dios le ayude, monsieur, si sus trescientos hombres no están en sus puestos.

Joubert salió corriendo. Dodd lo observó mientras se alejaba y luego se volvió hacia Silliére.

—¿Cuándo se les pagó por última vez a los soldados?

—Hace cuatro meses, señor.

—¿Dónde aprendió usted inglés, teniente?

—El coronel Mathers insistía en que lo habláramos, señor.

—¿Y dónde lo aprendió *madame* Joubert?

Silliére le echó una mirada desconfiada.

—No lo sé, señor.

Dodd olisqueó el aire.

—¿Lleva usted perfume, monsieur?

—¡No! —Silliére se ruborizó.

—Asegúrese de no hacerlo nunca, teniente. Y mientras tanto coja a su compañía, encuentre al *killadar* y dígale que abra el erario de la ciudad. Si tiene algún problema, abra usted esa maldita cosa por la fuerza con uno de sus cañones. Déles a todos los soldados tres meses de paga y disponga el resto del dinero en bestias de carga. Nos lo llevaremos.

Silliére puso cara de asombro ante aquella orden.

—Pero el *killadar*, monsieur... —empezó a decir.

—¡El *killadar*, monsieur, es un desdichado hombrecillo con las pelotas de un ratón! Usted es un soldado. Si no nos llevamos el dinero, lo cogerán los británicos. ¡Y ahora váyase! —Dodd sacudió la cabeza exasperado mientras el teniente se iba. ¡Cuatro meses sin paga! No tenía nada de raro un lapso como aquél, pero a Dodd no le parecía bien. Un soldado arriesgaba su vida por su país y lo menos que su país podía hacer a cambio era pagarle puntualmente.

Fue andando por la banqueta hacia el este, tratando de prever dónde emplazarían sus baterías los británicos y dónde abrirían una brecha. Siempre cabía la posibilidad de que Wellesley pasara junto a Ahmednuggur y simplemente marchara en dirección norte hacia el ejército de Scindia, pero Dodd dudaba que el enemigo optara por esa opción, porque entonces la ciudad y el fuerte quedarían de banda a banda de las líneas de suministros británicas y la guarnición podría desbaratar los convoyes que llevaran la munición, los proyectiles y la comida a los casacas rojas.

Una pequeña multitud se concentraba en las murallas del extremo sur para mirar hacia la distante nube que revelaba la presencia del ejército enemigo. Simone Joubert estaba entre ellos, protegiendo su rostro del sol que seguía su camino hacia el oeste con una deshilachada sombrilla. Dodd se sacó el sombrero tricornio. Siempre se sentía extrañamente incómodo con las mujeres, al menos con las mujeres blancas, pero su nuevo rango le proporcionaba una confianza desacostumbrada.

—Veo que ha venido a observar al enemigo, señora —dijo.

—Me gusta pasear por las murallas, comandante —respondió Simone—, pero hoy, como puede ver, la gente bloquea el paso.

—Yo puedo abrirle camino, señora —se ofreció Dodd, llevando la mano a la empuñadura de oro de su nueva espada.

—No es necesario, comandante —dijo Simone.

—Habla usted un buen inglés, señora.

—Me lo enseñaron cuando era niña. Teníamos una institutriz galesa.

—¿En Francia, señora?

—En la Île de France, monsieur —contestó Simone. No miraba a Dodd al hablar, sino que tenía la mirada fija en la calima del sur.

—Mauricio —dijo Dodd dándole a la isla el nombre que utilizaban los británicos.

—La Île de France, monsieur, como ya he dicho.

—Un remoto lugar, señora.

Simone se encogió de hombros. A decir verdad estaba de acuerdo con Dodd. Mauricio era un lugar remoto, una isla situada a más de seiscientos kilómetros al este de África y la única base naval francesa decente en el océano Indico. Había crecido allí como la hija del capitán del puerto y era allí donde, a los dieciséis años, había sido cortejada por el capitán Joubert que iba de camino a la India donde lo habían destinado como asesor de Scindia. Joubert había encandilado a Simone con cuentos sobre las riquezas que un hombre podía conseguir en la India y ella, aburrida de la reducida y mezquina sociedad de su isla, se había dejado arrastrar sólo para descubrir que el capitán Joubert en el fondo era un hombre apocado y que su empobrecida familia en Lyon era la que más derecho tenía sobre sus ganancias, y lo que quedaba era ahorrado con diligencia para que el capitán pudiera retirarse cómodamente en Francia. Simone había esperado una vida de fiestas y joyas, de bailes y sedas, y en lugar de eso cuidaba mucho el dinero, remendaba y sufría. El coronel Pohlmann le había ofrecido una manera de salir de la pobreza y ahora ella intuía que aquel inglés larguirucho trataba torpemente de hacer la misma oferta, pero Simone no se sentía inclinada a convertirse en la amante de un hombre sólo porque se aburriera. Podría hacerlo por amor, y ante la total ausencia de un amor en su vida se encontraba luchando contra su atracción hacia el teniente Silliére, aunque era consciente de que el teniente era casi igual de despreciable que su marido. Aquel dilema le hacía pensar que se estaba volviendo loca. Todo ello la hacía llorar y las lágrimas no hacían más que reforzar el diagnóstico de locura que ella misma se había formado.

—¿Cuándo vendrán los británicos, comandante? —le preguntó a Dodd.

—Mañana, señora. Establecerán las baterías pasado mañana, atacarán la muralla durante dos o tres días, abrirán su brecha y entonces entrarán.

Ella miró a Dodd por debajo del dobladillo de su parasol. Aunque era un hombre alto, Simone alcanzaba a mirarle a los ojos.

—¿Tan rápido van a tomar la ciudad? —preguntó con un deje de preocupación en su voz.

—No hay nada que pueda retenerlos, señora. No hay suficientes soldados, hay demasiada muralla y no hay bastantes cañones.

—¿Y cómo vamos a escapar?

—Confiado en mí, señora —dijo Dodd al tiempo que le dedicaba a Simone una

sonrisa lasciva—. Lo que usted debe hacer, querida, es el equipaje, coger todo lo que se pueda llevar en los caballos de carga que su marido posea y estar dispuesta para marcharse. Haré que la avisen antes del ataque y entonces diríjase hacia la puerta norte donde encontrará a su marido. Claro que sería de ayuda, señora, si yo supiera dónde se aloja usted.

—Mi marido lo sabe, monsieur —contestó Simone con frialdad—. Así que en cuanto lleguen los rosbifs, ¿no tengo que hacer otra cosa en tres días más que empacar?

Dodd observó su utilización del desdeñoso apelativo francés para los ingleses, pero decidió no darle importancia.

—Exactamente, señora.

—Gracias, comandante —dijo Simone, e hizo un gesto para que dos sirvientes, en los que Dodd no se había fijado a causa del agolpamiento de gente, la escoltaran de vuelta a casa.

—Una zorra de hielo —dijo Dodd para sus adentros cuando ella se hubo marchado—, pero ya se derretirá, ya se derretirá.

Oscureció rápidamente. Las antorchas llameaban en las murallas de la ciudad e iluminaban las fantasmagóricas túnicas de los mercenarios árabes que patrullaban por los bastiones. Había unas pequeñas ofrendas de flores y comida apiladas frente a los estridentes dioses y diosas en sus templos iluminados con velas. Los habitantes de la ciudad oraban para que no les pasara nada mientras que, en el sur, un débil resplandor en el cielo revelaba el lugar donde un ejército de casacas rojas había acudido para traer la muerte a Ahmednuggur.

El teniente coronel Albert Gore había tomado el mando del 33.º del Rey como sucesor de sir Arthur Wellesley y el batallón no estaba precisamente contento cuando Gore llegó. El descontento no era culpa de sir Arthur, puesto que ya hacía tiempo que había abandonado el batallón para asumir más altas responsabilidades, pero durante su ausencia el 33.º había estado al mando del comandante John Shee, que era un borracho incompetente. Shee había muerto, Gore había recibido el mando y ahora estaba enmendando poco a poco el daño causado.

Dicha reparación podría haber sido muchísimo más rápida si Gore hubiera podido quitarse de encima a algunos de los oficiales del batallón, y de entre todos ellos era al holgazán y deshonesto capitán Morris, de la Compañía Ligera, a quien más le hubiese gustado excluir, pero Gore no podía hacer nada sobre el asunto. Morris había comprado su grado de oficial, no era culpable de ninguna ofensa contra el reglamento del Rey y por lo tanto tenía que quedarse. Con él se quedó el malévolo e inquietante sargento Obadiah Hakeswill, de amarillento rostro y permanentes tics.

—Sharpe siempre fue una mala persona, señor. Una deshonra para el ejército,

señor —le dijo Hakeswill al coronel—. Nunca deberían haberle nombrado sargento, señor, porque no tiene madera para ello, señor. No es más que un pedazo de inmundicia, señor, que no debería ser cabo y ya no digamos sargento. Así consta en las Escrituras, señor. —El sargento se hallaba en rígida posición de firmes, con el pie derecho un poco más retrasado que el izquierdo, las manos en los costados y los codos echados con fuerza hacia la espalda. Su voz retumbaba en la pequeña habitación y ahogaba el ruido del chaparrón. Gore se preguntó si la lluvia sería el tardío comienzo del monzón. Así lo esperaba, porque si el monzón no llegaba, al año siguiente habría un montón de gente hambrienta en la India.

El teniente coronel miró una araña que corría por la mesa. La casa pertenecía a un tratante en cuero que se la había alquilado al 33.º, mientras éste tuviera su base en Arrakerry, y el lugar estaba plagado de insectos que andaban, volaban, se escabullían y picaban, y Gore, que era un hombre elegante y meticuloso, lamentaba no haber utilizado sus tiendas.

—Cuénteme lo que pasó —le dijo Gore a Morris— otra vez. Si es usted tan amable.

Morris, que estaba repantingado en una silla delante de la mesa de Gore con un grueso vendaje en la cabeza, pareció sorprendido de que le preguntaran, pero se puso derecho y le ofreció al coronel un débil encogimiento de hombros.

—La verdad es que no me acuerdo, señor. Fue hace dos noches, en Seringapatam, y me golpearon, señor.

Gore apartó la araña y tomó nota.

—Lo golpearon —dijo al tiempo que escribía las palabras en su magnífica letra inglesa—. ¿Dónde exactamente?

—En la cabeza, señor —respondió Morris.

Gore suspiró.

—Eso ya lo veo, capitán. Lo que quiero decir es ¿en qué lugar de Seringapatam?

—Junto al arsenal, señor.

—¿Y eso fue por la noche?

Morris asintió con un movimiento de la cabeza.

—Una noche oscura, señor —terció Hakeswill amablemente—, más oscura que el culo de un negro, señor.

El coronel torció el gesto ante la falta de delicadeza del sargento. Gore estaba conteniendo las ganas de meter la mano bajo la casaca y rascarse la barriga. Temía haber contraído la urticaria malabar, una asquerosa dolencia que lo condenaría a semanas de vivir con un bálsamo de manteca de cerdo en su piel, y si la grasa fallaba se vería reducido a bañarse en una solución de ácido nítrico.

—Si estaba oscuro —dijo pacientemente— seguramente no tuvo oportunidad de ver a su asaltante, ¿no?

—No lo vi, señor —respondió sinceramente Morris.

—Pero yo sí, señor —replicó Hakeswill—, y era Sharpy. Lo vi claro como la luz del día, señor.

—¿Por la noche? —preguntó Gore con escepticismo.

—Se quedó trabajando hasta tarde, señor —explicó Hakeswill—, por no haber hecho su trabajo durante el día tal como debe hacer todo cristiano, señor, y abrió la puerta, señor, y el farol estaba encendido, señor, y salió y golpeó al capitán, señor.

—¿Y usted lo vio?

—Tan bien como lo veo a usted ahora, señor —dijo Hakeswill, y el rostro se le convulsionó con una serie de violentos tics.

A Gore se le fue la mano a los botones de su casaca, pero resistió el impulso.

—Si lo vio, sargento, ¿por qué no hizo arrestar a Sharpe? Sin duda había centinelas allí presentes, ¿no?

—Era más importante salvarle la vida al capitán, señor. Así lo consideré yo, señor. Traerlo aquí, señor, y ponerlo al cuidado del señor Micklewhite. No me fío de otros cirujanos, señor. Y tenía que limpiar al señor Morris, señor, tenía que hacerlo.

—¿Se refiere a la sangre?

Hakeswill dijo que no con la cabeza.

—A las sustancias, señor. —Al hablar miraba fija e inexpresivamente por encima de la cabeza de Gore.

—¿Sustancias?

El rostro de Hakeswill tembló.

—Usted perdone, señor, es usted un caballero y quizá no quiera oírlo, señor, pero el sargento Sharpe golpeó al capitán Morris con un orinal, señor. Con un orinal lleno, señor, de líquido y de sólidos.

—¡Oh, Dios! —exclamó Gore al tiempo que dejaba la pluma e intentaba no hacer caso del fuerte picor que le recorría el vientre—. Sigo sin entender por qué no hizo usted nada en Seringapatam —dijo el coronel—. El comandante de la ciudad debería haberlo sabido, ¿no?

—Eso es, señor —respondió Hakeswill con entusiasmo—, porque allí no hay un comandante, al menos uno como Dios manda, a juzgar por cómo realiza sus obligaciones el comandante Stokes, y el resto depende del *killadar* del raja, y no me gusta ver a un casaca roja arrestado por un negro, señor, ni siquiera a Sharpe. Eso no está bien. Y el comandante Stokes no será de ninguna ayuda, señor. A él Sharpe le cae bien, ¿sabe? Le deja vivir con comodidad, señor. Vive de renta y no del sudor de su frente tal como dicen las Escrituras, señor. Dispone de un conjunto de habitaciones y tiene una *bibbi*, y un criado también. Eso no está bien, señor. Demasiadas comodidades, señor, mientras que el resto de nosotros sudamos como los soldados que juramos ser.

Aquella explicación tenía algo de sentido, o al menos Gore entendía que pudiera convencer al sargento Hakeswill, sin embargo seguía habiendo algo extraño en toda aquella historia.

—¿Qué estaba haciendo usted en el arsenal después de anochecer, capitán?

—Cerciorarme de que estuvieran allí todos los carros, señor —respondió Morris—. El sargento Hakeswill me informó de que faltaba uno.

—¿Y faltaba?

—No, señor —dijo Morris.

—Conté mal, señor —dijo Hakeswill—, debido a la oscuridad, señor. —En efecto, Hakeswill le había pedido a Morris que acudiera al arsenal después de anochecer y allí había golpeado al capitán con una viga de madera y, por añadidura, le había echado encima el contenido de un orinal que el comandante Stokes había dejado junto a la puerta de su despacho. Los centinelas se estaban resguardando de la lluvia en el interior del cuartel y nadie había preguntado nada al ver a Hakeswill arrastrando a Morris de vuelta a sus aposentos, porque ver a oficiales borrachos que eran llevados a casa por sargentos o soldados era algo demasiado habitual como para que resultara sorprendente. Lo que importaba era que Morris no había visto a su asaltante y estuvo muy dispuesto a creer la versión de Hakeswill, puesto que Morris confiaba completamente en Hakeswill para todo—. Me siento culpable, señor —siguió diciendo Hakeswill—, por no haber salido detrás de Sharpy, pero creí que mi obligación era cuidar de mi capitán, señor, puesto que le habían derramado un orinal encima.

—¡Ya es suficiente, sargento! —dijo Gore.

—No es un acto cristiano, señor —masculló Hakeswill con resentimiento—. No con un orinal, señor. Así consta en las Escrituras.

Gore se frotó la cara con las manos. La lluvia había suavizado el húmedo calor, pero no demasiado, y la atmósfera le parecía horriblemente opresiva. Tal vez el picor fuera sólo una reacción al calor. Se restregó el vientre con la mano, pero no sirvió de nada.

—¿Por qué iba el sargento Sharpe a atacarle sin advertencia, capitán? —preguntó. Morris se encogió de hombros.

—Es una persona desagradable, señor —expresó débilmente.

—El capitán nunca le cayó bien a Sharpy, señor, nunca —dijo Hakeswill—, y creo, señor, que pensó que el capitán había venido para ordenarle que volviera al batallón, que es donde debería de estar sirviendo como soldado en lugar de vivir de renta, pero él no quiere volver, señor, porque está muy cómodo, señor, y no tiene derecho a estarlo. Nunca ha sabido mantenerse en su lugar, señor, Sharpe no, señor. Está lleno de ínfulas, señor, eso es, y tiene dinero en el bolsillo. Dinero de sus chanchullos, me imagino.

Gore hizo caso omiso de aquella última acusación.

—¿Son graves sus heridas? —le preguntó a Morris.

—Sólo unos cortes y moretones, señor. —Morris se puso derecho en la silla—. Pero no deja de ser un delito sujeto a un consejo de guerra, señor.

—Merecedor de la pena capital, señor —dijo Hakeswill—. Que lo pongan contra la pared, señor, y que Dios se apiade de su alma malvada, que dudo mucho que Dios lo haga, porque Dios tiene cosas mejores por las que preocuparse que por un lamentable pedazo de escoria como Sharpy.

Gore suspiró. Sospechaba que la historia que estaba escuchando no terminaba ahí ni mucho menos, pero cualesquiera que fueran los verdaderos hechos el capitán Morris no dejaba de tener razón. Lo único que importaba era que, según se decía, el sargento Sharpe habría golpeado a un oficial, y no había excusa en el mundo que pudiera explicar de forma convincente una ofensa como aquélla. Cosa que significaba que el sargento Sharpe tendría que ser juzgado y muy probablemente fusilado, y Gore lo lamentaría puesto que había oído cosas muy buenas sobre el joven sargento Sharpe.

—Tenía muchas esperanzas en el sargento Sharpe —comentó el coronel tristemente.

—Se llenó de ínfulas, señor —dijo Hakeswill bruscamente—. Sólo porque hizo volar la mina en Seringapatam, señor, cree que tiene alas y puede volar. Hace falta que se le recorten las plumas, señor, así lo dice en las Escrituras.

Gore le dirigió una mirada llena de desdén al sargento de los tics.

—¿Y qué hizo usted en el asalto a la ciudad, sargento? —le preguntó.

—Cumplir con mi deber, señor, cumplir con mi deber —respondió Hakeswill—. Que es lo único que espero que haga cualquier otro soldado, señor.

Gore sacudió la cabeza con pesar. La verdad es que no había ninguna salida a ese dilema. Si Sharpe había golpeado a un oficial, entonces debía ser castigado.

—Supongo que tendremos que ir a buscarlo y traerlo aquí —admitió Gore.

—Por supuesto —asintió Morris.

Gore frunció el ceño con irritación. ¡Todo aquello era un maldito fastidio! Había esperado con todas sus fuerzas que el 33.º se uniera al ejército de Wellesley que estaba a punto de penetrar en territorio mahratta, pero en lugar de eso el batallón había recibido órdenes de quedarse para proteger Mysore de los bandidos que seguían plagando los caminos y colinas. Ahora, al parecer, con el batallón que ya no daba más de sí, Gore tendría que destacar a un grupo para que arrestara al sargento Sharpe.

—El capitán Lawford podría ir a por él —sugirió.

—No es precisamente un trabajo para un oficial, señor —dijo Morris—. Un sargento podría hacerlo igual de bien.

Gore consideró el asunto. Era cierto que mandar a un sargento sería menos

perjudicial para el batallón que perder a un oficial, y seguramente un sargento podía hacer el trabajo igual de bien que cualquiera.

—¿Cuántos soldados le harían falta? —preguntó Gore.

—Seis, señor —contestó bruscamente Hakeswill—. Yo podría hacerlo con seis hombres.

—Y el sargento Hakeswill es el mejor para ese trabajo —instó Morris. No tenía un especial deseo de quedarse sin los servicios de Hakeswill durante los pocos días que tardaría en ir a buscar a Sharpe, pero Hakeswill había insinuado que en aquel asunto había dinero. Morris no estaba seguro de cuánto, pero tenía deudas y Hakeswill había sido convincente—. El mejor, sin lugar a dudas —añadió.

—Debido a que conozco la astuta manera de hacer las cosas de ese hijo de puta, señor —explicó Hakeswill—, si es que se me disculpa por mi mal hindi.

Gore asintió con un movimiento de la cabeza. Nada le gustaría más que quitarse de encima a Hakeswill durante un tiempo, puesto que aquel hombre suponía una funesta influencia para el batallón. El sargento era una persona odiada, Gore ya se había dado cuenta de ello, pero también era temido, pues declaraba que no lo podían matar. Una vez había sobrevivido a la horca; de hecho, la cicatriz causada por la soga seguía oculta bajo el rígido cuello de cuero y los soldados creían que de algún modo Hakeswill se hallaba bajo la protección de un ángel maligno. El coronel sabía que eso era una tontería, pero aun así, la mera presencia del sargento hacía que se sintiera particularmente incómodo.

—Le diré a mi secretario que redacte sus órdenes, sargento —dijo el coronel.

—¡Gracias, señor! —replicó Hakeswill—. No lo lamentaré, señor. Obadiah Hakeswill nunca ha eludido su deber, señor, no como otros a quienes podría nombrar.

Gore le dijo a Hakeswill que se retirara y éste esperó al capitán Morris bajo el porche del edificio y observó cómo la lluvia caía a mares sobre la calle. El rostro del sargento temblaba y su mirada irradiaba una extraña malevolencia que hizo alejarse poco a poco al único centinela. Pero la verdad era que Obadiah Hakeswill era un hombre feliz. Dios había puesto a Richard Sharpe a su alcance y él iba a hacerle pagar todos los insultos de los últimos años y sobre todo por aquellos espantosos instantes en los que Sharpe había arrojado a Hakeswill entre los tigres del sultán Tippoo. El sargento pensó que las bestias lo atacarían salvajemente, pero había continuado su suerte y los tigres no le hicieron ni caso. Al parecer no hacía ni una hora que les habían dado de comer y por lo tanto el ángel guardián que protegía a Hakeswill había acudido una vez más en su auxilio.

De modo que Obadiah Hakeswill iba entonces a obtener su venganza. Elegiría a seis soldados, seis hombres resentidos en los que se pudiera confiar, se llevarían a Sharpe y luego, en algún lugar de la carretera en el camino de vuelta desde Seringapatam, encontrarían su dinero y después acabarían con él. Muerto a tiros

cuando intentaba escapar, ésa sería la explicación, ¡y adiós y buen viaje! Hakeswill estaba contento y Sharpe condenado.

El coronel McCandless condujo a Sharpe en dirección norte hacia la agreste campiña en la que confluían las fronteras de Hyderabad, Mysore y los estados mahratta.

—Hasta que no oiga lo contrario —le decía McCandless a Sharpe—, yo supongo que nuestro traidor se encuentra en Ahmednuggur.

—¿Eso qué es, señor? ¿Una ciudad?

—Una ciudad y un fuerte, una al lado del otro —respondió el coronel. El gran caballo castrado de McCandless parecía devorar los kilómetros pero la yegua de Sharpe, más pequeña, cabalgaba a un paso desigual. Al cabo de una hora de abandonar Seringapatam Sharpe ya tenía los músculos doloridos, a las dos horas sentía como si tuviera la parte posterior de los muslos ardiendo y a última hora de la tarde el cuero de los estribos había desgastado y atravesado sus pantalones de algodón y el roce había convertido sus pantorrillas en dos manchas ensangrentadas—. Es uno de los bastiones fronterizos de Scindia —siguió diciendo el coronel—, pero dudo que pueda resistir mucho tiempo. Wellesley planea capturarlo y luego seguir atacando hacia el norte.

—¿Así pues vamos a combatir, señor?

—Por supuesto. —McCandless frunció el entrecejo—. ¿Eso le preocupa?

—No, señor —respondió Sharpe, y no le preocupaba. Llevaba una buena vida en Seringapatam, quizá más buena que la que cualquier soldado en cualquier parte había tenido nunca, pero durante los cuatro años que habían pasado entre la caída de Seringapatam y la masacre de Chasalgaon, Sharpe no había oído ni un solo disparo realizado con ira, y una parte de él envidiaba a sus antiguos compañeros del 33.º que realizaban rápidas escaramuzas contra los bandidos y granujas que plagaban el oeste de Mysore.

—Vamos a luchar contra los mahratta —dijo McCandless—. ¿Sabe quiénes son?

—He oído que son unos hijos de puta, señor.

McCandless puso mala cara cuando oyó la sucia expresión de Sharpe.

—Son una confederación de estados independientes, Sharpe —replicó remilgadamente—, que dominan gran parte del oeste de la India. También son unos guerreros y piratas en los que no se puede confiar, a excepción, claro está, de los que se han aliado con nosotros que son románticos, valientes y heroicos.

—¿Hay algunos que están de nuestro lado, señor?

—Unos cuantos. El *peshwa*, por lo pronto, que es su líder, pero le hacen poco caso. Hay otros que se mantienen al margen de esta guerra, pero dos de los príncipes más poderosos han decidido convertirla en una contienda. Uno de ellos se llama

Scindia y es el maharajá de Gwalior; el otro se llama Bhonsla y es el rajá de Berar.

Sharpe trató de ponerse de pie en los estribos para aliviar el dolor de sus posaderas pero con ello sólo consiguió aumentar el roce en sus pantorrillas.

—¿Y qué tenemos nosotros contra esos dos, señor?

—Últimamente les ha dado por hacer incursiones en Hyderabad y Mysore, de modo que ha llegado la hora de que aprendan de una vez por todas.

—¿Y el teniente Dodd se ha unido a su ejército, señor?

—Según hemos oído se ha unido al ejército de Scindia. Pero no me ha llegado mucha información. —El coronel ya le había explicado a Sharpe que había permanecido atento por si había noticias de Dodd desde que el teniente había convencido a sus cipayos para que desertaran; pero entonces se había recibido la terrible noticia sobre Chasalgaon y McCandless, que en aquellos momentos se hallaba viajando hacia el norte para unirse al ejército de Wellesley, había visto el nombre de Sharpe en el informe, de modo que había dado media vuelta y se había dirigido al sur a toda prisa, hacia Seringapatam. Al mismo tiempo había enviado al norte a algunos de sus propios agentes maharatta para que descubrieran el paradero de Dodd—. Deberíamos encontrarnos con ellos hoy —dijo el coronel— o mañana a más tardar.

No había parado de llover, pero tampoco lo hacía con fuerza. El barro salpicaba las ijadas de los caballos y las botas y pantalones blancos de Sharpe. Probó a sentarse medio de lado, a inclinarse hacia delante y a echarse hacia atrás, pero el dolor no cesaba. Nunca le habían gustado mucho los caballos, y a partir de entonces decidió que los odiaba.

—Me gustaría volver a ver al teniente Dodd, señor —le dijo a McCandless mientras cabalgaban los dos bajo los árboles que goteaban.

—Tenga cuidado con él, Sharpe —le advirtió McCandless—. Tiene fama.

—¿Fama de qué, señor?

—De luchador, por supuesto. No es un mero soldado. No lo conozco, claro, pero he oído historias. Ha estado en el norte, sobre todo en Calcuta, y allí se hizo famoso. Fue el primero en lanzarse contra la muralla del *pettah* en Panhapur. No es una muralla propiamente dicha, Sharpe, tan sólo un matorral de espinosos cactus en realidad, pero sus cipayos tardaron cinco minutos en poder seguirle y cuando lo alcanzaron él ya había matado a una docena de enemigos. Es un hombre alto que sabe cómo utilizar una espada y también es un buen tirador con la pistola. En resumen, es un asesino.

—Si tan bueno es, señor, ¿por qué es aún teniente?

El coronel suspiró.

—Me temo que así es como funcionan las cosas en el ejército de la Compañía, Sharpe. Uno no puede comprar su ascenso en el escalafón tal como puede hacerlo en

el ejército del Rey y no se conceden ascensos por buen servicio. Todo va según la antigüedad. Hay que esperar a que se muera alguien, Sharpe. En la Compañía uno debe aguardar su turno y no hay vuelta de hoja.

—¿De modo que Dodd ha estado esperando, señor?

—Durante mucho tiempo. Ahora tiene cuarenta años y dudo que hubiera logrado su capitanía mucho antes de cumplir los cincuenta.

—¿Es por eso que huyó, señor?

—Huyó por lo del asesinato. Afirmó que un orfebre le había estafado dinero e hizo que sus hombres le propinaran al pobre tipo una paliza tan grande que murió. Se le formó consejo de guerra, por supuesto, pero la única sentencia que obtuvo fue de seis meses sin paga. ¡Seis meses sin paga! ¡Eso es tolerar el asesinato, Sharpe! Pero Wellesley insistió en que la Compañía lo despidiera y tenía intención de hacer que juzgaran a Dodd ante un tribunal civil y lo condenaran a muerte, así que Dodd huyó. —El coronel hizo una pausa—. Me gustaría poder decir que lo estamos persiguiendo por el asesinato, Sharpe —siguió diciendo—, pero no es así. Vamos tras él porque convenció a sus hombres para que desertaran. En cuanto empieza la decadencia puede que nunca termine y tenemos que demostrar a los demás cipayos que la desertión siempre será castigada.

Justo antes de anochecer, cuando la lluvia había cesado y Sharpe creía que sus músculos doloridos y sus ensangrentadas pantorrillas iban a hacerle lanzar gemidos de agonía, un grupo de jinetes se acercó a ellos a medio galope. A Sharpe le parecieron *silladars*, los jinetes mercenarios que alquilaban sus servicios, sus armas y sus caballos al ejército británico, y condujo a su yegua hacia el lado izquierdo del camino para dejar paso a aquellos hombres poderosamente armados, pero su líder aminoró el paso al acercarse y luego levantó la mano a modo de saludo.

—¡Coronel! —gritó.

—¡Sevajee! —exclamó McCandless y espoleó a su caballo hacia el indio que se aproximaba. Extendió la mano y Sevajee le dio un fuerte apretón.

—¿Tiene noticias? —preguntó McCandless.

Sevajee movió la cabeza afirmativamente.

—Su hombre se encuentra dentro de Ahmednuggur, coronel. Le han dado el regimiento de Mathers. —Su información lo complacía y sonrió abiertamente para dejar al descubierto unos dientes manchados de rojo. Era un joven vestido con los restos de un uniforme de color verde que Sharpe no reconoció. La casaca tenía charreteras europeas de las que pendían cadenas de plata y sobre ella había sujetos un tahalí y una banda, ambos de seda blanca y los dos con manchas marrones de sangre seca.

—Sargento Sharpe —McCandless hizo las presentaciones—, éste es Syud Sevajee.

Sharpe movió la cabeza a modo de cauteloso saludo.

—*Sahib* —dijo, puesto que había algo en Syud Sevajee que sugería que era una persona de rango.

—El sargento ha visto al teniente Dodd —explicó McCandless—. Él se cerciorará de que capturemos al hombre indicado.

—Mate a todos los europeos —sugirió Sevajee— y así se asegurará. —A Sharpe le dio la impresión de que la sugerencia no era del todo broma.

—Quiero que lo capturen vivo —dijo McCandless con irritación—. Debemos asegurarnos de que se haga justicia. ¿O prefiere que su pueblo crea que un oficial británico puede matar a golpes a un hombre sin que se le castigue por ello?

—Es lo que creen de todas formas —replicó Sevajee con despreocupación—, pero si usted quiere ser escrupuloso, McCandless, entonces capturaremos al señor Dodd. —Los hombres de Sevajee, una docena de guerreros de aspecto salvaje provistos de toda clase de armas, desde arcos y flechas hasta lanzas, habían formado filas detrás de McCandless.

—Syud Sevajee es un mahratta, Sharpe —explicó el coronel McCandless.

—¿Uno de los románticos, señor?

—¿Románticos? —Sevajee repitió la palabra, sorprendido.

—Está de nuestro lado, si a eso se refiere —dijo McCandless.

—No. —Sevajee se apresuró a corregir al coronel—. Soy contrario a Beny Singh y, mientras él viva, yo ayudaré a los enemigos de mi enemigo.

—¿Por qué es ese hombre su enemigo, señor, si no le importa que se lo pregunte? —inquirió Sharpe.

Sevajee tocó la empuñadura de su *tulwar* como si se tratara de un fetiche.

—Porque mató a mi padre, sargento.

—Entonces espero que atrape a ese cabrón, señor.

—¡Sharpe! —exclamó McCandless como reprimenda.

Sevajee se rió.

—Mi padre —le explicó a Sharpe— estaba al mando de uno de los *compoos* del rajá de Berar. Era un gran guerrero, sargento, y Beny Singh era su rival. Invitó a mi padre a un banquete y le sirvió veneno. Eso fue hace tres años. Mi madre se suicidó, pero mi hermano menor está al servicio de Beny Singh y mi hermana es una de sus concubinas. Ellos también morirán.

—¿Y usted escapó, señor? —preguntó Sharpe.

—Yo estaba sirviendo en la caballería de la Compañía de las Indias Orientales, sargento —respondió Sevajee—. Mi padre creía que un hombre debe conocer a su enemigo, de modo que me envió a Madras.

—Allí nos conocimos —terció McCandless bruscamente— y ahora Sevajee está a mi servicio.

—Porque a cambio —aclaró Sevajee— sus bayonetas británicas me entregarán a Beny Singh para mi venganza. Y con él, por supuesto, la recompensa por Dodd. Cuatro mil doscientas rupias, ¿no es así?

—Siempre que sea capturado con vida —dijo McCandless con adustez—, y puede que aumente cuando la junta directiva se entere de lo que hizo en Chasalgaon.

—¡Y pensar que estuve a punto de atraparlo! —comentó Sevajee, y describió cómo él y sus pocos soldados habían visitado Ahmednuggur haciéndose pasar por *brindarries* leales a Scindia.

—¿*Brindarries*? —preguntó Sharpe.

—Igual que *silladars* —le explicó McCandless—. Jinetes que trabajan por cuenta propia. ¿Y vio a Dodd? —le preguntó a Sevajee.

—Le oí, coronel, aunque no me acerqué. Estaba sermoneando a su regimiento, diciéndoles cómo iba a perseguirles a ustedes, los británicos, hasta echarlos de la India.

McCandless se mofó.

—¡Tendrá suerte si logra escapar de Ahmednuggur! ¿Por qué se ha quedado allí?

—¿Para brindarle a Pohlmann una oportunidad para atacar? —sugirió Sevajee—. Su *compo* todavía se hallaba cerca de Ahmednuggur hace unos pocos días.

—¿Sólo un *compo*, señor? —señaló Sharpe—. Un *compo* no va a vencer a Wellesley.

Sevajee le dirigió una larga y especulativa mirada.

—Pohlmann, sargento —dijo—, es el mejor jefe de infantería al servicio de los indios. Nunca ha perdido una batalla y su *compo* probablemente sea el mejor ejército de infantería que hay en la India. Ya son más numerosos que el ejército de Wellesley, pero si Scindia suelta a sus otros *compos*, juntos van a superar en número a su Wellesley en una proporción de tres a uno. Y si Scindia espera a que las tropas de Berar se unan a él, la proporción será de diez a uno.

—¿Entonces por qué vamos a atacar, señor?

—Porque vamos a ganar —afirmó McCandless con firmeza—. Es lo que Dios quiere.

—Porque, sargento —dijo Sevajee—, ustedes los británicos se creen invencibles. Creen que no se les puede derrotar, pero no han luchado contra los mahratta. Su pequeño ejército británico marcha hacia el norte lleno de confianza, pero son como ratones que despiertan a un elefante.

—Unos señores ratones —gruñó McCandless.

—Un señor elefante —replicó Sevajee con delicadeza—. Somos los mahratta, y si no lucháramos entre nosotros gobernaríamos toda la India.

—Aún no se han enfrentado ustedes a la infantería escocesa —dijo McCandless con seguridad—, y Wellesley tiene consigo a dos regimientos escoceses. Por otra

parte, olvida que Stevenson también cuenta con un ejército y no está demasiado lejos. —Dos ejércitos, ambos pequeños, estaban invadiendo la confederación mahatta, aunque Wellesley, el oficial de más antigüedad, tenía el control de ambos—. Me parece que los ratones todavía pueden asustarlos —dijo McCandless.

Pasaron la noche en un pueblo. Al norte, justo al otro lado del horizonte, el cielo tenía un brillo rojizo debido al reflejo de las llamas del humo de miles de fogatas, señal de que el ejército británico se encontraba tan sólo a una corta marcha de distancia. McCandless negoció con el cacique para conseguir comida y alojamiento y luego puso mala cara cuando Sevajee compró una jarra del fortísimo *arrack* local. Sevajee hizo caso omiso de la desaprobación del escocés y fue a reunirse con sus hombres, que estaban jugando en la taberna del pueblo. McCandless sacudió la cabeza.

—Pelea por motivos materialistas, Sharpe, nada más.

—Por eso y por venganza, señor.

—Sí, quiere venganza, y yo se la concederé, pero en cuanto la tenga se nos echará encima como una serpiente. —El coronel se frotó los ojos—. De todas formas es un hombre útil, pero ojalá me sintiera más seguro acerca de todo este asunto.

—¿La guerra, señor?

McCandless sacudió la cabeza en señal de negación.

—La vamos a ganar. No importa en cuántos nos superen, no van a derrotarnos. No, Sharpe, lo que me preocupa es Dodd.

—Lo atraparemos, señor —dijo Sharpe.

El coronel estuvo un rato sin decir nada. Una lámpara de aceite parpadeaba sobre la mesa atrayendo a unas enormes palomillas aladas y con su pálida luz el delgado rostro del coronel tenía un aspecto más cadavérico que nunca. Al final McCandless hizo una mueca.

—Nunca he sido dado a creer en lo sobrenatural, Sharpe, aparte de en la providencia de Dios Todopoderoso. Algunos de mis compatriotas afirman que ven y oyen señales. Hablan de zorros que aúllan cerca de una casa cuando una muerte es inminente, o de focas que llegan a la costa cuando un hombre va a perderse en el mar, pero nunca di crédito a tales cosas. No es más que superstición, Sharpe, superstición pagana, pero no consigo ahuyentar el terror que siento sobre Dodd. —Movié la cabeza lentamente—. Tal vez sea cosa de la edad.

—Usted no es viejo, señor.

McCandless sonrió.

—Tengo sesenta y tres años, Sharpe, y tendría que haberme retirado hace diez años si no fuera porque el Señor ha creído conveniente hacerme útil, pero ahora la Compañía ya no está tan segura de mi valía. Les gustaría darme una pensión, y no puedo culparlos por ello. El salario de todo un coronel es una partida cuantiosa en las

cuentas de la Compañía. —McCandless le dirigió a Sharpe una mirada compungida—. Usted lucha por el rey y la patria, Sharpe, pero yo lucho y muero por los accionistas.

—¡No van a sustituirle nunca, señor! —exclamó Sharpe lealmente.

—Ya lo han hecho —admitió McCandless en voz baja—, o mejor dicho, Wellesley lo ha hecho. Ahora él tiene su propio jefe de inteligencia y la Compañía lo sabe, de modo que me dicen que soy «supernumerario en la institución». —Se encogió de hombros—. Quieren mandarme a cuarteles de invierno, Sharpe, pero me ofrecieron como última misión el arresto del teniente William Dodd, aunque más bien creo que él va ser mi muerte.

—No lo va a ser, señor, no mientras yo esté aquí.

—Por eso está usted aquí, Sharpe —dijo McCandless seriamente—. Él es más joven que yo, está más en forma que yo y es mejor espadachín que yo, por eso pensé en usted. Le vi luchar en Seringapatam y dudo que Dodd pueda hacerle frente.

—No lo hará, señor, no lo hará —dijo Sharpe en tono grave—. Y yo le mantendré a usted con vida, señor.

—Si Dios quiere.

Sharpe sonrió.

—¿No dicen que Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos, señor? Haremos el trabajo, señor.

—Rezo para que tenga razón Sharpe —replicó McCandless—, rezo para que tenga razón. —E iban a empezar en Ahmednuggur, allí donde Dodd aguardaba y donde comenzaría la nueva guerra de Sharpe.

3

A última hora de la tarde del día siguiente, el coronel McCandless llegó con su pequeño destacamento al campamento de sir Arthur Wellesley. Durante la mayor parte de la mañana los había seguido de cerca una banda de jinetes enemigos que, de vez en cuando, se acercaban al galope como invitando a los hombres de Sevajee a que presentaran combate. Sin embargo, McCandless mantuvo a raya a Sevajee y al mediodía una patrulla de jinetes de casacas azules con vueltas amarillas había ahuyentado al enemigo. La caballería de casaca azul pertenecía al 19.º de los Dragones Ligeros; y el capitán al mando del escuadrón saludó alegremente con la mano a McCandless cuando salió a medio galope tras el enemigo que había estado merodeando por el camino con la esperanza de encontrar algún carro de suministros rezagado. Cuatro horas más tarde, McCandless subió a la cima de una suave colina para ver cómo las líneas del ejército se extendían por el campo mientras que, a poco más de seis kilómetros al norte, las rojas murallas de Ahmednuggur se alzaban bajo el sol que iba descendiendo hacia el oeste. Desde aquel ángulo el fuerte y la ciudad parecían formar un solo edificio, una extensa fortificación roja tachonada de bastiones. Sharpe se enjugó el sudor de la cara con el puño de la manga.

—Tiene un aspecto brutal, señor —dijo al tiempo que señalaba con la cabeza hacia los muros.

—La muralla es muy grande —repuso el coronel—, pero no hay zanja, ni glacis, ni defensas. No tardaremos más de tres días en abrir una brecha.

—Pues pobres de los que tengan que entrar por ella —comentó Sevajee.

—Les pagan para eso —replicó McCandless con brusquedad.

Los alrededores del campamento eran un hervidero de hombres y animales. Cada uno de los equinos de la caballería del ejército necesitaba a dos *lascars* que recogieran forraje y dichos hombres se hallaban atareados con hoces mientras que más cerca del centro del campamento había una gran extensión de terreno embarrado, donde los bueyes de tiro y de carga se encontraban cercados. Los *puckalees*, los hombres que llevaban agua a las tropas y a los animales, estaban llenando sus cubos en un depósito que tenía una capa de verdín. Un seto espinoso rodeaba a seis elefantes que pertenecían a los artilleros, y junto las enormes bestias se encontraba el parque de artillería con sus veintiséis cañones; después venían las líneas de los cipayos en las que los niños chillaban, los perros ladraban y las mujeres transportaban sobre la cabeza unas tortas de estiércol de buey para hacer las hogueras nocturnas. La última parte del viaje les llevó a través de las líneas del 78.º, un regimiento de las Highlands con falda escocesa, y los soldados saludaron a McCandless, luego miraron las vueltas rojas de la casaca de Sharpe y exclamaron las consabidas mofas.

—¿Viene a ver cómo lucha un verdadero soldado, sargento?

—¿Ha estado usted alguna vez en un combate de verdad? —replicó Sharpe.

—¿Qué hace aquí un Havercake?

—He venido a darles una lección, muchachos.

—¿De qué? ¿De cocina?

—En el lugar de donde vengo —dijo Sharpe— son las personas que llevan falda las que cocinan.

—Ya basta, Sharpe —saltó McCandless. Al coronel le gustaba llevar la falda escocesa y afirmaba que era una prenda más apropiada que los pantalones para el calor de la India—. Debemos presentar nuestros respetos al general —dijo McCandless, y se dio la vuelta para dirigirse a las tiendas más grandes que había en el centro del campamento.

Habían pasado dos años desde la última vez que Sharpe vio a su antiguo coronel y dudaba que el general de división sir Arthur Wellesley se mostrara entonces más amable que otras veces. Sir Arthur siempre había sido frío como un témpano, parco en su aprobación y terrible a la hora de mostrar su desacuerdo, y la más rápida de sus ojeadas conseguía hacer que Sharpe se sintiera insignificante e incompetente a la vez, de manera que, cuando McCandless desmontó a la entrada de la tienda del general, el sargento se quedó atrás deliberadamente. Wellesley, que todavía era un hombre joven, se encontraba junto a una hilera de seis caballos atados a unos postes y era evidente que estaba de un humor de perros. Un ordenanza vestido con la casaca azul y amarilla del 19.º de Dragones sujetaba por la brida a un enorme semental rucio y Wellesley alternaba unas palmaditas al caballo con bruscas palabras dirigidas a una media docena de edecanes que estaban por allí cerca, encogidos de miedo. Un grupo de oficiales de alto rango, comandantes y coroneles, estaban de pie al lado de la tienda del general, cosa que sugería que la angustia del caballo había interrumpido un consejo de guerra. No había duda de que el semental rucio estaba sufriendo. Temblaba, ponía los ojos en blanco y de su gacha cabeza caían unas gotas de sudor o de babas.

Wellesley se dio la vuelta cuando McCandless y Sevajee se acercaron.

—¿Sabe usted sangrar a un caballo, McCandless?

—Sé cómo clavarle un cuchillo, señor, si es que eso ayuda —respondió el escocés.

—¡Eso no ayuda, maldita sea! —replicó Wellesley ferozmente—. No quiero que lo descuarticen, quiero que lo sangren. ¿Dónde está el veterinario?

—Lo estamos buscando, señor —contestó un edecán.

—¡Pues encuéntrenlo, maldita sea! ¡Tranquilo, muchacho, tranquilo! —Esas tres últimas palabras fueron dirigidas en un tono tranquilizador al caballo, que dejó escapar un débil relincho—. Tiene fiebre —le explicó Wellesley a McCandless—, y

si no se le hace una sangría morirá.

Un mozo de cuadra se acercó al general a toda prisa con una lanceta y un martinete que ofreció a Wellesley sin mediar palabra.

—No sirve de nada que me los dé a mí —le dijo el general con brusquedad—, yo no sé sangrar un caballo. —Miró a sus ayudantes de campo y luego a los oficiales de alto rango que estaban junto a la tienda—. Alguien debe de saber hacerlo —suplicó Wellesley. Todos eran hombres que convivían con los caballos y que profesaban amarlos. Sin embargo, ninguno sabía cómo hacerle una sangría a un equino, puesto que eso era una tarea que se dejaba para los criados. Finalmente, un comandante escocés aseguró tener una idea bastante aproximada de cómo se realizaba dicha operación y se le entregaron la lanceta y su martillo. Él se despojó de su casaca roja, eligió una de las hojas de la lanceta al azar y se acercó al tembloroso semental. Colocó la hoja en el cuello del caballo y echó hacia atrás el martillo con la mano derecha.

—¡Así no! —espetó Sharpe—. ¡Lo matará! —Una veintena de soldados se lo quedaron mirando fijamente mientras que el comandante escocés, con la hoja sin clavar, pareció bastante aliviado—. Tiene la hoja mal puesta, señor —explicó Sharpe—. Tiene que colocarla alineada con la vena, señor, no cruzándola. —Se había sonrojado al expresar su opinión delante del general y todos los oficiales de alto rango del ejército.

Wellesley miró a Sharpe con el ceño fruncido.

—¿Sabe usted sangrar a un caballo?

—No sé montar a estas bestias, señor, pero sí que sé cómo sangrarlas. Trabajé en el patio de una posada —añadió Sharpe, como si eso fuera explicación suficiente.

—¿Alguna vez le ha hecho una sangría a alguno? —quiso saber Wellesley. No demostró la más mínima sorpresa al ver a un soldado de su antiguo batallón en el campamento, pero a decir verdad estaba demasiado trastornado por el sufrimiento de su semental para preocuparse por los simples soldados.

—He sangrado a docenas de ellos, señor —respondió Sharpe, lo cual era cierto, pero dichos caballos habían sido unas enormes y pesadas bestias de carga y estaba claro que aquel semental blanco era un pura sangre.

—Entonces hágalo, maldita sea —dijo el general—. ¡No se quede ahí parado, hágalo!

Sharpe tomó la lanceta y el martinete de manos del comandante. La lanceta parecía un cortaplumas deforme y en el interior de su estuche metálico había una docena de hojas plegadas. A dos de ellas se les había dado forma de gancho en tanto que el resto tenían forma de cuchara. Sharpe eligió una cuchara de tamaño medio, comprobó que ésta estuviera afilada, plegó y apartó las demás hojas y entonces se acercó al caballo.

—Tendrá que sujetarlo con fuerza —le dijo al ordenanza de los Dragones.

—Puede llegar a ser muy brioso, sargento —le advirtió el ordenanza en voz baja, ansioso por no provocar otro arrebato de Wellesley.

—Pues agárrelo fuerte —le replicó Sharpe al ordenanza, luego acarició el cuello del caballo mientras palpaba buscando la yugular.

—¿Cuánta sangre va a dejar salir? —preguntó Wellesley.

—Tanta como haga falta, señor —contestó Sharpe, que en realidad no tenía ni idea de cuánta sangre debía derramar. La suficiente para que pareciera bien hecho, creía él. El caballo estaba nervioso y trató de alejarse del ordenanza—. Acarícielo, señor —le dijo Sharpe al general—. Hágale saber que no es el fin del mundo.

Wellesley le tomó la cabeza del animal al ordenanza y le acarició el hocico.

—No pasa nada, *Diomedes* —le dijo—, vamos a hacer que te sientas mejor. Adelante, Sharpe.

Sharpe había encontrado la yugular y colocó entonces la afilada curva de la hoja con forma de cuchara sobre la vena. Sostuvo el cuchillo con la mano izquierda y el martinete con la derecha. El martinete era una pequeña vara de madera que se necesitaba para hacer penetrar la hoja de la lanceta en la gruesa piel de un caballo.

—Muy bien, muchacho —le murmuró al equino—, no será más que un pinchazo, nada malo. —Y entonces dio un fuerte golpe a la hoja con el extremo romo del palo.

La lanceta se clavó directamente en la vena atravesando el pelo, la piel y la carne y el caballo se encabritó, pero Sharpe, que ya se esperaba esa reacción, sujetó la lanceta en su sitio mientras la sangre caliente salía a chorros por encima de su chacó.

—¡Sujételo! —le dijo bruscamente a Wellesley. El general no pareció encontrar nada extraño en el hecho de que un sargento le diera órdenes y obedientemente le bajó la cabeza a *Diomedes*—. Eso es, eso es, manténgalo así, señor, manténgalo así. —Y torció ligeramente la lanceta para abrir el corte en la vena y dejar así que la sangre saliera al ritmo del pulso. Descendió, encarnada, por la blanca ijada del animal, mojó la casaca roja de Sharpe y formó un charco a sus pies.

El caballo temblaba, pero Sharpe tuvo la sensación de que el semental se estaba calmando. Disminuyendo la presión en la lanceta pudo reducir el flujo de la sangre, al cabo de un rato lo redujo a un hilito y entonces, cuando el caballo hubo dejado de temblar, Sharpe extrajo la hoja. Tenía la mano y el brazo derechos empapados de sangre.

Se escupió en la mano izquierda, limpia, y lavó la pequeña herida.

—Creo que sobrevivirá, señor —le dijo al general—, pero sería de ayuda un poco de jengibre con la comida. —Era otro truco que había aprendido en la taberna de posta.

Wellesley le acarició el hocico a *Diomedes* y el caballo, repentinamente indiferente al alboroto que había en torno a él, bajó la cabeza y se puso a pacer en una

triste mata de hierba. El general sonrió, se le había pasado el mal humor.

—Le estoy enormemente agradecido, Sharpe —dijo Wellesley al tiempo que dejaba la brida en manos de su ordenanza—. Por Dios que le estoy enormemente agradecido —repitió con entusiasmo—. Es la sangría más bien realizada que jamás he visto. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un *haideri* que le ofreció a Sharpe—. Bien hecho, sargento.

—Gracias, señor —le respondió Sharpe aceptando la moneda. Era una recompensa generosa.

—Como nuevo, ¿eh? —dijo Wellesley mientras admiraba al caballo—. Fue un regalo.

—Un regalo caro —observó secamente McCandless.

—Un regalo con valor —replicó Wellesley—. El pobre Ashton me lo dejó en su testamento. ¿Conocía usted a Ashton, McCandless?

—Por supuesto, señor. —Henry Ashton había sido coronel del 12.º, un regimiento de Suffolk apostado en la India, y había muerto tras recibir una bala en el hígado en el transcurso de un duelo.

—Una maldita pena —dijo Wellesley—, pero un regalo estupendo. Pura sangre árabe, McCandless.

Gran cantidad de esa pura sangre árabe parecía empapar a Sharpe, pero el general estaba encantado con la súbita mejoría experimentada por el animal. De hecho, Sharpe nunca había visto a Wellesley tan animado. Sonrió mientras contemplaba al caballo, luego le dijo al ordenanza que hiciera andar a *Diomedes* arriba y abajo y sonrió aún más ampliamente al observar al animal en movimiento. Entonces, consciente de pronto de que los hombres que había a su alrededor disfrutaban divertidos ante su propia alegría, su rostro volvió a adoptar su habitual máscara de frialdad.

—Le estoy muy agradecido, Sharpe —volvió a decir una vez más, luego se dio la vuelta y caminó hacia su tienda—. ¡McCandless! ¡Venga y cuénteme qué noticias trae!

McCandless y Sevajee siguieron al general y a sus edecanes al interior de la tienda y dejaron a Sharpe intentando limpiarse la sangre de las manos. El ordenanza de los Dragones le sonrió.

—Es un caballo de seiscientos guineas el que acaba de sangrar, sargento —le dijo.

—¡Demonios! —exclamó Sharpe mirando con incredulidad al dragón—. ¡Seiscientos!

—Las debe de valer. Es el mejor caballo de la India, *Diomedes*, sí señor.

—¿Y usted es quien lo cuida? —inquirió Sharpe.

El ordenanza dijo que no con la cabeza.

—El general tiene mozos de cuadra para que cuiden de sus caballos, y el

veterinario para sangrarlos y herrarlos. Mi trabajo consiste en seguirle en la batalla, ¿sabe? Y cuando un caballo se cansa le doy otro.

—¿Y va arrastrando a esos seis caballos por ahí? —preguntó Sharpe, asombrado.

—No a todos —contestó el dragón—, sólo a dos o tres. De todos modos, no debería tener seis caballos. Sólo necesita cinco, pero no encuentra a nadie que le compre el que le sobra. No conocerá usted a nadie que quiera comprar un caballo, ¿no?

—A cientos de cabrones —respondió Sharpe al tiempo que hacía un gesto en dirección al campamento—. Todos los malditos soldados de infantería que hay allí, para empezar.

—Es suyo si tienen cuatrocientas guineas —dijo el ordenanza—. Es ese caballo castrado zaino, ¿lo ve? —lo señaló—. Seis años y es un pedazo de pan.

—A mí no me mire —dijo Sharpe—. Odio a esas malditas cosas.

—¿En serio?

—Son unas bestias apestosas y llenas de bultos. Soy más feliz con los pies en el suelo.

—Vea el mundo a lomos de un caballo —dijo el dragón— y las mujeres se fijarán en usted.

—De modo que no son del todo inútiles —terció Sharpe, y el ordenanza sonrió. Era un joven alegre de cara redonda, de alborotado cabello castaño y viva sonrisa—. ¿Y cómo es que le han nombrado ordenanza del general? —le preguntó Sharpe.

El dragón se encogió de hombros.

—Le pidió a mi coronel que le diera a alguien y me eligieron a mí.

—¿No le importa?

—No es mal tipo —dijo el ordenanza señalando con la cabeza en dirección a la tienda de Wellesley—. No sonrío muy a menudo, al menos no de la misma manera en que lo hacemos usted y yo, pero es un hombre justo.

—Eso es bueno. —Sharpe extendió su ensangrentada mano—. Me llamo Dick Sharpe.

—Daniel Fletcher —dijo el ordenanza—, de Stoke Poges.

—Nunca lo había oído nombrar —comentó Sharpe—. ¿Dónde puedo limpiarme un poco?

—En la tienda de la cocina, sargento.

—¿Y unas botas de montar? —preguntó Sharpe.

—Busque a un soldado muerto en Ahmednuggur —respondió Fletcher—. Le saldrá más barato que si me compra las mías.

—Eso es cierto —dijo Sharpe, y se fue renqueando hacia la tienda de la cocina. La cojera era debida a los músculos doloridos tras largas horas en la silla. Había comprado un trozo de tela de algodón en el pueblo donde habían pasado la noche y la

había rasgado en tiras con las que se envolvió las pantorrillas para protegerlas de las correas del estribo, pero le seguían doliendo. Por Dios que odiaba a esos malditos caballos, pensó.

Se lavó las manchas más grandes de la sangre de *Diomedes* de la cara y las manos, diluyó las que tenía en el uniforme y después regresó para esperar a McCandless. Los soldados de Sevajee seguían a lomos de sus caballos y miraban fijamente hacia la lejana ciudad que estaba coronada por una mancha de humo. Sharpe oía el murmullo de voces dentro de la tienda del general, pero no prestó atención. No era asunto suyo. Se preguntó si podría gorronear una tienda para su propio uso, puesto que ese día ya había llovido y Sharpe se imaginaba que podría volver a hacerlo. Sin embargo, el coronel McCandless no era muy dado a las tiendas, las ridiculizaba diciendo que eran un lujo propio de mujeres y prefería buscar refugio entre los vecinos del lugar o, en caso de no haber ninguna granja o establo disponibles, dormir alegremente bajo las estrellas o la lluvia. Una pinta de ron, pensó Sharpe, tampoco estaría de más.

—¡Sargento Sharpe! —la conocida voz de Wellesley irrumpió en sus pensamientos y Sharpe se volvió para ver que su antiguo oficial al mando salía de la tienda grande.

—¡Señor! —Sharpe se puso firme.

—¿Así que el coronel McCandless lo ha tomado a usted prestado del comandante Stokes? —preguntó Wellesley.

—Sí, señor —respondió Sharpe. El general iba con la cabeza descubierta y Sharpe vio que las sienes le habían encanecido prematuramente. Wellesley parecía haberse olvidado del buen trabajo que Sharpe había hecho con su caballo, puesto que su rostro de larga nariz era tan poco amistoso como siempre.

—¿Y vio usted a ese tal Dodd en Chasalgaon?

—Sí, señor.

—Es un asunto repugnante —dijo Wellesley—, repugnante. ¿Mató a los heridos?

—A todos ellos, señor. A todos menos a mí.

—¿Y por qué a usted no? —preguntó Wellesley con frialdad.

—Estaba cubierto de sangre, señor. Totalmente empapado.

—Parece ser que está en esas condiciones la mayor parte del tiempo, sargento —dijo Wellesley con tan sólo el esbozo de una sonrisa y a continuación se volvió hacia McCandless—. Le deseo que disfrute de la cacería, coronel. Haré todo lo que pueda para ayudarlo, pero voy escaso de hombres, lamentablemente escaso.

—Gracias, señor —repuso el escocés que luego observó cómo el general volvía a entrar en su gran tienda, abarrotada de oficiales de casaca roja—. Parece ser —le dijo McCandless a Sharpe cuando el general ya se había ido— que no estamos invitados a cenar.

—¿Esperaba estarlo, señor?

—No —respondió McCandless—, y tampoco tengo nada que hacer en esa tienda esta noche. Están planeando un asalto para mañana al alba.

Por un momento Sharpe pensó que debía de haberlo entendido mal. Miró en dirección norte hacia la muralla de la gran ciudad.

—¿Mañana, señor? ¿Un asalto? ¡Pero si acaban de llegar hoy mismo y no hay una brecha!

—No hace falta ninguna brecha para una escalada, sargento —replicó McCandless—. En una escalada no hay más que usar las escaleras y asesinar.

Sharpe frunció el ceño.

—¿Escalada? —Había oído antes esa palabra, pero no estaba del todo seguro de saber lo que significaba.

—Uno marcha directo hacia la fortificación, Sharpe, lanza las escaleras contra la muralla y trepa. —McCandless sacudió la cabeza—. No hay artillería de apoyo, no hay brecha, no hay trincheras para poderte acercar, de manera que uno debe aceptar las bajas y abrirse paso entre los defensores. No es agradable, Sharpe, pero puede funcionar. —El tono del escocés seguía siendo de desaprobación. Estaba conduciendo a Sharpe lejos de la tienda del general, buscando un lugar sobre el que extender su manta. Sevajee y sus hombres les seguían e iba andando lo bastante cerca como para poder escuchar las palabras de McCandless—. Las escaladas pueden funcionar bien contra un enemigo inestable —siguió diciendo el coronel—, pero no estoy nada convencido de que los maharatta sean poco firmes. Dudo que lo sean en absoluto, Sharpe. Son peligrosos como serpientes y normalmente tienen a mercenarios árabes en sus tropas.

—¿Árabes, señor? ¿De Arabia?

—Por lo general es de allí de donde proceden —confirmó McCandless—. Son unos combatientes muy peligrosos, Sharpe.

—Buenos combatientes —intervino Sevajee—. Contratamos a centenares de ellos cada año. Hombres hambrientos, sargento, que llegan de su desnuda tierra con espadas afiladas y largos mosquetes.

—No sirve de nada subestimar a un árabe —asintió McCandless—. Pelean como demonios, pero Wellesley es un hombre impaciente y quiere terminar con este asunto. Está empeñado en que no se esperarán una escalada y por lo tanto no estarán preparados para ello, y ruego a Dios que tenga razón.

—¿Entonces qué hacemos, señor? —preguntó Sharpe.

—Nosotros vamos tras el asalto, Sharpe, y ruegue a Dios Todopoderoso que nuestros grupos de escalada logren entrar en la ciudad. Una vez dentro iremos a la caza de Dodd. Ése es nuestro trabajo.

—Sí, señor —repuso Sharpe.

—Y en cuanto hayamos atrapado al traidor lo llevamos a Madras, lo sometemos a juicio y hacemos que lo ahorquen —dijo McCandless con satisfacción, como si la tarea ya estuviera hecha. Sus sombríos presentimientos de la noche anterior parecían haberse desvanecido. Se había detenido en un trozo de terreno despejado—. Parece un buen alojamiento. No hay más lluvia en perspectiva, creo, por lo que deberíamos de estar cómodos.

¡Y un cuerno!, pensó Sharpe. Una cama al raso, sin ron, un combate por la mañana y sólo Dios sabía qué clase de diablos les esperaban al otro lado de las murallas, pero durmió de todos modos.

Y se despertó cuando aún era de noche para ver las imprecisas figuras de los soldados que pasaban con largas escaleras apoyadas en sus hombros. Faltaba poco para que amaneciera y llegaba la hora de la escalada. Hora de usar las escaleras y asesinar.

Sanjit Pandee era *killadar* de la ciudad, lo cual significaba que estaba al mando de la guarnición de Ahmednuggur en nombre de su señor, Dowlut Rao Scindia, maharajá de Gwalior, y en principio todos los soldados de la ciudad, si bien no los de la fortaleza adyacente, estaban a las órdenes de Pandee. Así pues, ¿por qué el comandante Dodd había expulsado a las tropas de Pandee de la torre de entrada del norte y las había sustituido por sus propios hombres? Pandee no había mandado ninguna orden, pero la acción se había realizado de todos modos y nadie podía explicar el motivo, y cuando Sanjit Pandee envió un mensaje al comandante Dodd y le exigió una respuesta, al mensajero se le dijo que esperara y, por lo que el *killadar* sabía, aún estaba esperando.

Finalmente Sanjit Pandee se armó de valor para enfrentarse al comandante en persona. Despuntaba el día, una hora en la que normalmente el *killadar* no estaba levantado, y encontró a Dodd y a un grupo de sus oficiales de casaca blanca en la muralla sur, desde la cual el comandante se hallaba observando el campamento británico a través de un pesado telescopio montado sobre un trípode. A Sanjit Pandee no le gustaba molestar al alto Dodd, que se veía obligado a encorvarse incómodamente porque el trípode no podía levantar la lente a la altura de sus ojos. El *killadar* se aclaró la garganta pero eso no surtió efecto, entonces rascó un pie contra la banqueta y Dodd siguió sin mirarlo siquiera, así que al final exigió su explicación, aunque lo hizo en unos términos muy floridos, no fuera el caso que ofendiera al inglés. Sanjit Pandee ya había perdido la batalla por el erario de la ciudad, que Dodd sencillamente había requisado sin ni siquiera pedir permiso, y el *killadar* tenía miedo de aquel extranjero con cara de pocos amigos.

—Dígale a este condenado —le dijo Dodd a su intérprete sin apartar la vista del telescopio— que me está haciendo perder el puñetero tiempo. Dígale que se vaya a

hacer gárgaras.

El intérprete de Dodd, que era uno de sus oficiales indios más jóvenes, le sugirió cortésmente al *killadar* que la atención del comandante Dodd se encontraba acaparada por el enemigo que se aproximaba, pero que en cuanto tuviera un momento disponible, el comandante estaría encantado de tener una conversación con el honorable *killadar*.

El *killadar* miró hacia el sur. Jinetes, británicos e indios, deambulaban muy por delante de la columna enemiga que se acercaba. No es que Sanjit Pandee pudiera ver bien la columna, sólo un borrón oscuro entre el distante verde que imaginó que sería el enemigo. Sus pies no levantaban polvo, pero eso era debido a la lluvia que había caído el día anterior.

—¿De verdad se acerca el enemigo? —inquirió con educación.

—¡Pues claro que no se acerca, maldita sea! —dijo Dodd al tiempo que se ponía derecho y se frotaba la espalda a la altura de los riñones—. Está huyendo aterrorizado.

—El enemigo, en efecto, se está aproximando, *sahib* —terció el intérprete con deferencia.

El *killadar* recorrió con la mirada sus defensas y se tranquilizó al ver en la banqueta a todo el grueso del regimiento de Dodd y, junto a ellos, las figuras enfundadas en túnicas de sus mercenarios árabes.

—Los cañones de su regimiento —le dijo al intérprete—, ¿no están aquí?

—Dígale a ese cabrón entrometido que he vendido todos los malditos cañones al enemigo —gruñó Dodd.

—Los cañones están situados allí donde resultarán más útiles, *sahib* —le aseguró el intérprete al *killadar* con una sonrisa deslumbrante, y el *killadar*, que sabía que los cinco pequeños cañones estaban en la puerta norte apuntando hacia la ciudad más que hacia la llanura, dio un suspiro de frustración. Los europeos podían llegar a ser una gente muy difícil.

—¿Y los trescientos soldados que el comandante ha colocado en la puerta norte? —dijo Sanjit Pandee—. ¿Es porque espera un ataque por ese punto?

—Pregúntele a este idiota por qué iban a estar allí si no —le ordenó Dodd al intérprete, pero no hubo tiempo para decirle nada más al *killadar* puesto que unos gritos provenientes de las murallas anunciaron la aproximación de tres jinetes enemigos. Los emisarios cabalgaban bajo una bandera blanca, pero algunos de los árabes estaban apuntando sus fusiles de mecha de largo cañón contra los jinetes que se acercaban y el *killadar* mandó rápidamente a algunos edecanes a que les dijeran a los mercenarios que no abrieran fuego.

—Han venido a ofrecernos *cowle* —dijo el *killadar* mientras se apresuraba hacia la puerta sur. El *cowle* era una oferta de condiciones, una oportunidad para que los

defensores se rindieran antes de enfrentarse a los horrores de un asalto, y Pandee tenía la esperanza de poder alargar las negociaciones el tiempo suficiente para convencer al comandante Dodd de que trajera de vuelta a los trescientos hombres de la puerta norte.

El *killadar* vio que los tres jinetes se dirigían hacia la puerta sur que se hallaba coronada por una torre cuadrada de la que ondeaba la chillona bandera verde y escarlata de Scindia. Para llegar a la torre el *killadar* tuvo que bajar corriendo unas escaleras de piedra porque el sector de muralla que estaba justo al oeste de la puerta no tenía banqueta, sino que era simplemente un alto y liso muro de piedra roja. Pasó corriendo junto al muro y luego subió otras escaleras para llegar a la torre de la puerta en el preciso momento en que los tres jinetes frenaron sus caballos bajo ella.

Dos de los jinetes eran indios en tanto que el tercero era un oficial británico y, en efecto, se habían acercado para ofrecerle *cowle* a la ciudad. Si el *killadar* se rendía, gritó uno de los indios, a los defensores de la ciudad se les permitiría salir de Ahmednuggur con todas sus armas de mano y todos los efectos personales que pudieran llevar consigo. El general Wellesley garantizaría a la guarnición un camino seguro hasta el río Godavery, al otro lado del cual se había retirado el *compo* de Pohlmann. El oficial terminó exigiendo una respuesta inmediata.

Sanjit Pandee vaciló. El *cowle* era generoso, sorprendentemente generoso, y estuvo tentado de acceder porque no moriría nadie si aceptaba las condiciones. En aquellos momentos podía ver claramente la columna que se acercaba y le pareció una mancha roja que bañaba la llanura. Allí habría cañones, y sólo los dioses sabían cuántos mosquetes. Entonces echó un vistazo a izquierda y derecha y vio la tranquilizadora altura de sus murallas, vio las túnicas blancas de sus temibles árabes y consideró qué diría Dowlut Rao Scindia si dócilmente rendía Ahmednuggur. Scindia se enojaría, y un Scindia enojado tenía tendencia a poner a cualquiera que lo hubiese irritado debajo de la pata de un elefante. La tarea del *killadar* era entretener a los británicos frente a Ahmednuggur mientras Scindia reunía a sus aliados y preparaba así el enorme ejército que aplastaría al invasor. Sanjit Pandee suspiró.

—No puede haber ningún *cowle* —les gritó a los tres mensajeros de Wellesley, y los jinetes no trataron de hacerle cambiar de opinión. Tiraron de las riendas, espolearon sus caballos y se alejaron—. Ellos quieren una batalla —dijo el *killadar* con tristeza—, quieren un botín.

—Por eso han venido aquí —replicó un edecán—. Su tierra es árida.

—Yo he oído que es muy verde —dijo Sanjit Pandee.

—No, *sahib*, es árida y seca. ¿Por qué si no iban a estar aquí?

La noticia de que el *cowle* había sido rechazado se extendió por las murallas. Nadie había esperado lo contrario, pero el reticente desafío del *killadar* alegró a los defensores, cuyas filas se engrosaban a medida que la gente de la ciudad subía a la

banqueta para ver al enemigo que se aproximaba.

Dodd puso mala cara cuando vio que las mujeres y los niños acudían en masa a las murallas para contemplar al enemigo.

—¡Sáquenlos de ahí! —le ordenó a su intérprete—. Sólo quiero a las compañías de servicio allí arriba. —Se quedó mirando mientras se obedecían sus órdenes—. No va a ocurrir nada en tres días —les aseguró a sus oficiales—. Mandarán a tiradores para que nos hostiguen, pero los tiradores no pueden hacernos daño si no asomamos la cabeza por encima de las murallas. Así que dígales a los soldados que mantengan la cabeza agachada. Y que nadie dispare a los tiradores, ¿entendido? No tiene sentido desperdiciar buenas balas contra ellos. Abriremos fuego dentro de tres días.

—¿Dentro de tres días, señor? —preguntó un joven oficial indio.

—Esos cabrones tardarán un día para establecer las baterías y dos días más para abrir una brecha —pronosticó Dodd con seguridad—. Y al cuarto día esos hijos de puta se acercarán, así que de momento no hay nada por lo que ponerse nerviosos. —El comandante decidió sentar ejemplo de indiferencia ante el enemigo—. Me voy a desayunar —les dijo a sus oficiales—. Volveré cuando esos cabrones empiecen a cavar las zanjas para colocar las baterías y abrir la brecha.

El alto comandante bajó corriendo las escaleras y desapareció por los callejones de la ciudad. El intérprete volvió a mirar la columna que se acercaba y luego puso el ojo en el telescopio. Buscaba los cañones, pero al principio sólo vio una concentración de soldados con casacas rojas con el extraño jinete entre sus filas, después vio algo raro. Algo que no comprendía.

Algunos de los soldados de las primeras filas transportaban escaleras. Frunció el ceño; detrás de las rojas tropas divisó luego algo que le resultaba más familiar e inclinó el antejo para poder ver la artillería enemiga. Sólo había cinco cañones, uno de los cuales era arrastrado por soldados y los cuatro mayores por elefantes, y tras la artillería había más casacas rojas. Aquéllos vestían faldas estampadas y unos sombreros altos y negros y el intérprete se alegró de estar al otro lado de la muralla, porque de alguna forma los hombres con falda tenían un aspecto aterrador.

Volvió a mirar las escaleras y la verdad es que no entendía lo que veía. Había tan sólo cuatro escaleras, de modo que estaba claro que no tenían intención de apoyarlas contra el muro. Tal vez, pensó él, los británicos planeaban construir una torre de observación para poder mirar por encima de la fortificación, y dicha explicación tenía sentido. No comprendió que no iba a haber ningún asedio, que iba a tener lugar una escalada; el enemigo no tenía planeado abrir una brecha en la muralla, sino trepar directamente por encima de ella. No habría espera, ni excavaciones, ni zapas, ni baterías, ni brecha. Únicamente habría una carga, un griterío, un torrente de fuego y luego la muerte bajo el sol de la mañana.

—Lo importante, Sharpe —dijo McCandless—, es que no le maten.

—No tengo ningún interés en ello, señor.

—Nada de heroicidades, Sharpe. No es su trabajo. Nosotros nos limitaremos a seguir a los héroes hacia el interior de la ciudad, buscar al señor Dodd y después volver a casa.

—Sí, mi coronel.

—De modo que no se aleje de mí, y yo no voy a alejarme del grupo del coronel Wallace, así que si me pierde, búsquele a él. Ése de allí es Wallace, ¿lo ve? — McCandless señaló a un oficial alto y con la cabeza descubierta que cabalgaba al frente del 74.º

—Ya lo veo, señor —dijo Sharpe. Él iba montado en el caballo de repuesto de McCandless y la altura añadida le permitía ver por encima de las cabezas de los soldados del 74.º del Rey que marchaban frente a él. Más allá de los Highlanders las murallas de la ciudad tenían un color rojo oscuro bajo los primeros rayos de sol y en su cima podía distinguir el esporádico destello de un mosquete que aparecía entre los merlones en forma de cúpula que remataban la fortificación. Unos enormes bastiones redondos se alzaban cada cien metros y tenían unas oscuras troneras que Sharpe supuso esconderían los cañones de los defensores. Las estatuas de colores brillantes de la torre de un templo se dejaban ver por encima de las murallas y un montón de banderas pendían sobre la puerta. Nadie disparó todavía. Los británicos se hallaban al alcance de los cañones, pero los defensores mantenían en calma su artillería.

Entonces, la mayor parte de las fuerzas británicas se pararon en seco a unos ochocientos metros de las fortificaciones mientras los tres grupos de asalto se organizaban. Dos de los grupos atacantes escalarían las murallas, uno a la izquierda de la puerta y otro a la derecha, y ambos irían encabezados por soldados escoceses y cipayos de refuerzo. El 78.º del Rey, el regimiento de las faldas escocesas, atacaría las murallas por la izquierda mientras que sus compatriotas, los Highlanders del 74.º, asaltarían por la derecha. El tercer ataque sería en el centro y a la cabeza iría el coronel del 74.º, William Wallace, que también comandaba una de las dos brigadas de infantería y que evidentemente era un viejo amigo de McCandless, puesto que, al ver a su compatriota escocés, Wallace retrocedió a caballo atravesando las filas de su regimiento para saludarlo con afectuosa confianza. El coronel dirigiría a los soldados del 74.º en un ataque contra la puerta y su plan era llevar hasta allí un cañón de seis libras, colocarlo contra los enormes portones de madera y luego disparar la pieza para abrir la entrada.

—Ninguno de nuestros cuatro artilleros lo ha hecho nunca —le contó Wallace a McCandless— y han insistido en ponerle una bala al cañón, pero yo juro que mi madre me dijo que nunca debe cargarse un proyectil para abrir puertas. Una doble carga de pólvora, me enseñó ella, y nada más.

—¿Su madre le contó eso, Wallace? —preguntó el coronel McCandless.

—Su padre era un artillero, ¿sabe?, y la educó bien. Pero no puedo convencer a nuestros artilleros de que no pongan la bala. Son unos testarudos, sí señor. Ingleses todos ellos, por supuesto. No se les puede enseñar nada. —Wallace le ofreció a McCandless su cantimplora—. Es té frío, McCandless, nada que pueda mandar su alma a la perdición.

McCandless tomó un trago del té y luego le presentó a Sharpe.

—Es el tipo que voló la mina del Tippoo en Seringapatam —le dijo a Wallace.

—¡He oído hablar de usted, Sharpe! —exclamó Wallace—. Un trabajo magnífico, sargento, bien hecho. —Y el escocés se inclinó para darle la mano a Sharpe. Era un hombre de mediana edad con una calvicie incipiente, un rostro agradable y una sonrisa fácil—. ¿Quiere un poco de té frío, Sharpe?

—Tengo agua, señor, gracias —respondió Sharpe al tiempo que le daba unas palmaditas a su cantimplora que estaba llena de ron, un regalo de Daniel Fletcher, el ordenanza del general.

—Ya me perdonará si voy a ocuparme de mi trabajo —le dijo Wallace a McCandless mientras recuperaba su cantimplora—. Lo veré dentro de la ciudad, McCandless. Que tengan un buen día los dos. —Wallace espoleó su caballo y regresó a la cabeza de su columna.

—Un hombre estupendo —dijo McCandless con afecto—, estupendo, ya lo creo.

Sevajee y su docena de soldados se acercaron al paso para reunirse con McCandless. Todos llevaban casacas rojas porque tenían pensado entrar en la ciudad con McCandless y ninguno de ellos quería que le confundieran con el enemigo, aunque de alguna manera esas casacas desabrochadas que les había prestado un batallón cipayo les daban más aspecto de piratas que nunca. Todos llevaban *tuhuars* sin vaina, unos sables curvos que habían afilado a conciencia al amanecer. Sevajee creía que no habría tiempo para apuntar los fusiles una vez estuvieran dentro de Ahmednuggur. Entrar, cargar contra cualquiera que oponga resistencia y arremeter con fuerza.

Los dos grupos de escalada empezaron a avanzar. Cada uno de ellos disponía de un par de escaleras y ambos iban encabezados por los soldados que se habían ofrecido voluntarios para ser los primeros en subir por los travesaños. En aquellos momentos el sol ya asomaba entero por encima del horizonte y Sharpe pudo ver más claramente las murallas. Calculó que tendrían unos seis metros de altura, centímetro más o menos, y el reflejo de los cañones en todas y cada una de las troneras y aspilleras indicaba que iban a ser bien defendidas.

—¿Alguna vez ha visto una escalada, Sharpe? —le preguntó McCandless.

—No, señor.

—Es un asunto arriesgado. Son muy frágiles, las escaleras. Es desagradable ser el

primero en subir.

—Muy desagradable, señor.

—Y si falla le proporciona confianza al enemigo.

—Entonces, ¿por qué se hace, señor?

—Porque si tiene éxito le baja el ánimo al enemigo. Nos hará parecer invencibles.

Veni, vidi, vinci.

—No hablo hindi, señor, no correctamente.

—Latín, Sharpe, latín. Vine, vi, vencí. ¿Cómo va su lectura últimamente?

—Bien, señor, muy bien —respondió Sharpe con entusiasmo, aunque en realidad no había leído mucho en los últimos cuatro años aparte de las relaciones de los pertrechos, las listas de turnos y las notas de reparación del comandante Stokes. Pero habían sido el coronel McCandless y su sobrino, el teniente Lawford, quienes habían enseñado a leer a Sharpe cuando compartían una celda en la prisión del sultán Tippoo. De eso va hacía cuatro años.

—Le voy a dar una Biblia, Sharpe —dijo McCandless mientras observaba a los grupos de escalada que avanzaban marchando con paso seguro—. Es el único libro que vale la pena leer.

—Eso me gustaría, señor —repuso Sharpe muy serio, luego vio que los piquetes de servicio se adelantaban corriendo para formar una línea de tiradores que acribillaría las fortificaciones con fuego de mosquetería. Seguía sin disparar nadie desde las murallas de la ciudad, aunque tanto los piquetes como los dos grupos de escalada ya se encontraban entonces dentro del alcance de los mosquetes—. Si no le importa que se lo pregunte, señor —le dijo Sharpe a McCandless—, ¿cómo evitarán que ese cabrón... perdón, señor... cómo evitarán que el señor Dodd huya por el otro lado de la ciudad, señor?

—Ellos lo harán, Sharpe —respondió McCandless al tiempo que señalaba la caballería que en aquellos momentos salía al galope por ambos lados de la ciudad. El 19.º de los Dragones británicos cabalgaba formando un cerrado escuadrón, pero los otros jinetes eran aliados maharatta o *silladars* de Hyderabad o de Mysore y galopaban en un enjambre—. Su trabajo consiste en hostigar a cualquiera que abandone la ciudad —continuó diciendo McCandless—. No a los civiles, claro, sino a cualquier miembro de las tropas.

—Pero Dodd dispone de todo un regimiento, señor.

McCandless desestimó el problema.

—Dudo que dos regimientos enteros le sirvieran de algo. En un minuto o dos reinará un auténtico pánico en Ahmednuggur, ¿y cómo va a escaparse Dodd? Tendrá que abrirse camino a la fuerza entre una multitud de civiles aterrorizados. No, lo encontraremos dentro si es que todavía está ahí.

—Está —intervino Sevajee. Estaba mirando fijamente la muralla a través de un

pequeño antejo—. Veo los uniformes de sus hombres en la banqueta. Casacas blancas. —Señaló hacia el oeste, más allá del tramo de muralla que iba a ser atacado por el 78.º

De pronto los piquetes abrieron fuego. Estaban diseminados a lo largo del extremo sur de la ciudad y su fuego de mosquetería era esporádico y, en opinión de Sharpe, inútil. ¿Soldados disparándole a una ciudad? Las balas de mosquete se estrellaban contra la piedra roja de la muralla, que devolvía el eco del chasquear de los disparos, pero los defensores hicieron caso omiso de la amenaza. No replicó ni un solo mosquete, no disparó ni un solo cañón. La muralla estaba en silencio. Unos jirones de humo se alzaban de la línea de tiradores que seguían cascando con su plomo las grandes piedras rojas.

El grupo de asalto del coronel Wallace fue el último en ponerse en marcha, mientras que los hombres de falda escocesa del 78.º, que iban a asaltar la muralla por el lado oeste de la puerta, se encontraban ya muy avanzados respecto a los demás atacantes. Iban corriendo por terreno abierto con las dos escaleras a plena vista del enemigo, pero aun así los defensores no les hicieron caso. Un regimiento de cipayos estaba dando media vuelta a la izquierda y se disponía a sumarse con su fuego de mosquetería a la línea de tiradores. Había un gaitero que tocaba, pero debía de ir corriendo puesto que su instrumento no dejaba de dar unos pequeños e ignominiosos hipidos. En realidad, a Sharpe todo le parecía ignominioso. La batalla, si es que podía llamarse batalla, había empezado con total tranquilidad y el enemigo ni siquiera parecía considerarla como una amenaza. El fuego de los tiradores era disperso, los grupos de asalto tenían aspecto de ser poco numerosos y al parecer no había ni prisa ni ceremonial. Debería haber ceremonial, consideró Sharpe. Una banda tendría que estar tocando, las banderas tendrían que estar ondeando y el enemigo debería ser visible y amenazador, en cambio estaba desorganizado y era casi irreal.

—Por aquí, Sharpe —dijo McCandless, y viró bruscamente para dirigirse hacia el lugar donde el coronel Wallace estaba metiendo prisa a sus hombres para que formaran. Una docena de artilleros de casaca azul se hallaban agrupados alrededor de un cañón de seis libras, aparentemente el cañón que harían chocar contra la puerta de la ciudad. Tras ellos se encontraba una batería formada por cuatro piezas de doce libras tiradas por elefantes y, cuando Sharpe y McCandless espolearon a sus caballos en dirección a Wallace, los cuatro *mahouts* detuvieron sus elefantes y los artilleros se apresuraron a desenganchar los cuatro cañones. Sharpe supuso que la batería acribillaría la muralla con metralla, aunque el silencio de los defensores parecía indicar que éstos no tenían nada que temer de aquellos insolentes atacantes. Sir Arthur Wellesley, montado sobre *Diomedes*, que no parecía estar peor a causa de su sangría, se acercó por detrás a los cañones y le dio algunas instrucciones al comandante de la batería, el cual levantó la mano en respuesta. El general iba

acompañado por tres edecanes de casaca escarlata y dos indios que, a juzgar por la suntuosidad de sus túnicas, tenían que ser comandantes de los jinetes aliados que se habían dirigido a evitar la huida de fugitivos por la puerta norte.

Los atacantes del 78.º se encontraban entonces a tan sólo un centenar de pasos de la muralla. No llevaban mochilas, solamente sus armas. Y el enemigo los seguía tratando con arrogante desdén. No disparó ni un solo cañón, ni un solo mosquete escupió llamas, ni un solo proyectil salió de la muralla cortando el aire.

—¡Parece que va a ser fácil, McCandless! —gritó Wallace.

—¡Rezo para que así sea! —replicó McCandless.

—El enemigo también ha estado rezando —dijo Sevajee, pero McCandless hizo como si no hubiera oído el comentario.

Entonces, de un modo repentino y espantoso, el silencio se terminó.

El enemigo no estaba haciendo caso omiso del ataque. En cambio, desde las apretadas aspilleras de la muralla, desde las elevadas troneras de los bastiones y desde los merlones a lo largo del parapeto estalló una tormenta de disparos. Unos momentos antes la muralla se distinguía claramente bajo el sol de la mañana, ahora estaba envuelta en una densa capa de humo de pólvora. La ciudad entera quedó ribeteada de blanco y el impacto de las balas marcó y revolvió el suelo alrededor de las tropas atacantes.

—Faltan diez minutos para las siete —gritó McCandless por encima del ruido, como si importara la hora. Unos proyectiles como los que Sharpe había visto en Seringapatam salieron de las murallas con una chamusquina para bordar sus hilos de humo en locas marañas por encima de las cabezas de los soldados de los grupos de asalto. Sin embargo, a pesar de la cantidad de disparos, la descarga inicial de los defensores no pareció causar mucho daño. Un casaca roja se tambaleaba, pero los grupos de asalto siguieron avanzando cuando un chillido lleno de dolor hizo que Sharpe mirara a su derecha y viera que un elefante había sido alcanzado por la bala de un cañón. El *mahout* de la bestia tiraba de la cadena, pero el elefante se soltó y, enloquecido a causa de su herida, salió en estampida directamente hacia los hombres de Wallace. Los Highlanders se dispersaron. Los artilleros habían empezado a arrastrar su seis libras cargado, pero se encontraban en medio del paso de la bestia herida y, con muy buen criterio, dejaron el cañón para huir de la embestida del enloquecido animal. La arrugada piel de la ijada izquierda del elefante estaba bañada en rojo. Wallace profirió unos gritos incoherentes y espoleó su caballo para quitarse de en medio. El elefante, con la trompa alzada y los ojos en blanco, pasó ruidosamente junto a McCandless y Sharpe.

—¡Pobrecilla! —exclamó McCandless.

—¿Es una hembra? —preguntó Sharpe.

—Todos los animales de tiro son hembras, Sharpe. Son más dóciles.

—Pues ésa no es nada dócil, señor —replicó Sharpe mientras miraba cómo la elefanta se escapaba de la retaguardia del ejército y pisoteaba un campo de rastrojo perseguida por su *mahout* y por una excitada multitud de flacos niños que habían seguido a las tropas atacantes desde el campamento y que ahora chillaban estridentemente disfrutando con la persecución.

Sharpe los observó, luego agachó la cabeza de forma involuntaria y una bala de mosquete pasó silbando justo por encima de su chacó y otra rebotó en el tubo del seis libras con un sonido sorprendentemente musical.

—Ahora no nos acerquemos demasiado, Sharpe —le advirtió McCandless, y Sharpe, obedientemente, frenó su yegua.

El coronel Wallace estaba llamando a sus hombres para que volvieran a formar.

—¡Malditos animales! —le gruñó a McCandless.

—¿Su madre no tenía ningún consejo sobre elefantes, Wallace?

—Ninguno que yo pueda repetir ante un hombre piadoso, McCandless —dijo Wallace, y acto seguido espoleó su caballo en dirección a los desordenados artilleros de los seis libras.

—Recojan los tirantes, granujas. ¡Apresúrense!

El 78.º había llegado a la muralla por la parte izquierda de la puerta. Clavaron las patas de sus dos escaleras en el suelo y empujaron la parte superior hacia arriba para apoyarlas en el parapeto del muro.

—¡Bien hecho, muchachos! —exclamó calurosamente McCandless, aunque se encontraba demasiado lejos para que los atacantes pudieran oír sus gritos de ánimo—. ¡Bien hecho! —Ya trepaban por los travesaños los primeros soldados de las Highlands con falda escocesa cuando uno de ellos fue alcanzado por una bala procedente del bastión del flanco y se detuvo, se aferró a la escalera y luego se inclinó lentamente hacia un lado. Una multitud de Highlanders se empujaban al pie de las escaleras para ser los siguientes en subir por los peldaños. Pobres desgraciados, pensó Sharpe, tan ansiosos por trepar hacia la muerte, y vio que los hombres que iban en cabeza en ambas escaleras eran oficiales. Llevaban espadas. Los soldados ascendían con sus mosquetes de bayoneta calada colgados del hombro, pero los oficiales subían con la espada en la mano. Uno de ellos fue alcanzado y el soldado que iba detrás lo empujó de la escalera sin miramientos, se apresuró a subir al parapeto y una vez allí, inexplicablemente, se detuvo.

Sus compañeros le gritaban que siguiera adelante de una puñetera vez y pasara al otro lado de la muralla, pero el soldado no hizo otra cosa que descolgarse el mosquete y entonces fue arrojado hacia atrás en medio de una rociada de sangre. Otro soldado ocupó su lugar y le ocurrió lo mismo. El oficial que había en lo alto de la segunda escalera estaba agachado en el travesaño superior y de vez en cuando atisbaba por encima del remate del muro entre dos de los merlones en forma de cúpula, pero no

hacía ningún intento de cruzar el parapeto.

—Deberían tener más de dos escaleras, señor —se quejó Sharpe.

—No había tiempo, muchacho, no había tiempo —dijo McCandless—. ¿Qué los detiene? —preguntó al tiempo que miraba fijamente con expresión de angustia a los soldados atascados. A los defensores árabes del bastión más próximo se les había proporcionado un objetivo estupendo y sus mosquetes estaban causando terribles consecuencias en las abarrotadas escaleras. El ruido de los disparos de los defensores era continuo: un entrecortado traqueteo de la mosquetería, el silbido de los cohetes y el atronador estallido de los cañones. Los soldados salían volando de las escaleras y su lugar era inmediatamente ocupado por otros, pero los hombres en lo alto de los travesaños seguían sin tratar de atravesar la muralla, los defensores seguían disparando, los muertos y heridos se amontonaban al pie de las escaleras y los vivos los echaban a un lado para llegar a los peldaños y así ofrecerse como blanco de los interminables disparos. Al final, un soldado logró subir al muro y se sentó a horcajadas en el remate de la pared donde se descolgó el mosquete y disparó hacia la ciudad, pero casi en el mismo momento fue alcanzado por una descarga de mosquetes. Se balanceó durante un segundo, el mosquete cayó traqueteando por la roja pared y entonces él lo siguió hasta el suelo. El nuevo soldado en lo alto de la escalera subió con gran esfuerzo, luego, igual que los demás, se detuvo y se echó atrás agachando la cabeza.

—¿Qué los retiene? —gritó McCandless con frustración—. ¡En nombre de Dios! ¡Adelante!

—Allí no hay una jodida banquetta —dijo Sharpe en tono grave.

McCandless lo miró.

—¿Qué?

—Lo siento, señor. Se me olvidó no decir palabrotas.

Pero a McCandless no le preocupaba el ordinario lenguaje de Sharpe.

—¿Qué ha dicho, hombre? —insistió.

—Allí no hay banquetta, señor. —Sharpe señaló la muralla en la que morían los escoceses—. No se ve humo de mosquetes en el parapeto, señor.

McCandless volvió a mirar hacia allí.

—Por Dios, tiene razón.

La muralla tenía merlones y aspilleras pero no se distinguía ni una sola nube de humo de mosquete en aquellas defensas, lo cual significaba que el almenaje era falso y que al otro lado del muro no había una banquetta en la que pudieran apostarse los defensores. Desde el exterior, aquel tramo de la muralla tenía el mismo aspecto que cualquier otra parte de las defensas de la ciudad, pero Sharpe supuso que en cuanto los Highlanders llegaban a la cima del muro se encontraban con una caída a plomo en el otro lado y sin duda había una multitud de enemigos esperando al pie en el interior

para masacrar a cualquier hombre que sobreviviera a la caída. Los soldados del 78.º se encontraron atacando al aire y estaban siendo masacrados sin piedad por los alborozados defensores.

Las dos escaleras se vaciaron cuando al fin los oficiales se dieron cuenta del aprieto en el que se encontraban y les gritaron a sus hombres que descendieran. Los defensores gritaron de alegría ante el rechazo y siguieron disparando mientras se retiraban de la muralla ambas escaleras.

—Dios mío —dijo McCandless—. Dios mío.

—Se lo advertí —terció Sevajee, que no pudo ocultar su orgullo ante las dotes guerreras de los defensores maharatta.

—¡Usted está de nuestro lado! —exclamó McCandless con un gruñido, y el indio se encogió de hombros.

—Aún no ha terminado, señor —dijo Sharpe tratando de animar al escocés.

—Que las escaladas resulten es cuestión de rapidez, Sharpe —dijo McCandless—, y ahora hemos perdido el factor sorpresa.

—Tendrá que hacerse como es debido —observó Sevajee con aire de suficiencia—, con cañones y una brecha.

Pero la escalada aún no había fracasado. El grupo asaltante del 74.º llegó entonces al tramo de muralla a la derecha de la puerta y se empujaron las dos escaleras para apoyarlas contra las altas piedras rojas. Aquel tramo del muro sí que tenía una banqueta que se llenó de impacientes defensores que lanzaron una lluvia de violentos disparos contra los atacantes. Los doce libras británicos habían abierto fuego y sus botes de metralla cayeron con fiereza sobre los defensores, pero a los muertos y heridos se los llevaban a rastras y eran sustituidos por soldados de refuerzo. Éstos se dieron cuenta muy pronto de que si dejaban que los atacantes subieran por las dos escaleras los dos cañones dejarían de disparar, de modo que permitieron que los escoceses treparan por los travesaños y a continuación arrojaron unas vigas de madera que podían llevárselo todo por delante y dejar una escalera vacía en cuestión de segundos. Entonces un cañón situado en uno de los bastiones de los flancos lanzó una carga de piedras y chatarra contra los soldados que se amontonaban al pie de las escaleras.

—¡Oh, Dios mío —volvió a rezar McCandless—, Dios mío! —Más soldados empezaron a subir por las escaleras mientras que los heridos se alejaban de las murallas cojeando o arrastrándose, perseguidos por el fuego de los defensores. Un oficial escocés, con el claymore en la mano, subió a toda prisa por una de las escaleras con la misma facilidad que un marinero trepa por las jarcias. Interceptó con su espada escocesa la arremetida de una bayoneta, de alguna manera sobrevivió a la descarga de un mosquete y puso una mano en el remate del muro, pero entonces una lanza lo alcanzó en la garganta y pareció sacudirse como un pez arponeado antes de

caerse al suelo arrastrando consigo a dos soldados. El ruido de los mosquetes de los defensores se veía salpicado del más intenso estrépito del pequeño cañón que había montado en las ocultas galerías de los bastiones. Uno de esos cañones alcanzó entonces una escalera por el flanco y Sharpe observó horrorizado cómo toda la endeble estructura se combaba y se rompía y con ello arrojaba al suelo a siete hombres. El 78.º había sido repelido y el 74.º había perdido una de sus dos escaleras.

—Esto no va bien —comentó McCandless con gravedad—, nada bien.

—Luchar contra los mahratta —dijo Sevajee con petulancia— no es como luchar contra los soldados de Mysore.

El grupo del coronel Wallace se encontraba aún a unos buenos cien metros de distancia de la puerta, retrasados a causa del peso de su cañón de seis libras. A Sharpe le dio la impresión de que Wallace necesitaba más hombres para manejar aquel voluminoso cañón y el fuego de mosquete del enemigo se estaba cobrando víctimas entre los pocos soldados que tenía empujando las ruedas o tirando de las correas. Wellesley no se hallaba muy lejos por detrás de Wallace y Daniel Fletcher iba después del general, montado en uno de sus caballos de repuesto y con otro al otro extremo de un cabestro. Los disparos de los mosquetes hacían saltar trozos de barro seco alrededor de Wellesley y sus edecanes, pero el general parecía tener mucha suerte en la vida.

El 78.º volvió al ataque por la izquierda, sólo que esa vez llevaron sus dos escaleras directamente hacia el bastión que flanqueaba la muralla en la que había fracasado su primer intento. El baluarte amenazado respondió con una enojada explosión de fuego de mosquetes. Una de las escaleras cayó cuando sus portadores fueron gravemente alcanzados por la descarga, pero la otra la empujaron hacia arriba y, en cuanto la parte superior tocó la cima del bastión, un oficial con falda escocesa empezó a trepar por los travesaños.

—¡No! —gritó McCandless cuando el oficial fue alcanzado y cayó al suelo. Otros soldados ocuparon su lugar, pero los defensores volcaron un cesto de piedras por encima del parapeto y al caer, las rocas arrastraron consigo a todo aquél que estaba en la escalera. Una descarga de mosquetería hizo que los defensores agacharan la cabeza y, cuando se disipó la humareda, Sharpe vio que el oficial de falda escocesa estaba subiendo otra vez por la escalera, en esa ocasión sin su sombrero alto. Llevaba el claymore en la mano derecha y la enorme espada le dificultaba la ascensión. Un árabe apareció fugazmente por encima de la escalera con un tronco que lanzó contra el atacante y el oficial fue rechazado una segunda vez—. ¡No! —se lamentó de nuevo McCandless, pero entonces el mismo oficial volvió por tercera vez. Estaba decidido a tener el honor de ser el primero en entrar en la ciudad y en aquella ocasión se había atado su fajín encarnado en la muñeca y dejó su claymore colgando por la empuñadura de una de las vueltas de la seda, dejándose de ese modo ambas manos

libres para poder trepar mucho más deprisa. Continuó ascendiendo y sus hombres se apiñaron tras él con sus grandes sombreros de piel de oso. Las troneras de las galerías del bastión escupieron llamas y humo mientras ellos trepaban como podían por los distintos niveles del baluarte, pero como por arte de magia el oficial sobrevivió a la descarga de fusilería y Sharpe tenía el corazón en un puño mientras aquel hombre se iba acercando cada vez más a la cima. Esperó ver aparecer a un defensor en cualquier momento, pero los atacantes que no estaban haciendo cola al pie de la escalera se encontraban entonces acribillando la cumbre del bastión con disparos de mosquete y, cubierto por ellos, el oficial escocés ascendió los últimos peldaños, se detuvo para agarrar la empuñadura de su claymore y a continuación saltó por encima del muro. Alguien dio un grito de alegría y Sharpe pudo ver claramente el claymore del escocés subiendo y bajando al otro lado del remate de la roja muralla. Por la escalera siguieron subiendo más soldados de las Highlands y aunque algunos fueron repelidos con el fuego de mosquete proveniente de las aspilleras del bastión, otros estaban al fin llegando al alto parapeto y seguían a su oficial saltando sobre las defensas. Colocaron la segunda escalera en posición y el goteo de atacantes se convirtió en un torrente—. Gracias a Dios —dijo McCandless con fervor—, gracias a Dios, ya lo creo.

El 78.º estaba ya en el bastión y en aquellos momentos el 74.º, que se había quedado con tan sólo una escalera, se afirmó también en la posición ganada al enemigo. Un oficial había organizado dos compañías para lanzar una descarga de mosquetería contra el parapeto justo cuando un sargento llegaba a lo alto de la escalera, y los disparos despejaron las troneras mientras el sargento trepaba al muro y saltaba al otro lado. Clavó su bayoneta y luego se echó hacia atrás cuando un defensor arremetió contra él con un *tulwar*, pero tras él iba un teniente que atacó con su claymore y después le dio una patada en la cara al defensor. Cruzó un tercer soldado, al cuarto lo mataron, otro más subió a la muralla y los escoceses lanzaron sus gritos de guerra mientras emprendían la dura tarea de echar de la banqueta a los defensores. Sharpe oía el choque de las espadas en la muralla y vio una nube de humo de pólvora por encima de las almenas en las que los escoceses del 74.º se abrían camino a la fuerza a lo largo del parapeto, pero no vio nada en el bastión en el que combatían los soldados de falda escocesa del 78.º. Supuso que estarían despejando el baluarte piso a piso, bajando en estampida por las escaleras de piedra y arremetiendo con sus bayonetas contra los artilleros e infantes que guarnecían las galerías inferiores.

Los escoceses llegaron por fin al primer piso del bastión donde mataron a un último defensor y luego salieron precipitadamente por la puerta interior de la torre para encontrarse frente una horda de árabes que vertieron una descarga con sus fusiles de mecha sobre las tropas atacantes.

—¡Carguen contra estos bastardos! ¡Carguen contra ellos! —El mismo joven oficial que había encabezado el asalto volvió a formar a sus hombres y los condujo contra los defensores vestidos con túnicas que estaban recargando sus mosquetes de largo cañón. Los Highlanders atacaron con las bayonetas y con una ferocidad nacida de la desesperación.

Los escoceses estaban dentro de la ciudad, pero hasta el momento la única ruta para mandarles refuerzos era por las tres escaleras que quedaban, y una de ellas se estaba combando peligrosamente tras recibir el impacto de una bala de cañón pequeña. Wellesley le gritaba a Wallace que abriera la puerta y el coronel Wallace les bramaba a sus hombres que colocaran su maldita arma en posición. Los defensores que había por encima de la puerta hicieron todo lo posible para detener el avance del cañón, pero Wallace ordenó a una compañía de infantería que ayudara a los artilleros a arrastrarlo y sus soldados lanzaban gritos de ánimo al tiempo que con botes y traqueteos llevaban el pesado cañón hacia la puerta.

—¡Dispárenles —gritó Wallace—, dispárenles! —bramó de nuevo, y la infantería que le quedaba hizo estallar una irregular descarga contra los defensores de la puerta. Las banderas de lo alto de la muralla se sacudieron cuando las balas tocaron la seda. El seis libras avanzó con estruendo pisando ruidosamente la desigual superficie del camino que llenaban de agujeros las balas de mosquete escupidas desde las aspilleras de la torre de entrada. Sonaba una gaita y la salvaje música constituía un estupendo acompañamiento para la feroz carga de la artillería.

—¡Sigán disparando —ordenó Wallace a su infantería a voz en cuello—, sigan disparando!

Con el impacto de las balas de los mosquetes de sus soldados se levantaban diminutas bocanadas de humo y saltaban escamas de piedra de la puerta envuelta en la humareda, una humareda tan espesa que el cañón pareció desaparecer en el interior de la niebla cuando recorrió los últimos metros, pero entonces Sharpe oyó el retumbante golpazo del tubo del cañón cuando lo hicieron chocar con fuerza contra el enorme portón de madera.

—¡Retrocedan —gritó el comandante de artillería—, retrocedan!

Y los soldados que habían arrastrado el cañón se alejaron a toda prisa.

—¡Prepárense! —bramó Wallace, con lo que sus hombres dejaron de disparar y sacaron las bayonetas que encajaron en los ennegrecidos tubos de sus mosquetes—. ¡Disparen el cañón! —chilló Wallace—. ¡Dispárenlo! ¡Por Dios santo, disparen! —Un cohete salió centelleando de entre la humareda, soltando chispas a su paso, y por un segundo Sharpe pensó que iba a caer en medio de los soldados de Wallace que aguardaban, pero luego ascendió describiendo un arco hacia el cielo azul y despejado y se alejó ardiendo sin causar daños.

Dentro de la ciudad, los árabes que habían intentado defender el bastión se batían

entonces en retirada ante los escoceses enloquecidos por la batalla que salían en tropel por la puerta interior del baluarte. Los árabes podían proceder de un país duro y belicoso, pero lo mismo ocurría con los hombres de falda escocesa, que se adentraban rugiendo en la ciudad. En aquellos momentos, los cipayos estaban subiendo por las escaleras y se unieron a los Highlanders. Su primera reacción fue lanzarse hacia el espacio despejado dentro de las murallas y ponerse así a cubierto en los callejones de la ciudad, pero el joven oficial que encabezaba el ataque sabía que los defensores aún podían volver a formar si no abría la puerta para dejar entrar a una avalancha de atacantes.

—¡Hacia la puerta! —gritó, y llevó a sus hombres a lo largo de la cara interior del muro para alcanzar la puerta sur. Los árabes que estaban esperando bajo el arco se dieron la vuelta y empezaron a disparar cuando los escoceses se acercaron, pero el joven oficial parecía invencible. Dio un grito al atacar, luego su claymore manchado de rojo descendió de golpe y las bayonetas de sus hombres entraron a fondo. Dos cipayos se unieron a ellos, lanzando gritos y propinando cuchilladas, y los árabes, superados en número, murieron o huyeron—. ¡Abran la puerta! —ordenó a gritos el joven oficial, y uno de los cipayos avanzó a todo correr para alzar la pesada tranca y sacarla de sus soportes de hierro.

—¡Fuego! —bramó el coronel Wallace al otro lado de la puerta.

El capitán de los artilleros acercó el botafuego a la lengüeta del cebo. Hubo un silbido de chispas, una voluta de humo, entonces el cañón con doble carga dio un salto hacia atrás y el sonido de su enorme descarga se amplificó a causa del eco, que rebotó de manera ensordecedora en el elevado arco de entrada. Las puertas se astillaron y el cipayo que estaba levantando la tranca quedó partido por la mitad por la bala de seis libras y por los mortíferos pedazos de madera astillada que saltaron por los aires dentro de la ciudad. Los demás atacantes, que se encontraban en la parte interior de la puerta, se apartaron del humo y las llamas de la explosión, pero ya se había sacado la tranca y la descarga del cañón abrió los portones de golpe.

—¡A la carga! —gritó Wallace, y sus hombres chillaron al adentrarse en el arco envuelto en humo, al pasar a empujones junto al cañón y pisotear las ensangrentadas mitades del destrozado cipayo.

—¡Vamos, Sharpe, vamos! —McCandless había desenfundado su claymore y al anciano se le iluminó la cara de entusiasmo cuando espoleó a su caballo hacia la ciudad condenada. Las tropas de asalto que habían estado esperando para trepar por las escaleras se unieron entonces a la oleada de soldados que corrían hacia las derrumbadas puertas.

Porque Ahmednuggur había caído, y desde el primer disparo hasta que se abrió la puerta habían pasado tan sólo veinte minutos. Y ahora los casacas rojas iban a por su recompensa y podía empezar el sufrimiento en el interior de la ciudad.

El comandante William Dodd no llegó a tomarse el desayuno. En lugar de eso se había apresurado a volver a las murallas en el preciso momento en que oyó los primeros disparos de mosquete y, una vez en la banqueta, se había quedado mirando horrorizado a los grupos de soldados con escaleras, puesto que nunca se le había ocurrido pensar que los británicos intentarían una escalada. De todos los métodos que existían para la toma de una ciudad la escalada era el más arriesgado, pero Dodd se dio cuenta de que debería haberlo previsto. Ahmednuggur no contaba con un foso, no tenía glacis, en realidad la ciudad no tenía ningún obstáculo fuera de sus murallas y eso la convertía en una excelente candidata para una escalada, si bien Dodd nunca había creído que el Muchachito Wellesley se atreviera a intentar semejante estratagema. Consideraba a Wellesley demasiado prudente para hacerlo.

Ninguno de los ataques se dirigió al tramo de muralla donde se encontraban apostados los hombres de Dodd, de modo que lo único que podían hacer era disparar sus armas oblicuamente hacia los británicos que avanzaban, pero la distancia era demasiado grande para que su fuego fuera efectivo y el espeso humo de la pólvora de sus mosquetes enseguida les impidió ver el objetivo, así que Dodd les ordenó que dejaran de disparar.

—Sólo veo cuatro escaleras —le dijo su intérprete.

—Han de tener más de cuatro —observó Dodd—. No se puede hacer solamente con cuatro.

Durante un rato pareció que el comandante debía de estar en lo cierto puesto que la defensa estaba ridiculizando el ataque y, mientras tanto, los hombres de Dodd no tuvieron que preocuparse por nada más amenazador que unos cuantos tiradores cipayos desperdigados que disparaban inútilmente contra el tramo de muralla en el que se encontraban. Él mostró su desdén hacia el fuego de los tiradores quedándose de forma descarada en una tronera desde la que pudo observar cómo la caballería enemiga flanqueaba la ciudad para cortarle el paso a cualquiera que huyera por la puerta norte. Podía ocuparse de unos cuantos soldados de caballería, decidió. Una bala de mosquete hizo saltar un trozo de piedra del remate de la pared que tenía a su lado. La pétrea escama le golpeó en el tahalí de cuero que Dodd llevaba abrochado alrededor de su casaca blanca nueva. No le gustaba vestir de blanco. La suciedad se notaba y, lo que era peor, hacía que cualquier herida pareciera mucho más grave de lo que era en realidad. La sangre en una casaca roja apenas se veía, pero la más mínima mancha en una casaca blanca podía aterrorizar a un soldado nervioso. Se preguntó si Pohlmann o Scindia aceptarían el gasto de unas casacas nuevas. Marrones, tal vez, o azul oscuro.

El intérprete se acercó al comandante en la tronera.

—El *killadar* solicita que formemos tras la puerta, señor.

—Enterado —replicó Dodd de manera cortante.

—Dice que el enemigo se está acercando a la puerta con un cañón, *sahib*.

—Sensato por su parte —dijo Dodd, pero por lo demás hizo caso omiso de la petición. En cambio, se quedó mirando fijamente hacia el oeste y vio que un oficial escocés aparecía de repente en la cima de un bastión. Matadlo, les instó en silencio a los árabes del baluarte, pero el joven oficial bajó de un salto, empezó a dar golpes con su claymore a diestro y siniestro y de pronto más escoceses con falda cruzaron la muralla—. Odio a esos malditos escoceses —dijo.

—¿*Sahib*? —preguntó el intérprete.

—Son unos cabrones mojigatos, eso es lo que son —afirmó Dodd, pero al parecer los cabrones mojigatos habían capturado la ciudad y Dodd sabía que sería una locura enzarzarse en un combate condenado al fracaso para salvarla. De ese modo perdería a su regimiento.

—¿*Sahib*? —el intérprete interrumpió a Dodd nerviosamente—. El *killadar* insistió, señor.

—¡A la mierda el *killadar*! —exclamó Dodd al tiempo que bajaba de un salto de la aspillera—. Quiero a los soldados fuera de la muralla —ordenó— y formados en compañías en el paseo interior —señaló hacia el amplio espacio que había junto a las murallas por la parte de dentro—. Ahora —añadió y, echando un último vistazo a los atacantes, bajó corriendo las escaleras—. ¡*Jemadar*! —le gritó a Gopal, a quien había ascendido como recompensa a su lealtad.

—¡*Sahib*!

—¡Formen! ¡Marchen en compañías hacia la puerta norte! ¡Si cualquier civil les impide el paso, abran fuego!

—¿Los matamos? —preguntó el *jemadar*.

—No quiero que les hagan cosquillas, Gopal, maldita sea. ¡Aniquílelos!

El intérprete había escuchado aquel intercambio de palabras y se quedó mirando horrorizado al alto inglés.

—Pero, señor... —empezó a suplicar.

—La ciudad se ha perdido —gruñó Dodd—, y la segunda norma de guerra es no reafirmar el fracaso.

El intérprete se preguntó cuál sería la primera norma, pero sabía que no era el momento de consultarlo.

—Pero el *killadar*, señor...

—Es una rata pusilánime y nosotros somos hombres. Tenemos órdenes de salvar el regimiento para que pueda volver a combatir. ¡Y ahora, váyase!

Dodd vio salir precipitadamente por la puerta interior del bastión a los primeros casacas rojas, oyó la descarga de los árabes que derribó sobre el ensangrentado polvo a algunos de los atacantes, pero entonces dio la espalda al combate y se adentró tras

sus hombres en las calles de la ciudad. Iba en contra de sus principios abandonar una batalla, pero Dodd sabía cuál era su deber. La ciudad podía morir, pero el regimiento tenía que sobrevivir. El capitán Joubert estaría manteniendo a salvo la puerta norte, allí donde aguardaba la artillería de Dodd y donde estaban preparados sus propios caballos de silla y mula de carga, así que llamó a su otro oficial francés, el joven teniente Silliére, y le dijo que se llevara a una docena de soldados y fuera a rescatar a Simone Joubert del pánico en el que él sabía que estaba a punto de sumirse la ciudad. Dodd había esperado poder ir él mismo a buscar a Simone, hacerse pasar por su protector, pero sabía que la caída de la ciudad era inminente y no habría tiempo para semejantes galanterías.

—Tráigala sana y salva, teniente.

—Por supuesto, señor —dijo Silliere que, satisfecho de que le hubieran asignado tal cometido, ordenó a una docena de soldados que le siguieran por los callejones.

Dodd echó una última mirada atrás, hacia el sur, y luego se alejó del combate. Allí ya no le quedaba nada más que el fracaso. Era el momento de dirigirse al norte porque era allí, Dodd lo sabía, al otro lado de los anchos ríos, entre las lejanas colinas y a una larga distancia de sus pertrechos, donde los británicos serían atraídos hacia su muerte.

Pero Ahmednuggur, y todo lo que había en su interior, estaba condenada.

Sharpe siguió a McCandless por el alto arco de entrada y se valió del peso de su yegua para abrirse camino entre los cipayos y Highlanders que se empujaban en la estrecha calzada medio bloqueada todavía por el cañón de seis libras. La yegua dio un respingo ante el espeso humo de pólvora suspendido en el aire entre los chamuscados y humeantes restos de las dos puertas y Sharpe, agarrándose de la crin para mantenerse en la silla, clavó los talones, con lo que su montura salió disparada hacia delante y pisoteó los intestinos cubiertos de moscas del cipayo que había sido alcanzado en el vientre por la bala de seis libras. Él tiró de las riendas y contuvo el miedo de la yegua entre los cuerpos desmadejados de los árabes que habían muerto al tratar de defender la puerta. Allí el combate había sido breve y brutal, pero en la ciudad no quedaba nadie que opusiera resistencia cuando Sharpe alcanzó a McCandless, quien miraba con desaprobación a los victoriosos casacas rojas que se adentraban precipitadamente en los callejones de Ahmednuggur. Ya se dejaban oír los primeros gritos.

—Mujeres y bebida —dijo McCandless con reconvención—. No pensarán en nada más que en mujeres y bebida.

—También en el botín, señor —corrigió Sharpe al escocés—. Es un mundo perverso —añadió a toda prisa a la vez que pensaba que ya podrían darle a él rienda suelta para unirse a los saqueadores. Sevajee y sus hombres atravesaron la puerta en aquellos momentos e hicieron virar a sus caballos para situarse detrás de Sharpe, que levantó la vista hacia las murallas para ver, no sin sorpresa, que muchos de los defensores de la ciudad seguían aún en la banqueta, si bien no hacían ningún esfuerzo por disparar al enemigo de casaca roja que irrumpía a través de la puerta rota—. ¿Qué hacemos, señor? —preguntó.

McCandless, por lo general tan seguro de sí mismo, pareció quedarse un momento sin saber cómo reaccionar, pero entonces vio a un mahratta herido que se arrastraba por el espacio despejado del interior de la muralla y, arrojándole sus riendas a Sharpe, desmontó y fue andando hacia la víctima. Ayudó al herido a guarecerse bajo una entrada y allí lo apoyó contra una pared y le dio de beber de su cantimplora. Habló unos segundos con el hombre herido. Sevajee, con el *tulwar* aún desenfundado, se puso al lado de Sharpe.

—Primero los matamos y después les damos agua —dijo el indio.

—Es extraña, la guerra, señor —comentó Sharpe.

—¿A usted le gusta? —le preguntó Sevajee.

—No lo sé muy bien, señor. No he tenido mucha experiencia. —Una breve escaramuza en Flandes, la rápida victoria de Malavelly, el caos en la caída de Seringapatam, el horror de Chasalgaon y la feroz escalada de aquel mismo día; esa

era toda la experiencia de Sharpe en la guerra, y él albergaba todos los recuerdos y trataba de descubrir en ellos alguna pauta que le dijera cómo reaccionaría la próxima vez que estallara la violencia en su vida. Creía que le gustaba, pero era vagamente consciente de que quizá no debiera gustarle—. ¿Ya usted, señor?

—A mí me encanta, sargento —respondió el indio.

—¿Nunca lo han herido? —preguntó Sharpe.

—Dos veces. Pero un jugador no deja de lanzar los dados porque pierda.

McCandless dejó al herido y regresó corriendo.

—¡Dodd se dirige a la puerta norte! —les gritó.

—Por ahí —dijo Sevajee al tiempo que tiraba de las riendas y conducía a sus asesinos hacia la derecha donde creía que eludirían la presión de la gente aterrorizada que se aglomeraba en el centro de la ciudad.

—Ese hombre herido era el *killadar* —dijo McCandless mientras trataba de meter su bota izquierda en el estribo y se encaramaba a la silla—. El pobre se está muriendo. Le alcanzó una bala en el estómago.

—Es el jefe, ¿no? —dijo Sharpe levantando la vista hacia la torre de entrada donde un soldado de las Highlands estaba arrancando las banderas de Scindia.

—Y estaba amargamente descontento con nuestro teniente Dodd —dijo McCandless al tiempo que espoleaba su caballo para seguir a Sevajee—. Parece ser que abandonó las defensas.

—Tiene prisa por irse, señor —sugirió Sharpe.

—Pues apresurémonos a detenerlo —replicó McCandless acelerando el paso de su caballo para poder adelantar a los hombres de Sevajee y llegar a las primeras filas de los perseguidores. Sevajee iba por los callejones bajo la muralla del este y durante un rato las estrechas calles se mantuvieron relativamente vacías, pero luego la multitud aumentó y entonces empezaron sus problemas. Un perro se puso a ladrar detrás del caballo de McCandless e hizo que éste se encabritara; luego una vaca sagrada con los cuernos pintados de azul se cruzó andando tranquilamente en su camino y Sevajee se empeñó en que esperaran a que la bestia se apartara, pero McCandless, enojado, golpeó la huesuda grupa del animal con la hoja plana de su claymore para que el animal se echara a un lado y entonces su caballo volvió a respingar cuando una descarga de mosquetería sonó justo a la vuelta de la esquina. Un grupo de cipayos estaban disparando para abrir una puerta cerrada con llave, pero McCandless no disponía de tiempo para impedir su expolio—. Wellesley tendrá que colgar a algunos de ellos —dijo a la vez que apretaba el paso. Los refugiados huían hacia los callejones aporreando las puertas cerradas o escalando muros de adobe para ponerse a salvo. A una mujer que llevaba un fardo enorme en la cabeza la tiró al suelo un cipayo que empezó a cortar a cuchilladas de bayoneta las cuerdas del atado. Dos árabes, ambos armados con grandes fusiles de mecha con unas culatas con

incrustaciones de perlas, aparecieron delante de ellos y Sharpe se descolgó el mosquete, pero los dos hombres no estaban dispuestos a continuar una batalla perdida, de modo que se esfumaron por un portalón. Había casacas de uniforme desparramadas por toda la calle, algunas de color verde, otras azules, e incluso marrones, de las que se habían despojado rápidamente los aterrorizados defensores, que en aquellos momentos trataban de hacerse pasar por civiles. Las multitudes crecían a medida que se aproximaban al extremo norte de la ciudad y el pánico que se respiraba en el ambiente era palpable. El sonido de los mosquetes era constante en la población y cada disparo, cada grito provocaba que un estremecimiento recorriera a todo el gentío que se arremolinaba buscando inútilmente una forma de escapar.

McCandless le daba gritos a la gente y se servía de la amenaza de su espada para abrirse camino. Había muchos hombres en las calles que podrían haberse enfrentado al grupo del coronel y algunos de ellos aún llevaban armas, pero ninguno realizó ningún movimiento amenazador. Los defensores de Ahmednuggur que habían sobrevivido sólo querían seguir viviendo, en tanto que a los civiles los habían sumido en el terror. Una gran multitud había invadido un templo hindú, en el que las mujeres se balanceaban y gemían frente a sus enguinaldados ídolos. Un niño que llevaba una jaula de pájaros cruzó la calle disparado, McCandless hizo virar a su caballo de un tirón para no pisotear al pequeño y entonces se oyó una fuerte descarga de mosquetería un poco más adelante. Hubo una pausa en la que Sharpe se imaginó a los soldados abriendo los nuevos cartuchos y atacando las balas en los cañones de sus armas y luego, en el preciso momento en que él la esperaba, sonó la segunda descarga. No se trataba del ruido irregular de unos saqueadores abriendo puertas a disparos, sino de una disciplinada infantería en acción.

—¡Seguro que el combate es en la puerta norte! —le gritó excitado McCandless desde delante.

—Parece intenso, señor —dijo Sharpe.

—¡Cundirá el pánico, muchacho, el pánico! ¡Nosotros nos limitaremos a acercarnos y a atrapar a ese tipo! —McCandless, tan cerca de su presa, estaba eufórico. Se oyó una tercera descarga y en esa ocasión Sharpe percibió el sonido de las balas de mosquete al chocar contra las paredes de adobe o al atravesar los tejados de paja. De pronto la multitud menguó y McCandless echó los talones hacia atrás y espoleó a su gran caballo castrado para que se acercara al tiroteo. Sevajee iba a su lado, el *tulwar* reluciente, y sus hombres detrás. Las murallas de la ciudad se hallaban cerca de su lado derecho y por delante, más allá de un revoltijo de tejados de paja y pizarra, Sharpe divisó una bandera de rayas azules y verdes que ondeaba por encima de las fortificaciones de una torre cuadrada igual al bastión que coronaba la puerta sur. La torre tenía que estar por encima de la puerta norte y él hizo avanzar a su caballo con un golpe de talones y tiró del percutor de su mosquete.

Los jinetes dejaron atrás los últimos edificios y la puerta se hallaba entonces a tan sólo treinta metros por delante, al otro lado de un espacio abierto y adoquinado. Sin embargo, en cuanto McCandless vio la puerta dio un tirón a las riendas para que su caballo diera un brusco viraje. Sevajee hizo lo mismo pero los hombres que iban detrás, incluido Sharpe, no estuvieron a tiempo. Sharpe había creído que las disciplinadas descargas debían de dispararlas casacas rojas o cipayos, pero en lugar de eso había dos compañías de soldados de casaca blanca que bloqueaban el paso hacia la puerta y eran ellos los que disparaban para despejar la zona junto a la salida, para que así otras compañías de chaqueta blanca que marchaban a toda prisa escaparan de la ciudad. Las descargas se dirigían de forma indiscriminada tanto contra civiles como contra casacas rojas y defensores fugitivos, el único objetivo era mantener libre la puerta para las compañías de casacas blancas que estaban al mando de un hombre muy alto montado en un demacrado caballo negro. Y justo cuando Sharpe vio a ese hombre y lo reconoció fue cuando la compañía del lado izquierdo apuntó a los jinetes y disparó.

Un caballo lanzó un bramido. La sangre cayó en rápidos y cálidos chorros sobre los adoquines, al tiempo que la bestia caía atrapando a su jinete y rompiéndole la pierna. Otro de los soldados de Sevajee había sido abatido y su *tulwar* resonó al resbalar por las piedras. Sharpe oyó el silbido de las balas de mosquete en torno a él y tiró de las riendas para llevar a su yegua de vuelta al callejón, pero el equino protestó por su violencia y volvió a girar hacia el enemigo. Le clavó los talones.

—¡Muévete, zorra! —gritó—. ¡Muévete! —Distinguió el traqueteo de las baquetas en los tubos y supo que era tan sólo cuestión de segundos que lanzaran otra descarga en su dirección. Entonces McCandless apareció a su lado y el escocés se inclinó, agarró la brida de Sharpe y tiró de él hasta ponerlo a salvo en un callejón.

—Gracias, señor —dijo Sharpe. Había perdido el control de su caballo y se sentía avergonzado. La yegua temblaba y le dio unas palmaditas en el cuello justo cuando la siguiente descarga de Dodd retumbó por toda la ciudad. Las balas chocaron contra las paredes de adobe, hicieron añicos las baldosas y arrancaron unos manojos de hojas de palma del techado. McCandless había desmontado, de modo que Sharpe sacó los pies de los estribos, bajó de la silla y corrió para reunirse con el coronel en la boca del callejón. Una vez allí, buscó a Dodd entre el humo que se disipaba, lo encontró y apuntó el mosquete.

McCandless le empujó el mosquete hacia abajo rápidamente.

—¿Qué está haciendo, hombre?

—Matar a ese cabrón, señor —respondió bruscamente Sharpe recordando la fetidez de la sangre en Chasalgaon.

—No va a hacer nada parecido, sargento —gruñó McCandless—. ¡Lo quiero vivo!

Sharpe soltó una maldición pero no disparó. Vio que Dodd estaba muy calmado. Había ocasionado otra masacre allí, pero aquella vez había matado a civiles de Ahmednuggur para evitar que se amontonaran en la puerta y sus asesinos, las dos compañías de casaca blanca, seguían montando guardia en la salida aunque las compañías restantes ya habían desaparecido en el campo soleado que había al otro lado del largo y oscuro túnel del arco. Entonces, ¿por qué se entretenían esas dos compañías? ¿Por qué Dodd no las sacaba de allí antes de que los devastadores cipayos y Highlanders lo alcanzaran? Frente a las dos compañías de retaguardia el suelo estaba lleno de fugitivos muertos y agonizantes y una horrible cantidad de aquellos cadáveres y heridos eran mujeres y niños. Había más gente que lloraba y chillaba, personas aterrorizadas por las descargas e igualmente temerosas de los invasores que se extendían por la ciudad tras ellas, y que se apiñaban en todas las calles y callejones que iban a dar a la zona despejada junto a la puerta.

—¿Por qué no se marcha? —se preguntó McCandless en voz alta.

—Está esperando algo, señor —contestó Sharpe.

—Necesitamos más hombres —dijo McCandless—. Vaya a buscar a algunos. Yo vigilaré a Dodd.

—¿Yo, señor? ¿Ir a buscar a más hombres?

—Usted es un sargento, ¿no? —replicó bruscamente McCandless—. Pues compórtese como tal. Tráigame una compañía de infantería. Soldados de las Highlands, si es posible. ¡Y ahora, váyase!

Sharpe maldijo entre dientes y echó a correr de vuelta al interior de la ciudad. ¿Cómo demonios esperaban que encontrara soldados? Había un montón de casacas rojas a la vista, pero ninguno se hallaba bajo disciplina y lo más probable era que exigir a unos saqueadores que abandonaran su botín para ir a combatir de nuevo resultara una pérdida de tiempo, por no decir un verdadero suicidio. Sharpe tenía que encontrar a un oficial, así que se abrió camino con intimidaciones entre la aterrorizada multitud con la esperanza de descubrir a una compañía Highlanders que estuviera aún obedeciendo órdenes.

Un chasquido de madera astillada que sonó por encima de su cabeza hizo que Sharpe se escondiera rápidamente en una entrada unos segundos antes de que un endeble balcón se derrumbara bajo el peso de tres cipayos y un oscuro baúl de madera que habían arrastrado desde un dormitorio. El baúl se rompió al caer a la calle derramando un torrente de monedas y los tres cipayos gritaron al ser pisoteados por una avalancha de soldados y civiles que se lanzaron a por el botín. Un alto sargento escocés se sirvió de la culata de su mosquete para hacer sitio junto al baúl roto, luego se arrodilló y empezó a meter monedas en el interior de su gorro de piel de oso vuelto hacia arriba. Le soltó un gruñido a Sharpe al considerarlo un rival en el saqueo, pero Sharpe pasó por encima del sargento, tropezó con la pierna quebrada de uno de los

cipayos y siguió adelante a empujones. ¡Maldito caos!

Una chica medio desnuda salió corriendo de una alfarería y luego se paró de pronto cuando el sari que se le iba desenrollando hizo que se detuviera con una sacudida. Dos casacas rojas la arrastraban de vuelta a la tienda. El padre de la chica, con la sien ensangrentada, estaba desplomado en la puerta en medio de su desparramada mercancía. La chica miró a Sharpe a los ojos y él vio su mudo ruego, luego la puerta del establecimiento se cerró de golpe y oyó el sonido de la tranca al ser colocada. Unos escandalosos soldados de las Highlands habían encontrado una taberna y se estaban instalando mientras que otro se hallaba leyendo tranquilamente su Biblia sentado en un arcón revestido de metal que había sacado de una orfebrería.

—Hace un día estupendo, sargento —le dijo con ecuanimidad, si bien se guardó mucho de no apartar la mano de su mosquete hasta que Sharpe hubo pasado de largo.

Otra mujer gritó en un callejón e instintivamente Sharpe se dirigió hacia aquel terrible sonido. Se encontró con un grupo descontrolado de cipayos peleando con un pequeño pelotón de soldados de casaca blanca, que debían de contarse entre los últimos defensores de la ciudad que todavía vestían uniformes reconocibles. Estaban al mando de un oficial europeo muy joven que agitaba una delgada espada desde su montura, pero justo cuando Sharpe lo vio, el oficial fue alcanzado por una bayoneta por detrás. Arqueó la espalda y la boca se le abrió en un silencioso grito al tiempo que la espada se le tambaleaba, tras lo cual un montón de manos se alzaron y lo bajaron a rastras de su caballo, que tenía los ojos en blanco. Las bayonetas se clavaron y se registró el uniforme empapado en sangre del oficial en busca de dinero.

Más allá del oficial muerto, y también a caballo, había una mujer. Iba vestida con ropas europeas y llevaba un velo de malla colgando del ala de su sombrero de paja; fue su grito el que había oído Sharpe. Su caballo había quedado atrapado contra una pared y ella estaba aferrada a la viga de un tejado que sobresalía justo por encima de su cabeza. Estaba sentada a mujeriegas de cara a la calle y chillando mientras unos excitados cipayos trataban de agarrarla. Otros cipayos estaban desvalijando una mula de carga que había ido siguiendo al caballo de la mujer y ella se giró y les gritó que se detuvieran, luego soltó una exclamación cuando dos hombres la asieron por las piernas.

—¡No! —gritó ella. Una pequeña fusta pendía de una lazada que llevaba en la muñeca derecha y trató de soltarse de la viga y arremeter con la tralla de cuero, pero ese acto de rebeldía sólo hizo que su apuro fuera mayor.

Sharpe se sirvió de la culata de su mosquete para abrirse paso a golpes entre los cipayos. Por lo menos era quince centímetros más alto que cualquiera de ellos y mucho más fuerte y utilizó su ira como arma para echarlos a un lado. De un puntapié apartó a un hombre del oficial asesinado, pasó por encima del cadáver y le propinó un culatazo en la cabeza a uno de los que intentaban arrancar a la mujer de su caballo. El

individuo se desplomó, Sharpe dio la vuelta a su mosquete y le clavó el cañón en el vientre a otro cipayo. Ése se dobló en dos y se tambaleó hacia delante, pero justo en ese preciso momento un tercero agarró la brida del caballo y tiró de ella hacia el lado contrario a la pared, con tanta rapidez que la mujer cayó a la calzada. Los cipayos, al verla tumbada con sus largas piernas en alto, lanzaron un grito de triunfo y se abalanzaron en tropel, por lo que Sharpe hizo girar el fusil como si fuera un garrote para contenerlos. Uno de ellos apuntó su mosquete hacia Sharpe, que se le quedó mirando fijamente a los ojos.

—Adelante, hijo de puta —dijo Sharpe—. Atrévete.

Los cipayos decidieron no pelear. Había más mujeres en la ciudad, de modo que se echaron atrás. Unos cuantos se entretuvieron a robarle al oficial europeo muerto en tanto que otros terminaron de desvalijar a la mula de carga de la mujer, a la que habían despojado de su cargamento, y unos cipayos sonrientes rasgaban entonces sus vestidos de lino, sus medias y sus chales. La mujer estaba arrodillada junto a Sharpe, temblando y sollozando, así que él se dio la vuelta y la asió del codo.

—Vamos, señorita —dijo—, ahora ya ha pasado todo. Está a salvo.

Ella se puso de pie. Se le había salido el sombrero al caerse del caballo y un despeinado cabello rubio le colgaba frente al pálido rostro. Sharpe vio que era alta y tuvo la impresión de que era guapa, aun cuando sus ojos azules estaban abiertos de par en par a causa del susto y todavía temblaba. Él se agachó a recoger su sombrero.

—Por el aspecto que tiene parece que haya venido de la guerra, ya lo creo —dijo, luego le sacudió el polvo del sombrero y se lo devolvió. El caballo de la mujer estaba suelto en la calle, así que Sharpe agarró a la bestia por la brida y se llevó al animal y a la mujer hacia un portalón cercano que daba a un patio—. Tiene que cuidar de su caballo —dijo—, son algo muy valioso, los caballos. ¿Sabe usted cómo consigue un soldado de caballería una montura de repuesto? —No estaba del todo seguro de por qué estaba hablando tanto y ni siquiera sabía si la mujer entendía, pero tenía la sensación de que si dejaba de hablar ella rompería a llorar de nuevo, de manera que siguió con su charla—. Si un soldado de caballería pierde su caballo tiene que demostrar que ha muerto, ¿sabe? Para que se sepa que no lo ha vendido. De modo que le corta una pezuña. Algunos llevan consigo unas pequeñas hachas para ello. No se puede vender un caballo con tres patas, ¿sabe? Entonces les muestra el casco a sus oficiales y ellos le dan otro caballo.

Había un camastro de cuerda en el patio y Sharpe condujo a la mujer hacia él. Ella tomó asiento y se tapó el rostro con las manos.

—Dijeron que no vendrían hasta dentro de tres días —dijo amargamente con un marcado acento.

—Teníamos prisa, señorita —repuso Sharpe. Ella todavía no había vuelto a coger el sombrero, de modo que él se agachó y se lo tendió—. ¿Es usted francesa?

Ella asintió con la cabeza. Había empezado a llorar otra vez y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—No pasa nada —dijo él—. Ahora está a salvo. —Entonces vio la alianza que ella llevaba en el dedo y se le pasó por la cabeza una idea terrible. ¿Sería su marido el oficial de casaca blanca? ¿Y había visto cómo lo mataban delante de ella?—. ¿Ese oficial —dijo al tiempo que giraba bruscamente la cabeza hacia la calle, donde los cipayos daban patadas a las puertas y forzaban las ventanas de postigos cerrados con sus fusiles de chispa— era su marido, señorita?

Ella lo negó con un movimiento de la cabeza.

—Oh, no —dijo—, no. Era un teniente. Mi marido es capitán. —Al final cogió el sombrero, luego sollozó—. Lo lamento.

—No hay nada que lamentar —dijo Sharpe— excepto que ha tenido un susto tremendo. Ahora ya ha pasado.

Ella respiró hondo y se enjugó los ojos.

—Me da la impresión de que siempre estoy llorando. —Miró a Sharpe a los ojos—. La vida siempre es un mar de lágrimas, ¿no es cierto?

—No para mí, señorita, no. No he llorado desde que era un niño, no que yo recuerde.

Ella se encogió de hombros.

—Gracias —dijo con un gesto hacia la calle en la que los cipayos la habían atacado—. Gracias.

Sharpe sonrió.

—No hice nada, señorita, aparte de ahuyentar a esos cabrones. Un perro podría haber hecho lo mismo que hice yo. ¿Se encuentra usted bien? ¿No le han hecho daño?

—No.

El le dio unas palmaditas en la mano.

—¿Su marido iba con usted?, ¿no?

—Envió al teniente Silliére a buscarme. No, no lo hizo. El comandante Dodd mandó a Silliére.

—¿Dodd? —preguntó Sharpe.

La mujer captó el interés en la voz de Sharpe.

—¿Lo conoce? —preguntó.

—De oídas —respondió Sharpe con prudencia—. No lo conozco, no personalmente.

Ella estudió el rostro de Sharpe.

—¿No le cae bien?

—Le odio, señora.

—Yo también le odio. —Se encogió de hombros—. Me llamo Simone. Simone

Joubert.

—Es un nombre precioso, señora. ¿Simone? Muy bonito.

Ella sonrió ante su torpe galantería.

—¿Usted tiene nombre?

—Richard Sharpe, señora, sargento Richard Sharpe, del 33.º del Rey.

—Richard —dijo ella para probar cómo sonaba—, le queda bien. Como Ricardo Corazón de León, ¿no?

—Era único a la hora de combatir, señora.

—De combatir contra los franceses, sargento —comentó ella en tono reprobatorio.

—Alguien tenía que hacerlo —replicó Sharpe con una sonrisa burlona; Simone Joubert se rió y en aquel momento Sharpe pensó que era la chica más guapa que había visto en muchos años. Quizá no fuera verdaderamente hermosa, pero era vivaz, sonriente, tenía los ojos azules y el cabello rubio. Pero era la mujer de un oficial, se dijo Sharpe para sus adentros, la mujer de un oficial.

—No debe combatir contra los franceses, sargento —dijo Simone—. No le dejaré.

—Si veo que va a suceder, señora, se lo haré saber y entonces tendrá que sujetarme.

Ella volvió a reírse y luego suspiró. No muy lejos de allí se había declarado un incendio y en el cálido aire flotaban pedazos de paja y juncos de una techumbre que ardían. Uno de los trozos cayó en el vestido blanco de Simone y ella lo sacudió, manchando la tela con la negra ceniza.

—Se lo han llevado todo —dijo ella con tristeza—. Tenía muy poca cosa, pero ha desaparecido. ¡Toda mi ropa! ¡Todo!

—Puede comprarse más —dijo Sharpe.

—¿Con qué? ¿Con esto? —Le mostró un diminuto monedero que llevaba colgando de la cintura—. ¿Qué me ocurrirá, sargento?

—No le pasará nada, señora. Cuidarán de usted. Es la esposa de un oficial, ¿no? Pues nuestros oficiales se asegurarán de que no le pase nada. Probablemente la llevarán de vuelta con su marido.

Simone le ofreció una sonrisa forzada y Sharpe se preguntó por qué no estaba rebosante de alegría ante la perspectiva de reunirse con su capitán, entonces se olvidó del asunto cuando una descarga de disparos sonó en la calle y se volvió para ver a un árabe que se tambaleaba en la verja con unas brillantes manchas de sangre en sus vestiduras, y un instante después media docena de Highlanders se abalanzaron sobre el cuerpo que se sacudía y empezaron a desgarrarle la ropa. Uno de ellos rajó la túnica de la víctima con la bayoneta y Sharpe vio que el moribundo llevaba un magnífico par de botas de montar.

—¡Allí hay una mujer! —gritó uno de los saqueadores al ver a Simone en el patio, pero entonces vio el mosquete de Sharpe que le apuntaba y levantó una mano conciliatoria—. Es toda suya, ¿eh? No hay problema, sargento, no hay problema. —Entonces el soldado se dio la vuelta para mirar calle abajo, lanzó un grito de advertencia a sus compañeros y los seis pusieron pies en polvorosa. Al cabo de un momento aparecieron en la verja una fila de cipayos que iban a las órdenes de un oficial a caballo. Eran las primeras tropas disciplinadas que Sharpe había visto en la ciudad y estaban restableciendo el orden. El oficial echó un vistazo al patio, vio que no había ningún problema y ordenó a sus hombres que siguieran adelante. Media compañía de casacas rojas con faldas escocesas seguía a los cipayos y Sharpe supuso que Wellesley había ordenado a los piquetes de turno que entraran en la ciudad. Los piquetes, que proporcionaban los centinelas para el ejército, estaban formados de medias compañías de cada uno de los batallones.

En la esquina del patio había un pozo y Sharpe izó el cubo de cuero para que Simone y él pudieran beber. Sacó más agua para el caballo de la francesa y en aquel preciso momento oyó a McCandless que gritaba su nombre por las calles.

—¡Aquí, señor! —le respondió—. ¡Aquí!

McCandless tardó unos instantes en encontrarle y, cuando lo hizo, el escocés estaba furioso.

—¿Dónde estaba, hombre? —inquirió el coronel quejumbrosamente—. ¡Se ha escapado! ¡Sin dejar rastro! ¡Se alejó marchando como un soldadito de juguete! —Volvía a montar su caballo castrado y su mirada caía imperiosa sobre Sharpe desde la silla—. ¡Se esfumó!

—No pude encontrar hombres, señor, lo lamento, señor —dijo Sharpe.

—¡Tan sólo una compañía! ¡No necesitábamos más! —exclamó McCandless con enojo, entonces reparó en Simone Joubert y se quitó el sombrero de un manotazo—. Señora —le dijo con una inclinación de la cabeza.

—Éste es el coronel McCandless, señora. —Sharpe hizo las presentaciones—. Y ésta es Simone, señor. —No pudo recordar su apellido.

—*Madame Joubert* —se presentó Simone.

McCandless la miró con el ceño fruncido. Siempre se había sentido incómodo delante de las mujeres y no se le ocurrió nada que decirle a aquella joven, de modo que en lugar de eso fulminó a Sharpe con la mirada.

—Lo único que necesitaba era una compañía, Sharpe. ¡Una compañía!

—Me estaba rescatando, coronel —dijo Simone.

—Ya me lo figuro, señora, ya me lo figuro —replicó el coronel con tristeza, implicando con ello que Sharpe había estado perdiendo el tiempo. En el aire se arremolinaron más pedazos de tiznada inmundicia que cayeron al patio mientras que en la calle, al otro lado de la verja, los piquetes sacaban a los saqueadores de las

tiendas y las casas. McCandless miró con irritación a Simone que le devolvió plácidamente la mirada. El escocés era un caballero y sabía que la mujer se encontraba entonces bajo su responsabilidad, pero le molestaba dicha obligación. Se aclaró la garganta y se encontró con que seguía sin tener nada que decir.

—El marido de *madame* Joubert, señor —comentó Sharpe—, sirve en el regimiento de Dodd.

—¿Ah, sí? ¡No me diga! —dijo McCandless mostrando un repentino interés.

—Mi marido esperaba asumir el mando del regimiento cuando el coronel Mathers se marchó —explicó Simone—, pero lamentablemente llegó el comandante Dodd. — Se encogió de hombros.

El coronel puso mala cara.

—¿Por qué no se fue usted con su marido? —le preguntó en tono severo.

—Eso es precisamente lo que trataba de hacer, coronel.

—Y la sorprendieron, ¿no? —El coronel le dio unas palmaditas a su caballo que se había asustado con uno de los pedazos de paja ardiendo—. Dígame, señora, ¿tiene una vivienda en la ciudad?

—La tenía, coronel, la tenía. Aunque si queda algo... —Simone se volvió a encoger de hombros, dando a entender que esperaba encontrarse el lugar saqueado.

—¿Tiene criados?

—El propietario sí tenía y nosotros los utilizábamos. Mi marido tiene un mozo de cuadra, por supuesto.

—¿Pero tiene algún sitio donde quedarse, señora? —quiso saber McCandless.

—Supongo que sí. —Simone hizo una pausa—. Pero estoy sola, coronel.

—El sargento Sharpe cuidará de usted, señora —dijo McCandless, entonces le asaltó un pensamiento—. No le importa hacerlo, ¿verdad, Sharpe? —inquirió con preocupación.

—Me las arreglaré, señor —contestó Sharpe.

—¿Y yo tengo que quedarme aquí y ya está? —preguntó Simone con ferocidad—. ¿Nada más? ¿Eso es todo lo que propone usted, coronel?

—Lo que propongo, señora, es reuniría con su marido —respondió McCandless—, pero eso llevará tiempo. Un día o dos. Debe tener paciencia.

—Perdone, coronel —dijo Simone, lamentando el tono de las preguntas con las que había acribillado a McCandless.

—Siento tener que darle una misión tan desafortunada, Sharpe —dijo McCandless—, pero mantenga a salvo a la dama hasta que podamos arreglar las cosas. Mándeme recado diciendo dónde se encuentra y vendré a buscarlo cuando esté todo dispuesto.

—Sí, señor.

El coronel se dio la vuelta, espoleó a su caballo y salió del patio. Sus ánimos, que

se habían venido abajo cuando Dodd había salido por la puerta norte de la ciudad, estaban resurgiendo porque veía en Simone Joubert una ocasión como caída del cielo para adentrarse en el corazón del ejército de su enemigo. Devolverle la mujer a su marido tal vez no sirviera para que la Compañía infligiera su venganza a Dodd, pero seguramente sería una oportunidad sin precedentes de reconocer las fuerzas enemigas, así pues McCandless se fue en busca del permiso de Wellesley para realizar dicha excursión, en tanto que Simone guiaba a Sharpe por las devastadas calles para llegar a su casa. Por el camino pasaron junto a un carro de bueyes que alguien había inclinado hacia atrás y sujetado con unas piedras, de manera que su única vara apuntaba hacia el cielo. De la punta de la vara había un cipayo colgado del cuello. El hombre aún no estaba del todo muerto, por lo que realizaba unos pequeños movimientos espasmódicos, y unos oficiales, tanto escoceses como indios, obligaban a unos soldados avergonzados y medio borrachos a que contemplaran al cipayo agonizante como recordatorio del destino que les esperaba a los saqueadores. Simone se estremeció y Sharpe le metió prisa para que pasara, con las riendas del caballo de la mujer en su mano izquierda.

—Por aquí, sargento —dijo ella al tiempo que lo conducía por un callejón en el que había desparramados por el suelo objetos robados desechados. Por encima de sus cabezas el humo recorría una ciudad en la que las mujeres lloraban y los casacas rojas patrullaban las murallas.

Ahmednuggur había caído.

El comandante Dodd había juzgado mal a Wellesley y ese juicio erróneo lo afectó. Una escalada parecía algo demasiado intrépido, demasiado empeinado para el hombre al que Dodd ridiculizaba llamándolo el Muchachito Wellesley. Dodd habría preferido cautela, pues a un enemigo cauto es más fácil vencerlo, pero en lugar de eso Wellesley había demostrado un mordaz desprecio por los defensores de Ahmednuggur y lanzó un ataque que debería haber sido rechazado sin dificultad. Si los hombres de Dodd hubieran estado en las murallas directamente en la trayectoria del asalto, entonces el ataque hubiese fracasado, sobre eso Dodd no tenía ninguna duda, pues tan sólo se habían desplegado cuatro escaleras y ésa pequeña cantidad hacía que la facilidad y la rapidez de la victoria británica fuesen aún más humillantes. Todo ello sugería que el general sir Arthur Wellesley poseía una confianza que ni su edad ni su experiencia deberían haberle otorgado, y eso le preocupaba. La decisión de Dodd de desertar al ejército de Pohlmann le había sido impuesta por las circunstancias, pero él no lo había lamentado porque los oficiales europeos que servían a los jefes maharatta eran bien conocidos por las riquezas que conseguían, y los ejércitos maharatta superaban ampliamente en número a sus oponentes británicos, con lo que era probable que fueran los que ganaran aquella guerra, pero si de pronto

los británicos resultaban invencibles no habría ni riquezas ni victoria. No habría más que la derrota y la ignominiosa huida.

Así pues, mientras cabalgaba alejándose de la ciudad caída, Dodd se inclinó por atribuir el repentino éxito de Wellesley a la suerte del principiante. Se convenció a sí mismo de que la escalada debía de haber sido una apuesta estúpida que había resultado injustamente recompensada con la victoria. Había sido una estrategia imprudente, se dijo, y aunque había tenido éxito bien podía ser que indujera a Wellesley a volver a precipitarse, y la próxima vez la irreflexión sin duda sería castigada. De este modo, Dodd trató de encontrar buenas noticias entre las malas.

El capitán Joubert no encontró ninguna buena noticia. Iba cabalgando por detrás de Dodd y se giraba continuamente en su silla para ver si atisbaba el vestido blanco de Simone entre el torrente de fugitivos que salían por la puerta norte, pero no había ni rastro de ella, ni del teniente Silliére, y cada desilusión le era más difícil de soportar. Sintió que una lágrima le escocía en el rabillo del ojo y la idea de que su joven Simone podía haber sido violada hizo que la gota se deslizara por su mejilla.

—¿Por qué demonios lloriquea? —preguntó Dodd.

—Se me ha metido algo en el ojo —respondió Joubert. Deseó poder mostrarse más desafiante, pero se sentía menospreciado por el inglés e incapaz de hacer frente a su bravuconería. A decir verdad, Pierre Joubert se había sentido despreciado durante la mayor parte de su vida. Su baja estatura y tímida naturaleza lo convirtieron en un objetivo y él había sido el evidente candidato cuando a su regimiento en Francia se le ordenó encontrar un oficial a quien pudieran mandar como asesor de Scindia, el maharajá de Gwalior. Habían elegido a Joubert, el único oficial a quien nadie echaría de menos, pero aquel impopular destino le proporcionó a Joubert el único golpe de suerte que había tenido nunca cuando el barco que lo llevaba a la India se detuvo en la Île de France. Allí había conocido a Simone, la había cortejado, se la había ganado y estaba orgulloso de ella, muy orgulloso, porque sabía que otros hombres la encontraban atractiva y Joubert podía haber disfrutado de ese sutil halago de no haber sabido lo extremadamente desdichada que era ella. Él atribuía su infelicidad a los caprichos del temperamento de una mujer recién casada y al calor de la India. Se consolaba pensando que dentro de uno o dos años lo volverían a llamar desde Francia y allí Simone conocería la satisfacción en compañía de su gran familia. Se convertiría en madre, aprendería a llevar la casa y a aceptar así su cómodo destino. Todo eso siempre y cuando hubiera sobrevivido a la caída de Ahmednuggur. Espoleó su caballo y se puso al lado de Dodd.

—Tenía usted razón, coronel —dijo el francés de mala gana—. No se ganaba nada con luchar. —Entabló conversación para alejar de su pensamiento su miedo por Simone.

Dodd recibió el cumplido con un gruñido.

—Lamento lo de *madame* Joubert —se obligó a decir.

—Los británicos nos mandarán noticias sobre ella, estoy seguro —replicó Joubert, aferrándose a la esperanza de que a Simone la hubiera rescatado algún galante oficial.

—Pero un soldado está mejor sin una mujer —dijo Dodd, luego se giró sobre la silla para mirar hacia la retaguardia—. La compañía de Sikal va rezagada —le dijo a Joubert—. ¡Dícales a esos cabrones que se apresuren! —Se quedó mirando a Joubert mientras éste se alejaba y luego espoleó su caballo y se dirigió a la cabeza de la columna, donde su vanguardia marchaba con las bayonetas caladas y los mosquetes cargados.

El regimiento había escapado de Ahmednuggur, pero aún no estaba exento de todo peligro. Las caballerías británicas y maharatta habían rodeado la ciudad para hostigar a cualquier miembro de la guarnición que lograra huir de allí, y en aquellos momentos dichos jinetes amenazaban los dos flancos de la columna de Dodd, pero era una amenaza poco importante. Había docenas de otros soldados que huían de la ciudad y como no marchaban en formaciones disciplinadas, consumían un objetivo mucho más accesible para los jinetes que acechaban y rodeaban alegremente a los refugiados. Dodd observó cómo las lanzas y los sables caían sobre los desperdigados fugitivos, pero si alguno de los jinetes se acercaba demasiado a sus propias tropas de casacas blancas él daba el alto a una compañía, le ordenaba girarse hacia el exterior y les hacía apuntar los mosquetes. Normalmente la amenaza de una descarga era suficiente para que los jinetes se alejaran en busca de presas más fáciles de conseguir y ni una sola vez se situó el enemigo a tiro de pistola de las filas de Dodd. En una ocasión, cuando la columna se hallaba a unos tres kilómetros al norte de la ciudad, un decidido escuadrón de Dragones británicos intentó interceptar la marcha del regimiento, pero Dodd ordenó que se desengancharan los arzones de dos de sus cañones pequeños y sus miserables balas, que rebotaron por el llano y árido terreno, bastaron para hacer que los jinetes de casaca azul dieran un viraje y se alejaran en busca de otro ángulo de ataque. Dodd reforzó su amenaza haciendo que la compañía que iba en cabeza disparara una descarga de mosquetería que, aunque siendo a largo alcance, logró desmontar a uno de los Dragones. El comandante vio alejarse a los jinetes vencidos y notó que lo invadía un sentimiento de orgullo por su nuevo regimiento. Aquella era la primera vez que los había visto en acción y si bien la entusiasmada caballería a duras penas era un enemigo digno, la calma y eficiencia de los soldados fueron totalmente encomiables. Ninguno de ellos se apresuró, ninguno disparó una baqueta a causa del pánico, ninguno parecía estar inquieto por la repentina y salvaje caída de la ciudad y ninguno se había mostrado renuente a disparar contra los civiles que habían amenazado con obstaculizar su huida a través de la puerta norte. Por el contrario, habían mordido al enemigo como una cobra al

defenderse y eso le dio una idea a Dodd. ¡Las Cobras! ¡Así era como iba a llamar a su regimiento, las Cobras! Creía que el nombre inspiraría a sus hombres y atemorizaría al enemigo. Las Cobras de Dodd. Le gustó la idea.

Dodd no tardó en dejar muy atrás a sus perseguidores. Al menos cuatrocientos soldados más, la mayoría de ellos árabes, se habían unido a su regimiento y él los recibió con mucho gusto porque cuantos más soldados trajera del desastre, mayor sería su reputación a ojos del coronel Pohlmann. A primera hora de la tarde, sus Cobras habían llegado a lo alto de la escarpadura que dominaba la vasta llanura Deccan donde, en neblinosa lontananza, pudo distinguir el río Godavery serpenteando por el seco territorio. Al otro lado de su cauce se hallaba la seguridad. Tras él, el camino estaba vacío, pero sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que la caballería perseguidora volviera a aparecer. El regimiento se había detenido en la cima del risco y el comandante dejó que descansaran un poco. Algunos de los árabes fugitivos eran jinetes y Dodd hizo que se adelantaran en busca de algún pueblo que proporcionara comida a su regimiento. Supuso que tendría que acampar cerca del Godavery, pero al día siguiente encontraría la manera de cruzar y al cabo de uno o dos días más llegaría al campamento de Pohlmann con el estandarte enarbolado. Ahmednuggur quizá hubiera caído como un árbol podrido, pero Dodd había sacado de allí a su regimiento con tan sólo una docena de bajas. Lamentaba la pérdida de esos doce hombres, aunque no la de Silliére, pero le dolía especialmente que Simone Joubert no hubiera conseguido escapar de la ciudad. Había notado que a ella no le caía bien y la idea de hacer de su despreciado marido un cornudo a pesar de dicha antipatía le había proporcionado un picante deleite, pero por lo visto aquel placer debía olvidarse o al menos postergarse. No es que eso importara. Había salvado a su regimiento, había salvado su artillería y el futuro prometía abundante y fructífero trabajo para ambos.

Así pues, William Dodd marchó hacia el norte sintiéndose feliz.

Simone llevó a Sharpe a tres pequeñas habitaciones que había en el piso superior de una casa que olía como si el propietario fuera un curtidor. En una de las habitaciones había una mesa y cuatro sillas que no hacían juego, dos de las cuales habían roto los saqueadores como si tal cosa; la segunda se había destinado a un enorme baño de asiento, mientras que en la tercera no había nada más que un colchón de paja rajado cuyo contenido se hallaba desparramado por las tablas del suelo.

—Yo pensaba que los soldados se unían a Scindia para hacerse ricos —comentó Sharpe, asombrado ante aquellas poco espaciosas y mal amuebladas habitaciones.

Simone se sentó en una de las sillas intactas y parecía estar al borde de las lágrimas.

—Pierre no es un mercenario —dijo—, sino un asesor. Es Francia quien paga su

salario, no Scindia, y todo el dinero que gana lo ahorra.

—Está claro que no se lo gasta, ¿verdad? —preguntó Sharpe al tiempo que echaba un vistazo por las pequeñas y mugrientas estancias—. ¿Dónde están los sirvientes?

—Abajo. Trabajan para el propietario.

Sharpe había divisado una escoba en el establo en el que habían dejado el caballo de Simone, así que fue a buscarla entonces. Sacó un balde de agua del pozo y subió las escaleras que ascendían por un lado de la casa para encontrarse con que Simone no se había movido excepto para esconder el rostro en las manos, de modo que empezó a limpiar aquel desastre él solo. Fueran quienes fueran los que habían registrado las habitaciones en busca de algún botín, habían decidido utilizar el baño como retrete, así que empezó por arrastrarlo hacia la ventana, abrir de golpe los postigos y arrojar su contenido al callejón. Luego echó agua en la bañera y la frotó con una toalla sucia.

—El propietario está muy orgulloso del baño —Simone se había acercado a la puerta y lo estaba mirando— y nos hace pagar de más.

—Yo nunca he tenido un baño como Dios manda. —Sharpe le dio una palmada a la tina de zinc. Supuso que la habrían traído los europeos a la India, puesto que en la parte exterior había pintados unos barcos con aparejos redondos—. ¿Cómo lo llena?

—Lo hacen los criados. Les lleva mucho tiempo y luego normalmente está fría.

—Haré que la llenen para usted, si quiere.

Simone se encogió de hombros.

—Primero nos hace falta comida.

—¿Quién cocina? No me lo diga, ¿los sirvientes del piso de abajo?

—Pero tenemos que comprarla. —Se llevó la mano al monedero de su cintura.

—No se preocupe por el dinero, querida —dijo Sharpe—. ¿Sabe coser?

—Mis agujas estaban en el caballo de carga.

—Yo tengo un costurero —dijo Sharpe, y pasó la escoba por la habitación, barrió la paja y la volvió a meter en el colchón rajado. Entonces sacó el costurero de su mochila, se lo dio a Simone y le dijo que cosiera el colchón—. Mientras tanto yo iré a buscar un poco de comida —dijo, y se fue con su mochila a cuestras. La ciudad estaba entonces silenciosa, sus supervivientes se encogían de miedo ante sus conquistadores, pero se las arregló para cambiar un puñado de cartuchos por algo de pan, un poco de pasta de lentejas y unos cuantos mangos. Los casacas rojas y cipayos que estaban de patrulla lo detuvieron dos veces, pero sus galones de sargento y el nombre del coronel McCandless convencieron a los oficiales de que no tramaba nada malo. Encontró el cadáver del árabe al que habían disparado a la puerta del patio donde Simone y él se habían refugiado y le quitó las botas. Eran unas magníficas botas de cuero rojo con espuelas de acero tipo garra de halcón y Sharpe esperaba que le fueran bien. Cerca de

allí, en un callejón, descubrió un montón de saris de seda que al parecer se le habían caído a un saqueador, y recogió todo el lío antes de regresar a toda prisa a las habitaciones de Simone.

Abrió la puerta de un empujón.

—Le he traído hasta unas sábanas —anunció, luego dejó caer el fardo de sedas porque Simone había gritado en el dormitorio. Sharpe se precipitó hacia la puerta y se la encontró frente a tres indios que entonces se volvieron para hacerle frente a él. Uno de ellos era un anciano ataviado con una túnica de color oscuro suntuosamente bordada con flores mientras que los dos más jóvenes llevaban unas sencillas vestiduras blancas.

—¿Tiene problemas? —le preguntó Sharpe a Simone.

El anciano le gruñó a Sharpe y le soltó una sarta de palabras en marathi.

—Cierra la boca —dijo Sharpe—, estaba hablando con la señorita.

—Es el propietario de la casa —explicó Simone con un gesto hacia el hombre de la túnica bordada.

—¿Quiere que se vaya? —supuso Sharpe, y Simone dijo que sí con la cabeza—. Cree que puede sacarle un alquiler más alto a un oficial británico, ¿no es eso? —preguntó Sharpe. Dejó la comida en el suelo y se acercó al propietario—. ¿Quieres cobrar más alquiler? ¿Es eso?

El propietario se distanció de Sharpe y les dijo algo a sus dos criados que se acercaron uno por cada lado del casaca roja. Sharpe le clavó el codo en el vientre a uno de ellos y con el pie izquierdo le dio un pisotón en el empeine al otro, luego agarró las cabezas de ambos y las hizo chocar ruidosamente. Los soltó y se alejaron tambaleándose, aturridos, mientras Sharpe desenfundaba la bayoneta y le sonreía al propietario.

—La señora quiere tomar un baño, ¿lo entiendes? Un baño. —Señaló a la habitación donde estaba la bañera—. Y lo quiere caliente, cabrón avaro, caliente y humeante. Y necesita comer algo. —Apuntó hacia el triste montón de comida—. Tú la cocinas, nosotros nos la comemos y si quieres hacer cualquier otro cambio, hijo de puta, hablas primero conmigo. ¿Entendido?

Uno de los criados se había recuperado lo suficiente como para intervenir y fue lo bastante insensato como para intentar tirar de Sharpe y alejarlo de su amo. El sirviente era un hombre joven y corpulento, pero no poseía la ferocidad de Sharpe. Éste lo golpeó con fuerza, lo volvió a golpear y le dio un rodillazo en la entrepierna. Para entonces el criado ya estaba a medio camino del suelo de la sala y Sharpe lo persiguió, tiró de él para ponerlo derecho, lo volvió a golpear y ese último porrazo mandó al sirviente al pequeño balcón que había en lo alto de las escaleras exteriores.

—Ahora vas y te rompes una pierna, cabrón —dijo Sharpe, y arrojó al hombre por encima de la baranda. Oyó cómo gritaba al caer al callejón, pero Sharpe ya se

había dado la vuelta hacia el dormitorio—. ¿Todavía tenemos un problema? —le preguntó al propietario.

Aquel hombre no entendía ni una palabra de inglés, pero para entonces ya comprendía a Sharpe. No había ningún problema. Salió de espaldas de la habitación seguido por el sirviente que le quedaba y Sharpe fue con ellos hasta la escalera.

—Comida —dijo poniendo el pan, las lentejas y la fruta en manos del acobardado dueño—. Y al caballo de *madame* le hace falta una limpieza y que le den de beber. Y de comer. El caballo, allí, ¿lo ves? —Señaló hacia el patio—. Dale de comer al animal —ordenó. El criado al que había empujado por el balcón se había apoyado contra la pared del otro lado del callejón donde se palpaba con cuidado su sangrante nariz. Sharpe le escupió por si acaso y luego volvió adentro—. Nunca me gustaron los propietarios —dijo en tono suave.

Simone estaba medio riéndose y medio asustada por si el propietario prometía una terrible venganza.

—Pierre le tenía miedo —le explicó—, y él sabe que somos pobres.

—No es usted pobre, querida, está conmigo —dijo Sharpe.

—¿Con el rico de Ricardo? —dijo Simone, contenta por haber hecho una broma en una lengua extranjera.

—Más rico de lo que usted cree, señorita. ¿Cuánto hilo queda?

—¿Hilo? ¡Ah! Para la aguja. Queda mucho, ¿por qué?

—Porque, querida, usted puede hacerme un favor —dijo, y se despojó de la mochila, el cinturón y la casaca—. No soy muy hábil con la aguja —aclaró—. Sé remendar y zurcir, claro está, pero lo que ahora necesito es una buena labor de costura. Realmente buena. —Se sentó y Simone, intrigada, tomó asiento frente a él y observó como vaciaba el contenido de su mochila. Había dos camisas de recambio, sus calcetines de repuesto, una bola de betún negro, un cepillo y la lata de harina que se suponía que debía ponerse en el pelo, aunque desde que había salido a caballo de Seringapatam con McCandless se había dejado el cabello sin empolverar. Sacó el collarín de cuero que también había abandonado y luego el ejemplar de *Los Viajes de Gulliver* que el señor Lawford le había regalado para que pudiera practicar la lectura. Últimamente había descuidado bastante dicha práctica y el libro estaba húmedo y había perdido algunas páginas.

—¿Sabe leer? —preguntó Simone al tiempo que rozaba el libro con un dedo vacilante.

—No lo hago muy bien.

—A mí me gusta leer.

—Entonces puede ayudarme a mejorar, ¿eh? —dijo Sharpe, extrajo el pedazo de cuero plegado que servía para arreglarse los zapatos y debajo había dispuesto un trozo de arpillera. Lo sacó y acto seguido volcó el resto del contenido de la mochila

encima de la mesa. Simone soltó un grito ahogado. Allí había perlas, rubíes y esmeraldas, había oro y más esmeraldas, zafiros y diamantes y un enorme rubí de la medida de medio huevo de gallina—. La cuestión es —dijo Sharpe— que tarde o temprano habrá una batalla antes de que ese tal Scindia aprenda una lección y lo más probable es que no llevemos las mochilas en un combate porque pesan demasiado, ¿sabe? De modo que no quiero dejar mi botín en la mochila para que me lo robe algún cabrón de la guardia de bagajes.

Simone tocó una de las piedras y levantó la vista para mirar a Sharpe con ojos maravillados. Él no estaba muy seguro de si era prudente mostrarle el tesoro, pues tales cosas era mejor mantenerlas muy en secreto, pero era consciente de que estaba tratando de impresionarla y estaba claro que lo había conseguido.

—¿Son tuyas? —preguntó ella.

—Todas mías —respondió él.

Simone meneó su rubia cabeza con asombro y luego empezó a ordenar las piedras en filas e hileras. Formó secciones de esmeraldas, secciones de rubíes y otra de perlas, había una compañía de zafiros y una línea de escaramuza de diamantes, y todas ellas estaban comandadas por el gran rubí.

—Este pertenecía al sultán Tippoo —dijo Sharpe al tiempo que tocaba el rubí—. Lo llevaba en el sombrero.

—¿El Tippoo? Murió, ¿verdad? —preguntó Simone.

—Y yo fui quien lo mató —contestó Sharpe con orgullo—. En realidad no era un sombrero, era un casco de tela, ¿sabe? Y el rubí estaba justo en medio, y él creía que no podía morir porque el sombrero había sido sumergido en la fuente de Zum-Zum.

Simone sonrió.

—¿Zum-Zum?

—Está en La Meca. Donde diablos quiera que esté La Meca. No obstante, no funcionó. Le metí una bala en la cabeza, le atravesé el maldito sombrero. Para lo que le sirvió no sé porqué no lo mojé en el Támesis.

—¡Es usted rico!

El problema era cómo seguir siéndolo. Sharpe no tenía tiempo de hacer compartimentos falsos en la mochila y la bolsa nuevas que habían reemplazado a las que había quemado en Chasalgaon, de modo que había guardado las piedras sueltas en la mochila. Tenía una capa de esmeraldas en el fondo de su nueva bolsa de munición, donde estarían bastante seguras, pero necesitaba encontrar otros lugares en los que esconder las demás piedras preciosas. Le regaló una fila de diamantes a Simone y ella intentó rechazarla, luego aceptó tímidamente las piedras y se sujetó una de ellas contra un lado de la nariz, allí donde las mujeres indias modernas a menudo llevaban joyas semejantes.

—¿Cómo queda? —preguntó ella.

—Como un moco muy caro.

Ella le sacó la lengua.

—Es precioso —dijo. Miró detenidamente el diamante que todavía tenía el terciopelo negro por detrás, por lo que la piedra resplandecía aún con más brillo, luego abrió su monedero—. ¿Está seguro?

—Vamos, mujer, quédese los.

—¿Cómo se lo explico a Pierre?

—Le dice que los encontró en un cadáver después del combate. Se lo creerá. — Observó cómo ella metía los diamantes en el monedero—. Tengo que esconder el resto —le explicó. Le parecía que algunas de las piedras podrían ir en su cantimplora donde repiquetearían un poco cuando estuviera vacía, y tendría que tener cuidado al beber, no fuera a tragarse una fortuna, pero con eso todavía quedaba un montón de gemas sin ocultar. Se sirvió de su cuchillo para abrir una costura de su casaca roja y empezó a meter los rubíes pequeños por la hendidura, pero las piedras se movían por el dobladillo inferior y el bulto que hacían era como un pregón a todos los soldados anunciando que llevaba objetos robados—. ¿Ve a lo que me refiero? —Le enseñó a Simone la abultada costura.

Ella tomó la casaca, fue a buscar el costurero de Sharpe al dormitorio y empezó a sujetar cada una de las gemas en su propia bolsita en la costura abierta. La tarea le llevó toda la tarde y cuando terminó la casaca roja pesaba el doble. La piedra más difícil de esconder era aquel enorme rubí pero Sharpe resolvió el asunto desenrollándose el largo cabello de la bolsa llena de perdigones que lo mantenía tieso y cortando luego la bolsa para vaciarla. La llenó con el rubí y todas las piedras pequeñas que quedaban y luego Simone le volvió a enroscar el pelo en la bolsa. Al anochecer las piedras preciosas habían desaparecido.

Comieron a la luz de una lámpara. No habían llenado la bañera, pero Simone dijo que había tomado un baño hacía una semana más o menos, así que daba igual. Sharpe había realizado una breve excursión al anochecer y había regresado con dos botellas de cerámica llenas de *arrack* y se bebieron el licor en la penumbra. Hablaron, rieron y al final el aceite de la lámpara se agotó, la llama parpadeó hasta apagarse y dejó la habitación iluminada por los rayos de luz de la luna que atravesaban los postigos de filigrana. Simone se había quedado callada y Sharpe supo que estaba pensando en acostarse.

—Le traje sábanas —señaló los saris.

Ella lo miró por debajo de su flequillo.

—¿Y dónde dormiré usted, sargento Sharpe?

—Ya encontraré un sitio, querida.

Fue la primera vez que durmió entre sábanas de seda aunque no es que lo notara, de manera que mostrarle las piedras preciosas no había sido tan mala idea al fin y al

cabo.

Se despertó con el canto de los gallos y el estallido de un cañón de doce libras, un recordatorio de que el mundo y la guerra continuaban.

El comandante Stokes había decidido que el verdadero problema del reloj del rajá eran sus rodamientos de madera. Se hinchaban con el clima húmedo y él se hallaba considerando encantado el problema de fabricar un nuevo juego de rodamientos metálicos cuando el sargento de los tics volvió a aparecer en su oficina.

—Usted otra vez —le dijo el comandante a modo de saludo—. No me acuerdo de su nombre.

—Hakeswill, señor. Sargento Obadiah Hakeswill.

—El castigo de Edom, ¿eh? —bromeó el comandante al tiempo que se preguntaba si fundir o perforar el metal.

—¿Edom, señor? ¿Edom?

—El profeta Obadiah, sargento, predice el castigo de Edom —explicó el comandante—. La amenazó con el fuego y el cautiverio, si mal no recuerdo.

—Sin duda tendría sus motivos, señor —dijo Hakeswill, con el rostro sacudiéndose con sus espasmos incontrolables—, igual que yo tengo los míos. Estoy buscando al sargento Sharpe, señor.

—No está aquí, sargento, lamentablemente. ¡Este lugar se está viniendo abajo!

—¿Se ha ido, señor? —quiso saber Hakeswill.

—Ha sido llamado, sargento, por la autoridad superior. No es cosa mía, no es cosa mía en absoluto. Si de mí dependiera Sharpe se quedaría aquí para siempre, pero un tal coronel McCandless lo reclamó y cuando los coroneles exigen algo los simples comandantes obedecen. Por lo que sé, que no es mucho, fueron a reunirse con las fuerzas del general Wellesley. —En aquellos momentos el comandante hurgaba en un baúl de madera—. Teníamos unos taladros estupendos, lo sé. Los mismos que usamos en las chimeneas. No es que los hayamos llegado a utilizar. Todavía no he tenido que rectificar ni una sola chimenea.

—¿McCandless, señor?

—Un coronel de compañía, pero un coronel de todos modos. También necesitaré una lima redonda, me imagino.

—Conozco al coronel McCandless, señor —dijo Hakeswill con melancolía. Había compartido los calabozos del Tippoo con McCandless y Sharpe y sabía que el escocés le tenía antipatía. Lo cual en sí no importaba, pues a Hakeswill tampoco le caía bien McCandless, pero el escocés era coronel y, tal como había dado a entender el comandante Stokes, cuando los coroneles exigen hay otros soldados que obedecen. El coronel McCandless, decidió Hakeswill, podía ser un problema. Pero un problema que podía esperar. Lo más urgente era alcanzar a Sharpe—. ¿Tienen algún convoy

que se dirija hacia el norte, señor? ¿Hacia el ejército, señor?

—Mañana mismo sale uno —respondió Stoke amablemente— que transporta munición. Pero, ¿tiene usted autorización para viajar?

—Tengo autorización, señor, la tengo. —Hakeswill se llevó la mano a la bolsa en la que guardaba la preciada orden de arresto. Lo enojó el hecho de que Sharpe no estuviera, pero sabía que no tenía mucho sentido demostrar el enfado. La cuestión era alcanzar a la presa, y luego Dios sería favorable con el destino de Obadiah Hakeswill.

Eso fue lo que le explicó a su destacamento de seis hombres mientras bebían en una de las tabernas militares de Seringapatam. De momento lo único que sabían los seis soldados era que tenían órdenes de arrestar al sargento Sharpe, pero hacía tiempo que Hakeswill había llegado a la conclusión de que necesitaba compartir más información con los hombres elegidos si quería que lo siguieran con entusiasmo, especialmente si tenían que seguirlo en dirección norte hacia el lugar donde Wellesley estaba combatiendo contra los mahratta. Hakeswill los consideraba unos buenos soldados, lo cual significaba que eran todos astutos, violentos y manejables, pero aún tenía que asegurarse de su lealtad.

—Sharpy es rico —les dijo—. Bebe cuando quiere, va de putas cuando quiere. Es rico.

—Trabaja con los pertrechos —explicó el soldado Kendrick—. Siempre hay chanchullos en los almacenes.

—¿Y no lo pillan nunca? No puede sacar tanto con los chanchullos —replicó Hakeswill con el rostro que le temblaba—. ¿Queréis saber la verdad sobre Dick Sharpe? Os la diré. El fue el afortunado cabrón que pescó al Tippoo en Seringapatam.

—¿No fue él! —le discutió Flaherty con vehemencia.

—¿Entonces quién? —los desafió Hakeswill—. ¿Y por qué nombraron sargento a Sharpy después de la batalla? ¡No debería ser sargento! No tiene experiencia.

—Combatió bien. Eso es lo que dice el señor Lawford.

—El maldito señor Lawford —dijo Hakeswill en tono mordaz—. ¡Nadie se fijó en si Sharpy combatía bien! ¡Demonios, chicos, yo tendría que ser general de división si sólo fuera cuestión de eso! No, yo creo que pagó su ascenso a los galones.

—¿Pagó? —Los soldados se quedaron mirando fijamente a Hakeswill.

—Es lógico. No hay otra forma. ¡Así lo dice en las Escrituras! Sobornos, muchachos, sobornos, y yo sé de dónde sacó el dinero. Lo sé porque una vez lo seguí. Aquí en Seringapatam. Bajó por la calle de los orfebres, eso es, hizo su negocio y cuando terminó fui a ver al tipo con quien lo había hecho.

No quería decirme de qué había ido el asunto, pero le di unos cuantos puñetazos, amistosamente, y me enseñó un rubí. ¡Era así de grande! —El sargento levantó el índice y el pulgar, separados por cosa de medio centímetro—. Sharpe lo había vendido, ¿se dan cuenta? ¿Y de dónde saca Sharpy un excelente pedazo de oropel?

—¿Del Tippoo? —dijo Kendrick, sorprendido.

—¿Y vosotros sabéis la fortuna que llevaba el Tippoo encima? ¡Iba cargado de riquezas, ya lo creo! Tenía más piedras encima que una puta en Navidad, ¿y sabéis dónde están esas piedras?

—Sharpe —musitó Flaherty.

—Correcto, soldado Flaherty —dijo Hakeswill—. Cosidas en los dobladillos de su uniforme, en las botas, escondidos en sus bolsas, guardados en su sombrero. Una condenada fortuna, muchachos, y por eso no queremos que vuelva al batallón cuando lo cojamos, ¿verdad?

Los seis soldados miraron fijamente a Hakeswill. Sabían que eran sus favoritos y todos ellos estaban en deuda con él, pero en aquel momento comprendieron que les estaba dando aún más motivos para estarle agradecido.

—¿Partes iguales, sargento? —preguntó el soldado Lowry.

—¿Partes iguales? —exclamó Hakeswill—. ¿Iguales? Escuche, asqueroso, no tendría ninguna, ni una sola oportunidad de repartirse nada de no ser por mi afectuosa amabilidad. ¿Quién lo eligió para que viniera a esta excursión parroquial?

—Usted, sargento.

—Yo. Yo lo hice. Por lo generoso que soy, ¿y usted me lo paga pidiendo partes iguales? —El rostro de Hakeswill se estremeció—. Estoy por mandarlo de vuelta, Lowry. —Parecía estar ofendido y los soldados se quedaron callados—. La ingratitud —dijo Hakeswill con voz dolida— es afilada como los dientes de una serpiente, ya lo creo. ¡Partes iguales! ¡Nunca oí nada igual! Pero yo velaré por usted, no se preocupe. —Sacó la preciosa orden de arresto de Sharpe y alisó el papel en la mesa evitando cuidadosamente las manchas del *arrack* derramado—. Miren esto, muchachos —musitó—, una fortuna. La mitad para mí y ustedes, leprosos de mierda, se reparten la otra mitad. A partes iguales. —Hizo una pausa para darle un codazo a Lowry en el pecho—. A partes iguales. Pero yo me quedo con la mitad, tal como dicen las Escrituras. —Dobló el papel y lo metió en la bolsa con cuidado—. Muerto mientras intentaba escapar —dijo Hakeswill, y sonrió—. He esperado cuatro años para tener esta oportunidad, muchachos, cuatro puñeteros años. —Se quedó pensando unos segundos—. ¡Me metió con los tigres, eso hizo! ¡Yo! ¡En una guarida de tigres! —Su rostro se contrajo con un rictus al recordarlo—. Pero me perdonaron la vida, me la perdonaron. ¿Y saben por qué? ¡Porque yo no puedo morir, muchachos! ¡Estoy marcado por Dios, lo estoy! Así consta en las Escrituras.

Los seis soldados se quedaron en silencio. Loco, eso sí que lo estaba, como una cabra, y nadie sabía tampoco por qué las cabras estaban locas, pero lo estaban. Hasta el ejército era reacio a reclutar a los orates porque babeaban, tenían tics y hablaban solos, pero habían aceptado a Hakeswill y él había sobrevivido; malévolo, poderoso y aparentemente indestructible. Sharpe lo había arrojado a los tigres del Tippoo, sin

embargo, los tigres estaban muertos y Hakeswill aún respiraba. Era un mal asunto tenerlo como enemigo, y el pedazo de papel que había en la bolsa de Hakeswill ponía entonces a Sharpe en su poder. Obadiah ya podía saborear el dinero. Una fortuna. Todo lo que hacía falta era viajar hacia el norte, unirse al ejército, entregar la orden y despellejar a la víctima. Obadiah se estremeció. El dinero estaba tan próximo que casi lo podía gastar.

—Lo tengo —dijo para sí mismo—, lo tengo. Y voy a mearme en su cadáver putrefacto, lo haré. Voy a echarle una buena meada. Así aprenderá.

Los siete abandonaron Seringapatam por la mañana, rumbo al norte.

Curiosamente, Sharpe se sintió aliviado cuando el coronel McCandless lo encontró a la mañana siguiente porque la atmósfera en las pequeñas dependencias del piso de arriba era incómoda. Simone parecía avergonzada por lo que había ocurrido durante la noche y, cuando Sharpe trató de hablar con ella, sacudió bruscamente la cabeza y no quiso mirarle a los ojos. Sí que intentó explicárselo, farfullando sobre el *arrack* y las joyas, y sobre su decepción con el matrimonio, pero no pudo formular las palabras en un inglés adecuado, aunque no hacía falta idioma alguno para demostrar que lamentaba lo ocurrido, motivo por el cual Sharpe se alegró al oír la voz de McCandless en el callejón, más allá de las escaleras.

—¡Creí haberle dicho que me hiciera saber dónde estaba! —se quejó McCandless cuando Sharpe apareció en lo alto de los peldaños.

—Lo hice, señor —mintió Sharpe—. Le dije a un abanderado del 78.º que le buscara, señor.

—¡Pues no llegó nunca! —dijo McCandless mientras subía por la escalera exterior—. ¿Me está diciendo que pasó la noche a solas con esa mujer, sargento?

—Usted me dijo que la protegiera, señor.

—¡Pero no le dije que pusiera en peligro su honor! Debería haberme buscado.

—No quería molestarle, señor.

—El deber nunca es una molestia, Sharpe —replicó McCandless cuando llegó al pequeño balcón en lo alto de la escalera—. El general expresó su deseo de cenar con *madame* Joubert y tuve que explicarle que se encontraba indispuesta. ¡Mentí, Sharpe! —El coronel hincó un indignado dedo en el pecho de Sharpe—. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¡No podía admitir que la había dejado sola con un sargento!

—Lo siento, señor.

—No hace daño a nadie, supongo —dijo McCandless a regañadientes, luego se quitó el sombrero al entrar detrás de Sharpe en la sala donde Simone estaba sentada a la mesa—. Buenos días, *madame* —bramó alegremente el coronel—. Espero que haya dormido bien.

—Ya lo creo, coronel —contestó Simone, sonrojándose, pero McCandless era demasiado obtuso para entender o interpretar su rubor.

—Tengo buenas noticias, *madame* —continuó diciendo el escocés—. El general Wellesley está de acuerdo en que debería usted reunirse con su marido. No obstante, hay un problema. —Entonces le tocó a McCandless ruborizarse—. No puedo proporcionarle ninguna acompañante, *madame*, y usted no tiene criada. Le aseguro que puede confiar plenamente en mi honor, pero su marido podría poner objeciones a que carezca usted de compañía femenina durante el viaje.

—Pierre no pondrá ninguna objeción, coronel —dijo Simone mansamente.

—Y le garantizo que el sargento Sharpe se comportará como un caballero —añadió McCandless al tiempo que le lanzaba una mirada furibunda a Sharpe.

—Ya lo hace, coronel, ya lo hace —aseguró Simone dedicándole a Sharpe una muy tímida mirada.

—¡Bien! —exclamó McCandless con alivio al haber terminado ya con un tema tan delicado. Se dio con el sombrero de tres picos en la pierna—. Ya ha dejado de llover otra vez —anunció— y yo diría que va a ser un día caluroso. ¿Puede estar preparada en una hora, *madame*?

—En menos, coronel.

—Una hora será suficiente, *madame*. ¿Me hará usted el honor, quizá, de reunirse conmigo en la puerta norte? Tendré su caballo listo, Sharpe.

Partieron puntualmente, cabalgando hacia el norte pasando por la batería que se había excavado para batir los grandes muros del fuerte. Los cuatro cañones de la batería eran unos simples doce libras, apenas lo bastante grandes como para mellar el muro del fuerte y ni hablar de romperlo, pero el general Wellesley creyó que la guarnición estaría tan desanimada por la rápida derrota de la ciudad que hasta unos pocos proyectiles de doce libras los convencerían para rendirse. Los cuatro cañones habían abierto fuego al amanecer, pero sus disparos fueron esporádicos hasta que McCandless salió de la ciudad con su grupo, momento en el cual de pronto vomitaron fuego todos a la vez y el caballo de Simone, sobresaltado por el inesperado estruendo, se fue hacia un lado. *Madame* Joubert iba montada a mujeriegas detrás del coronel, en tanto que Sevajee y sus hombres cerraban la marcha. Sharpe llevaba botas por fin, las altas botas de cuero rojo con espuelas de acero que le había quitado al cadáver de un árabe.

Echó un vistazo atrás mientras cabalgaban. Vio salir el enorme chorro de humo del tubo de un doce libras, al cabo de un segundo oyó la percusión de la carga explosiva y, mientras ese sonido desaparecía, se produjo el chasquido de la bala al impactar contra el muro del fuerte. Entonces dispararon los otros tres cañones y se imaginó el vapor alzándose en el aire con un silbido producto del agua que los artilleros vertían sobre los tubos recalentados. Las paredes rojas del fuerte se llenaron de humo cuando el cañón de los defensores respondió, pero los zapadores les habían cavado a los artilleros una profunda batería que habían protegido con una gruesa pared de tierra roja, por lo que el fuego enemigo se malgastaba en aquellas defensas. Entonces Sharpe pasó junto a una arboleda y el distante combate quedó oculto, y el ruido de los cañones se fue debilitando cada vez más a medida que cabalgaban más al norte, hasta que, por fin, el ataque no fue más que un mero retumbar en el horizonte. Luego descendieron por el risco y el sonido de la artillería se apagó totalmente.

Formaban una desconsolada expedición. El coronel McCandless no tenía nada

que decirle a Simone, que seguía encerrada en sí misma. Sharpe trató de animarla, pero sus torpes intentos tan sólo sirvieron para deprimirla más y al cabo de un rato él también se quedó callado. Las mujeres eran un misterio, pensó. Durante la noche Simone se había aferrado a él como si se estuviera ahogando, pero desde que había amanecido daba la impresión de que habría preferido ahogarse.

—¡Jinetes a nuestra derecha, sargento! —exclamó McCandless, en un tono de reproche hacia Sharpe por no haber divisado a la caballería primero—. Es probable que sean de los nuestros, pero podrían ser enemigos.

Sharpe miró fijamente hacia el este.

—Son de los nuestros, señor —dijo al tiempo que clavaba los talones en su caballo para alcanzar a McCandless. Uno de los alejados jinetes llevaba la nueva bandera de la Unión y la buena vista de Sharpe había alcanzado a ver el estandarte. En aquellos tiempos era fácil reconocer la bandera a distancia puesto que desde la incorporación de Irlanda al Reino Unido se le había añadido una nueva cruz roja en diagonal y, aunque el moderno diseño parecía extraño, hacía que la bandera resaltara.

La caballería dejó una columna de humo mientras cabalgaba para interceptar a la cuadrilla de McCandless. Sevajee y sus hombres avanzaron a medio galope para encontrarse con ellos y Sharpe vio que los dos grupos de jinetes se saludaban calurosamente el uno al otro. Los desconocidos resultaron ser *brindarries* de los estados mahratta que, al igual que Sevajee, se habían puesto de parte de los británicos en contra de Scindia. Aquellos mercenarios se hallaban a las órdenes de un oficial británico y, lo mismo que los hombres de Sevajee, llevaban lanzas, *tulwars*, fusiles de mecha, de chispa, pistolas y arcos y flechas. No vestían de uniforme, pero un puñado de aquellos sesenta hombres llevaban petos y, la mayoría, cascos metálicos con plumas o penachos de crin en las cimeras. El oficial, un capitán de los Dragones, formó filas junto a McCandless y comunicó haber visto un batallón de casacas blancas al otro lado del río Godavery.

—No traté de cruzar a la otra orilla, señor —dijo el capitán—, porque no eran exactamente amigos.

—¿Pero está seguro de que llevaban casacas blancas?

—Sin ninguna duda, señor —respondió el capitán, confirmando así que Dodd ya debía de haber cruzado el río. Añadió que había interrogado a algunos mercaderes de grano que habían viajado hacia el sur atravesando el Godavery, y esos hombres le habían dicho que el *compo* de Pohlmann estaba acampado cerca de Aurungabad. Dicha ciudad pertenecía a Hyderabad, pero los mercaderes no habían visto ningún indicio de que los mahratta se estuvieran preparando para sitiar las murallas de la población. El capitán tiró de las riendas e hizo girar su caballo en dirección sur para poder llevarle noticias a Wellesley—. Que tenga un buen día, coronel. Servidor de usted, señora. —El oficial de los Dragones se llevó la mano al sombrero para saludar

a Simone y se marchó a la cabeza de sus forajidos.

McCandless decretó que aquella noche acamparían en la orilla sur del río Godavery, donde Sharpe improvisó una tienda para Simone con dos gualdrapas. Sevajee y sus hombres dispusieron sus camas en el risco que había por encima del río, a unos veinte metros de la tienda, y McCandless y Sharpe tendieron sus mantas al lado de ellos. El río estaba crecido, pero todavía no había llenado el barranco de empinados márgenes que los sucesivos monzones habían abierto en el llano terreno, y Sharpe supuso que el cauce se hallaba sólo a la mitad de su altura. Si el tardío monzón llegaba, el Godavery crecería y se convertiría en un arremolinado torrente de al menos cuatrocientos metros de ancho, pero incluso a media altura parecía un obstáculo formidable, mientras corría hacia el oeste cargado con todo lo que había arrastrado a su paso.

—Es demasiado profundo para vadearlo —dijo McCandless al caer el sol.

—La corriente tiene aspecto de ser fuerte, señor.

—Lo arrastraría hasta matarlo, muchacho.

—Entonces, ¿cómo va a cruzarlo el ejército, señor?

—Con dificultad, Sharpe, con dificultad, pero la disciplina siempre vence las dificultades. Dodd cruzó, así que no hay duda de que nosotros también podemos hacerlo. —McCandless había estado leyendo su Biblia pero la creciente oscuridad le impedía entonces leer bien, de modo que cerró el libro. Simone había comido con ellos, pero se había mostrado muy poco comunicativa y McCandless se alegró cuando la mujer se retiró detrás de sus mantas—. Las mujeres lo desbaratan todo —dijo el escocés con tristeza.

—¿En serio, señor?

—Preocupaciones —añadió McCandless con cierto misterio—, preocupaciones. —Las pequeñas llamas de la hoguera hacían que su ya de por sí delgado y adusto rostro ofreciera un aspecto esquelético. Sacudió la cabeza—. Es el calor, Sharpe, estoy convencido. Cuanto más al sur se viaja, más pecado se provoca entre las mujeres. Desde luego, tiene sentido. El infierno es un lugar caluroso, y es el destino del pecado.

—¿Entonces cree usted que en el cielo hace frío, señor?

—Me gusta pensar que es un lugar tonificante —contestó el coronel con seriedad—. Algo así como Escocia, me imagino. Sin duda no tan caluroso como la India, aquí el calor tiene un pésimo efecto sobre algunas mujeres. Hace que liberen ciertas cosas. —Hizo una pausa y obviamente decidió que se arriesgaba a hablar demasiado—. No estoy del todo convencido de que la India sea un buen lugar para las mujeres europeas —siguió diciendo el coronel— y me alegraré mucho cuando nos quitemos de encima a *madame* Joubert. De todas formas, no puedo negar que su aprieto es propicio. Nos permite echarle un vistazo al teniente Dodd.

Sharpe arrojó un pedazo de madera que habían sacado del río en la parte de la hoguera que más ardía y provocó una corriente ascendente de chispas.

—¿Espera capturar al teniente Dodd, señor? ¿Es por eso por lo que llevamos a la señora de vuelta con su marido?

McCandless movió la cabeza en señal de negación.

—Dudo que tengamos ocasión de hacerlo, Sharpe. No, estamos aprovechando una oportunidad caída del cielo para echar una ojeada a nuestro enemigo. Nuestros ejércitos se están adentrando en territorio peligroso, puesto que en ningún lugar de la India se pueden formar ejércitos del tamaño de las fuerzas maharatta, y nosotros somos poquísimos. Necesitamos información, Sharpe, así que, cuando los alcancemos, ¡observe y rece! Manténgase ojo avizor. ¿Cuántos batallones? ¿Cuánta artillería? ¿En qué estado se encuentran los cañones? ¿Cuántos arcones? Estudie detenidamente a la infantería. ¿Fusiles de mecha o de chispa? Dentro de más o menos un mes estaremos combatiendo contra esos indeseables, de manera que cuanto más sepamos de ellos mejor. —El coronel cogió tierra del suelo y la echó sobre el fuego, sofocando así las últimas y débiles llamas que Sharpe acababa de provocar—. Y ahora duerma, muchacho. Le va a hacer falta toda su fuerza e inteligencia por la mañana.

A la mañana siguiente cabalgaron río abajo hasta que encontraron un pueblo junto a un inmenso templo hindú vacío; en dicho pueblo había unos pequeños botes de cestería parecidos a *coracles*, las barcas de mimbre y cuero galesas, y McCandless alquiló media docena para utilizarlas como transbordadores. A los caballos los harían nadar desensillados detrás de los botes. Fue una travesía peligrosa porque la corriente marrón arrastraba aquellas ligeras embarcaciones y las hacía girar río abajo. Los caballos, con los ojos en blanco, nadaban desesperadamente tras los botes de juncos, los cuales, según observó Sharpe, no tenían ningún tipo de calafateado sino que dependían del hábil y tupido entramado para que el agua no entrara en ellos y los tirones de los cabestros de los caballos ejercían presión en los livianos amazones de madera y estiraban la trama, con lo que los botes dejaban entrar el agua de forma alarmante. Sharpe se sirvió de su chacó para achicar su *coracle*, pero los barqueros esbozaron una sonrisa burlona ante sus vanos esfuerzos y clavaron los remos con más fuerza. En una ocasión un árbol medio sumergido estuvo a punto de atravesar la embarcación en la que iba Sharpe y, si el tronco les hubiera golpeado, sin duda alguna el bote hubiese volcado, pero los dos barqueros hicieron girar hábilmente la embarcación para apartarse, dejaron pasar el árbol y a continuación siguieron remando.

Tardaron media hora en llegar a tierra y ensillar los caballos. Simone había compartido uno de los *coracles* con McCandless y el breve viaje le había dejado empapada la mitad inferior de su vestido de lino, de manera que el tejido mojado se le

pegaba a las piernas. McCandless se sintió incómodo y le ofreció una gualdrapa por pudor, pero Simone le dijo que no con la cabeza.

—¿Adonde vamos ahora, coronel? —preguntó ella.

—Hacia Aurungabad, señora —respondió McCandless con brusquedad, apartando la mirada de su seductora figura—, pero indudablemente nos interceptarán mucho antes de que llegemos a la ciudad. Volverá a estar con su marido mañana por la noche, estoy seguro.

En aquellos momentos los hombres de Sevajee cabalgaban muy por delante, desplegados en una línea de piquetes para advertir de cualquier enemigo. Todo aquel territorio pertenecía al rajá de Hyderabad, un aliado de los británicos, pero era zona fronteriza y las únicas tropas amigas que entonces había al norte del Godavery eran las guarniciones de las aisladas fortalezas de Hyderabad. El resto eran todas maharatta, aunque Sharpe no vio ningún enemigo aquel día. Las únicas personas que vio eran campesinos que limpiaban las acequias en sus campos de rastrojo o que se ocupaban de los enormes hornos de ladrillos que humeaban bajo la luz del sol. Todos los que trabajaban en ellos eran mujeres y niños, sudorosos y grasientos, que apenas dirigieron la mirada a los viajeros.

—Es una vida dura —le dijo Simone a Sharpe cuando pasaron junto a un horno a medio construir en el que un supervisor holgazaneaba bajo un dosel entretejido y les gritaba a los niños que trabajaran más deprisa.

—Cualquier vida es dura a menos que uno tenga dinero —replicó Sharpe, agradecido porque Simone hubiera roto al fin su silencio. Iban cabalgando a unos pocos pasos por detrás del coronel y hablaban en voz baja para que no pudiera oírles.

—Dinero y rango —añadió Simone.

—¿Rango? —preguntó Sharpe.

—Normalmente son la misma cosa —dijo Simone—. Los coroneles son más ricos que los capitanes, ¿no es cierto? —Y los capitanes normalmente son más ricos que los sargentos, pensó Sharpe, pero no dijo nada. Simone tocó el monedero que llevaba en la cintura—. Debería devolverle sus diamantes.

—¿Por qué?

—Porque... —empezó a decir, pero a continuación se quedó callada unos instantes—, no quiero que piense... —lo intentó de nuevo, pero no le salían las palabras.

Sharpe le sonrió.

—No ocurrió nada, querida —le dijo él—. Eso es lo que le dirá a su marido. No ocurrió nada y encontró los diamantes en un cadáver.

—Querrá que se los dé. Para su familia.

—Pues no se lo cuente.

—Está ahorrando dinero —explicó Simone— para que su familia pueda vivir sin

tener que trabajar.

—Es lo que todos queremos. No hacemos más que soñar con una vida sin trabajo. Por eso todos queremos convertirnos en oficiales.

—Y yo pienso para mí —siguió diciendo ella como si Sharpe no hubiera abierto la boca—, ¿qué voy a hacer? No puedo quedarme aquí en la India. Debo irme a Francia. Somos como barcos, sargento, que buscamos un puerto seguro.

—¿Y Pierre es seguro?

—Es seguro —repuso Simone débilmente, y Sharpe entendió en qué había estado pensando los últimos dos días. El no podía ofrecerle ninguna seguridad, mientras que su marido sí podía hacerlo, y aunque ella encontraba que el mundo de Pierre producía anquilosamiento, la alternativa la aterrorizaba. Había osado disfrutar de esa posibilidad por una noche pero ahora la rehuía—. ¿No pensará mal de mí? —le preguntó a Sharpe con preocupación.

—Es probable que esté medio enamorado de usted —le dijo Sharpe—, así que, ¿cómo podría pensar mal?

Ella pareció aliviada y durante el resto de aquel día estuvo charlando muy alegremente. McCandless la interrogó a fondo acerca del regimiento de Dodd, sobre cómo había sido entrenado y cómo estaba equipado, y aunque ella había puesto escaso interés en semejantes asuntos sus respuestas satisficieron al coronel, que tomó notas a lápiz en un librito negro.

Aquella noche durmieron en un pueblo y al día siguiente cabalgaron más cautelosamente todavía.

—Cuando nos topemos con el enemigo, Sharpe —le aconsejó McCandless—, mantenga las manos alejadas de su arma.

—Sí, señor.

—Déle a un maharatta una excusa para creer que es usted hostil —dijo alegremente el coronel— y lo usará como blanco de tiro al arco. No son unos jinetes demasiado buenos, pero como asaltantes no tienen igual. Atacan en enjambres, Sharpe. Una horda de jinetes. Es como ver acercarse una tormenta. No ves más que polvo y el brillo de las espadas. ¡Son magníficos!

—¿Le gustan, señor? —preguntó Sharpe.

—Me gusta lo montaraz, Sharpe —contestó McCandless con ferocidad—. En nuestro país nos hemos amansado, pero aquí un hombre aún vive de su arma y su ingenio. Lo echaré de menos cuando hayamos impuesto el orden.

—¿Entonces por qué domarlo, señor?

—Porque es nuestro deber, Sharpe. Un deber divino. Comercio, orden, ley y decencia cristiana, ésa es nuestra tarea. —McCandless miraba fijamente hacia delante donde una capa de blanca niebla pendía justo por encima del horizonte septentrional. Se trataba de polvo levantado en el aire y tal vez no fuera más que una manada de

reses o un rebaño de ovejas, pero la mancha blanquecina se hizo más grande y de pronto los hombres de Sevajee viraron bruscamente hacia el oeste y galoparon hasta perderse de vista.

—¿Nos abandonan, señor? —preguntó Sharpe.

—Es muy probable que el enemigo nos trate con respeto a usted y a mí, Sharpe —dijo McCandless—, pero Sevajee no puede esperar de ellos ninguna cortesía. Lo considerarían un traidor y lo ejecutarían en el acto. Nos encontraremos con él cuando hayamos entregado a *madame* Joubert a su marido. Él y yo hemos concertado un encuentro.

La nube de polvo se acercaba. En medio de la blancura Sharpe vio brillar el reflejo de un haz de luz del sol y supo que estaba ante las primeras señales de los magníficos jinetes montaraces de McCandless. Se avecinaba tormenta.

Los soldados de la caballería maharatta se habían desplegado en una larga línea mientras se acercaban al pequeño grupo de McCandless. El sargento calculó que allí habrían unos doscientos jinetes o más y, en tanto se aproximaban, los flancos de su línea apretaron el paso para formar un par de cuernos que rodearían a su presa. McCandless fingió no darse cuenta de la amenaza y siguió cabalgando suavemente al tiempo que los cuernos salvajes pasaron en tropel en medio de un aluvión de ruido y polvo.

Eran, Sharpe se fijó en ello, hombres pequeños montados en caballos pequeños. Los soldados de la caballería británica eran más corpulentos y sus monturas más pesadas, pero aun así aquellos ágiles jinetes parecían muy eficientes. Las hojas cunas de sus *tulwars* desenvainados brillaban igual que sus cascos, de los que se alzaba una afilada punta decorada con un penacho. Algunos de ellos eran de cola de caballo, otros de plumas de buitre y había otros que simplemente eran cintas de vivos colores. Lucían más cintas entretejidas en las trenzadas crines de sus caballos o atadas en los astados extremos de las armas de los arqueros. Los jinetes pasaron con estrépito junto a McCandless, a continuación se dieron la vuelta con un brusco viraje, un montón de asfixiante polvo, el patinazo de los cascos, el sonido metálico de las cadenas de las barbadadas y el golpeteo de las armas enfundadas.

El jefe maharatta se encaró a McCandless, que simuló estar sorprendido al encontrarse el camino bloqueado, no obstante saludó al enemigo con una elaborada y confiada cortesía. El comandante de la caballería era un hombre de desordenada barba, una cicatriz en la mejilla, un ojo bizco y un pelo lacio que le colgaba muy por debajo del borde ribeteado en tela de su casco. Blandió su *tulwar* de un modo amenazador, pero McCandless hizo caso omiso de dicha amenaza, en realidad hizo caso omiso de prácticamente todo lo que dijo el comandante enemigo y, en cambio, hizo resonar sus exigencias con una voz que no mostraba el más mínimo

nerviosismo. El escocés destacaba sobre los jinetes más pequeños y, puesto que él parecía considerar su presencia entre ellos como algo totalmente natural, aceptaron dócilmente su versión de lo que estaba ocurriendo.

—Les he pedido que nos escolten hasta donde está Pohlmann —informó el escocés a Sharpe.

—Es probable que planearan hacerlo de todos modos, señor.

—Por supuesto que sí, pero es mucho mejor que lo exija yo que no que nos lo impongan ellos —dijo McCandless, y entonces, con un gesto señorial, dio permiso al jefe mahratta para que encabezara la marcha y el enemigo formó obedientemente en escolta a ambos lados de los tres europeos—. Son unos tipos bien parecidos, ¿no? —preguntó McCandless.

—Tienen un aspecto malvado, señor.

—Pero tristemente pasado de moda.

—A mí conseguirían engañarme, señor —dijo Sharpe, pues aunque muchos de los jinetes mahratta llevaban armas que podrían haber sido mejor empleadas en Agincourt o en Crécy que en la India moderna, todos llevaban fusiles de chispa en las fundas de sus sillas de montar y todos tenían *tulwars* ferozmente curvos.

McCandless sacudió la cabeza.

—Tal vez sea la mejor caballería ligera del mundo, pero no aprovecharían una carga y no pueden aguantar una descarga cerrada. Rara vez hay necesidad de formar en cuadro contra soldados como estos, Sharpe. Son estupendos para el trabajo de piquetes, no tienen rival en las persecuciones, pero evitan morir frente a la artillería.

—¿Cómo puede culparlos por ello? —preguntó Simone.

—No los culpo, *madame* —respondió McCandless—, pero un caballo que no pueda aguantar el fuego es de escasa utilidad en la batalla. Las victorias no se consiguen atravesando ruidosamente la campiña como una partida de cazadores, sino soportando el fuego enemigo y superándolo. Allí es donde un soldado se gana su paga, esforzándose bajo las bocas de las armas enemigas.

Yeso, pensó Sharpe, era algo que él nunca había hecho en realidad. Se había enfrentado a los franceses en Flandes años atrás, pero aquellos combates habían sido breves, con poca visibilidad debido a la lluvia, y las líneas no habían llegado a acercarse las unas a las otras. El no había mirado fijamente al blanco de los ojos del enemigo, no había oído sus descargas ni las había devuelto. También combatió en Malavelly, pero dicho combate había consistido en una sola descarga y una ofensiva y el enemigo no había presentado batalla sino que había huido, en tanto que en Seringapatam Sharpe se había evitado el horror de atravesar la brecha. Comprendió que algún día tendría que estar en la línea de batalla y soportar las descargas, y se preguntó si lo aguantaría o, por el contrario, si rompería filas presa del terror. O si llegaría a vivir para ver una batalla, puesto que, a pesar de la despreocupada

confianza de McCandless, no había ninguna garantía de que sobreviviera a aquella visita al campamento enemigo.

Alcanzaron al ejército de Pohlmann aquella noche. El campamento se hallaba a una corta marcha al sur de Aurungabad y era visible a kilómetros de distancia debido a la enorme mancha de humo que flotaba en el cielo. La mayor parte de las hogueras ardían gracias a las secas tortas de estiércol de buey, y el humo acre se le metió en la garganta a Sharpe mientras trotaba a través de las hileras de refugios de la infantería. Todo tenía un aspecto muy parecido al de un campamento británico, excepto que la mayoría de las tiendas estaban hechas de esteras de juncos en lugar de lona, pero las hileras estaban también dispuestas de forma ordenada, los mosquetes cuidadosamente amontonados de tres en tres y un disciplinado círculo de piquetes vigilaban el perímetro del campamento. Pasaron junto a algunos oficiales europeos que ejercitaban a sus caballos y uno de aquellos hombres espoleó el suyo para interceptar a los recién llegados. No hizo ni caso de McCandless ni de Sharpe y en cambio se levantó el sombrero con penacho ante Simone.

—*Bonsoir, madame.*

Simone no miró a aquel hombre sino que se limitó a dar un golpecito con la fusta en la grupa de su caballo.

—Ese tipo es francés, señor —le dijo Sharpe a McCandless.

—Hablo esa lengua, sargento —replicó el coronel.

—¿Y qué hace aquí un franchute, señor?

—Lo mismo que el teniente Dodd, Sharpe. Enseñar a combatir a la infantería de Scindia.

—¿No saben cómo combatir, señor? Yo creía que eso era algo innato.

—Ellos no luchan igual que lo hacemos nosotros —dijo McCandless mientras observaba al rechazado francés alejarse a medio galope.

—¿Y cómo es eso, señor?

—Los europeos, sargento, han aprendido a acortar distancias antes que nada. Cuanto más cerca estás de un soldado, más probabilidades hay de que lo mates; sin embargo, cuanto más te acercas, también es más probable que te maten, aunque no tiene sentido albergar ese temor en la batalla. Hay que acercarse, mantener la formación y empezar a matar, ése es el secreto. Pero si tiene la oportunidad, un indio frenará su avance e intentará matar a larga distancia, y los tipos como Dodd les están enseñando a cerrar el hueco con rapidez y efectividad. Se necesita disciplina para eso; disciplina, unas filas apretadas y unos buenos sargentos. Y no hay duda de que él los está instruyendo también en el manejo del cañón. —El coronel habló con aspereza porque pasaban al trote junto a un parque de artillería que estaba abarrotado de cañones pesados. A Sharpe le parecieron raras aquellas piezas de artillería, pues algunas de ellas las habían moldeado con elaborados diseños en sus tubos y algunas

hasta estaban pintadas con colores chillones, pero estaban colocadas de forma ordenada y todas tenían arzones y el equipo completo: atacadores, sacatropos, espeques y cubos. Los ejes relucían con la grasa y no se veía ni una sola mancha de herrumbre en los largos tubos. Allí había alguien que sabía cómo ocuparse del mantenimiento de los cañones, cosa que sugería que también sabían cómo utilizarlos —. ¿Los está contando, Sharpe? —preguntó McCandless abruptamente.

—No, señor.

—Hay diecisiete en ese parque, la mayoría de ellos nueve libras, pero también hay otros mucho más pesados al fondo. Mantenga los ojos abiertos, muchacho. Para eso estamos aquí.

—Sí, señor, por supuesto, señor.

Pasaron junto a una reata de camellos, luego junto a un recinto en el que a una docena de elefantes les llevaban la cena de hojas de palma y arroz remojado en mantequilla. Unos niños seguían a los hombres que llevaban el arroz para recoger lo que se derramaba de los cubos. Algunos miembros de la escolta mahratta se habían avanzado a caballo para hacer correr la noticia de los visitantes y unas multitudes curiosas se habían congregado para observar cómo McCandless y sus dos compañeros se adentraban aún más en el inmenso campamento. El gentío se fue haciendo más numeroso a medida que se acercaban al centro de la acampada, que se distinguía por un despliegue de tiendas grandes. Una de las tiendas estaba hecha de lona a rayas azules y amarillas y frente a ella había dos astas de bandera idénticas, aunque el viento era flojo y los estandartes de vivos colores pendían de sus altos mástiles.

—Déjeme hablar a mí —le ordenó McCandless a Sharpe.

—Por supuesto, señor.

De pronto Simone soltó un gritito ahogado. Sharpe se volvió y vio que estaba mirando entre las cabezas de la multitud de fisgones hacia un grupo de oficiales europeos. De repente volvió la vista hacia Sharpe y él vio la tristeza en sus ojos. Ella le dedicó una media sonrisa.

—Pierre —le ofreció como breve explicación, entonces se encogió de hombros, le dio unos golpecitos con la fusta al caballo y éste apretó el paso alejándose de Sharpe. Su marido, un hombrecillo con casaca blanca, miró con incredulidad y luego corrió para encontrarse con ella con una expresión de alegría en el rostro. Sharpe se sintió extrañamente celoso.

—Ya hemos cumplido con nuestra principal obligación —dijo McCandless alegremente—. Una mujer poco agradecida, diría yo.

—Desdichada, señor.

—Porque no tiene suficientes cosas que hacer, por eso. Al diablo le gustan los ociosos, Sharpe.

—Pues a mí debe de odiarme, señor, la mayor parte del tiempo. —Se quedó mirando cómo se alejaba Simone, observándola cuando se deslizó de la silla y era abrazada por su esposo, más bajo que ella. Luego el gentío ya no le dejó ver a la pareja. Alguien lanzó un insulto a los dos jinetes británicos y los demás espectadores los abuchearon o se rieron, pero Sharpe, a pesar de su hostilidad, se consoló un poco gracias a la seguridad de McCandless. El escocés, en efecto, hacía días que no estaba de tan buen humor, pues le deleitaba estar en las líneas de su enemigo.

Un grupo de hombres salió de la gran tienda listada. Eran casi todos europeos y al frente de ellos había un hombre alto y musculoso que iba en mangas de camisa y que estaba atendido por una escolta de soldados indios ataviados con casacas de color púrpura.

—Ése es el coronel Pohlmann —dijo McCandless al tiempo que señalaba con la cabeza hacia el hombretón de colorado rostro.

—¿El que antes era sargento, señor?

—El mismo.

—¿Usted lo conocía, señor?

—Coincidí con él una vez, hace un par de años. Es un tipo afable, Sharpe, pero dudo que sea de fiar.

Si Pohlmann estaba sorprendido al ver a un oficial británico en su campamento, no lo demostró. En cambio, extendió los brazos en un comunicativo gesto de bienvenida.

—¿Son ustedes nuevos reclutas? —gritó a modo de saludo.

McCandless no se molestó en responder a aquella burlona pregunta, sino que se limitó a bajar deslizándose de su caballo.

—¿No me recuerda, coronel?

—Por supuesto que lo recuerdo —dijo Pohlmann, sonriente—. Coronel Héctor McCandless, anteriormente en la Brigada Escocesa de Su Majestad y en la actualidad al servicio de la Compañía de las Indias Orientales. ¿Cómo iba a olvidarme de usted, coronel? Intentó hacerme leer la Biblia —comentó Pohlmann con una sonrisa que dejó ver unos dientes manchados de tabaco—. Pero no ha respondido usted a mi pregunta, coronel. ¿Ha venido para unirse a nuestro ejército?

—Soy un simple emisario, coronel —contestó McCandless al tiempo que se sacudía el polvo de la falda escocesa que se había empeñado en llevar en honor de aquel encuentro con el enemigo. La prenda estaba causando cierta diversión entre los compañeros de Pohlmann, aunque se cuidaron mucho de que McCandless les viera sonreír si miraba hacia ellos—. Le he traído a una mujer —añadió McCandless como explicación.

—¿Cómo lo dicen ustedes en Inglaterra, coronel —preguntó Pohlmann con el ceño fruncido en una expresión de desconcierto—, llevar leña al monte?

—Le he ofrecido protección a *madame* Joubert —replicó el escocés con fría formalidad.

—¿Entonces era Simone a la que vi pasar? —dijo Pohlmann—. Me preguntaba quién podría ser. Será bienvenida, diría yo. No nos falta de nada en este ejército; tenemos cañones, mosquetes, caballos, munición, soldados, pero siempre faltan mujeres, ¿verdad? —Se rió y a continuación llamó a dos miembros de casaca púrpura de su escolta para que se hicieran cargo de los caballos—. Ha cabalgado un buen trecho, coronel —le dijo Pohlmann a McCandless—, así que deje que le ofrezca un refrigerio. Usted también, sargento —incluyó a Sharpe en su invitación—. Debe de estar cansado.

—Estoy bastante dolorido tras la cabalgata, señor —repuso Sharpe al tiempo que, agradecido, se dejaba caer torpemente de la silla.

—No está acostumbrado a los caballos, ¿eh? —Pohlmann se acercó a Sharpe y le pasó cordialmente el brazo por los hombros—. Usted es un soldado de infantería, lo cual significa que tiene los pies fuertes y el culo blando. A mí personalmente nunca me ha gustado estar sobre un caballo. ¿Sabe cómo entro en batalla? Montado en un elefante. Ésa es la manera de hacerlo, sargento. ¿Cómo se llama?

—Sharpe, señor.

—Pues bienvenido a mi cuartel general, sargento Sharpe. Llega justo a tiempo para cenar. —Condujo a Sharpe hacia la tienda y luego se detuvo para dejar que sus invitados contemplaran el espléndido interior que estaba cubierto de mullidas alfombras, adornado con cortinas de seda, iluminado con ornamentados candelabros de latón y amueblado con mesas y divanes de intrincados tallados. McCandless puso mala cara ante semejante lujo, pero Sharpe quedó impresionado—. No está mal, ¿eh? —Pohlmann le dio un apretón en los hombros a Sharpe—. Para un antiguo sargento.

—¿Usted, señor? —preguntó Sharpe fingiendo no conocer la historia de Pohlmann.

—Era sargento en el regimiento hanoveriano de la Compañía de las Indias Orientales —se vanaglorió Pohlmann—, acuartelado en una ratonera de Madras. Ahora tengo al mando todo un ejército y a todos esos empolvados petimetres a mi servicio. —Señaló con un gesto a los oficiales de su séquito, los cuales, acostumbrados a los insultos de Pohlmann, sonrieron con tolerancia—. ¿Necesita echar una meada, sargento? —preguntó Pohlmann al tiempo que apartaba el brazo de los hombros de Sharpe—. ¿O lavarse?

—No me importaría hacer las dos cosas, señor.

—Fuera, en la parte de atrás —le señaló el camino—. Luego vuelva y tome una copa conmigo.

McCandless había estado observando toda aquella cordialidad con recelo. También había notado el hedor a licores fuertes que emanaba del aliento de Pohlmann

y sospechaba que estaba condenado a pasarse la tarde bebiendo copiosamente; una tarde en la cual, aunque McCandless rehusara probar el alcohol, tendría que soportar las chanzas de borracho de los demás. Era una perspectiva desalentadora y que no tenía intención de soportar solo.

—Usted no, Sharpe —dijo entre dientes cuando Sharpe regresó a la tienda.

—¿Yo no qué, señor?

—Tiene que mantenerse sobrio, ¿me oye? No voy a mimar su dolorida cabeza durante todo el camino de vuelta al ejército.

—Por supuesto que no, señor —consintió Sharpe, y durante un rato trató de obedecer a McCandless, pero Pohlmann insistió en que Sharpe se le uniera en un brindis antes de la cena.

—No será usted abstemio, ¿verdad? —le preguntó Pohlmann a Sharpe con fingido horror cuando el sargento intentó rechazar una taza con brandy—. Usted no es un frugal lector de la Biblia, ¿no? ¡No me diga que el ejército británico se está moralizando!

—No, señor, yo no, señor.

—¡Entonces beba conmigo por el rey Jorge de Hanover y de Inglaterra!

Sharpe bebió obedientemente a la salud de su compartido soberano, luego a la salud de la reina Charlotte, y aquellas dos idénticas cortesías vaciaron su taza de brandy, tras lo cual se llamó a una sirvienta para que la llenara y poder así brindar por su Alteza Real Jorge, príncipe de Gales.

—¿Le gusta la chica? —preguntó Pohlmann al tiempo que señalaba a la muchacha que servía, la cual se apartó brusca y ágilmente de un comandante francés que trataba de agarrarla del sari.

—Es guapa, señor —respondió Sharpe.

—Todas son guapas, sargento. Tengo una docena de ellas como esposas, otra docena como criadas y Dios sabe cuántas más que simplemente aspiran a alcanzar esas posiciones. Parece horrorizado, coronel McCandless.

—Aquél que vive en las tiendas del impío —dijo McCandless—, no tardará en adquirir sus impías costumbres.

—Gracias a Dios —replicó Pohlmann y, acto seguido, dio una palmada para ordenar que trajeran los platos de la cena.

En la tienda comieron una veintena de oficiales. Media docena de ellos eran maharatta, el resto europeos, y justo después de que los cuencos y las fuentes se hubieran dispuesto en las mesas llegó el comandante Dodd. Caía la noche y las velas iluminaban el ensombrecido interior de la tienda, pero Sharpe reconoció el rostro de Dodd al instante. La larga mandíbula, la piel cetrina y la mirada penetrante le trajeron claros recuerdos de Chasalgaon, de las moscas paseándose por los ojos y la garganta de Sharpe y los intermitentes disparos cuando los soldados pasaban por encima de los

muertos para rematar a los heridos. Dodd, ajeno a mirada de Sharpe, saludó a Pohlmann.

—Le ruego que me disculpe, coronel, por llegar tarde —anunció con una forzada formalidad.

—Esperaba que fuera el capitán Joubert el que llegara tarde —dijo Pohlmann—, puesto que un hombre que acaba de reunirse con su esposa tiene mejores cosas en que pensar que apresurarse a acudir a la cena, si es que cena. ¿Usted también estaba dándole la bienvenida a Simone, comandante?

—No, señor. Me estaba ocupando de los piquetes.

—La atención que el comandante Dodd presta a sus obligaciones nos pone a todos en evidencia —dijo Pohlmann—. ¿Tiene usted el placer de conocer al comandante Dodd, coronel? —le preguntó a McCandless.

—Sé que la Compañía pagará quinientas guineas por la captura del teniente Dodd —gruñó McCandless—, y más ahora, diría yo, tras su brutalidad en Chasalgaon.

Dodd no mostró ninguna reacción ante la hostilidad del coronel, pero Pohlmann sonrió.

—Ha venido por el dinero de la recompensa, coronel. ¿No es así?

—No tocaría ese dinero —replicó McCandless—, porque, por asociación, está manchado. Mancillado por el asesinato, coronel, por la deslealtad y el deshonor.

Dichas palabras fueron dirigidas a Pohlmann pero estaban destinadas a Dodd, cuyo rostro pareció tensarse en el momento de escucharlas. Había ocupado un lugar en un extremo de la mesa y se estaba sirviendo la comida. Los demás invitados permanecían en silencio, intrigados por la patente tirantez entre McCandless y Dodd. Pohlmann disfrutaba con la confrontación.

—¿Está diciendo que el comandante Dodd es un asesino, coronel?

—Un asesino y un traidor.

Pohlmann dirigió la mirada hacia el final de la mesa.

—¿Comandante Dodd? ¿No tiene usted nada que decir?

Dodd alargó la mano para coger una hogaza de pan ácimo que partió por la mitad.

—Cuando tuve la mala fortuna de servir en la Compañía, coronel —le dijo a Pohlmann—, el coronel McCandless era famoso como jefe de inteligencia. Realizaba el deshonesto trabajo de espiar a los enemigos de la Compañía y no tengo ninguna duda de que ése es su propósito aquí. Él dirá lo que quiera, pero ha venido para espiar, coronel.

Pohlmann sonrió.

—¿Es eso cierto, McCandless?

—Devolví a *madame* Joubert a su marido, Pohlmann, nada más —insistió McCandless.

—Por supuesto que hay más —repuso Pohlmann—. ¡El comandante Dodd tiene

razón! ¿Usted es el jefe del servicio de inteligencia de la Compañía, no? Eso significa que vio en el apuro de Simone una oportunidad para examinar con atención nuestro ejército.

—Deduce usted demasiadas cosas —replicó McCandless.

—Tonterías, coronel. Pruebe el cordero. Está cocido en cuajada de leche. Así pues, ¿qué es lo que quiere ver?

—Mi cama —respondió McCandless de manera cortante al tiempo que rechazaba el plato de cordero con un gesto de la mano—. Únicamente mi cama —añadió.

—Y la verá —repuso Pohlmann cordialmente. El hanoveriano hizo una pausa mientras se preguntaba si reavivar la hostilidad entre McCandless y Dodd, pero debió decidir que uno ya había insultado suficiente al otro—. Pero mañana, coronel, le ofreceré un recorrido de inspección. Podrá ver lo que guste, McCandless. Puede observar cómo trabajan nuestros artilleros, puede examinar nuestra infantería, puede ir donde desee y hablar con quien quiera. No tenemos nada que ocultar. —Le sonrió al atónito McCandless—. Es usted mi invitado, coronel, de modo que debo mostrarle la debida hospitalidad.

Cumplió su palabra y a la mañana siguiente McCandless recibió una invitación para inspeccionar todo el *compo* de Pohlmann.

—Ojalá hubiese más tropas aquí —dijo Pohlmann—, pero Scindia se encuentra a unos cuantos kilómetros al norte con los *compos* de Saleur y Dupont. Me gusta pensar que no son tan capaces como el mío, pero en realidad las dos son unas unidades muy buenas. Ambas cuentan con oficiales europeos, por supuesto, y están debidamente entrenadas. No puedo decir lo mismo de la infantería del rajá de Berar, pero sus artilleros nos igualan.

McCandless habló muy poco durante toda la mañana y Sharpe, que había aprendido a leer en los estados de ánimo del escocés, vio que estaba considerablemente desconcertado. Y no era de extrañar, pues las tropas de Pohlmann tenían un aspecto tan magnífico como cualquiera de las que estaban al servicio de la Compañía. El hanoveriano tenía al mando seis mil quinientos soldados de infantería, quinientos de caballería, un número igual de zapadores que servían como ingenieros y poseía treinta y ocho cañones. Aquel *compo* sólo superaba en número a la infantería del ejército de Wellesley y tenía más artillería, y había dos *compos* similares al servicio de Scindia, por no hablar de su horda de caballería. No era nada sorprendente, pensó Sharpe, que el ánimo de McCandless decayera, y se hundió aún más cuando Pohlmann organizó una demostración de su artillería y el escocés, con fingida gratitud hacia su anfitrión, se vio obligado a contemplar cómo los equipos de artilleros servían una batería de grandes cañones de ocho libras con toda la presteza y eficiencia del ejército británico.

—Son unas piezas bien construidas —se jactó Pohlmann al tiempo que conducía

a McCandless junto a los calientes cañones situados tras las franjas de hierba chamuscada debido al fuego de sus tubos—. Tal vez un poco chillonas para el gusto europeo, pero no por ello son peores. —Los cañones estaban pintados de vivos colores y algunos de ellos tenían unos nombres escritos con intrincada caligrafía en la recámara—. *Megawati* —leyó Pohlmann en voz alta—, la diosa de las nubes. ¡Examínelos, coronel! Están muy bien hechos. Nuestros ejes no se rompen, se lo aseguro.

Pohlmann estaba dispuesto a mostrarle aún más cosas a McCandless, pero después de comer el escocés optó por pasar la tarde en la tienda que le habían prestado. Aseguró que deseaba descansar, pero Sharpe sospechaba que el escocés ya había soportado suficiente humillación y quería un poco de tranquilidad para tomar notas sobre todo lo que había visto.

—Nos iremos esta misma noche, Sharpe —dijo el coronel—. ¿Podrá ocupar el tiempo hasta entonces?

—El coronel Pohlmann quiere que monte con él en su elefante, señor. —McCandless puso mala cara—. Le gusta presumir.

Por un instante dio la impresión de que le iba a ordenar a Sharpe que rechazara la invitación, entonces se encogió de hombros.

—Procure no marearse —comentó.

El movimiento del *howdah* del elefante, en efecto, era en cierto modo parecido al de un barco, pues se balanceaba de un lado a otro mientras la bestia se encaminaba lenta y pesadamente hacia el norte. Al principio Sharpe tuvo que agarrarse al borde del cesto, pero en cuanto se acostumbró, se relajó y se reclinó en el asiento acolchado. El *howdah* tenía dos asientos, uno frente a otro, y Sharpe estaba en el trasero, pero al cabo de un rato Pohlmann se volvió y le mostró que podía sacar el respaldo del suyo y colocarlo plano, de modo que todo el *howdah* se convertía en una cama acolchada que podía quedar oculta tras las cortinas que colgaban del armazón de mimbre del dosel.

—Es un sitio estupendo para traer a una mujer, sargento —dijo Pohlmann al tiempo que volvía a colocar el respaldo en su posición vertical—, pero una vez las correas de la cincha se rompieron y todo el armatoste se vino abajo. Caí despacio, afortunadamente, y todavía llevaba los pantalones puestos, de modo que no perdimos demasiado la dignidad.

—No parece usted una persona a quien le preocupe mucho la dignidad, señor.

—Me preocupa la reputación —repuso Pohlmann—, que no es lo mismo. Mantengo mi reputación obteniendo victorias y regalando oro. Esos hombres —señaló a sus guardias de casaca púrpura que marchaban a ambos lados del elefante— cobran lo mismo que un teniente de las fuerzas armadas británicas. ¡Y no hablemos de mis oficiales europeos! —Se rió—. Están ganando más dinero del que nunca

soñaron que fuera posible tener. ¡Míreles! —Con una sacudida de la cabeza apuntó al montón de oficiales europeos que seguían al elefante. Dodd se encontraba entre ellos, pero cabalgaba apartado de los demás y con una expresión taciturna en su alargado rostro, como si le molestara formar parte del séquito de su oficial al mando. Iba montado en una yegua de combado lomo y morro fuerte, un pobre animal tan desgarrado y hosco como su amo—. La avaricia, Sharpe, la avaricia es lo que más motiva a un soldado —dijo Pohlmann—. Los hará luchar como demonios, si es que nuestro amo y señor nos permite combatir alguna vez.

—¿Cree que no lo hará, señor?

Pohlmann sonrió.

—Scindia hace más caso de sus astrólogos que de sus europeos, pero yo les untaré las manos con un poco de oro a esos cabrones cuando llegue el momento, le dirán que los astros son propicios y él me ofrecerá todo el ejército y me dará rienda suelta.

—¿Cuál es el grueso de todo el ejército, señor?

Pohlmann esbozó una sonrisa al darse cuenta de que Sharpe estaba preguntando en nombre del coronel McCandless.

—Para cuando ustedes se enfrenten a nosotros, sargento, deberíamos tener más de cien mil hombres. ¿Y entre ellos? Quince mil soldados de infantería son de primera clase, treinta mil más son fiables y el resto son jinetes que no sirven para otra cosa que para saquear a los heridos. También tendremos un centenar de cañones, todos ellos tan buenos como cualquiera de los europeos. ¿Y cuál será el volumen del suyo?

—No lo sé, señor —respondió Sharpe con rígida expresión.

Pohlmann sonrió.

—Wellesley dispone, quizá, de siete mil quinientos hombres, infantería y caballería incluidas, mientras que el coronel Stevenson puede tener tal vez otros siete mil que sumados dan, ¿cuántos? ¿Catorce mil quinientos? ¿Con cuarenta cañones? ¿Cree usted que catorce mil soldados pueden vencer a cien mil? ¿Y qué ocurrirá, sargento, si consigo atrapar a uno de sus pequeños ejércitos antes de que el otro pueda apoyarlo? —Sharpe no respondió y Pohlmann esbozó una sonrisa—. Debería pensar en venderme sus habilidades, Sharpe.

—¿Yo, señor? —contestó Sharpe sin darle importancia.

—Usted, sargento Sharpe —dijo Pohlmann con convicción, y el hanoveriano se volvió en su asiento para mirar a Sharpe—. Por eso lo invité esta tarde. Necesito oficiales europeos, Sharpe, y cualquier soldado joven como usted que se convierta en sargento debe poseer unas aptitudes poco frecuentes. Le estoy ofreciendo rango y riquezas, Sharpe. ¡Fíjese en mí! Hace diez años era un sargento, igual que usted, ahora voy a la guerra en elefante, me hacen falta dos más para llevar mi oro y tengo tres docenas de mujeres compitiendo para afilar mi espada. ¿Ha oído hablar alguna

vez de George Thomas?

—No, señor.

—Un irlandés, sargento, ¡y ni siquiera era soldado! George era un marinero analfabeto de los bajos fondos de Dublin y, antes de que la bebida lo matara, pobre hombre, se convirtió en el general de la begum Somroo. Creo que también era su amante, aunque eso no suponía ninguna distinción para la dama en particular, pero antes de morir, George necesitaba toda una manada de elefantes para transportar su oro. ¿Y por qué? Porque a los príncipes indios, sargento, les hacen falta nuestras habilidades. Equípese con un buen europeo y ganará sus guerras. Yo capturé setenta y dos cañones en la batalla de Malpura y exigí el peso de uno de ellos en oro puro como recompensa. Y lo obtuve. En diez años puede ser tan rico como quiera, rico como Benoit de Boigne. ¿Ha oído hablar de él?

—No, señor.

—Era de Saboya, sargento, y en tan sólo cuatro años se hizo con cien mil libras y luego volvió a su país y se casó con una joven de diecisiete años recién salida del castillo de su padre. ¡En sólo cuatro años! De ser un capitán del ejército de Saboya pasó a convertirse en gobernador de la mitad del territorio de Scindia. Aquí se puede hacer una fortuna y el rango y el origen no influyen. Únicamente cuenta la aptitud. —Pohlmann hizo una pausa sin dejar de mirar a Sharpe—. Lo nombraré teniente mañana mismo, sargento, podrá luchar en mi *compo* y si es verdaderamente bueno será capitán a finales de mes. —Sharpe miró al hanoveriano, pero no dijo nada. Pohlmann sonrió—. ¿Qué posibilidades tiene de conseguir un ascenso en el ejército británico?

Sharpe hizo una mueca.

—Ninguna, señor.

—¿Entonces? Le ofrezco rango, riqueza y tantas *bibbis* como pueda manejar.

—¿Es por eso por lo que desertó el señor Dodd, señor?

Pohlmann sonrió.

—El comandante Dodd desertó, Sharpe, porque se enfrenta a una ejecución por asesinato, y porque es sensato, y porque quiere mi puesto. Eso no va a reconocerlo, claro. —El hanoveriano se dio la vuelta en el *howdah*—. ¡Comandante Dodd! —gritó.

El comandante espoleó a su torpe caballo para que se acercara al elefante y alzó la vista hacia el interior del *howdah*.

—¿Señor?

—El sargento Sharpe quiere saber por qué usted se unió a nosotros.

Dodd le lanzó una suspicaz mirada a Sharpe pero a continuación se encogió de hombros.

—Deserté porque no hay futuro en la Compañía —dijo—. Fui teniente durante

veintidós años, sargento, ¡veintidós años! A la Compañía no le importa lo buen soldado que seas, tienes que esperar tu turno, y mientras tanto veía a jóvenes idiotas ricos comprando sus comandancias en el Ejército del Rey y tenía que hacerles solícitas reverencias a esos cabrones inútiles. Sí, señor, no, señor, lo que mande el señor, y ¿necesita alguna maldita cosa más, señor?, y deje que le limpie el culo, señor. —El enojo de Dodd se había ido acrecentando mientras hablaba, pero entonces hizo un esfuerzo para dominarse—. No pude entrar a formar parte del Ejército del Rey, sargento, porque mi padre tiene un molino de grano en Suffolk y no hay suficiente dinero para comprarles un ascenso. Lo cual significa que sólo estaba capacitado para entrar en la Compañía, y los oficiales del rey tratan a los hombres de la Compañía como a una mierda. Puedo derrotar a veinte de esos hijos de puta, pero la aptitud no cuenta en la Compañía. No te metas en líos, espera tu turno y luego muérete por los accionistas cuando la junta directiva te lo diga. —Se había vuelto a enfadar—. Por eso —dijo de manera cortante para terminar.

—¿Ya usted, sargento? —preguntó Pohlmann—. ¿Qué oportunidades le ofrecerá el Ejército?

—No lo sé, señor.

—Lo sabe —afirmó Pohlmann—, lo sabe. —El elefante se había detenido, el hanoveriano señaló entonces al frente y Sharpe vio que habían llegado al extremo de un bosque y que a unos ochocientos metros de distancia había una gran ciudad con murallas iguales a aquéllas por las que habían trepado los escoceses en Ahmednuggur. Las banderas llenaban de color las fortificaciones mientras que sus troneras emitían destellos al reflejarse la luz del sol en los tubos de los cañones—. Eso es Aurungabad —dijo Pohlmann— y dentro de esos muros todo el mundo se está meando encima por el miedo a que vaya a empezar un asedio.

—¿Pero no va a hacerlo?

—Estoy buscando a Wellesley —repuso Pohlmann—, ¿y sabe por qué? Porque nunca he perdido una batalla, Sharpe, y voy a sumar a mis trofeos la espada de un general de división británico. Después me construiré un palacio, un enorme palacio de mármol, cubriré los salones con armas británicas, colgaré estandartes británicos en mi dormitorio para protegerlo del sol y haré rebotar a mis *bibbis* sobre un colchón relleno de pelo de caballos británicos. —Pohlmann se deleitó unos momentos con esa fantasía y entonces, con una última mirada a la ciudad, le ordenó al *mahout* que hiciera dar la vuelta al elefante—. ¿Cuándo se va McCandless? —le preguntó a Sharpe.

—Esta noche, señor.

—¿Después de anochecer?

—Alrededor de la medianoche, señor, creo.

—Eso le proporciona mucho tiempo para pensar, sargento. Para pensar en su

futuro. Para considerar lo que le ofrecen los casacas rojas y lo que le ofrezco yo. Y cuando haya meditado sobre todas esas cosas, sargento, venga a verme.

—Estoy pensando en ello, señor —dijo Sharpe—, lo estoy pensando. —Y era cierto.

6

El coronel McCandless se excusó de asistir a la cena de Pohlmann aunque no le prohibió a Sharpe que fuera.

—Pero no se emborrache —le advirtió al sargento— y regrese a mi tienda a medianoche. Quiero estar de vuelta en el río Godavery al amanecer.

—Sí, señor —respondió Sharpe obedientemente antes de dirigirse a la tienda de Pohlmann donde se habían reunido la mayoría de oficiales del *compo*. Dodd estaba allí, así como una media docena de esposas de los oficiales europeos de Pohlmann, entre las cuales se contaba Simone Joubert, aunque no había rastro de su marido.

—Esta noche está a cargo de los piquetes —explicó Simone cuando Sharpe le preguntó— y el coronel Pohlmann me invitó a cenar.

—A mí me invitó a que me uniera a su ejército —le contó Sharpe.

—¿Ah, sí? —Abrió mucho los ojos al levantar la vista desde su asiento—. ¿Y lo hará?

—Eso significaría estar cerca de usted, señora —respondió Sharpe—, lo cual es un aliciente.

Simone esbozó una sonrisa ante aquel torpe galanteo.

—Me parece que no sería un buen soldado si cambiara su lealtad por una mujer, sargento.

—Dice que seré oficial —dijo Sharpe.

—¿Yeso es lo que quiere?

Sharpe se puso de cuclillas para poder acercarse más a ella. Las demás esposas europeas lo vieron agacharse y fruncieron la boca con una desaprobación nacida de la envidia, pero Sharpe era ajeno a sus miradas.

—Creo que me gustaría ser oficial, sí. Y se me ocurre una muy buena razón para ser oficial en este ejército.

Simone se sonrojó.

—Soy una mujer casada, sargento. Usted lo sabe.

—Pero incluso las mujeres casadas necesitan amigos —replicó Sharpe, y en ese preciso instante una gran mano lo agarró bruscamente del pelo y tiró de él hacia arriba.

Sharpe se volvió agresivamente hacia quienquiera que fuera que lo hubiera tratado así y entonces vio que se trataba de un sonriente comandante Dodd.

—No podemos permitir que se rebaje ante las mujeres, Sharpe —dijo Dodd al tiempo que saludaba a Simone con una torpe reverencia—. Buenas noches, *madame*.

—Comandante. —Simone respondió fríamente al saludo del oficial.

—¿Me perdona, *madame*, si le robo al sargento Sharpe? —preguntó Dodd—. Quiero hablar con él un momento. Vamos, Sharpe. —Tiró del brazo de Sharpe y lo

guió por la tienda. El comandante estaba ligeramente bebido y al parecer tenía intención de estarlo aún más puesto que le arrebató toda una jarra de *arrack* a un criado y luego recogió dos tazas de una mesa—. Le atrae *madame* Joubert, ¿verdad? —le preguntó a Sharpe.

—Me gusta, señor.

—Está comprometida, sargento. Recuerde que si se une a nosotros ella está comprometida.

—¿Se refiere a que está casada, señor?

—¿Casada? —Dodd se rió, sirvió el *arrack* y le ofreció una taza a Sharpe—. ¿Cuántos oficiales europeos ve usted aquí? ¿Y cuántas mujeres europeas? ¿Y cuántas son jóvenes y guapas como *madame* Joubert? Calcúlelo, muchacho. Y no va usted a saltarse la cola. —Dodd no dejó de sonreír mientras hablaba, obviamente con la intención de que su tono resultara jocoso—. Pero va a unirse a nosotros, ¿no?

—Lo estoy pensando, señor.

—Estará en mi regimiento, Sharpe —dijo Dodd—. Necesito oficiales europeos. Sólo tengo a Joubert y no me sirve de nada, así que he hablado con Pohlmann y dice que puede unirse a mis Cobras. Le daré tres compañías para que se encargue de ellas y que Dios le ayude si no están siempre en óptimas condiciones. Me gusta ocuparme de los soldados porque a la hora de la batalla ellos se ocupan de uno, pero Dios se apiade de cualquier oficial que me defraude. —Hizo una pausa para beberse la mitad de su *arrack* y sirvió un poco más—. Lo haré trabajar duro, Sharpe, lo haré trabajar muy duro, pero habrá mucho oro bañando este ejército en cuanto hayamos destrozado al Muchachito Wellesley. El dinero es nuestra recompensa, muchacho, el dinero.

—¿Por eso está usted aquí, señor?

—Todos estamos aquí por lo mismo, idiota. Todos excepto Joubert, que fue destinado aquí por su gobierno y que es demasiado tímido para aceptar el oro de Scindia. Así pues, preséntese por la mañana. Mañana por la noche nos dirigiremos hacia el norte, lo cual significa que tendrá un día para aprender cómo funcionan las cosas conmigo y después de eso ya será usted el señor Sharpe, caballero. Venga a verme mañana por la mañana, Sharpe, al amanecer, y deshágase de esa maldita casaca roja. —Le dio un fuerte golpe a Sharpe en el pecho—. En cuanto veo una casaca roja —siguió diciendo— me entran ganas de empezar a matar. —Sonrió, mostrando unos dientes amarillos.

—¿Fue eso lo que pasó en Chasalgaon, señor? —preguntó Sharpe.

La sonrisa de Dodd desapareció.

—¿Por qué diablos me pregunta eso? —gruñó.

Sharpe lo había preguntado porque se había estado acordando de la masacre y no estaba seguro de poder servir a las órdenes de un hombre que había dictado semejante matanza, pero no dijo nada sobre ello. En lugar de eso se encogió de hombros.

—He oído historias, señor, pero nadie nos cuenta nunca las cosas como es debido. Usted ya sabe como es eso, señor, de modo que sólo me estaba preguntando qué ocurrió allí.

Dodd consideró unos momentos la respuesta y se encogió de hombros.

—No hice prisioneros, Sharpe, eso es lo que ocurrió. Maté hasta al último de esos soldados cabrones.

Y hasta al último muchacho, pensó Sharpe, acordándose de Davi Lal. Permaneció impassible, sin dejar traslucir ni un ápice de recuerdo o de odio.

—¿Por qué no hacer prisioneros, señor?

—¡Porque esto es la guerra! —respondió Dodd con vehemencia—. Cuando los soldados luchan contra mí, sargento, quiero que me teman, porque de ese modo la batalla está medio ganada antes de empezar. No es un comportamiento amable, lo sé, pero ¿quién dijo alguna vez que la guerra fuera amable? Y esto es la guerra, sargento —agitó la mano en dirección a los oficiales apiñados alrededor del coronel Pohlmann—, hay una competencia brutal. Todos nosotros competimos, ¿y sabe quién ganará? El más implacable, ése. ¿Qué hice pues en Chasalgaon? Me aseguré una reputación, Sharpe. Me hice fama. Esa es la primera norma de guerra, sargento. Hacer que esos cabrones te tengan miedo. ¿Y sabe cuál es la segunda norma?

—¿No hacer preguntas, señor?

Dodd sonrió.

—No, muchacho, la segunda norma es no reafirmar nunca el fracaso, y la tercera, muchacho, es cuidar de tus hombres. ¿Sabe por qué hice que le dieran una paliza a ese orfebre? Ha oído hablar de ello, ¿no es verdad? Se lo diré. No fue porque me timara, que lo hizo, sino porque estafó a algunos de mis soldados. De modo que los protegí, dejé que le propinaran un contundente vapuleo y ese hijo de puta murió. Cosa que se merecía, siendo como era un cabrón gordo y rico. —El comandante se giró y miró con el ceño fruncido a los criados que traían los platos desde la cocina de campaña de Pohlmann—. Y aquí también son igual de malos, Sharpe. ¡Mire toda esa comida! Ahí hay suficiente para alimentar a dos regimientos, Sharpe, y los soldados están hambrientos. No hay un sistema de suministros como es debido, ¿sabe?

Cuesta dinero, por eso no lo hay. En este ejército no te dan comida, vas y la robas. —Estaba claro que no le parecía bien—. Se lo he dicho a Pohlmann, lo he hecho. Organice un economato, le dije, pero no lo hará, porque cuesta dinero. Scindia acumula comida en sus fortalezas, pero no la suministrará a menos que se le pague y Pohlmann no renunciará ni a un penique de los beneficios, de modo que nunca llega comida. Se pudre en los almacenes mientras que nosotros no podemos dejar de movernos porque al cabo de una semana ya hemos dejado pelados toda una serie de campos y tenemos que seguir adelante hasta la siguiente. No es manera de llevar un ejército, maldita sea.

—Quizá algún día usted cambiará el sistema, señor —dijo Sharpe.

—¡Lo haré! —exclamó Dodd enérgicamente—. ¡Ya lo creo que sí! Y si tiene usted un poco de sentido común, muchacho, estará aquí para ayudarme. Al ser hijo de un molinero aprendes una cosa, sargento, y no es solamente cómo moler el grano, sino que es fácil separar a un idiota de su dinero. Y Scindia es un idiota, pero si tengo la oportunidad convertiré a ese gusano en emperador de la India. —Se volvió cuando un criado golpeó un gong con un palo envuelto en una tela—. Es la hora de nuestras vituallas.

Fue una cena extrañamente apagada, aunque Pohlmann hizo todo lo que pudo para entretener a sus invitados. Sharpe había intentado colocarse en un asiento junto a Simone, pero Dodd y un capitán sueco se le adelantaron y Sharpe se encontró al lado de un pequeño médico suizo que se pasó toda la comida interrogando a Sharpe sobre las disposiciones religiosas en los regimientos británicos.

—Sus capellanes son hombres devotos, ¿verdad?

—La mayoría son unos cabrones borrachos, señor.

—¡No es posible!

—Hace apenas un mes saqué a dos de ellos de un burdel, señor. No querían pagar, ¿sabe?

—¡Me está mintiendo!

—Por Dios que es cierto, señor. El reverendo Cooper era uno de ellos y es raro el domingo que está sobrio. Dio un sermón de Navidad en Pascua; imagine lo confundido que estaba.

La mayor parte de los invitados se retiraron temprano, Dodd entre ellos, aunque unos cuantos obstinados se quedaron para jugar a las cartas con el coronel. Pohlmann le sonrió a Sharpe.

—¿Usted apuesta, Sharpe?

—No soy lo bastante rico, señor.

Pohlmann sacudió la cabeza con simulada exasperación ante aquella respuesta.

—Yo le haré rico, Sharpe. ¿Me cree?

—Sí, señor.

—¿Entonces se ha decidido? ¿Se unirá a mí?

—Todavía quiero pensármelo un poco más, señor.

Pohlmann se encogió de hombros.

—No hay nada que pensar. O se convierte en un hombre rico o muere por el rey Jorge.

Sharpe dejó a los oficiales que quedaban con sus cartas y se alejó, adentrándose en el campamento. La verdad es que estaba pensando, o intentando pensar, y buscaba un lugar tranquilo, pero una multitud de soldados estaban apostando a las peleas de perros y sus gritos de ánimo sumados a los ladridos y gruñidos de los perros llegaban

muy lejos en la oscuridad. Sharpe se acomodó en una franja de terreno vacío cercana a los camellos atados que transportaban el suministro de cohetes de Pohlmann y allí se tumbó y contempló las estrellas a través de la neblina del humo. Un millón de estrellas. Siempre había pensado que en ellas había una respuesta a todos los misterios de la vida, aunque siempre que las miraba la respuesta se le escapaba de las manos. En la incluso lo habían azotado por quedarse mirando el cielo de una noche despejada a través de la claraboya del taller. «No estás aquí para embobarte contemplando la oscuridad, chico», le había dicho el capataz con brusquedad, «estás aquí para trabajar», y el látigo había descendido golpeándole los hombros y él había bajado diligentemente la mirada hacia el enorme bulto de cuerda de cáñamo manchada de alquitrán que tenía que separarse. Las cuerdas viejas habían sido retorcidas, tensadas y alquitranadas en inmensos nudos más grandes que el mismo Sharpe y se habían utilizado como defensas en los muelles de Londres, pero cuando el roce y el golpeteo de los grandes barcos casi habían raído las viejas defensas las mandaban a la incluso para separarlas de modo que los ramales pudieran venderse como relleno para muebles o para mezclarlas y hacer enlucido para las paredes. «Tienes que aprender un oficio, muchacho», le había dicho el director una y otra vez, de manera que Sharpe había aprendido un oficio, pero no fue el de separar cáñamo. Aprendió el oficio de matar. Cargar un mosquete, atacar un mosquete, disparar un mosquete. Y no había hecho gran cosa, todavía no, pero le gustaba hacerlo. Se acordó de Malavelly, recordó disparar la descarga contra el enemigo que se aproximaba y recordó también la pura exultación cuando toda su tristeza e ira se habían concentrado en el cañón de su mosquete y habían salido despedidas en una sola explosión de llamas, humo y plomo. Él no se consideraba infeliz. No entonces. El ejército se había portado bien con él aquellos últimos años, pero en su interior todavía había algo que no iba bien. No sabía lo que era, porque Sharpe no creía que se le diera nada bien eso de pensar. Era bueno a la hora de actuar, pues siempre que había un problema que resolver el sargento Sharpe normalmente podía encontrar la solución, pero no era de mucha utilidad simplemente pensando. Sin embargo, en aquellos momentos tenía que pensar y se quedó mirando las estrellas que el humo empañaba con la esperanza de que lo ayudarían, aunque lo único que hicieron fue seguir brillando. Teniente Sharpe, pensó él, y se sorprendió al darse cuenta de que no veía nada extraño en aquella idea. Era ridículo, por supuesto. ¿Richard Sharpe oficial? No obstante, por algún motivo no podía dejar de darle vueltas. Trató de convencerse a sí mismo de que era una idea absurda; al menos en el ejército británico lo era, pero allí no. No lo era en el ejército de Pohlmann, y antes Pohlmann había sido sargento. «Mierda», dijo en voz alta, y un camello le respondió con un eructo.

La muerte de un perro fue recibida con gritos por parte de los espectadores y, más cerca, un soldado tocaba uno de los extraños instrumentos indios punteando sus

largas cuerdas para arrancar de ellas una música triste y plañidera. En el campamento británico, pensó Sharpe, estarían cantando, pero allí nadie cantaba. Estaban demasiado hambrientos, aunque el hambre no impedía que un soldado combatiera. Nunca había sido un impedimento para Sharpe. Así que aquellos soldados hambrientos podían luchar, necesitaban oficiales y todo lo que él tenía que hacer era ponerse en pie, sacudirse el polvo, darse un paseo hasta la tienda de Pohlmann y convertirse en el teniente Sharpe. El señor Sharpe. Y haría un buen trabajo. Lo sabía. Mejor que Morris, mejor que la mayoría de oficiales subalternos del ejército. Él era un buen sargento, un sargento condenadamente bueno, y le gustaba ser sargento. Lo respetaban, no tan sólo por los galones que llevaba en las mangas rojas, ni porque hubiera sido él quien volara la mina en Seringapatam, sino porque era bueno y era fuerte. No tenía miedo de tomar una decisión y ésa era la clave, creía él. Y disfrutaba tomando decisiones, disfrutaba del respeto que dicha firmeza le reportaba, y se dio cuenta de que toda su vida había estado buscando respeto. Dios, pensó, ¿no sería un auténtico placer volver a la inclusa con galones en su casaca, oro en los hombros y una espada en el costado? Ése era el respeto que él quería de los hijos de puta de Brewhouse Lane que habían dicho que nunca llegaría a nada y lo habían azotado hasta hacerle sangre porque era un bastardo de la calle. ¡Por Dios que volver allí haría que la vida fuera perfecta!, caviló. Brewhouse Lane, él con una casaca con galones y una espada, con Simone del brazo y las piedras preciosas de un rey muerto alrededor de su cuello y todos ellos llevándose la mano al sombrero y cabeceando como patos en un estanque. Perfecto, pensó, simplemente perfecto, y mientras él se permitía soñar se oyó un grito airado proveniente de las tiendas cercanas al entoldado de Pohlmann y un instante después sonó un disparo.

Hubo unos momentos de silencio tras la detonación, como si su violencia hubiera frenado una pelea entre borrachos, luego Sharpe oyó risas y ruido de cascos. Ya estaba de pie y miraba fijamente hacia el enorme toldo. Los caballos pasaron muy cerca de él y después el ruido de sus cascos se fue apagando en la oscuridad.

—¡Vuelvan! —gritó alguien en inglés, y Sharpe reconoció la voz de McCandless. Sharpe empezó a correr.

—¡Vuelvan! —volvió a gritar McCandless, luego hubo otro disparo y Sharpe oyó que el coronel aullaba como un perro apaleado. Entonces ya había un montón de soldados dando gritos. Los oficiales que estaban jugando a las cartas se dirigían a todo correr hacia la tienda de McCandless y los miembros de la escolta de Pohlmann los seguían. Sharpe esquivó una fogata, saltó por encima de un soldado que dormía y luego vio una figura que se apresuraba a huir de la conmoción. Aquel hombre llevaba un mosquete en la mano e iba medio agachado como si no quisiera ser visto, y Sharpe no dudó, viró bruscamente y fue corriendo hacia él.

Cuando el fugitivo oyó acercarse a Sharpe apretó el paso, entonces se dio cuenta

de que lo atraparían y se volvió contra su perseguidor. Sacó rápidamente una bayoneta y la caló en la boca de su mosquete. Sharpe vio el reflejo de la luz de la luna en la larga hoja y la blanca dentadura de aquel hombre en la oscuridad, luego la bayoneta arremetió contra él pero Sharpe se había tirado al suelo y avanzaba deslizándose sobre el polvo bajo la espada. Le rodeó las piernas con los brazos, dio un tirón y el hombre cayó de espaldas. Sharpe apartó el mosquete con un golpe de la mano izquierda y a continuación estampó la mano derecha en aquellos dientes iluminados por la luna. El hombre intentó darle una patada en la entrepierna y luego trató de arañarle los ojos, pero Sharpe atrapó uno de aquellos dedos ganchudos en la boca y mordió con fuerza. El hombre soltó un grito de dolor, Sharpe siguió mordiendo y golpeando, escupió la yema del dedo cercenada en la cara del individuo y le propinó un último puñetazo.

—Cabrón —dijo Sharpe, y tiró del hombre para que se pusiera en pie. Ya habían llegado dos de los oficiales de Pohlmann, uno de ellos con un abanico de cartas aún en la mano—. Recojan su maldito mosquete —les ordenó Sharpe. El hombre forcejeó tratando de escaparse de Sharpe, pero era mucho más pequeño que él y un buen puntapié entre las piernas lo hizo entrar en vereda—. Vamos, hijo de puta —dijo Sharpe.

Uno de los oficiales había recogido el mosquete caído y Sharpe alargó la mano y palpó la boca del cañón. Estaba caliente, lo cual indicaba que el arma acababa de ser disparada.

—Si has matado a mi coronel, cabrón, yo te mataré a ti —dijo Sharpe, y arrastró al hombre entre las hogueras hacia el puñado de oficiales que se habían reunido junto a la tienda del coronel.

Los dos caballos de McCandless habían desaparecido. Tanto la yegua como el caballo castrado habían sido robados y Sharpe se dio cuenta de que eran sus cascos los que había oído pasar por su lado. McCandless se había despertado con el ruido de los ladrones de caballos, había salido de la tienda, había disparado su pistola contra aquellos hombres y uno de ellos le había devuelto el disparo y la bala se había alojado en el muslo izquierdo del coronel. Se hallaba entonces tendido en el suelo, horriblemente pálido, y Pohlmann llamaba a gritos a su médico para que acudiera a toda prisa.

—¿Quién es ése? —le preguntó Pohlmann a Sharpe con un gesto de la cabeza dirigido al el prisionero.

—El cabrón que disparó al coronel McCandless, señor. El mosquete aún está caliente.

El hombre resultó ser uno de los cipayos del comandante Dodd, uno de los soldados que habían desertado con Dodd de la Compañía, y lo dejaron a cargo de la escolta de Pohlmann. Sharpe se arrodilló junto a McCandless, que intentaba no gritar

cuando el recién llegado doctor, el suizo que se había sentado al lado de Sharpe durante la cena, le examinaba la pierna.

—¡Estaba durmiendo! —se quejó el coronel—. ¡Ladrones, Sharpe, ladrones!

—Encontraremos sus caballos —le aseguró Pohlmann al escocés—, y encontraremos a los ladrones.

—¡Me prometió seguridad! —protestó McCandless.

—Esos hombres serán castigados —prometió Pohlmann, luego ayudó a Sharpe y a otros dos soldados a levantar al coronel herido y llevarlo al interior de la tienda, donde lo depositaron sobre el camastro de cuerda. El médico dijo que la bala no había tocado el hueso y que no había cortado ninguna arteria principal pero que aún así quería ir a buscar sus sondas, fórceps y escalpelos y tratar de extraer la bala.

—¿Quiere un poco de brandy, McCandless? —preguntó Pohlmann.

—Por supuesto que no. Dígale que empiece de una vez.

El doctor gritó pidiendo más linternas, agua y su instrumental y luego se pasó diez insoportables minutos buscando la bala en el interior de la parte superior del muslo de McCandless. El escocés no profirió ni un solo sonido cuando la sonda se deslizó en su carne lacerada, ni cuando los fórceps de largo cuello fueron introducidos para tratar de agarrar la bala. El médico suizo sudaba, pero McCandless estaba tendido con los ojos fuertemente cerrados y los dientes apretados.

—Ya sale —dijo el doctor y empezó a tirar, pero la carne se había cerrado sobre los fórceps y tuvo que valerse de casi toda su fuerza para arrancar la bala de la herida. Al final salió, liberando un chorro de sangre roja, y McCandless soltó un quejido.

—Ahora ya ha terminado todo, señor —le dijo Sharpe.

—Gracias a Dios —susurró McCandless—, gracias a Dios. —El escocés abrió los ojos. El doctor le estaba vendando el muslo y McCandless miró por encima de él hacia Pohlmann—. ¡Esto es traición, coronel, traición! ¡Yo era su invitado!

—Sus caballos aparecerán, coronel, se lo prometo —dijo Pohlmann, pero aunque sus hombres llevaron a cabo un registro del campamento y no dejaron de buscar hasta la mañana siguiente, los dos caballos no aparecieron. Sharpe era el único que podía identificarlos puesto que el coronel McCandless no se encontraba en condiciones de andar, pero Sharpe no vio ninguna montura que se pareciera al par que habían robado, si bien tampoco esperaba hacerlo, pues cualquier ladrón de equinos competente conocía una docena de trucos para disfrazar su captura. A la bestia la esquilaían, le teñirían el pelaje con betún, le meterían un enema por la fuerza para que se le quedara la cabeza caída y lo más probable era que luego lo pusieran entre las monturas de la caballería donde todos los caballos se parecen. Los dos de McCandless se habían criado en Europa y eran más grandes y de mejor calidad que la mayoría de los que había en el campamento de Pohlmann; pero Sharpe no vio ni rastro de los dos animales.

El coronel Pohlmann fue a la tienda de McCandless y confesó que los caballos habían desaparecido.

—Le pagaré lo que valgan, por supuesto —añadió.

—¡No lo aceptaré! —respondió McCandless con brusquedad. El coronel seguía pálido y temblaba a pesar del calor. Su herida estaba vendada y el médico creía que se curaría con mucha rapidez, pero existía el peligro de que la fiebre recurrente del coronel volviera a aparecer—. No aceptaré el oro de mi enemigo —explicó McCandless, y Sharpe pensó que era el dolor el que le hacía hablar así puesto que sabía que los dos caballos perdidos debían de haberle costado mucho dinero al coronel.

—Le dejaré el dinero —insistió Pohlmann de todas formas— y esta tarde ejecutaremos al prisionero.

—Haga lo que tenga que hacer —refunfuñó McCandless.

—Luego lo llevaremos hacia el norte —prometió el hanoveriano—, porque debe permanecer bajo los cuidados del doctor Viedler.

McCandless se incorporó hasta quedar sentado.

—¡No me van a llevar a ninguna parte! —se empeñó con enojo—. Usted déjeme aquí, Pohlmann. No dependo de sus cuidados, sino de la misericordia de Dios. —Se volvió a dejar caer en la cama y soltó un bufido de dolor—. Y el sargento Sharpe puede atenderme.

Pohlmann miró a Sharpe. El hanoveriano parecía estar a punto de decir que tal vez Sharpe no deseara quedarse con McCandless, pero se limitó a asentir con la cabeza ante la decisión de éste.

—Si quiere que lo abandonen, McCandless, así se hará.

—Tengo más confianza en Dios que en un mercenario desleal como usted, Pohlmann.

—Como quiera, coronel —dijo Pohlmann en tono suave, luego retrocedió para salir de la tienda y le hizo señas a Sharpe para que le siguiera.

—Un tipo testarudo, ¿no? —El hanoveriano se dio la vuelta y miró a Sharpe—. ¿Y bien, sargento? ¿Va a venir con nosotros?

—No, señor —respondió Sharpe. La noche anterior, reflexionó él, le había faltado muy poco para decidirse a aceptar la oferta del hanoveriano, pero el robo de los caballos y el disparo realizado por el cipayo habían servido para que Sharpe cambiara de opinión. No podía dejar a McCandless con su sufrimiento y, para su sorpresa, no sintió una gran desilusión porque ello le obligara a tomar esa decisión. El deber le dictaba que debía quedarse, pero también se lo dictaban sus sentimientos y no lo lamentaba—. Alguien tiene que cuidar del coronel McCandless, señor —explicó Sharpe—, y él cuidó de mí en el pasado, de modo que ahora me toca a mí.

—Lo siento —dijo Pohlmann—, lo siento de veras. La ejecución tendrá lugar

dentro de una hora. Creo que debería usted presenciarla para poderle asegurar a su comandante que se ha hecho justicia.

—¿Justicia, señor? —preguntó Sharpe con desdén—. Matar a ese tipo no es hacer justicia. Fue el comandante Dodd quien lo empujó a hacerlo. —Sharpe no podía probarlo, pero tenía fuertes sospechas de ello. Creía que Dodd se había sentido herido por los insultos de McCandless y debía haber decidido añadir el robo de caballos a su catálogo de delitos—. Ha interrogado al prisionero, ¿no, señor? —inquirió Sharpe—. Porque él debe saber que Dodd estaba metido hasta el cuello en el asunto.

Pohlmann sonrió cansinamente.

—El prisionero nos lo contó todo, sargento, o supongo que lo hizo, pero ¿de qué sirve eso? El comandante Dodd niega la historia de ese hombre y una veintena de cipayos juran que el comandante se encontraba muy lejos de la tienda de McCandless cuando se realizaron los disparos. ¿A quién creería el ejército británico? ¿A un hombre desesperado o a un oficial? —Pohlmann meneó la cabeza—. Así pues, debe contentarse con la muerte de un hombre, sargento.

Sharpe se esperaba que al cipayo capturado lo matarían a tiros, pero no había señales de ningún pelotón de fusilamiento cuando llegó el momento de la ejecución del soldado. Hicieron formar a dos compañías de cada uno de los ocho batallones de Pohlmann; las dieciséis compañías formaron los tres lados de un cuadrado hueco en tanto que el entoldado a rayas de Pohlmann constituía el cuarto lado. La mayor parte de las demás tiendas ya habían sido desmontadas y dispuestas para el traslado hacia el norte, pero el toldo aún estaba en pie y habían levantado una de sus paredes de lona para que los oficiales del *compoo* pudieran presenciar la ejecución desde unas sillas colocadas a la sombra de la tienda. Dodd no estaba allí, ni tampoco ninguna de las esposas del regimiento, pero una veintena de oficiales ocuparon sus asientos y los criados de Pohlmann les sirvieron dulces y bebidas.

Cuatro miembros de la escolta de Pohlmann llevaron al prisionero al improvisado campo de ejecución. De los cuatro, ninguno llevaba mosquete, sino que iban equipados con estaquillas de las tiendas, mazos y unos cortos trozos de cuerda. El prisionero, que sólo llevaba puesta una tira de tela que le cubría los genitales, dirigía la mirada de un lado a otro como si intentara encontrar una ruta de escape, pero cuando Pohlmann hizo una señal con la cabeza los guardaespaldas le apartaron los pies del suelo de un puntapié, se arrodillaron junto a su cuerpo despatarrado y lo inmovilizaron en el suelo atándole las cuerdas en las muñecas y tobillos y sujetando luego las ataduras a las estaquillas. El condenado quedó ahí tumbado, con los brazos y piernas extendidos, mirando al cielo despejado mientras los mazos golpeaban las estaquillas para clavarlas en su sitio.

Sharpe se quedó de pie a un lado. Nadie habló con él, ni siquiera le dirigieron la mirada, y no era de extrañar, pensó él, puesto que todo aquello era una farsa. Todos

los oficiales debían de saber que Dodd era el culpable, aun así el cipayo tenía que morir. Las tropas allí formadas parecían compartir la opinión de Sharpe, pues había malhumor en las filas. El *compoo* de Pohlmann podía estar bien armado y magníficamente entrenado, pero no estaba contento.

Los cuatro soldados de la guardia terminaron de atar al prisionero y luego se alejaron y lo dejaron solo en el centro del campo de ejecución. Un oficial indio, resplandeciente con sus vestiduras de seda y con un suntuoso *tulwar* curvo colgando de su cinturón, pronunció un discurso. Sharpe no entendió ni una palabra, pero supuso que estaba dirigiendo una arenga a los soldados, que observaban sobre el destino que le aguardaba a cualquier ladrón. El oficial terminó de hablar, miró una vez al prisionero, caminó de vuelta a la tienda y, mientras él se adentraba en la sombra, el enorme elefante de Pohlmann, con sus colmillos recubiertos de plata y su abrigo metálico que caía en cascada, era conducido hasta allí desde más allá del entoldado. El *mahout* guiaba a la bestia mediante los tirones que le daba en una de las orejas, pero en cuanto el elefante vio al prisionero ya no hizo falta que lo guiaran, caminó lenta y pesadamente en dirección al soldado que estaba con los miembros extendidos. La víctima gritó pidiendo clemencia pero Pohlmann hizo oídos sordos a sus súplicas.

El coronel se dio la vuelta.

—¿Está mirando, Sharpe?

—Tiene al hombre equivocado, señor. Es a Dodd a quien debería poner ahí.

—Ha de hacerse justicia —dijo el coronel, y se volvió para mirar al elefante, el cual estaba tranquilamente junto a la víctima que se retorció en sus ataduras, daba sacudidas y hasta consiguió soltarse una mano, pero, en lugar de utilizar aquella mano libre para tirar de las otras tres cuerdas que lo sujetaban, la agitó inútilmente frente a la trompa del elefante. Un murmullo se extendió por las dieciséis compañías que miraban, pero los *jemadars* y los *havildars* dieron unos gritos y el hosco murmullo cesó. Pohlmann observó el forcejeo del prisionero unos segundos más y luego respiró hondo—. ¡*Haddah!* —gritó—. ¡*Haddah!*

El prisionero chilló ante lo que se le avecinaba mientras que, muy despacio, el elefante alzó una de las pesadas patas delanteras y movió el cuerpo ligeramente hacia delante. La enorme pezuña descendió y pareció posarse sobre el pecho del prisionero. Éste trató de apartar la pata a empujones, pero era como si intentara empujar una montaña. Pohlmann se echó hacia delante, con la boca abierta, mientras que lenta, muy lentamente, el elefante trasladaba su peso sobre el pecho de aquel hombre. Hubo otro grito y luego el soldado ya no pudo coger aire para volver a gritar, pero no dejaba de sacudirse y retorcerse y el peso seguía ejerciendo presión sobre él. Sharpe vio que las piernas trataban de contraerse tirando de las ataduras de los tobillos, vio que la cabeza se le levantaba de una sacudida y a continuación oyó el chasquido de

las costillas al romperse y vio la sangre derramarse y borbotear en la boca de la víctima. Sharpe se estremeció, tratando de imaginarse el dolor mientras el elefante seguía apretando, aplastando huesos, pulmones y espina dorsal. El prisionero dio una última sacudida, se le agitó el pelo, la cabeza se le fue hacia atrás y una enorme oleada de sangre le reboseó de la boca abierta y formó un charco junto a su cadáver.

Se oyó un último crujido, el elefante entonces retrocedió y un suspiro recorrió suavemente las tropas que observaban. Pohlmann aplaudió y los oficiales se sumaron a él. Sharpe se dio la vuelta y se alejó. Hijos de puta, pensó él, hijos de puta.

Y aquella noche Pohlmann marchó hacia el norte.

El sargento Obadiah Hakeswill no era una persona culta y ni siquiera era particularmente inteligente, a menos que la astucia pudiera pasar por inteligencia, pero había una cosa que entendía muy bien, y era la impresión que causaba en los demás. Le tenían miedo. Daba igual si la otra persona era un soldado raso recién llegado con el sargento de reclutamiento o un general con la casaca llena de brillantes galones dorados y cargada de cordones. Todos le temían, todos menos dos, y esos dos amedrentaban a Obadiah Hakeswill. Uno era el sargento Richard Sharpe, en quien Hakeswill intuía una violencia igual a la suya, mientras que el otro era el general de división sir Arthur Wellesley, el cual, siendo coronel del 33.º, nunca se había inmutado ante las amenazas de Hakeswill.

Así pues, el sargento Hakeswill hubiera preferido no tener que hacer frente al general Wellesley, pero cuando el convoy en el que viajaba llegó a Ahmednuggur sus indagaciones establecieron que el coronel McCandless había partido hacia el norte y se había llevado a Sharpe con él; el sargento sabía que no podía ir más lejos sin el permiso de Wellesley. Por ello se dirigió a la tienda del general, se presentó a un ordenanza que informó a un edecán que ordenó al sargento que aguardara a la sombra de un ficus.

Esperó durante gran parte de la mañana mientras el ejército se preparaba para abandonar Ahmednuggur. Estaban sujetando los cañones a las cureñas, enganchando los bueyes a los carros y los *lascars* desmontaban las tiendas. La fortaleza de Ahmednuggur, temiendo correr la misma suerte que la ciudad, se había rendido dócilmente tras unos pocos cañonazos y, con la ciudad y el fuerte seguros en sus manos, Wellesley planeaba entonces marchar hacia el norte, cruzar el Godavery y buscar al ejército enemigo. El sargento Hakeswill no tenía muchas ganas de participar en aquella aventura, pero no veía otra manera de alcanzar a Sharpe, así que se había resignado a su destino.

—¿Sargento Hakeswill? —Un edecán salió de la enorme tienda del general.

—¡Señor! —Hakeswill se puso de pie apresuradamente y se cuadró.

—Sir Arthur Wellesley le recibirá ahora, sargento.

Hakeswill entró en la tienda, se quitó el chacó de un manotazo, giró bruscamente

hacia la izquierda, avanzó tres pasos cortos y rápidos y luego se detuvo de golpe frente a la mesa de campaña en la que el general se estaba encargando del papeleo. Hakeswill se quedó en posición de firmes, temblando. Su rostro se estremecía.

—Descanse, sargento. —Wellesley, con la cabeza descubierta, apenas había levantado la vista de sus papeles cuando el sargento entró.

—¡Señor! —Hakeswill permitió que sus músculos se relajaran un poco—. ¡Le traigo unos papeles, señor! —Sacó la orden de arresto de Sharpe de su bolsa y se la tendió al general.

Wellesley no hizo ningún ademán de aceptar la orden. En lugar de eso, se reclinó en su silla y examinó a Hakeswill como si fuera la primera vez que veía al sargento. Hakeswill permaneció rígido, con los ojos clavados en la pared marrón de la tienda por encima de la cabeza del general. Wellesley suspiró y volvió a echarse hacia delante aunque siguió sin hacer caso de la orden.

—Usted dirá, sargento —dijo, con su atención nuevamente centrada en los documentos que tenía encima de la mesa. Un edecán cogía todas las hojas que el general rubricaba, espolvoreaba polvos secantes sobre las firmas y luego colocaba más papeles sobre la mesa.

—El teniente coronel Gore me ha ordenado venir, señor. Para arrestar al sargento Sharpe, señor.

Wellesley volvió a levantar la vista y Hakeswill estuvo a punto de encogerse de miedo ante aquella gélida mirada. Tenía la sensación de que Wellesley lo veía venir y dicha impresión hacía que su rostro se estremeciera con una serie de descontrolables. Wellesley esperó a que cesaran los espasmos.

—¿Ha venido solo, sargento? —preguntó el general con indiferencia.

—Con un destacamento de seis hombres, señor.

—¡Son siete! ¿Para arrestar a un solo hombre?

—Es un hombre peligroso, señor. Tengo órdenes de llevarle de vuelta a Hurryhur, señor, para que pueda...

—Ahórreme los detalles —terció Wellesley al tiempo que volvía a dirigir la mirada hacia el siguiente papel que requería su firma. Sumó una lista de números—. ¿Desde cuándo cuatro veces doce más dieciocho dan un total de sesenta y ocho? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular, luego corrigió el cálculo antes de firmar el papel—. ¿Y desde cuándo el capitán Lampert dispone del tren de artillería?

El edecán que empuñaba la salvadera se sonrojó.

—El coronel Eldredge, señor, está indispuesto. —Borracho, a decir verdad, que lo era, pero resultaba poco político decir en presencia de un sargento que un coronel estaba ebrio.

—Entonces invite al capitán Lampert a cenar. Debemos inculcarle un poco de aritmética, además de cierto sentido común —dijo sir Arthur. Firmó otro papel, luego

dejó la pluma apoyada en una pequeña base de plata antes de echarse hacia atrás y mirar a Hakeswill. La presencia del sargento le molestaba, no por el hecho de que no le gustara Hakeswill, aunque era cierto, sino más bien porque hacía mucho tiempo que Wellesley había dejado atrás las preocupaciones de ser el comandante del 33.º y no quería que le recordaran dichas obligaciones en aquellos momentos. Tampoco quería verse en la situación de aprobar o desaprobar las órdenes de su sucesor, puesto que hacerlo sería una impertinencia—. El sargento Sharpe no está aquí —dijo fríamente.

—Eso he oído, señor. ¿Pero estuvo aquí, señor?

—Tampoco soy yo la persona a la que debería estar molestando con este asunto, sargento —siguió diciendo Wellesley sin hacer caso de la pregunta de Hakeswill. Volvió a empuñar la pluma, la mojó en la tinta y tachó un nombre de una lista antes de añadir su firma—. Dentro de unos días —continuó— el coronel McCandless regresará al ejército, usted se presentará a él con su orden y no me cabe duda de que atenderá el asunto con la debida atención. Hasta entonces voy a emplear su tiempo útilmente. No voy a tener a siete soldados haraganeando mientras el resto del ejército trabaja. —Wellesley se volvió hacia el edecán—. ¿Dónde nos faltan soldados, Barclay?

El edecán se quedó pensando un momento.

—Seguro que al capitán Mackay no le vendría mal un poco de ayuda, señor.

—Muy bien. —Wellesley señaló a Hakeswill con la plumilla de acero—. Se unirá usted al capitán Mackay. El capitán Mackay está al mando de nuestra reata de bueyes y usted hará todo lo que él desee hasta que el coronel McCandless lo releve de ese servicio. Puede retirarse.

—¡A la orden, mi general! —exclamó Hakeswill con diligencia, pero en su interior estaba furioso de que el general no hubiese compartido su indignación acerca de Sharpe. Dio media vuelta, salió de la tienda pisando fuerte y se fue a buscar a sus hombres—. Se está viniendo abajo —dijo amargamente.

—¿Sargento? —preguntó Flaherty.

—Se viene abajo. Hubo un tiempo en el que en este ejército hasta un general respetaba a los sargentos. Ahora tenemos que vigilar a los cabestros. ¡Recojan sus malditos mosquetes!

—¿Sharpe no está aquí, señor?

—¡Pues claro que no está aquí! Si estuviera aquí no nos habrían ordenado limpiarles el culo a los bueyes, ¿no? Pero va a volver. El general me ha dado su palabra. Sólo unos pocos días, muchachos, sólo unos cuantos días y volverá con todas sus relumbrantes piedras preciosas escondidas. —La furia de Hakeswill se estaba aplacando. Al menos no le habían ordenado que se uniera a un batallón de combate, y estaba empezando a darse cuenta de que cualquier servicio relacionado con los

animales de carga le ofrecería una magnífica oportunidad de sacar tajada de los pertrechos. De allí se podían obtener ganancias y más cosas aparte de sacar provecho con los suministros, puesto que el bagaje siempre viajaba con el séquito de mujeres del ejército y eso implicaba más oportunidades. Podía ser peor, pensó Hakeswill, siempre que ese tal capitán Mackay no fuera un tirano—. ¿Saben cuál es el problema de este ejército? —preguntó Hakeswill.

—¿Cuál? —inquirió Lowry.

—Que está lleno de escoceses de mierda —respondió Hakeswill enardecido—. Odio a los escoceses. No son ingleses, ¿verdad? Malditos campesinos escoceses. Unas criaturas bobaliconas, ¡sí señor, unos bobalicones! Deberíamos haberlos matado a todos cuando tuvimos la ocasión, pero en lugar de eso nos apiadamos de ellos. Alacranes en nuestro seno, eso es lo que son. Lo dicen las Escrituras. ¡Y ahora muévanse, maldita sea!

Pero sería tan sólo cuestión de unos pocos días, se consoló el sargento, sólo unos cuantos días más y Sharpe estaría acabado.

La escolta del coronel Pohlmann llevó a McCandless a una pequeña casa situada en el extremo del campamento. En ella vivían una viuda y tres niños, y la mujer retrocedió ante la presencia de los soldados maharatta que la habían violado, le habían robado toda la comida y le habían contaminado el pozo con sus aguas residuales. El médico suizo dejó a Sharpe con instrucciones estrictas de que el vendaje de la pierna del coronel tenía que mantenerse húmedo.

—Le daría un poco de medicina para la fiebre, pero no tengo —dijo el médico—, de modo que si la fiebre empeora lo abriga y lo hace sudar. —El doctor se encogió de hombros—. Puede que sirva de algo.

Pohlmann dejó comida y una bolsa de cuero llena de monedas de plata.

—Dígale a McCandless que esto es por sus caballos —le dijo a Sharpe.

—Sí, señor.

—La viuda cuidará de ustedes —le aseguró Pohlmann— y cuando el coronel se recupere lo suficiente puede trasladarlo a Aurungabad. Y si cambia de opinión, Sharpe, ya sabe que será bienvenido. —El coronel le estrechó la mano a Sharpe y luego subió por los peldaños de plata a su *howdah*. Un jinete desplegó la bandera del caballo blanco de Hanover—. Haré correr la voz de que no les molesten —añadió Pohlmann, entonces su *mahout* dio unos golpecitos en la cabeza del elefante y la enorme bestia partió rumbo al norte.

Simone Joubert fue la última en despedirse.

—Me gustaría que se quedara con nosotros —dijo ella con tristeza.

—No puedo.

—Lo sé, y tal vez sea para bien. —Echó un vistazo a izquierda y derecha para

asegurarse de que no miraba nadie, se echó rápidamente hacia delante y besó a Sharpe en la mejilla—. *Au revoir*, Richard.

Él se la quedó mirando mientras se alejaba a caballo, luego volvió a entrar en la casucha, que no era más que un palmo de techo de paja montado sobre unas paredes de deteriorados cañizos. El interior de la choza estaba ennegrecido por el humo de años y su único mobiliario lo constituía el catre de cuerdas sobre el que yacía McCandless.

—Es una paria —le explicó el coronel a Sharpe señalando a la mujer—. Se negó a arrojarse a la pira funeraria de su marido y su familia la echó. —El coronel se estremeció cuando una punzada de dolor le recorrió el muslo—. Déle la comida, Sharpe, y unas cuantas monedas de esa bolsa. ¿Cuánto nos dejó Pohlmann?

En la bolsa de Pohlmann había monedas de plata y de cobre. Sharpe separó y contó ambos tipos, luego McCandless tradujo su valor aproximado en libras.

—¡Sesenta! —Anunció el total con amargura—. Con eso podríamos comprar un jamelgo de caballería, pero no un caballo que pueda pasarse días enteros en el campo.

—¿Cuánto le costó su caballo castrado, señor? —preguntó Sharpe.

—Quinientas veinte guineas —contestó McCandless atribulado—. Lo compré hace cuatro años, cuando nos sacaron de Seringapatam a usted y a mí, y recé para que fuera el último caballo que tuviera que comprar. Aparte de la yegua, claro está, pero ésa era sólo de refresco. Aún así me costó ciento cuarenta guineas. ¡Una ganga! La compré en Madras, recién salida del barco, y entonces no era más que piel y huesos, pero dos meses de pastoreo sirvieron para que desarrollara los músculos.

Las cifras eran casi incomprensibles para Sharpe. ¿Quinientas veinte guineas por un caballo? Uno podía vivir toda la vida con quinientas cuarenta y seis libras, y vivir bien. Tomar cerveza cada día.

—¿La Compañía no repondrá los caballos, señor? —preguntó.

McCandless sonrió tristemente.

—Puede que sí, Sharpe, pero lo dudo. Lo dudo mucho.

—¿Por qué no, señor?

—Soy viejo —dijo el escocés— y mi salario es un fuerte gravamen en la columna de débitos de la Compañía. Ya le conté que a ellos les gustaría que me retirara, Sharpe, y si les pido el valor de dos caballos seguro que insistirían en lo de mi retiro. —Suspiró—. Sabía que la persecución de Dodd estaba condenada al fracaso. Tenía ese presentimiento.

—Conseguiremos otro caballo, señor —afirmó Sharpe.

McCandless hizo una mueca.

—¿Y cómo, si puede saberse?

—No podemos permitir que vaya andando, señor. Tratándose de todo un coronel, no. Además, en realidad fue culpa mía.

—¿Culpa suya? No sea absurdo, Sharpe.

—Tendría que haber estado con usted, señor. Pero no estaba. Estaba por ahí, pensando.

El coronel lo miró detenidamente, por lo que pareció un largo rato.

—Me imagino, sargento —dijo al fin—, que tenía muchas cosas en las que pensar. ¿Cómo fue su paseo en elefante con el coronel Pohlmann?

—Me enseñó Aurungabad, señor.

—Creo que lo llevó a la cima de la montaña y le mostró los reinos de este mundo —comentó el coronel—. ¿Qué le ofreció? ¿Un tenientazgo?

—Sí, señor. —Sharpe se sonrojó al reconocerlo, pero estaba oscuro en la choza de la viuda y el coronel no se dio cuenta.

—¿Le habló de Benoît de Boigne —inquirió McCandless— y de ese bribón de George Thomas? Y le dijo que podría ser rico en dos o tres años, ¿me equivoco?

—Algo parecido, señor.

McCandless se encogió de hombros.

—No voy a engañarlo, Sharpe, tiene razón. Todo lo que le dijo es cierto. Ahí afuera —señaló hacia el sol poniente cuyos destellos entraban por las rendijas de las esteras de carrizo de las paredes— hay una sociedad sin ley que durante años ha recompensado a los soldados con oro. Al soldado, fíjese bien en lo que digo, no al honesto granjero o al laborioso mercader. Los príncipes se enriquecen, Sharpe, y la gente enflaquece, pero no hay nada que le impida servir a esos príncipes. Excepto el juramento que hizo de servir a su rey.

—Todavía estoy aquí, señor, ¿no es cierto? —dijo Sharpe con indignación.

—Sí, Sharpe, está aquí —repuso McCandless, luego cerró los ojos y soltó un quejido—. Tengo miedo de que me vuelva la fiebre. Tal vez no lo haga.

—¿Qué haremos entonces, señor?

—¿Hacer? Nada. No se puede hacer nada contra la fiebre aparte de pasarse una semana tiritando en medio del calor.

—Me refiero a trasladarlo a usted de vuelta al ejército, señor. Yo podría ir a Aurungabad y ver si puedo encontrar a alguien para llevar un mensaje.

—No lo encontrará, a menos que hable su idioma —dijo McCandless, luego se quedó un rato tumbado sin decir nada—. Sevajee nos encontrará —prosiguió finalmente—. Las noticias llegan lejos en este país, y Sevajee al final nos seguirá el rastro. —Volvió a guardar silencio y Sharpe pensó que se había quedado dormido, pero entonces vio que el coronel meneaba la cabeza—. Esto está condenado al fracaso —dijo el coronel—. El teniente Dodd va a acabar conmigo.

—Capturaremos a Dodd, señor, se lo prometo.

—Dios le oiga, Dios le oiga. —El coronel señaló sus alforjas que estaban en un rincón de la choza—. ¿Quiere buscarme la Biblia, Sharpe? ¿Y tal vez querría leer

para mí mientras haya todavía un poco de luz? Algo del Libro de Job, por ejemplo.

McCandless se sumió en unos días de fiebres y Sharpe en unos días de aislamiento. Por lo que él sabía, la guerra tanto podía haberse ganado como perdido, ya que no vio a nadie ni llegaron noticias a aquella casucha con techo de paja bajo sus árboles de finas hojas. Para mantenerse ocupado limpió una vieja acequia que atravesaba el terreno de la mujer en dirección norte, arremetió a machetazos contra los arbustos, mató serpientes y sacó tierra a paladas hasta que se vio recompensado con un hilo de agua. Cuando terminó con eso la emprendió con el tejado de la choza y colocó una nueva capa de palma encima de la vieja, sujetándola con torzales hechos con hojas. Pasaba hambre, pues la mujer disponía de poca comida aparte del grano que Pohlmann había dejado y de algunas alubias secas. Sharpe se desnudaba de cintura para arriba al trabajar y la piel se le puso tan morena como la culata de su mosquete. Por las tardes jugaba con los tres hijos de la mujer, construían fuertes de roja tierra que bombardeaban con piedras y, un atardecer memorable, cuando una muralla de juguete demostró ser inexpugnable a los guijarros que se le lanzaban, Sharpe tendió una mecha de pólvora y abrió una brecha con tres cartuchos de su mosquete.

Hizo todo lo que pudo para cuidar de McCandless, lavándole la cara al coronel, leyéndole las Sagradas Escrituras y dándole cucharadas de amarga pólvora diluida en agua. No estaba seguro de que la pólvora sirviera de algo, pero todos los soldados juraban que era la mejor medicina para la fiebre, de manera que Sharpe le hacía tragar al coronel cucharadas de la salada mezcla. Estaba preocupado por la herida de bala que McCandless tenía en el muslo, ya que un día la mujer lo apartó tímidamente a un lado cuando él estaba humedeciendo el vendaje y se había empeñado en deshacerlo y colocar sobre la herida abierta un emplasto que ella misma había hecho. La cataplasma contenía musgo y telarañas y Sharpe se preguntaba si había hecho bien dejando que la mujer aplicara la mezcla, pero al cabo de la primera semana la herida no pareció empeorar y, en sus momentos más lúcidos, el coronel afirmó que el dolor disminuía.

Cuando la acequia estuvo limpia, Sharpe acometió el pozo de la mujer. Se las ingenió para hacer una draga con un cubo de madera roto y la utilizó para sacar puñados de fango hediondo de la base del pozo, y durante todo ese tiempo estuvo pensando en su futuro. Sabía que el comandante Stokes lo volvería a recibir con los brazos abiertos en la armería de Seringapatam, pero al cabo de un tiempo el regimiento sin duda se acordaría de su existencia y le ordenaría volver, cosa que significaría unirse de nuevo a la compañía ligera con el capitán Morris y el sargento Hakeswill, y Sharpe se estremeció sólo con pensarlo. Tal vez el coronel Gore lo trasladaría. Los muchachos decían que era un buen tipo, menos frío que Wellesley, lo cual era una buena noticia, sin embargo, Sharpe se preguntaba con frecuencia si no

debiera haber aceptado la oferta de Pohlmann. Teniente Sharpe, decía él en alto y entre dientes, teniente Sharpe. ¿Por qué no? Y en aquellos momentos fantaseaba con el placer de volver a la inclusa en Brewhouse Lane. Llevaría una espada y un sombrero de tres picos, tendría galones en la casaca y espuelas en los tacones, y les haría pagar multiplicado por diez cada uno de los azotes que esos cabrones habían propinado al pequeño Richard Sharpe. Sintió una ira terrible al recordar aquellas palizas y tiró de su improvisada draga como si trabajando duro pudiera aplacar su furia.

Pero en todas aquellas fantasías ni una sola vez regresó a Brewhouse Lane vestido con una casaca blanca, o púrpura, o con cualquier otra chaqueta que no fuera roja. No había nadie en Gran Bretaña que hubiese oído hablar alguna vez de Anthony Pohlmann, ¿y por qué tendría que importarles que un niño salido de los bajos fondos de Wapping hubiera llegado al grado de oficial en el ejército del maharajá de Gwalior? Uno bien podía afirmar ser coronel de la Luna, para el caso que le iban a hacer. A menos que fuera un casaca roja lo declararían un cabrón ostentoso, y sanseacabó, pero si volvía vestido con el uniforme escarlata británico lo tomarían en serio, y eso significaba que tenía que llegar a oficial en su propio ejército.

De manera que una noche, cuando la lluvia golpeaba en la reparada paja de la ventana y el coronel estaba sentado en su camastro de cuerda anunciando que su fiebre se estaba mitigando, Sharpe le preguntó a McCandless cómo un soldado se convertía en oficial en el ejército británico.

—Me refiero a qué puede hacerse, señor —dijo, incómodo—, porque tuvimos a un tal señor Devlin allí en Inglaterra y él había ascendido desde la tropa. Había sido mozo de un pastor en los valles antes de alistarse en el ejército, pero era el teniente Devlin cuando yo lo conocí.

Y lo más probable era que muriera siendo el anciano y amargado teniente Devlin, pensó McCandless, pero no lo dijo. En lugar de eso hizo una pausa antes de decir nada. Incluso estuvo tentado de eludir totalmente la pregunta fingiendo que su fiebre había empeorado repentinamente porque comprendía demasiado bien lo que había detrás de la cuestión que le planteaba Sharpe. La mayoría de oficiales se hubieran mofado de aquella ambición, pero Héctor McCandless no era un socarrón. Aunque sí que sabía que para un soldado, aspirar a ascender desde la tropa al comedor de oficiales suponía arriesgarse a tener dos decepciones: la decepción tanto del éxito como del fracaso. El resultado más probable era el fracaso, puesto que tales ascensos eran tan escasos como los dientes de una gallina, pero había unos cuantos que sí que habían realizado el salto y su éxito inevitablemente condujo al descontento. Carecían de la educación de los demás oficiales, no tenían sus modales y les faltaba su confianza. Por regla general los demás oficiales los desdeñaban y los ponían a trabajar como intendentes, convencidos de que no se podía confiar en ellos para que

entraran en batalla al frente de sus tropas. Y había algo de verdad en dicho convencimiento, porque a los mismos soldados no les gustaba que sus oficiales provinieran de la tropa, pero McCandless decidió que Sharpe ya era consciente de todo aquello y por lo tanto le ahorró el tener que escucharlo una vez más.

—Hay dos maneras, Sharpe —dijo McCandless—. La primera es que puede comprar un ascenso. El rango de abanderado le costará cuatrocientas libras, pero necesitará otras ciento cincuenta para equiparse e incluso con esa cantidad sólo podría adquirir un caballo apenas adecuado, una espada de cuatro guineas y un uniforme que sirviera, y aún le haría falta una renta personal para cubrir las facturas del comedor. Un abanderado gana cerca de noventa y nueve libras al año, pero el ejército le retiene una parte de dicha cantidad para gastos y otra más para el impuesto sobre la renta. ¿Ha oído hablar de ese nuevo impuesto, Sharpe?

—No, señor.

—Es pernicioso. ¡Quitarle a un hombre lo que ha ganado honradamente! Es un robo, Sharpe, tergiversado por el gobierno. —El coronel frunció el ceño—. De modo que con suerte a un abanderado le quedan setenta libras de su salario e incluso aunque lleve una vida frugal con eso no cubre las facturas del comedor. La mayor parte de los regimientos le cobran a un oficial dos chelines al día por comida y un chelín por vino, aunque por supuesto usted podría pasar perfectamente sin él y el agua es gratis, pero hay seis peniques al día para el sirviente del comedor, otros seis peniques para el desayuno y seis más para la colada y los remiendos. No se puede vivir como oficial sin un mínimo de cien libras al año además del salario. ¿Dispone usted de ese dinero?

—No, señor —mintió Sharpe. En realidad tenía suficientes piedras preciosas cosidas en el interior de su casaca como para comprarse el grado de comandante, pero no quería que McCandless lo supiera.

—Bien —dijo McCandless—, porque ésa no es la mejor manera. La mayoría de regimientos ni siquiera mirarían a un hombre que ha salido de la tropa comprándose el ascenso. ¿Por qué iban a hacerlo? Disponen de un montón de jóvenes aspirantes que llegan de los condados rurales con el dinero de sus padres quemándoles los monederos, así pues lo último que necesitan es a un antiguo soldado raso sin apenas educación a quien no le alcanza para pagar la cuenta del comedor. No digo que sea imposible. Cualquier regimiento destinado en las Indias Orientales le vendería barato un cargo de abanderado, pero eso es porque no pueden conseguir a nadie más debido a la fiebre amarilla. Un destino en las Indias Orientales es una sentencia de muerte. Pero si un soldado quiere conseguir otra cosa que no sea un regimiento confinado en las Indias Orientales, Sharpe, entonces debe poner sus esperanzas en la segunda manera. Tiene que ser sargento y debe saber leer y escribir, pero también existe un tercer requisito. Dicha persona debe realizar un acto de valentía extremo. Dirigir un destacamento de asalto funcionaría, si bien cualquier acción, siempre que sea suicida,

serviría, aunque por supuesto debe hacerse bajo la mirada del general, de lo contrario todo es una pérdida de tiempo.

Sharpe se quedó un rato sentado en silencio, amilanado ante los obstáculos que entorpecían el camino hacia el cumplimiento de su sueño.

—¿Le hacen una prueba, señor? —preguntó—. ¿De lectura? —Esa idea le preocupaba porque, aunque su nivel de lectura iba mejorando noche tras noche, todavía se atrancaba con palabras bastante sencillas. Él aseguraba que la letra de la Biblia era demasiado pequeña y McCandless tenía la gentileza de creer dicha excusa.

—¿Una prueba de lectura? ¡Por Dios, no! ¡A un oficial! —McCandless sonrió cansinamente—. Confían en su palabra, por supuesto. —El coronel hizo un segundo de pausa—. Pero yo siempre me he preguntado, Sharpe —siguió diciendo—, ¿por qué un soldado de la tropa quiere llegar a oficial?

Para poder volver a Brewhouse Lañe, pensó Sharpe, y humillar a más de uno.

—Sólo estaba reflexionando sobre ello, señor —contestó sin embargo—. Sólo pensaba.

—Porque en muchos sentidos —dijo McCandless— los sargentos tienen más influencia con los soldados. Menos prestigio formal, quizá, pero sin duda más influencia que cualquier oficial subalterno. Los abanderados y los tenientes, Sharpe, son criaturas muy insignificantes. La verdad es que la mayor parte del tiempo son de escasa utilidad. Un hombre no empieza a ser valioso hasta que no alcanza la capitanía.

—Estoy seguro de que tiene razón, señor —dijo Sharpe sin convicción—. Sólo estaba pensando.

Aquella noche el coronel volvió a tener fiebre y Sharpe se sentó en la puerta de la cabaña y escuchó el sonido de la lluvia al batir contra la tierra. No podía librarse de su fantasía, no podía zafarse de la imagen de sí mismo agachando la cabeza al atravesar la puerta de Brewhouse Lane y viendo aquellas caras que odiaba. Lo deseaba, lo deseaba con todas sus fuerzas, así que siguió soñando, soñando con lo imposible, pero incapaz de contener la fantasía. No sabía cómo, pero de alguna manera daría el salto. O de lo contrario moriría en el intento.

Dodd le puso de nombre *Peter*^[1] a su nuevo caballo castrado.

—Porque no tiene huevos, monsieur —informó a Pierre Joubert, y repitió aquella broma sin gracia una docena de veces durante los dos días siguientes, sólo para cerciorarse de que se comprendía el insulto que representaba. Joubert sonreía y no decía nada, y el comandante se embarcaba en un panegírico sobre los méritos de *Peter*. Su anterior caballo era asmático, mientras que aquel otro podía cabalgar todo el día y seguir con la cabeza alta y brío en su zancada—. Es un caballo de raza, de pura sangre inglesa. No es un viejo jamelgo francés de lomo combado, sino un caballo como Dios manda.

A los soldados de los Cobras de Dodd les gustaba ver a su comandante montado en su magnífico caballo. Era cierto que con la adquisición de la bestia había muerto un hombre, pero aun así el robo había constituido un excelente acto de bandidaje y los soldados se habían reído al ver al sargento inglés registrando el campamento, mientras que desde el principio Gopal, el *jemadar* del comandante Dodd, escondió los caballos a una larga distancia hacia el norte.

Al coronel Pohlmann no le hacía tanta gracia.

—Le prometí protección a McCandless, comandante —le gruñó a Dodd la primera vez que vio al inglés sobre su nuevo caballo castrado.

—Bien hecho, señor.

—¿Y usted ha añadido el robo de caballos a su catálogo de delitos?

—No entiendo a qué se refiere, señor —protestó Dodd con fingida inocencia—. Le compré este animal a un comerciante de caballos ayer, señor. Un individuo de Korpalgaoon con aspecto de gitano. Se llevó los ahorros que me quedaban.

—¿Y el nuevo caballo de su *jemadar*? —preguntó Pohlmann al tiempo que señalaba a Gopal que montaba la yegua del coronel McCandless.

—Se lo compró al mismo tipo —respondió Dodd.

—Claro que sí, comandante —repuso Pohlmann en tono cansado. El coronel sabía que no tenía sentido reprender a alguien por cometer un hurto en un ejército en el que se fomentaba el robo para su misma existencia, no obstante se sintió ofendido por el abuso que Dodd había hecho de la hospitalidad ofrecida a McCandless. El escocés tenía razón, pensó Pohlmann, Dodd era un hombre sin honor, pero el hanoveriano sabía que si Scindia no empleara más que a santos entonces no tendría oficiales europeos.

El robo de los caballos de McCandless no hizo más que darle más motivos a Pohlmann para tenerle antipatía a William Dodd. El inglés le resultaba demasiado adusto, demasiado envidioso y con muy poco sentido del humor, aun así, a pesar de su desagrado, reconocía que el comandante era un soldado excelente. El rescate de su

regimiento de Ahmednuggur había sido una operación ignominiosa ejecutada a la perfección y Pohlmann, al menos, comprendía el logro que suponía, igual que entendía el hecho de que a los soldados de Dodd les gustara su nuevo oficial al mando. El hanoveriano no estaba seguro del por qué de la popularidad de Dodd, puesto que no era una persona indulgente; no conversaba sobre temas triviales, rara vez sonreía y era meticuloso con detalles que otros oficiales pasarían por alto, pero a los soldados les caía bien de todos modos. Tal vez intuían que estaba de su parte, totalmente de su parte, al reconocer que en la guerra no se logra nada con oficiales sin soldados y mucho con soldados sin oficiales, por esa razón, si no otra, estaban encantados de que fuera su oficial al mando. Y es más probable que luchen bien los soldados que sienten simpatía hacia su oficial al mando que aquellos que no la sienten, por lo cual Pohlmann se alegraba de tener a William Dodd como comandante del regimiento, aun cuando lo despreciara y lo considerara poco menos que un vulgar ladrón.

El *compo* de Pohlmann ya se había unido al resto del ejército de Scindia, cuyas filas a su vez habían sido engrosadas por las tropas del rajá de Berar, así que más de cien mil hombres y todos sus animales deambulaban entonces por la llanura Deccan en busca de pastos, forraje y grano. Aquel enorme ejército superaba ampliamente en número a su enemigo, pero Scindia no realizó ningún intento de hacer entrar en combate a Wellesley. En lugar de eso se limitó a dirigir a su horda de un modo al parecer carente de rumbo. Se dirigieron al sur hacia el enemigo, luego se retiraron hacia el norte, realizaron una torpe incursión hacia el este y después retrocedieron sobre sus pasos en dirección oeste. Por allí donde pasaban desvalijaban las granjas, cortaban las cosechas, entraban en los graneros, mataban el ganado y revolvían las humildes viviendas en busca de arroz, trigo o lentejas. Todos los días una veintena de patrullas de caballería se dirigían hacia el sur para localizar a los ejércitos enemigos, pero los jinetes maharatta pocas veces se acercaban a los casacas rojas, dado que la caballería británica respondía patrullando también con agresividad y cada día dejaban caballos muertos en la llanura mientras las numerosas huestes de Scindia seguían dando vueltas sin sentido.

—Ahora que tiene usted un caballo tan magnífico —le dijo Pohlmann a Dodd una semana después del robo perpetrado por el comandante— quizá podría dirigir una patrulla de caballería, ¿no?

—Con mucho gusto, señor.

—Alguien tiene que averiguar qué están haciendo los británicos —refunfuñó Pohlmann.

Dodd cabalgó hacia el sur con algunos miembros de la propia caballería de Pohlmann y su patrulla tuvo éxito allí donde tantas otras habían fracasado, pero fue únicamente porque el comandante se puso su antigua casaca roja de tal modo que

pareciera que su grupo de jinetes estaba a las órdenes de un oficial británico, y la artimaña surtió efecto puesto que Dodd se encontró con un número mucho menor de soldados de la caballería de Mysore que se acercaron y cayeron en la trampa sin sospechar nada. Escaparon seis soldados enemigos, ocho más murieron y su jefe proporcionó gran cantidad de información antes de que Dodd le pegara un tiro en la cabeza.

—Podía haberlo traído aquí —se quejó Pohlmann con delicadeza cuando Dodd regresó—. Podía haber hablado yo con él —añadió el coronel que atisbaba desde su *howdah* de cortinas verdes. El elefante caminaba lenta y pesadamente detrás de un jinete de casaca púrpura que llevaba la bandera roja de Pohlmann estampada con el caballo blanco de Hanover. Había una chica con Pohlmann, pero lo único que Dodd vio de ella fue una lánguida mano morena cargada de refulgentes gemas que colgaba apoyada en el borde del *howdah*—. Pues explíqueme de qué se ha enterado, comandante —ordenó Pohlmann.

—Los británicos vuelven a estar cerca del Godavery, señor, pero todavía se hallan divididos en dos contingentes y ninguno de los dos tiene más de seis mil soldados de infantería. Wellesley es quien se encuentra más próximo a nosotros mientras que Stevenson se dirige hacia el oeste. He hecho un mapa, señor, con sus posiciones. —Dodd sostuvo el papel en alto hacia el *howdah* que se balanceaba.

—Tienen la esperanza de hacernos la tenaza, ¿verdad? —preguntó Pohlmann al tiempo que bajaba el brazo para agarrar el mapa que el comandante tenía en la mano—. Ahora no, *Liebchen* —añadió, aunque no dirigiéndose a Dodd.

—Imagino que permanecen divididos por culpa de los caminos, señor —dijo Dodd.

—Claro —replicó Pohlmann, preguntándose por qué Dodd le hablaba como si hubiera inventado la pólvora. Los británicos tenían mucha más necesidad de carreteras decentes que los maharatta, porque ellos transportaban todos los comestibles en carros de bueyes y los torpes y pesados vehículos no podían avanzar por otro terreno que no fuera el de las más planas llanuras cubiertas de hierba. Cosa que significaba que los dos contingentes enemigos sólo podían avanzar allí donde el suelo era llano o los caminos adecuados. Eso hacía que sus movimientos fueran desmañados y que cualquier intento de realizar una maniobra de tenaza sobre el ejército de Sandia resultara doblemente difícil, aunque a esas alturas, reflexionó Pohlmann, el comandante británico debía de estar absolutamente desconcertado en cuanto a las intenciones de Scindia. En realidad Scindia también lo estaba, pues el maharajá seguía los consejos tácticos de los astrólogos más que los de sus oficiales europeos, lo cual significaba que la enorme horda se veía impelida en sus andanzas por el trémulo brillo de las estrellas, la trascendencia de los sueños y las entrañas de las cabras.

—Si marchamos hacia el sur ahora —instó Dodd a Pohlmann— podríamos atrapar a los soldados de Wellesley al sur de Aurungabad. Stevenson está demasiado lejos para prestarle apoyo.

—Parece una buena idea —asintió Pohlmann cordialmente al tiempo que se metía el mapa de Dodd en el bolsillo.

—Tiene que haber un plan —sugirió Dodd de mal talante.

—¿Tiene que haberlo? —preguntó Pohlmann con displicencia—. Más arriba, *Liebchen*, ¡ahí! ¡Qué bien! —La mano enjoyada había desaparecido en el interior del *howdah*. Pohlmann cerró los ojos un instante, luego los abrió y le sonrió a Dodd—. El plan —dijo el hanoveriano en tono presuntuoso— es esperar y ver si Holkar se une a nosotros. —Holkar era el más poderoso de todos los caciques maharatta, pero aguardaba el momento oportuno, sin estar seguro de si unirse a Scindia y al rajá de Berar o de si optar por no tomar parte en la guerra y mantener sus enormes fuerzas intactas—. Y la siguiente parte del plan —siguió diciendo Pohlmann— es celebrar un *darbar*. ¿Ha asistido alguna vez a un *darbar*, Dodd?

—No, señor.

—Es un consejo, un comité de ancianos y sabios, o mejor dicho, de seniles y parlanchines. Se discutirá sobre la guerra, así como sobre la posición de las estrellas, la tesitura de los dioses y la ausencia del monzón, y en cuanto termine el *darbar*, si es que termina algún día, iniciaremos de nuevo nuestras idas y venidas, pero quizá se habrá tomado algún tipo de decisión, aunque no puedo decirle si dicha decisión será retirarse a Nagpoor, avanzar sobre Hyderabad, elegir un campo de batalla y dejar que los británicos nos ataquen o sencillamente seguir marchando hasta el día del Juicio Final. Yo ofreceré asesoramiento, por supuesto, pero si Scindia sueña con monos la noche anterior al *darbar*, Alejandro Magno podrá persuadirle entonces para que entre en combate.

—Pero Scindia no puede ser tan tonto como para dejar que los dos contingentes británicos se reúnan, ¿no, señor? —dijo Dodd.

—No lo es, no lo es, claro que no lo es. Nuestro amo y señor no tiene un pelo de tonto, pero es inescrutable. Estamos esperando a que los augurios sean propicios.

—Ahora son propicios —protestó Dodd.

—Eso no nos corresponde ni a usted ni a mí decidirlo. Se puede confiar en nosotros, los europeos, para combatir, pero no para interpretar los mensajes de las estrellas o para comprender el significado de los sueños. Sin embargo, cuando llegue el momento de la batalla, comandante, puede estar seguro de que se hará caso omiso de las estrellas y los sueños y de que Scindia me dejará todas las decisiones a mí. —Pohlmann le sonrió con benevolencia a Dodd, luego contempló la horda de caballería que cubría la llanura. Debía de haber unos cincuenta mil jinetes a la vista, pero Pohlmann hubiera marchado con toda tranquilidad con tan sólo un millar. La mayoría

de jinetes maharatta únicamente estaban presentes por el botín que esperaban robar tras la victoria y si bien eran todos unos magníficos jinetes y unos guerreros valientes, no tenían noción del servicio de piquetes y ninguno de ellos estaba dispuesto a realizar una carga al frente de una unidad de infantería. No comprendían que un escuadrón de caballería tenía que sufrir unas bajas terribles si quería romper la infantería; sin embargo, creían que los grandes cañones de Scindia y su infantería de mercenarios se encargarían de los destrozos y que luego ellos perseguirían al desmoronado enemigo como si fueran avispas, y hasta que ese momento llegara no eran más que inútiles bocas para alimentar. Podían marcharse todos al día siguiente sin que ello afectara al resultado de la guerra, puesto que la victoria sería alcanzada igualmente por la artillería y la infantería. Pohlmann lo sabía y se imaginaba alineando sus cañones en batería rueda con rueda, con su infantería formada justo detrás y observando luego cómo los casacas rojas se adentraban en una vorágine de fuego, hierro y muerte. ¡Un mayal de fuego! Una tormenta de metal azotando el aire y convirtiéndolo en un estallido de sangrienta destrucción en medio del cual los británicos serían descuartizados en pedazos.

—Me está haciendo daño —dijo la chica.

—Lo siento mucho, *Liebchen* —le contestó Pohlmann, soltándola—. Estaba pensando.

—¿Señor? —preguntó Dodd, creyendo que el hanoveriano estaba hablando con él.

—Estaba pensando, Dodd, que no es tan malo que deambulemos sin rumbo.

—¿Ah, no? —replicó Dodd asombrado.

—Porque si nosotros no sabemos adonde vamos tampoco lo sabrán los británicos, de modo que un día se alejarán unos kilómetros de más y entonces saltaremos sobre ellos. Alguien cometerá un error, Dodd, porque en la guerra siempre hay alguien que lo comete. Es una norma de guerra inmutable: alguien cometerá un error. Sólo debemos tener paciencia. —En realidad Pohlmann estaba igual de impaciente que Dodd, pero el coronel sabía que no serviría de nada delatar dicha impaciencia. Había aprendido que en la India las cosas se mueven a su propio ritmo, tan imponderables e incontenibles como un elefante. Pero pronto, Pohlmann así lo creía, uno de los contingentes británicos marcharía demasiado lejos y se encontraría tan cerca del enorme ejército maharatta que hasta Scindia no podría rehusar a entrar en batalla. Y aunque los dos pequeños contingentes enemigos se unieran, ¿qué importaba eso?

Sus fuerzas unidas no eran muy numerosas, la horda maharatta era inmensa y el resultado de su encuentro tan seguro como podía serlo cualquier cosa en la guerra. Y Pohlmann confiaba en que finalmente Scindia le ofrecería el mando del ejército y entonces se abalanzaría sobre su enemigo como el gran Juggernaut, el gigante de la leyenda hindú, y con esa alegre perspectiva se contentaba.

Dodd levantó la vista para decir algo más, pero las cortinas verdes del *howdah* se habían cerrado. La chica soltó una risita en tanto que el *mahout*, sentado delante del cerrado *howdah*, mantenía la mirada clavada al frente sin inmutarse. Los maharatta estaban marchando, cubriendo la tierra como un enjambre, esperando a que sus enemigos metieran la pata.

Sharpe estaba cansado de pasar hambre, así que un día cogió su mosquete y se fue caminando en busca de caza. Consideró que cualquier cosa serviría, hasta un tigre, pero esperaba encontrar una ternera. La India parecía estar repleta de reses, pero aquel día no vio ninguna hasta que al cabo de unos seis kilómetros encontró un rebaño de cabras que pastaban en un bosquecillo. Desenvainó la bayoneta, creyendo que sería más fácil cortarle el cuello a uno de los animales que dispararle y atraer de ese modo la atención del vengativo propietario del rebaño, pero cuando se aproximó a las cabras un perro salió de repente de entre los árboles y lo atacó.

Derribó al perro con un golpe de la culata de su mosquete, la breve conmoción puso en fuga a las cabras y le costó casi una hora volver a encontrar a los animales, aunque para entonces no le habría importado si atraía a la mitad de la población de la India, de modo que apuntó, disparó y lo único que consiguió fue herir a una pobre bestia que empezó a balar lastimosamente. Corrió hacia ella, le cortó el cuello, que era más duro de lo que había pensado, y luego se echó el cuerpo del animal muerto al hombro.

La viuda cocinó aquella carne correosa que tenía un sabor asqueroso, pero aun así era carne y Sharpe la devoró como si hiciera meses que no comía. El olor de la carne despertó al coronel McCandless, que se incorporó en la cama y miró la olla con el ceño fruncido.

—Casi podría comerme eso —dijo.

—¿Quiere un poco, señor?

—Hace dieciocho años que no como carne, Sharpe, no voy a empezar a hacerlo ahora. —Se pasó la mano por su lacio pelo cano—. Afirmando que me encuentro mejor, alabado sea Dios.

El coronel bajó los pies hasta el suelo e intentó ponerse en pie.

—Pero estoy débil como un gatito —dijo.

—Un plato de carne le dará fuerzas, señor.

—«Quítate de delante de mí, Satán» —dijo el coronel, a continuación puso una mano en uno de los postes que sostenían el tejado e hizo fuerza para ponerse en pie—. Puede que mañana dé un paseo.

—¿Cómo va la pierna, señor?

—Mejor, Sharpe, mejor. —El coronel apoyó un poco el peso en su pierna izquierda y pareció sorprenderse agradablemente de que no le fallara—. El Señor me

ha protegido de nuevo.

—Hay que dar gracias a Dios por ello, mi coronel.

—Ya lo hago, Sharpe, ya lo hago.

A la mañana siguiente el coronel se encontraba aún mejor. Agachó la cabeza al salir de la choza y parpadeó bajo la brillante luz del sol.

—¿Ha visto a algún soldado estas dos últimas semanas?

—Ni uno, señor. Nada más que granjeros.

El coronel se pasó rápidamente la mano por los blancos pelos de la barbilla.

—Me parece que voy a afeitarme. ¿Sería tan amable de ir a buscarme la caja con las navajas? Y tal vez pudiera usted calentar un poco de agua.

Diligentemente, Sharpe puso una olla de agua al fuego, luego afiló una de las navajas del coronel en una tira de cuero de la cincha de una silla de montar. Estaba perfeccionando el filo cuando McCandless lo llamó desde el exterior de la casa.

—¡Sharpe!

Algo en el tono de voz de McCandless hizo que Sharpe agarrara su mosquete, luego oyó un golpeteo de cascos mientras se agachaba por la baja puerta y echó atrás el percutor previendo encontrarse con algún enemigo, pero McCandless le hizo señas para que bajara el arma.

—¡Ya le dije que Sevajee nos encontraría! —exclamó el coronel con alegría—. Nada permanece en secreto en esta campiña, Sharpe.

Sharpe bajó el pedernal del mosquete al tiempo que observaba como Sevajee se aproximaba a la casa de la viuda al frente de sus hombres. El joven indio sonrió al ver el desarreglado aspecto que tenía McCandless.

—Oí que había un demonio blanco cerca de aquí y supe que sería usted.

—Ojalá hubiera venido antes —gruñó McCandless.

—¿Por qué? Usted estaba enfermo. La gente con la que hablé dijeron que moriría. —Sevajee bajó de la silla y condujo a su caballo hacia el pozo—. Además, hemos estado demasiado ocupados.

—¿Siguiendo a Scindia, espero? —preguntó el coronel.

—Por aquí, por allí, por todas partes. —Sevajee sacó un pellejo de agua y lo sostuvo bajo el hocico de su caballo—. Han estado en el sur, en el este, de vuelta al norte otra vez. Pero ahora van a celebrar un *durbar*, coronel.

—¡Un *durbar*! —se alegró McCandless, y Sharpe se preguntó qué demonios era un *durbar*.

—Se han ido a Borkardan —anunció contento Sevajee—. ¡Todos ellos! ¡Scindia, el rajá de Berar, todos! Un mar de enemigos.

—Borkardan —repitió McCandless, tratando de trazar un mapa mental en su cabeza—. ¿Dónde está eso? ¿A dos días de marcha hacia el norte?

—Uno para un jinete, dos a pie —asintió Sevajee.

McCandless, que ya se había olvidado de su afeitado, miró fijamente hacia el norte.

—Pero, ¿cuánto tiempo van a quedarse allí?

—El suficiente —respondió Sevajee con regocijo—, y antes que nada tienen que adecuar un lugar para el *darbar* de un príncipe, lo cual les llevará dos o tres días, luego estarán hablando durante unos dos o tres días más. También necesitan que los animales descansen, y en Borkardan encontrarán forraje en abundancia.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó McCandless.

—Porque nos encontramos a algunos *brindarries* —respondió Sevajee con una sonrisa, y al mismo tiempo se volvió para señalar a cuatro caballos sin jinete, pequeños y flacos, que eran el trofeo de dicho encuentro—. Tuvimos una charla con ellos —añadió Sevajee con displicencia, y Sharpe se preguntó lo brutal que habría sido aquella charla—. Cuarenta mil soldados de infantería, sesenta mil de caballería —dijo Sevajee— y más de un centenar de cañones.

McCandless volvió a entrar cojeando en la casa para coger papel y tinta de sus alforjas. Luego, de nuevo bajo la luz del sol, escribió un parte y Sevajee destacó a seis de sus jinetes para que llevaran aquella valiosa información al sur lo más rápidamente posible. Tendrían que buscar el ejército de Wellesley y Sevajee les dijo que azotarían a sus caballos hasta hacerles sangre porque, si el ejército británico actuaba con rapidez, existía la posibilidad de alcanzar a los maharatta mientras estuvieran acampados para su *darbar* y atacarlos antes de que pudieran formar en orden de batalla.

—Eso equilibraría las cosas —anunció McCandless alegremente—. ¡Un ataque sorpresa!

—No son tontos —advirtió Sevajee—, tienen gran cantidad de piquetes.

—Pero lleva tiempo organizar a cien mil soldados, Sevajee, ¡mucho tiempo! ¡Estarán pululando por ahí como ovejas cuando entremos en batalla!

Los seis jinetes se fueron con el preciado parte y McCandless, que volvía a estar cansado, dejó que Sharpe lo afeitara.

—Lo único que podemos hacer ahora es esperar —dijo el coronel.

—¿Esperar? —preguntó Sharpe con indignación, creyendo que McCandless daba a entender que no harían nada mientras tenía lugar la batalla.

—Si Scindia está en Borkardan —añadió el coronel— nuestros ejércitos tendrán que marchar por aquí para llegar a él. De modo que podríamos esperar a que lleguen. Luego podemos unirnos de nuevo a ellos.

Había llegado el momento de dejar de soñar. Era momento de combatir.

El ejército de Wellesley había cruzado el Godavery y marchaba hacia Aurungabad cuando llegó a sus oídos que las fuerzas de Scindia se habían alejado

mucho en dirección este antes de lanzarse con rumbo al sur hacia el interior de Hyderabad, y la información tenía sentido puesto que el anciano Nizam acababa de morir y de dejar a un joven hijo suyo en el trono, y el estado de un joven gobernante podía contribuir a la obtención de suculentas ganancias, así que Wellesley había hecho dar la vuelta a su pequeño ejército y se había apresurado a dirigirse de nuevo hacia el Godavery. Volvieron a cruzar el río trabajosamente haciendo nadar a los caballos, bueyes y elefantes hasta la orilla sur y cruzando en balsas los cañones, cureñas y carros. Los soldados utilizaron unos botes contruidos con vejigas infladas y les costó dos días enteros llegar al otro lado. Entonces, tras un día de marcha en dirección sur hacia la amenazada Hyderabad, llegaron más noticias informando de que el enemigo había dado la vuelta y se había vuelto a dirigir hacia el norte.

—No saben qué diablos están haciendo —manifestó el sargento Hakeswill.

—El capitán Mackay dice que estamos buscando al enemigo —sugirió amablemente el soldado Lowry.

—Buscando su culo, más bien. Maldito Wellesley. —Hakeswill estaba sentado junto al río, mirando cómo agujijoneaban a los bueyes para que volvieran a meterse en el agua y cruzar una vez más hacia la orilla norte—. Al agua, fuera del agua, subir por una carretera, bajar por la siguiente, caminar en malditos círculos, luego de vuelta al condenado río otra vez. —Sus ojos azules se abrieron de par en par a causa de la indignación y su rostro se estremeció—. Arthur Wellesley nunca debía haberse convertido en general.

—¿Por qué no, sargento? —preguntó el soldado Kendrick sabiendo que Hakeswill quería tener la oportunidad de explicarse.

—Es lógico, muchacho, es lógico. —Hakeswill hizo una pausa para encender una pipa de cerámica—. No tiene puñetera experiencia. ¿Os acordáis del bosque en las afueras de Seringapatam? Un maldito caos, eso es lo que fue, un maldito caos, ¿y quién lo provocó? Él lo hizo, fue él. —Hizo un gesto en dirección a Wellesley, quien, a lomos de un alto caballo blanco, se había dirigido al despeñadero que había por encima del río—. Es general —explicó Hakeswill— porque su padre es conde y porque su hermano mayor es el gobernador general, por eso. Si mi padre hubiera sido un conde de mierda yo también sería un maldito general, así consta en las Escrituras. Lord Obadiah Hakeswill, sería yo, y no me veríais jodiendo por ahí como un perro que quiere atrapar las pulgas que tiene en el culo. Yo sí que terminaría el maldito trabajo. ¡De pie, muchachos, espabilen, rápido!

El general, que no tenía otra cosa que hacer excepto esperar mientras su ejército cruzaba el río, había dado la vuelta a su caballo en dirección a la orilla y su camino lo acercó al lugar donde Hakeswill había estado sentado. Wellesley miró hacia allí, reconoció al sargento y pareció estar a punto de darse la vuelta y alejarse, pero su innata cortesía superó el desagrado que le causaba hablar con los rangos inferiores.

—¿Todavía aquí, sargento? —preguntó, incómodo.

—Todavía aquí, señor —respondió Hakeswill. Su cuerpo se estremecía en posición de firmes, se había metido la pipa de barro en el bolsillo y tenía el mosquete en el costado—. Cumpliendo con mi deber, señor, como un soldado.

—¿Su deber? —inquirió Wellesley—. Vino para arrestar al sargento Sharpe, ¿no es cierto?

—¡Sí, señor! —afirmó Hakeswill.

El general hizo una mueca.

—Si lo ve hágamelo saber. Está con el coronel McCandless y ambos parecen haber desaparecido. Es probable que estén muertos. —Y con dicha nota alentadora tiró de las riendas y se alejó apretando el paso.

Hakeswill se lo quedó mirando mientras se iba, recuperó su pipa de cerámica y dio unas chupadas para que el tabaco volviera a arder. Luego escupió en la orilla.

—Sharpy no está muerto —dijo malévolamente—. Soy yo el que va a matar a Sharpy. Así consta en las Escrituras.

Entonces llegó el capitán Mackay y se empeñó en que Hakeswill y sus seis soldados ayudaran a organizar el traslado de los bueyes hacia el otro lado del río. Los animales transportaban unos bultos llenos de balas de repuesto para la artillería y al capitán le habían proporcionado dos balsas para aquella valiosa munición.

—Tienen que trasladar las balas a las balsas, ¿comprende? Luego hacer cruzar a las bestias a nado. No quiero que haya ningún caos, sargento. Haga que se pongan en fila de forma adecuada. Y asegúrese de que no tiran las balas al río para ahorrarse la molestia de volverlas a cargar.

—No es trabajo para un soldado —se quejó Hakeswill cuando el capitán se hubo ido—. ¿Arrear a los bueyes? No soy un maldito escocés. Es para lo único que sirven, para arrear bueyes. Lo hacen continuamente, sí señor, por los verdes caminos que conducen a Londres, pero no es trabajo para un inglés. —No obstante realizó una tarea efectiva sirviéndose de su bayoneta para pinchar tanto a los hombres como a los animales que se salían de la cola que serpenteaba lentamente en dirección al agua. Al atardecer todo el ejército estaba en el otro lado y a la mañana siguiente, mucho antes del alba, emprendieron de nuevo la marcha hacia el norte. Acamparon antes del mediodía, evitando con ello las horas de mayor calor y alrededor de media tarde las primeras patrullas de la caballería enemiga aparecieron en la distancia y la propia caballería del ejército salió al galope para ahuyentar a dichos jinetes.

Durante los dos días siguientes no se movieron en absoluto. Los exploradores de la caballería intentaron descubrir las intenciones del enemigo en tanto que los espías de la Compañía repartieron oro por todo el territorio del norte en busca de noticias. Sin embargo, fue malgastar el oro puesto que cualquier retazo de información se contradecía con otro. Uno decía que Holkar se había unido a Scindia, otro que Holkar

le iba a declarar la guerra a Scindia, luego se dijo que los mahratta estaban marchando hacia el oeste, o hacia el este, o tal vez hacia el norte, hasta que Wellesley tuvo la sensación de estar jugando a una versión lenta de la gallina ciega.

Entonces, por fin, llegaron noticias fiables. Seis jinetes mahratta al servicio de Syud Sevajee llegaron al campamento de Wellesley con un parte del coronel McCandless escrito a toda prisa. El coronel lamentaba su ausencia y explicaba que había recibido una herida que había tardado en curarse, pero que le aseguraba a sir Arthur que no había abandonado su deber y que por consiguiente podía informar, con bastante certeza, de que las fuerzas de Dowlut Rao Scindia y del rajá de Berar finalmente habían cesado en sus andanzas en Borkardan. Tenían intención de quedarse allí, escribía McCandless, para celebrar un *durbar* y dejar que sus animales recuperaran las fuerzas, y él calculaba que dichas intenciones suponían una estancia de cinco o seis días en Borkardan. El número de enemigos, informaba él, ascendía a ochenta mil soldados como mínimo y poseían alrededor de un centenar de piezas de artillería de campaña, muchas de calibre inferior, pero una cantidad considerable de ellas lanzaban unas balas mucho más pesadas. Él consideraba, a juzgar por sus propias observaciones hechas con anterioridad en el campamento de Pohlmann, que sólo unos quince mil soldados de la infantería enemiga estaban entrenados según los parámetros de la Compañía, mientras que el resto eran un complemento, pero los cañones, añadió en tono alarmante, estaban muy bien atendidos y mantenidos. El parte había sido escrito precipitadamente y con mano temblorosa, pero era conciso, exhaustivo y estaba hecho con confianza.

El parte del coronel llevó al general a consultar sus mapas y luego a dictar un aluvión de órdenes. El ejército estaba preparado para iniciar la marcha aquella noche y un jinete se dirigió hacia el contingente del coronel Stevenson, situado al oeste del de Wellesley, con órdenes de marchar hacia el norte siguiendo una ruta paralela. Los dos pequeños ejércitos se combinarían en Borkardan al cabo de cuatro días.

—Eso nos proporcionará, ¿qué? —Wellesley se quedó pensando durante uno o dos segundos—. Once mil soldados de infantería de primera y cuarenta y ocho cañones. —Anotó rápidamente las cifras en el mapa, luego dio unos golpecitos con un lápiz a los números, distraídamente—. Once mil contra ochenta mil —dijo con recelo y a continuación hizo una mueca—. Servirá —concluyó—, servirá perfectamente.

—¿Once contra ochenta servirá, señor? —preguntó el capitán Campbell con asombro. Campbell era el joven oficial escocés que había trepado por la escalera tres veces para ser el primero en entrar en Ahmednuggur y su recompensa había sido un ascenso y un nombramiento como edecán de Wellesley. En aquellos momentos miraba fijamente al general, un hombre al que Campbell consideraba tan sensato como cualquiera que hubiera conocido, sin embargo, las probabilidades a las que

Wellesley se refería tan alegremente parecían descabelladas.

—Preferiría disponer de más soldados —admitió Wellesley—, pero probablemente podremos hacer el trabajo con once mil. Puede olvidarse usted de la caballería de Scindia, Campbell, porque no conseguirá nada en el campo de batalla, y la infantería del rajá de Berar no hará más que obstaculizar a todos los demás, lo cual significa que estaremos combatiendo contra quince mil buenos soldados de infantería y demasiados cañones bien servidos. El resto no importa. Si vencemos a los cañones y a la infantería los demás saldrán corriendo. Téngalo por seguro, saldrán corriendo.

—Suponga que adopten una posición defensiva, señor. —Campbell se sintió impelido a insertar una nota de cautela en las esperanzas del general—. Suponga que estén al otro lado de un río, señor. O detrás de unas murallas.

—Podemos suponer lo que queramos, Campbell, pero suponer no es más que imaginar, y si nos asustamos ante las fantasías entonces más vale que abandonemos la carrera militar. Decidiremos cómo ocuparnos de esos bribones en cuanto los encontremos, pero lo primero que hay que hacer es encontrarlos. —Wellesley enrolló el mapa—. No se puede matar al zorro hasta que no le has dado caza. De modo que preocupémonos del asunto que nos ocupa.

El ejército se puso en movimiento aquella noche. Seis mil soldados de caballería, casi todos ellos indios, encabezaban la marcha, y tras ellos iban veintidós piezas de artillería, cuatro mil cipayos de la Compañía de las Indias Orientales y dos batallones de escoceses, mientras que la enorme y torpe cola de bueyes, mujeres, niños, carros y mercaderes cerraban la marcha. Avanzaron con todas sus fuerzas y si algún soldado se sentía amilanado por las dimensiones del ejército enemigo, no dio muestras de ello. Estaban tan bien entrenados como cualquier soldado que hubiera llevado alguna vez la casaca roja en la India, su general de larga nariz les había prometido la victoria y en aquellos momentos se dirigían a lanzarse sobre su presa. Y, fueran cuales fueran las probabilidades, estaban convencidos de que iban a ganar. Siempre y cuando nadie metiera la pata.

Borkardan no era más que un pueblo que no tenía ningún edificio adecuado para un príncipe, de modo que el gran *darbar* de los jefes mahratta se celebró en una enorme tienda que se confeccionó apresuradamente cosiendo unas con otras una veintena de tiendas más pequeñas y forrando luego la lona con bandas de seda de vivos colores, y hubiera resultado una estructura maravillosamente imponente si no se hubiese puesto a llover torrencialmente cuando empezó el *darbar*, con lo que el sonido de las voces de los hombres quedó medio apagado por el batir de la lluvia sobre la lona extendida, y si las costuras hechas a toda prisa no se hubieran abierto para dejar que el agua entrara a chorros.

—Es una pérdida de tiempo —le dijo Pohlmann a Dodd con un gruñido— pero

tenemos que asistir. —El coronel se estaba prendiendo un alfiler con incrustaciones de brillantes en su cuello recién atado—. Y no es el momento adecuado para ninguna opinión europea aparte de la mía, ¿entiende?

—¿La suya? —Dodd, que más bien había esperado exponer los argumentos a favor de actuar con audacia, preguntó con adustez.

—La mía —replicó Pohlmann con convicción—. Quiero hacerlos rabiar, y necesito que todos los oficiales europeos me den la razón asintiendo con la cabeza como un montón de monos dementes.

Un centenar de hombres se habían congregado bajo la seda empapada. Scindia, el maharajá de Gwalior y Bhonsla, el rajá de Berar, estaban sentados en *musnuds*, unos elegantes tronos de plataforma elevados cubiertos con brocados y protegidos de la molesta lluvia con parasoles de seda. Había unos hombres que refrescaban a Sus Altezas agitando unos abanicos de largo mango mientras que el resto del *darbar* se sofocaba con el húmedo y bochornoso calor. Los *brahmins* de clase alta, todos ataviados con pantalones anchos confeccionados con brocado de oro, túnicas blancas y altos turbantes también de color blanco, eran los que estaban sentados más cerca de los dos tronos, en tanto que tras ellos se hallaban los oficiales militares, indios y europeos, que sudaban bajo sus mejores uniformes. Los criados se movían discretamente entre la multitud ofreciendo fuentes de plata llenas de almendras, dulces o pasas marinadas en *arrack*. Los tres oficiales europeos de mayor rango estaban juntos. Pohlmann, con una casaca púrpura de la que pendían galones dorados y cadenas, era mucho más alto que el coronel Dupont, un enjuto y nervudo holandés que estaba al mando del segundo *compo* de Scindia, y que el coronel Saleur, un francés que dirigía la infantería de la begum Somroo. Dodd se quedó justo detrás de aquel trío y escuchó su *darbar* privado. Los tres soldados estaban de acuerdo en que sus tropas iban a ser las más afectadas por el ataque británico y en que uno de ellos debía ejercer el mando global. No podía ser Saleur, puesto que la begum Somroo era una gobernante cliente de Scindia, de modo que su comandante difícilmente podía tener precedencia sobre los oficiales del que era su cacique feudal, lo cual significaba que tenía que ser Dupont o Pohlmann, pero el holandés, generosamente, le cedió el honor al hanoveriano.

—Scindia lo hubiera elegido a usted de todos modos —dijo Dupont.

—Sabidamente —dijo Pohlmann en tono alegre—, muy sabidamente. ¿Está usted conforme, Saleur?

—Por supuesto —contestó el francés. Era un hombre alto y adusto con el rostro cubierto de cicatrices y una formidable reputación de disciplinario. También tenía fama de ser el amante de la Begum Somroo, un puesto del que al parecer iba acompañado el mando de la infantería de la mencionada dama—. ¿De qué están hablando ahora estos cabrones? —preguntó en inglés.

Pohlmann escuchó durante unos segundos.

—Están discutiendo si retirarse o no a Gawilghur —dijo. Gawilghur era un fuerte en una colina situada al nordeste de Borkardan y un grupo de *brahmins* instaban al ejército a que se replegara allí y dejara que los británicos se rompieran la crisma contra sus acantilados y altas murallas—. Malditos *brahmins* —añadió Pohlmann con indignación—. No tienen ni idea de asuntos militares. Saben hablar, pero no saben combatir.

Pero entonces, un anciano *brahmin*, con una barba blanca que le llegaba a la cintura, se puso en pie y declaró que los augurios eran más apropiados para la batalla.

—Ha reunido a un gran ejército, temido señor —dijo dirigiéndose a Scindia— ¿y va a encerrarlos en una ciudadela?

—¿De dónde lo han sacado? —comentó Pohlmann entre dientes—. ¡Está diciendo algo sensato!

Scindia decía poca cosa, prefiriendo dejar que Surjee Rao, su primer ministro, se encargara de hablar mientras que él permanecía sentado, plantificado en su trono, inescrutable. Llevaba una suntuosa túnica de seda amarilla que tenía esmeraldas y perlas cosidas formando dibujos de flores, mientras que un gran diamante amarillo brillaba en su turbante azul pálido.

Otro *brahmin* suplicó para que el ejército marchara hacia el sur rumbo a Seringapatam, pero no le hicieron caso. El rajá de Berar, que tenía la piel más oscura que el pálido Scindia, puso cara de pocos amigos durante el *darbar* en un intento por adquirir un aspecto belicoso, pero dijo muy poca cosa.

—Saldrá corriendo —gruñó el coronel Saleur— en cuanto se dispare el primer cañón. Siempre lo hace.

Beny Singh, el caudillo del raja, abogó por entrar en combate.

—Tengo quinientos camellos cargados con cohetes, tengo cañones recién traídos de Agrá, tengo infantería sedienta de sangre enemiga. ¡Démosles rienda suelta!

—Que Dios nos ayude si lo hacemos —masculló Dupont—. Esos cabrones no tienen ninguna disciplina.

—¿Siempre es así? —le preguntó Dodd a Pohlmann.

—¡Por Dios, no! —respondió el hanoveriano—. ¡Este *darbar* es verdaderamente decisivo! Normalmente son tres días de conversaciones y la decisión final de aplazar cualquier decisión hasta la próxima vez.

—¿Y usted cree que hoy van a tomar una determinación? —preguntó Saleur cínicamente.

—Tendrán que hacerlo —contestó Pohlmann—. No pueden mantener unido este ejército mucho más tiempo. ¡Nos estamos quedando sin provisiones! Estamos dejando el campo pelado. —Los soldados aún recibían suficiente comida y los de caballería se cercioraban de que se alimentara a sus caballos, pero los seguidores del

campamento se estaban muriendo de hambre y en unos pocos días el sufrimiento de las mujeres y los niños haría que la moral del ejército cayera en picado. Aquella misma mañana Pohlmann había visto a una mujer cortando lo que él había supuesto que era pan negro, luego se dio cuenta de que ningún indio hornearía una hogaza al estilo europeo, que ese gran bulto era en realidad un pedazo de estiércol de elefante y que la mujer lo estaba desmenuzando en busca de granos sin digerir. Tenían que entrar en combate enseguida.

—Si luchamos —preguntó Saleur—, ¿cómo va a ganar?

Pohlmann sonrió.

—Creo que podemos causarle al joven Wellesley uno o dos problemas —dijo alegremente—. Pondremos a los hombres del rajá detrás de algunas murallas fuertes, allí donde no puedan causar daños, y nosotros tres alinearemos nuestros cañones rueda con rueda, les dispararemos intensamente mientras se acerquen y luego acabaremos con ellos con algunas descargas fuertes. Después de eso dejaremos que la caballería se encargue de los que queden.

—Pero ¿cuándo? —preguntó Dupont.

—Pronto —dijo Pohlmann—, pronto. Tiene que ser pronto. Hay desgraciados que estos días están comiendo estiércol para desayunar. —Se hizo un repentino silencio en la tienda y Pohlmann se dio cuenta de que le habían hecho una pregunta. Surjee Rao, un hombre siniestro cuya reputación de persona cruel era tan extendida como merecida, miró al hanoveriano con la ceja levantada.

—La lluvia, Su Excelencia Serenísima —explicó Pohlmann—, la lluvia no me ha dejado oír su pregunta.

—Lo que mi señor desea saber —dijo el ministro—, es si podemos destruir a los británicos o no.

—Oh, sí, completamente —repuso Pohlmann como si fuera ridículo preguntarlo siquiera.

—Son duros combatiendo —señaló Beny Singh.

—Ya su vez mueren igual que cualquier otro soldado cuando combate duramente —replicó Pohlmann sin darle importancia.

Scindia se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído a Surjee Rao.

—Lo que quiere saber el señor de nuestras tierras y conquistador de las de nuestros enemigos —dijo el ministro— es cómo van a vencer a los británicos.

—De la manera que sugirió su Alteza Real, excelencia, cuando me ofreció sus sabios consejos ayer —repuso Pohlmann, y era cierto que había disfrutado de una conversación en privado con Scindia el día anterior, aunque los consejos los había dado todos Polhmann. Pero si quería convencer a ese *durbar* tenía que hacerles creer que él no hacía más que repetir las sugerencias de Scindia.

—Explíquenoslo, por favor —le pidió melosamente Surjee Rao, que sabía

perfectamente bien que a su señor no se le ocurrían ideas sobre nada que no fuera cómo aumentar el rendimiento de los impuestos.

—Como todos sabemos —dijo Pohlmann—, los británicos han dividido sus fuerzas en dos partes. A estas alturas los dos pequeños ejércitos ya sabrán que nos encontramos aquí en Borkardan y, como son unos idiotas ansiosos por morir, ambos estarán marchando hacia nosotros. Los dos ejércitos se encuentran al sur de donde estamos nosotros, pero están separados por unos cuantos kilómetros. No obstante esperan unirse y luego atacarnos, pero ayer, con su incomparable sabiduría, su Alteza Real sugirió que si nos movemos hacia el este podríamos atraer a la columna más oriental del enemigo y con ello hacer que se alejen de sus aliados. Entonces podemos enfrentarnos a los dos ejércitos por separado, derrotar a uno después del otro y luego dejar que nuestros perros mordisqueen la carne de sus cadáveres. Y cuando haya muerto hasta el último enemigo, excelencia, llevaré a su general encadenado a las tiendas de nuestro gobernante y le enviaré a sus mujeres para que las tenga como esclavas. —Y lo que es más, pensó Pohlmann, capturaría los suministros de comida de Wellesley, pero no osó decirlo, no fuera que Scindia se tomara sus palabras como una crítica. Pero la baladronada de Pohlmann se vio recompensada con una salva de aplausos que lamentablemente se echó a perder cuando toda una parte del techo de la tienda se vino abajo y dejó entrar un diluvio.

—Si los británicos están sentenciados —preguntó Surjee Rao cuando cesó el alboroto—, ¿por qué entonces avanzan sobre nosotros?

Era una buena pregunta, una cuestión que había preocupado ligeramente a Pohlmann, aunque creía que había hallado una respuesta.

—Porque, excelencia —respondió—, poseen la seguridad de los idiotas. Porque creen que con sus dos ejércitos unidos será suficiente. Porque no comprenden realmente que nuestro ejército ha sido entrenado al mismo nivel que el suyo y porque su general es joven e inexperto y con muchas ansias de adquirir reputación.

—¿Y cree usted, coronel, que podemos mantener separados a sus dos ejércitos?

—Si nos ponemos en marcha mañana, sí.

—¿Con cuántos efectivos cuenta el ejército del general británico?

Pohlmann sonrió.

—Wellesley dispone de cinco mil soldados de infantería, excelencia, y seis mil de caballería. ¡Nosotros podríamos perder el mismo número de hombres sin ni siquiera darnos cuenta de que ya no están! Tiene once mil soldados, pero los únicos en los que confía son sus cinco mil infantes. ¡Cinco mil soldados! ¡Cinco mil! —Hizo una pausa para asegurarse de que todo el mundo en la tienda hubiera oído la cifra—. Y nosotros tenemos ochenta mil soldados. ¡Cinco contra ochenta!

—Cuenta con artillería —observó el ministro agríamente.

—Nosotros tenemos cinco cañones por cada uno de los suyos. Cinco contra uno.

Y los nuestros son más grandes y están tan bien servidos como los suyos.

Scindia le susurró unas palabras a Surjee Rao, quien pidió entonces que los demás oficiales europeos ofrecieran sus puntos de vista, pero todos ellos habían sido advertidos por Pohlmann de que le siguieran la corriente. Marchar hacia el este, dijeron, hacer que uno de los contingentes británicos entablara batalla y luego volverse contra el otro. El ministro les dio las gracias a los oficiales extranjeros por sus consejos y luego se dirigió deliberadamente a los *brahmins* para que éstos hicieran sus comentarios. Algunos de ellos aconsejaron que debían mandarse emisarios a Holkar para suplicar su ayuda, pero la magia de la confianza de Pohlmann había surtido efecto y hubo otro hombre que, indignado, exigió saber por qué tenían que ofrecerle a Holkar la oportunidad de compartir la gloria de la victoria. La opinión del (turbarse estaba inclinando a favor de Pohlmann, quien no dijo nada más, si bien tampoco le hizo falta.

El *darbar* estuvo deliberando durante todo el día y no se acordó formalmente ninguna acción a seguir, pero al anochecer Scindia y el rajá de Berar se consultaron brevemente y luego Scindia se dispuso a marcharse entre hileras de *brahmins* que se inclinaban al paso de su gobernante. Se detuvo en la puerta de la enorme tienda mientras sus criados le traían el palanquín que lo resguardaría de la lluvia. Únicamente cuando el palanquín estuvo dispuesto se volvió y habló en voz lo suficientemente alta como para que lo oyera todo el *darbar*.

—Mañana nos dirigiremos al este —dijo—, luego consideraremos otra decisión. El coronel Pohlmann se encargará de prepararlo todo. —Se quedó allí de pie un segundo mirando la lluvia y a continuación agachó la cabeza bajo el dosel del palanquín.

—Alabado sea Dios —dijo Pohlmann, porque creía que la decisión de marchar hacia el este era suficiente para provocar una batalla. El enemigo se iba acercando y, siempre que los maharatta no se dirigieran corriendo hacia el norte, los dos bandos finalmente se encontrarían. Y si los hombres de Scindia iban hacia el este, se encontrarían de la manera que había dicho Pohlmann. Se encasquetó el sombrero de tres picos y salió de la tienda seguido de todos los oficiales europeos—. ¡Marcharemos hacia el este siguiendo el curso del Kaitna! —exclamó con excitación—. Hacia allí nos dirigiremos mañana, y la orilla del río será nuestro terreno para la matanza. —Gritó como un niño entusiasmado—. Una corta marcha, caballeros, y nos acercaremos a los hombres de Wellesley, y en dos o tres días entraremos en combate tanto si nuestros amos y señores quieren como si no.

El ejército emprendió la marcha a primera hora de la mañana siguiente. Cubría la tierra como un oscuro enjambre fluyendo por debajo de las nubes que se disipaban a lo largo del turbio río Kaitna, el cual lentamente se iba haciendo más profundo y ancho a medida que el ejército seguía su curso en dirección este. Pohlmann los hizo

marchar una corta distancia, apenas unos diez kilómetros, de modo que los jinetes que iban en cabeza habían llegado al lugar de acampada elegido por Pohlmann mucho antes de amanecer y al caer la noche los miembros más lentos de la infantería maharatta habían llegado a un pequeño pueblo de murallas de barro situado tan sólo a unos tres kilómetros al norte del Kaitna. Scindia y el rajá de Berar montaron sus magníficas tiendas en las afueras de la ciudad mientras que la infantería recibió órdenes de cerrar las calles con barricadas y de abrir aspilleras en las gruesas paredes de adobe de las casas ubicadas más al exterior.

El pueblo se encontraba en la orilla sur del río Juah, un afluente del Kaitna, y al sur del pueblo se extendían unos tres kilómetros de abiertas tierras de labranza que terminaban en la empinada ribera del Kaitna. Pohlmann emplazó a su mejor infantería, sus tres *compoos* de asesinos magníficamente entrenados, al sur de la aldea, en el alto risco que había en la orilla norte del Kaitna, y frente a ellos alineó sus ochenta mejores cañones. Si Wellesley quería llegar a Borkardan tenía que dirigirse hacia el Kaitna y se encontraría el camino bloqueado por otro río, una temible fila de artillería pesada, un despliegue de infantería y, tras ellos, como si de una fortaleza se tratara, un pueblo abarrotado con las tropas del rajá de Berar. La trampa estaba tendida.

En los campos de una población llamada Assaye.

En aquellos momentos los dos ejércitos británicos estaban muy cerca el uno del otro, lo bastante como para que Wellesley cruzara la campiña para ir a ver al coronel Stevenson, comandante del segundo ejército. El general cabalgó con sus edecanes y una escolta de la caballería india, pero no vieron a ningún enemigo mientras se dirigían al oeste a través de una llana y extensa planicie reverdecida a causa de la lluvia del día anterior. Stevenson, que era lo bastante mayor como para ser el padre del Wellesley, se alarmó ante el buen humor de su general. Ya había visto aquella misma euforia en otros oficiales jóvenes, y había visto como se abatía con humillantes derrotas provocadas por el exceso de confianza.

—¿Está seguro de que no se apresura demasiado? —preguntó.

—Debemos apresurarnos, Stevenson, debemos hacerlo. —Wellesley desenrolló un mapa sobre la mesa del coronel y señaló Borkardan—. Hemos oído que es probable que se queden aquí, pero no se quedarán para siempre. Si no nos acercamos a ellos ahora, se escabullirán.

—Si tan cerca están esos cabrones —dijo Stevenson mirando el mapa con detenimiento—, quizá deberíamos unir nuestras fuerzas ahora, ¿no?

—Y si lo hacemos —repuso el general—, nos costará el doble de tiempo llegar a Borkardan. —Las dos carreteras por las que avanzaban los ejércitos eran estrechas y, a unos pocos kilómetros al sur del río Kaitna, ambos caminos atravesaban unos pasos

montañosos por una pequeña pero empinada sierra. Todos los vehículos rodados de ambos contingentes tendrían que pasar por aquellos desfiladeros entre las colinas, y si se unían los dos ejércitos les llevaría un día entero el engorroso asunto de salvar el paso, un día durante el cual los mahratta podían escapar hacia el norte.

En cambio, los ejércitos avanzarían por separado y se reunirían en Borkardan.

—Mañana por la noche —ordenó Wellesley— usted acampe aquí —hizo una cruz en el mapa sobre un pueblo llamado Hussainabad—, y nosotros estaremos aquí. —El lápiz hizo otra cruz en una aldea llamada Naulniah, que estaba situada a unos seis kilómetros al sur del río Kaitna. Las aldeas estaban separadas por unos dieciséis kilómetros y ambas se encontraban a más o menos la misma distancia al sur de Borkardan—. El día veinticuatro —dijo Wellesley— marcharemos y nos reuniremos aquí. —Trazó un círculo alrededor del pueblo de Bordarkan—. ¡Ya está! —añadió dando un golpe con el lápiz y rompiéndole la punta.

Stevenson vaciló. Buen soldado con una larga experiencia en la India, era prudente por naturaleza y le parecía que Wellesley se estaba comportando con insensatez y obstinación. El ejército mahratta era enorme, los ejércitos británicos pequeños, y sin embargo Wellesley se estaba precipitando a la batalla. Había un entusiasmo peligroso en el normalmente sereno Wellesley y Stevenson trató entonces de refrenarlo.

—Podríamos encontrarnos en Naulniah —sugirió, creyendo que era mejor que los ejércitos se unieran el día antes de la batalla que no intentar hacerlo bajo fuego enemigo.

—¡No tenemos tiempo —declaró Wellesley—, no lo tenemos! —Apartó los pesos que sujetaban las esquinas del mapa y la gran lámina se enrolló de golpe—. La Providencia ha puesto a su ejército a una distancia desde la que podemos caer sobre ellos, así pues ¡ataquemos! —Le lanzó el mapa a su edecán, Campbell, y luego se agachó para salir de la tienda bajo la última claridad del día, y allí se encontró frente al coronel McCandless que iba montado en un caballo pequeño y huesudo—. ¡Usted! —exclamó Wellesley sorprendido—. Creía que estaba herido, McCandless.

—Lo estoy, señor, pero se está curando. —El escocés se dio unos golpecitos en el muslo derecho.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Le estaba buscando, señor —respondió McCandless, aunque en realidad se había dirigido al ejército de Stevenson por error. Uno de los hombres de Sevajee, al explorar la zona, había visto a los casacas rojas y McCandless había pensado que debía tratarse de los soldados de Wellesley.

—¿Y sobre qué diablos va montado? —preguntó Wellesley, al tiempo que él también subía a lomos de *Diomedes*—. Parece un jamelgo gitano, McCandless. He visto ponis más grandes.

McCandless dio unas palmaditas al caballo mahratta capturado.

—Es lo mejor que he podido conseguir, señor. Perdí mi caballo castrado.

—Por cuatrocientas guineas puede quedarse con el mío de refresco. Déme un pagaré, McCandless, y es todo suyo. *Eolo*, se llama, un ejemplar castrado de seis años del condado de Meath. Cuenta con unos buenos pulmones, y tiene un corvejón inflamado pero eso no le detiene. Le veré dentro de dos días, coronel —Wellesley se dirigió entonces a Stevenson—. ¡Dos días! Probaremos a nuestros mahratta, ¿eh? A ver si su cacareada infantería puede soportar una buena paliza. ¡Que tenga un buen día, Stevenson! ¿Viene conmigo, McCandless?

—Sí, señor, sí que vengo.

Sharpe formó filas junto a Daniel Fletcher, el ordenanza del general.

—Nunca he visto tan contento al general —le dijo Sharpe a Fletcher.

—Está que no lo para nadie —repuso Fletcher—. Cree que vamos a sorprender al enemigo.

—¿No está preocupado? Hay miles de esos cabrones.

—Si está asustado no lo demuestra en absoluto —dijo Fletcher—. Ánimo y a por ellos, ése es el humor que tiene.

—Entonces que Dios nos ayude al resto de nosotros —comentó Sharpe.

El general estuvo hablando con McCandless durante el camino de regreso, pero nada de lo que dijo el escocés aplacó el entusiasmo de Wellesley, ni siquiera cuando McCandless le advirtió de la eficacia de la artillería mahratta y la eficiencia de la infantería.

—Ya sabíamos todo eso cuando declaramos la guerra —afirmó Wellesley con irritación—, y si entonces no nos detuvo, ¿por qué debería hacerlo ahora?

—No los subestime, señor —dijo McCandless en tono grave.

—¡Prefiero esperar que me subestimen ellos a mí! —replicó Wellesley—. ¿Quiere mi caballo castrado?

—No dispongo de ese dinero, señor.

—¡Oh, vamos, McCandless! ¡Cuenta usted con el salario de coronel de la Compañía! ¡Debe de tener una fortuna acumulada en alguna parte!

—Tengo algunos ahorros, señor, para mi jubilación, señor, que no está muy lejos.

—Se lo dejaré en trescientas ochenta guineas, por ser usted, y en un par de años lo podrá vender por cuatrocientas. No puede entrar en combate con esa cosa. —Señaló el caballo mahratta con un gesto.

—Lo pensaré, señor, lo pensaré —dijo McCandless con pesimismo. Rezaba para que el buen Dios le devolviera su propio caballo, junto con el teniente Dodd, pero si eso no ocurría pronto sabía que tendría que comprarse un caballo decente, aunque la perspectiva de gastar una suma de dinero tan considerable le entristecía.

—¿Cenará usted conmigo esta noche, McCandless? —le preguntó Wellesley—.

Tenemos una estupenda pierna de ñojo. ¡Una pierna excepcional!

—Me abstengo de comer carne, señor —le respondió el escocés.

—¿Se abstiene de comer carne? ¿Y se mantiene de verduras? —El general decidió que era una broma espléndida y asustó a su caballo al proferir una fuerte risotada parecida a un relincho—. ¡Esto sí que es gracioso! Mucho. Se abstiene de comer carne y se mantiene de verduras. No importa, McCandless, encontraremos algunas matas masticables para usted.

Aquella noche McCandless mascó sus verduras y después, excusándose, se dirigió a la tienda que Wellesley le había dejado. Estaba cansado y tenía un dolor punzante en la pierna, pero no había habido señales de fiebre en todo el día y estaba agradecido por ello. Leyó la Biblia, se arrodilló junto al camastro para rezar y luego apagó la linterna para echarse a dormir. Al cabo de una hora lo despertó el golpeteo de unos cascos, el sonido de voces contenidas, una risita y el roce de alguien que caía a medias sobre la tienda.

—¿Quién anda ahí? —preguntó McCandless con enojo.

—¿Coronel? —respondió la voz de Sharpe—. Soy yo, señor. Lo siento, señor. Perdí el equilibrio, señor.

—Estaba durmiendo, hombre.

—No era mi intención despertarlo, señor, lo lamento, señor. ¡Tú quieto ahí, cabrón! No es a usted, señor, disculpe, señor.

McCandless, vestido con la camisa y los bombachos, abrió la portezuela de la tienda de una sacudida.

—¿Está usted borracho? —quiso saber, luego se quedó callado mientras observaba el caballo que Sharpe llevaba sujeto. Era un caballo castrado, un magnífico ejemplar zaino castrado de orejas puntiagudas y una rápida y nerviosa energía.

—Tiene seis años, señor —dijo Sharpe. Daniel Fletcher intentaba clavar la estaca y lo estaba haciendo muy mal a causa de la bebida que llevaba dentro—. Tiene un corvejón inflamado, señor, que no tengo ni idea de lo que es, pero no hay nada que lo detenga. Proviene de Irlanda, eso es. Toda esa hierba verde, señor, hace que un caballo sea bueno. *Eolo*, se llama.

—Eolo —dijo McCandless—, el dios del viento.

—¿Es uno de esos ídolos indios, señor? ¿Todo brazos y cabezas de serpiente?

—No, Sharpe. Eolo es griego. —McCandless le cogió las riendas a Sharpe y le acarició el hocico al animal—. ¿Wellesley me lo presta?

—Oh, no, señor. —Sharpe le había arrebatado el mazo al medio ebrio Fletcher y se puso a golpear la estaca para clavarla firmemente en el suelo—. Es suyo, señor, todo suyo.

—Pero... —empezó a decir McCandless, luego se detuvo, sin entender la situación en absoluto.

—Está pagado, señor —dijo Sharpe.

—¿Pagado por quién? —inquirió McCandless severamente.

—Simplemente pagado, señor.

—¡Está diciendo tonterías, Sharpe!

—Lo siento, señor.

—¡Explíquese! —exigió el coronel.

El general Wellesley había dicho más o menos lo mismo cuando, apenas cuarenta minutos antes, un edecán le había dicho que el sargento Sharpe rogaba poder hablar con él y el general, que en aquellos momentos estaba dando las buenas noches al último de sus invitados a la cena, había accedido a regañadientes.

—Que sea rápido, sargento —había dicho, con su excelente humor oculto bajo su habitual frialdad.

—Se trata del coronel McCandless, señor —dijo Sharpe inexpresivamente—. Ha decidido comprar su caballo, señor, y me ha mandado a mí con el dinero. —Dio un paso adelante y vació una bolsa de oro en la mesa de los mapas del general. El oro era indio, de todos los estados y principados, pero era oro de verdad y brillaba como si fuera mantequilla bajo las llamas de las velas.

Wellesley se quedó mirando el oro, asombrado.

—¡Dijo que no tenía el dinero!

—El coronel es escocés, señor —había comentado Sharpe, como si eso lo explicara todo—, y lamenta que no sea auténtico dinero, señor. Guineas. Pero está todo el importe del precio, señor. Cuatrocientas.

—Trescientas ochenta —corrigió Wellesley—. Dígale al coronel que le devolveré lo que sobra. ¡Pero un pagaré habría servido igualmente! ¿Se supone que tengo que llevar oro encima?

—Lo lamento, señor —había dicho Sharpe de manera poco convincente, pero él no hubiera podido darle un pagaré al general, de modo que, en lugar de eso, había buscado a uno de los *bhinjarries* que seguían al ejército y el mercader había cambiado esmeraldas por oro. Sharpe sospechaba que lo habían estafado, pero había querido proporcionarle al coronel el placer de poseer un magnífico caballo y había aceptado el precio del *bhinjarrie*—. ¿Hay algún inconveniente, señor? —le había preguntado a Wellesley ansiosamente.

—Es una insólita manera de hacer negocios —había respondido Wellesley, a la vez que movía la cabeza en señal de asentimiento—. Una verdadera ganga, sargento —añadió, y había estado a punto de tender la mano para estrechársela a Sharpe, tal y como siempre hace uno al cerrar la venta de un caballo, entonces recordó que Sharpe era un sargento, así que se había apresurado a convertir su ademán en un vago gesto de la mano. Y después de que Sharpe se hubiera ido, mientras estaba metiendo las monedas a puñados en la bolsa, el general se acordó también del sargento Hakeswill.

No es que fuera un asunto de su incumbencia, de modo que tal vez había sido sensato no mencionarle a Sharpe la presencia del sargento.

En aquellos momentos McCandless admiraba el caballo castrado.

—¿Quién lo pagó?

—Es un caballo hermoso, ¿no es cierto, señor? —dijo Sharpe—. Yo diría que es tan bueno como el otro que tenía.

—¡Sharpe! Ya vuelve a decir tonterías. ¿Quién lo pagó?

Sharpe vaciló, pero sabía que no iba a librarse del interrogatorio.

—En cierto modo, señor —respondió—, lo hizo el Tippoo.

—¿El Tippoo? ¿Está usted loco?

Sharpe se sonrojó.

—El individuo que mató al Tippoo, señor, le quitó algunas piedras preciosas.

—Un dineral, me imagino —comentó McCandless con un gruñido.

—Así que convencí a ese individuo para que comprara el caballo, señor. Como un obsequio para usted, señor.

McCandless clavó la mirada en Sharpe.

—Fue usted.

—¿Fui yo el que hizo qué, señor?

—Usted mató al Tippoo. —Fue casi una acusación.

—¿Yo, señor? —preguntó Sharpe inocentemente—. No, señor.

McCandless miró el caballo castrado.

—De ninguna manera puedo aceptarlo, sargento.

—A mí no me sirve de nada, señor. Un sargento no puede poseer un caballo. No un auténtico caballo de Irlanda, señor. Y si yo no hubiera estado soñando despierto en el campamento de Pohlmann, mi coronel, podría haber detenido a esos ladrones, de manera que me parece justo que me permita conseguirle otro, señor.

—¡No puede hacer esto, Sharpe! —protestó McCandless, incómodo ante la generosidad de aquel regalo—. Además, en un día o dos espero recuperar mi propio caballo junto con el señor Dodd.

Sharpe no había pensado en eso, y por un segundo se maldijo por haber malgastado el dinero. Luego se encogió de hombros.

—De todas formas ya está hecho, señor. El general tiene el dinero y usted el caballo. Además, señor, usted siempre se ha portado bien conmigo, así que quería hacer algo por usted.

—¡Es intolerable! —se quejó McCandless—. Está fuera de lugar. Tendré que devolverle el dinero.

—¿Cuatrocientas guineas? —preguntó Sharpe—. Eso es lo que vale el ascenso a abanderado, señor.

—¿Y bien? —McCandless le lanzó una mirada furibunda a Sharpe.

—Pues que vamos a entrar en combate, señor. Usted en ese caballo y yo en un poni maharatta. Es una oportunidad, señor, una oportunidad, pero si lo hago bien, bien de verdad, necesitaré que hable usted con el general. —Sharpe se ruborizó mientras hablaba, asombrado de su propia temeridad—. Así salda su deuda conmigo, señor, pero no lo compré por ese motivo. Sólo quería que tuviera usted un caballo como es debido, señor. Un coronel como usted no debería ir montado en un roñoso poni autóctono, señor.

McCandless, horrorizado por las aspiraciones de Sharpe, no sabía qué decir. Acarició el caballo castrado, notó lágrimas en sus ojos y no supo si eran por los sueños imposibles de Sharpe o por lo mucho que lo había emocionado el obsequio del sargento.

—Si lo hace bien, Sharpe —prometió—, hablaré con el coronel Wallace. Es un buen amigo. Es posible que tenga un puesto de abanderado vacante, ¡pero no se haga demasiadas ilusiones! —Hizo una pausa, preguntándose si la emoción lo había inducido a prometer demasiado—. ¿Cómo murió el Tippoo? —preguntó al cabo de un momento—. Y no me mienta, Sharpe, tiene que haber sido usted el que lo mató.

—Como un hombre, señor. Con valor. Estaba mirando al frente. No se rindió.

—Era un buen soldado —comentó McCandless mientras reflexionaba que el Tippoo había sido derrotado por uno mejor—. ¿Confío en que todavía le queden algunas de sus piedras preciosas?

—¿Piedras preciosas? —preguntó Sharpe—. Yo no sé nada de piedras preciosas, señor.

—Claro que no —dijo McCandless. Si la Compañía llegaba a enterarse de que Sharpe llevaba encima las gemas del Tippoo, sus agentes se lanzarían sobre él como saltamontes—. Gracias, Sharpe —añadió McCandless con exagerada efusión—, muchas gracias. Le corresponderé, por supuesto, pero me ha emocionado. Por Dios que me ha emocionado. —Insistió en estrecharle la mano a Sharpe y luego se quedó mirando cómo el sargento se alejaba con el ordenanza del general. Tanto pecado, pensó McCandless, y tanta bondad. ¿Pero por qué Pohlmann le habría metido en la cabeza a Sharpe la idea de un ascenso? Era un sueño imposible, condenado a la decepción.

Había otra persona que observó cómo Sharpe se alejaba. Se trataba del soldado Lowry, del 33.º del Rey, que entonces se apresuró a regresar al campamento del bagaje.

—Era él, sargento —le dijo a Hakeswill.

—¿Está seguro?

—En carne y hueso.

—Que Dios lo bendiga, Lowry, que Dios lo bendiga. —Y sin lugar a dudas, pensó Hakeswill, Dios lo había bendecido. Había temido que tendría que soportar una

batalla, pero Sharpe ya había llegado y Hakeswill podría sacar su preciada orden y dirigirse hacia el sur. Que combatiera el ejército en esa batalla, y que ganara o perdiera, a Hakeswill le daba igual, puesto que el sargento Hakeswill tenía lo que quería e iba a convertirse en un hombre rico.

El general Wellesley era como un jugador que hubiera vaciado su monedero en la mesa y tuviera que esperar a que las cartas cayeran. Todavía estaba a tiempo de volver a recoger el dinero y abandonar el juego, pero si alguna vez sintió la tentación de hacerlo, no lo había revelado a sus edecanes ni a ningún oficial superior. Los coroneles que había en su ejército eran todos mayores que Wellesley, algunos de ellos de mucha más edad, y Wellesley les pidió consejo con cortesía, aunque en buena parte no hizo caso de él. Orrock, un coronel de la Compañía y comandante del 8.º regimiento de la infantería de Madras, recomendó una extravagante marcha de flanco hacia el este, aunque, por lo que Wellesley pudo determinar, la única aspiración de una maniobra de ese tipo era alejar al ejército lo más posible de la horda enemiga. El general se vio obligado a prestar más atención a sus dos Williams, Wallace y Harness, los oficiales al mando de sus dos batallones escoceses que también eran los jefes de su brigada.

—Si nos unimos a Stevenson, señor, tal vez podamos manejar el asunto —opinó Wallace, que con su tono dejaba claro que, incluso unidos, los dos ejércitos británicos se verían peligrosamente superados en número—. Estoy seguro de que Harness estará de acuerdo conmigo, señor —añadió Wallace, aunque William Harness, el comandante del 78.º, pareció sorprendido de que se consultara su opinión.

—El modo de combatirlos es asunto suyo, Wellesley —gruñó—. Usted diga adonde han de ir a mis hombres y le garantizo que combatirán. Más les valdrá hacerlo a esos bastardos. Azotaré a esa escoria hasta dejarlos tontos si no.

Wellesley se abstuvo de señalar que si el 78.º se negaba a combatir no quedaría nadie a quien azotar puesto que no habría ejército. Harness no hubiera escuchado de todos modos, porque había aprovechado la oportunidad para sermonear al general sobre los efectos paliativos de unos azotes.

—A mi primer coronel le gustaba ver una espalda bien azotada una vez a la semana, Wellesley —dijo—. Él creía que con ello los soldados no se apartaban de su deber. Recuerdo que una vez azotó a la esposa de un sargento. Quería averiguar si una mujer podía soportar el dolor, ¿sabe?, y no pudo. La muchacha se retorció de mala manera. —Harness suspiró, recordando tiempos más felices—. ¿Usted sueña, Wellesley?

—¿Si sueño, Harness?

—Cuando duerme.

—A veces.

—Los azotes acabarían con ello. No hay nada como una espalda bien flagelada para dormir bien por la noche. —Harness, un hombre alto, de cejas negras, que parecía tener una constante expresión de asombrada desaprobación, meneó la cabeza

con tristeza—. ¡Dormir tranquilo, con eso es con lo que yo sueño! También tiene un efecto laxante, ¿sabe?

—¿Dormir?

—¡Los azotes! —exclamó Harness con enojo—. Estimula la sangre, ¿sabe?

A Wellesley le desagradaba hacer preguntas sobre los oficiales de alto rango, pero procuró cabalgar junto a su nuevo edecán, Colin Campbell.

—¿Se daban muchos azotes en el 78.º? —le preguntó al edecán, quien, hasta el asedio de Ahmednuggur, había servido a las órdenes de Harness.

—Últimamente se ha hablado mucho de ello, señor, pero no era así en la práctica.

—Su coronel parece estar muy a favor de esa costumbre.

—Su entusiasmo va y viene —explicó Campbell de manera insulsa—. Pero hasta hace pocas semanas, señor, no era una persona propensa a entusiasmarse. Ahora, de pronto, lo es. En julio nos animó a que comiéramos serpientes, aunque no insistió en ello. Según parece probó la cobra hervida en leche, pero no le sentó bien.

—¡Ah! —dijo el general, comprendiendo el mensaje tan cuidadosamente expresado. ¿Así que Harness estaba perdiendo el juicio? Wellesley se reprendió a sí mismo por no haberlo adivinado en la fija mirada del coronel—. ¿El batallón cuenta con un médico?

—Puedes darle un consejo a alguien, señor, pero... —dijo Campbell con prudencia.

—Ya, claro. —No es que el general pudiera hacer nada entonces sobre la incipiente locura de Harness, ni el coronel había llevado a cabo ninguna acción que mereciera su destitución. En realidad, loco o no, dirigía un magnífico batallón y Wellesley necesitaría al escocés cuando llegara a Borkardan.

Pensaba constantemente en Borkardan, aunque no sabía qué era aquel lugar aparte de una marca en el mapa. Simplemente se imaginaba el pueblo como remolinos de polvo y ruidosos bramidos, un lugar con caballos que galopaban, donde los grandes cañones destrozarían el aire con sus ardientes estallidos y el cielo se rasgaría con el chirriante metal y las mortíferas descargas. Iba a ser la primera batalla campal de Wellesley. Había combatido en bastantes escaramuzas y había dirigido una carga de caballería que dejó en el olvido a un ejército de bandidos, pero nunca había comandado artillería, caballería e infantería a la vez y tampoco había tratado de imponer su propia voluntad a un general enemigo. No dudaba de su capacidad, ni dudaba que permanecería tranquilo entre el polvo, el humo, las llamas y la sangre, pero temía que algún disparo desafortunado lo matara o lo mutilara y el ejército quedara entonces en manos de un hombre sin visión de triunfo. Stevenson o Wallace serían lo bastante competentes, aunque en su fuero interno Wellesley los consideraba a ambos demasiado cautos, pero que Dios ayudara a un ejército guiado por los entusiasmos de Harness.

Los demás coroneles, todos ellos soldados de la Compañía, se hicieron eco del consejo de Wallace sobre asegurarse de la unión con Stevenson antes de entrar en combate y Wellesley reconocía la sensatez de dicha opinión aun cuando se negó a desviar a su ejército para que se uniera al de Stevenson antes de que ambos llegaran a Borkardan. No había tiempo para semejante sutileza, de modo que, en lugar de eso, el primero de los dos ejércitos que alcanzara al enemigo debía entablar combate y el otro debía unirse a la batalla, para cuyo fin Wellesley sabía que tenía que mantener su flanco izquierdo abierto porque era por allí donde los soldados de Stevenson se unirían a los suyos. El general consideraba que debía situar al grueso de su caballería en la izquierda y emplazar a uno de sus dos regimientos de las Highlands para que hicieran de baluarte en dicho flanco, pero aparte de eso no sabía lo que iba a hacer en cuanto llegara a Borkardan excepto atacar, atacar y volver a atacar. Pensó que cuando un ejército pequeño se enfrentaba a una inmensa horda lo mejor era no dejar de moverse y destruir así al enemigo pedazo a pedazo, porque si se quedaba quieto se arriesgaba a que lo rodearan y a que lo pulverizaran hasta rendirse. Llegar a Borkardan el veinticuatro de septiembre, ése era el objetivo, y Wellesley hizo marchar duramente a sus hombres. A la caballería de vanguardia y a los miembros del servicio de piquetes de infantería los hicieron levantarse a medianoche v, una hora después, justo cuando el resto del ejército era obligado a entrar en un hosco estado de vigilia, aquellos soldados iniciaron la marcha hacia el norte. Hacia las dos de la madrugada todo el ejército estaba en camino. Los perros ladraban cuando la caballería de vanguardia atravesaba los pueblos con el chacoloteo de los cascos, y tras los jinetes llegaban los pesados cañones tirados por bueyes, desfilaban los Highlanders y las largas filas de cipayos bajo sus estandartes enfundados en cuero. A una distancia de dieciséis kilómetros en dirección oeste, el ejército de Stevenson marchaba paralelo al de Wellesley, pero dieciséis kilómetros representaban medio día de marcha y si cualquiera de los dos contingentes se veía enfrentado al enemigo, el otro no podría hacer nada por ayudar. Todo dependía de su encuentro en Borkardan.

La mayoría de soldados no tenían mucha idea de lo que les esperaba. Se dieron cuenta de la repentina urgencia e imaginaron que presagiaba batalla, pero aunque los rumores hablaban del enemigo como de una horda innumerable, ellos marchaban con confianza. Refunfuñaban, naturalmente, pues todos los soldados refunfuñan. Se quejaban porque estaban hambrientos, soltaban palabrotas porque los hacían caminar entre el estiércol de la caballería y maldecían el sofocante calor que apenas parecía calmarse andando de noche. La marcha cesaba al mediodía, momento en que los soldados montaban sus tiendas y se tumbaban a la sombra mientras los piquetes establecían las guardias, la caballería daba de beber a los caballos y el comisario mataba y descuartizaba unos bueyes que les proporcionaran unas raciones de carne.

Los soldados de la caballería eran los más atareados. Su trabajo consistía en

cabalgar delante y en los flancos del ejército para alejar a cualquier explorador enemigo, de modo que Scindia no supiera que los dos ejércitos de casacas rojas marchaban con la intención de atraparlo, pero cada mañana, mientras el horizonte del este se tornaba gris, luego se teñía de rosa y más tarde de un brillo dorado y rojo, antes de que finalmente estallara la luz, las patrullas buscaron en vano a cualquier enemigo. Los caballos maharatta parecían haberse quedado en casa y algunos de los oficiales de caballería temían que su enemigo pudiera haberse vuelto a escabullir.

Cuando se acercaban a Naulniah, que sería el último lugar de descanso de Wellesley antes de emprender la marcha hacia Borkardan durante la noche, el general les dijo a sus patrullas que se acercaran más al ejército y les ordenó cabalgar a tan sólo una distancia de dos o tres kilómetros frente a su columna. Si el enemigo estaba dormido, les explicó a sus edecanes, era mejor no hacer nada para despertarlo. Era domingo y si Scindia estaba aún ocupado con su *darbar* tendría lugar una batalla al día siguiente. Un día para dejar que los miedos hostigaran la esperanza, aunque los edecanes de Wellesley parecían bastante despreocupados cuando recorrían los últimos kilómetros hasta Naulniah. El comandante John Blackiston, un ingeniero del estado mayor de Wellesley, pinchaba al capitán Campbell diciendo que los escoceses no tenían muchas cosechas, que dijéramos.

—Sólo avena, ¿no es cierto, capitán?

—No se ha visto la cebada, comandante, hasta que no se ha estado en Escocia —afirmó Campbell—. Uno podría esconder un regimiento en un campo de cebada escocesa.

—No se me ocurre ningún motivo para hacer semejante cosa, pero sin duda tendrán ustedes sus razones. Pero según tengo entendido, Campbell, ustedes los paganos escoceses no tienen ningún oficio religioso para dar gracias a Dios por una cosecha, ¿no?

—¿No ha oído usted hablar del *kirn*, comandante? ¿La *mell feast*?

—¿El *kirn*?

—Ustedes lo llaman el *harvesthome*, cuando escarban en busca de las pocas malas hierbas que hay en Inglaterra y luego nos suplican a los generosos escoceses que les mandemos comida. Cosa que hacemos, puesto que somos gente cristiana que nos compadecemos de aquellos menos afortunados que nosotros. Y hablando de los menos afortunados, comandante, aquí tiene la lista de enfermos. —Campbell le tendió a Blackiston un trozo de papel en el que había anotado el número de soldados de cada regimiento que se encontraban demasiado enfermos para marchar. A aquellos hombres los transportaban en los carros de bueyes del tren de bagaje y, como rutina, a los que no era probable que se recuperaran pronto los mandaban al sur en los convoys que regresaban, pero Blackiston sabía que el general no querría destacar a ninguna unidad de caballería para que protegiera a un convoy justo antes de una batalla.

—Dígale a Sears que los enfermos pueden esperar todos en Naulniah —ordenó Blackiston— y advierta al capitán Mackay que tenga preparados al menos una veintena de carros vacíos. —No especificó el por qué Mackay debía disponer carros vacíos, pero tampoco era necesario. Las carretas transportarían a los soldados heridos en combate y Blackiston rezaba con fervor para que no les hicieran falta más de una veintena de carros de bueyes.

El capitán Mackay había previsto que se necesitarían carros vacíos y ya había marcado con tiza aquellos cuyas cargas eran ligeras y podían pasarse a otras carretas. En cuanto llegaran a Naulniah haría que cambiaran de sitio el cargamento, y buscó al sargento Hakeswill para que supervisara el asunto, pero Obadiah Hakeswill tenía otros planes.

—Mi delincuente ha regresado al ejército, señor.

—¿Y todavía no lo ha arrestado? —preguntó Mackay sorprendido.

—No se puede hacer marchar a un hombre con grilletes, señor, al menos no a este ritmo. Pero si van a levantar un campamento, señor, en Naulniah, señor, puedo mantener vigilado a mi prisionero tal como mi deber me indica.

—¿Entonces voy a perder sus servicios, sargento?

—No es que yo quiera, señor —mintió Hakeswill—, pero tengo mis responsabilidades, señor, y si vamos a dejar el bagaje en Naulniah, señor, tendré que quedarme allí con mi prisionero. Son órdenes del coronel Gore, señor. ¿Es Naulniah eso de ahí delante, señor?

—Parece ser que sí —dijo Mackay, pues en la distante aldea había mucho movimiento de soldados que trazaban las líneas que señalaban la disposición de las tiendas de los regimientos.

—Entonces, si me perdona, señor, tengo que cumplir con mis obligaciones.

Hakeswill había esperado a propósito hasta aquel momento al considerar que sería demasiada molestia seguir marchando hacia el norte con Sharpe escoltado. Sería mejor aguardar a que el ejército hubiera levantado el campamento del bagaje donde Hakeswill podía retener a Sharpe mientras tenía lugar la batalla, y si aquel día moría un casaca roja más, ¿quién iba a echarlo de menos? Así que entonces, libre de su servicio de guardia con el bagaje de Mackay, el sargento metió prisa a sus seis hombres para avanzar por la columna y encontrar al coronel McCandless.

A McCandless todavía le dolía la pierna y la fiebre lo había debilitado, pero había recuperado el ánimo porque al montar a *Eolo* se había convencido de que nunca había pisado la tierra un caballo mejor que aquél. El castrado era infatigable, afirmó McCandless, y era el mejor adiestrado de todos los que había montado. A Sevajee le hacía gracia el entusiasmo del coronel.

—Parece usted un hombre que ha conseguido una mujer nueva, McCandless.

—Si usted lo dice, Sevajee, si usted lo dice —respondió McCandless sin morder

el anzuelo del indio—. Pero dígame, ¿no es una belleza?

—Es magnífico.

—Es del condado de Meath —dijo el coronel—. Crían a buenos cazadores en el condado de Meath. ¡Tienen unos setos enormes! Es como saltar un almiar.

—¿Acaso el condado de Meath está en Irlanda? —preguntó Sevajee.

—Sí, así es.

—¿Otro país bajo el yugo de Gran Bretaña?

—Para ser un hombre bajo mi yugo, Sevajee —replicó el coronel—, tiene usted aspecto de encontrarse en plena forma. ¿Podemos hablar de mañana? ¡Sharpe! Quiero que escuche.

Sharpe espoleó a su pequeño caballo mahratta para que se situara al lado del gran caballo castrado del coronel. Al igual que Wellesley, el coronel McCandless estaba planeando lo que haría en Borkardan y, aunque la tarea del coronel era mucho más pequeña que la del general, para él no era menos importante.

—Vamos a dar por sentado, caballeros, que mañana ganaremos la batalla en Borkardan —dijo, y aguardó la invariable réplica de Sevajee, pero el indio no dijo nada—. Nuestra misión entonces —prosiguió el coronel— es encontrar a Dodd entre los fugitivos. Encontrarlo y capturarlo.

—Si es que aún sigue con vida —comentó Sevajee.

—Por lo cual ruego a Dios. Debe enfrentarse a la justicia británica antes de asumir la condena divina. De modo que cuando se entable batalla, caballeros, nuestra tarea no es intervenir en el combate, sino buscar a los soldados de Dodd. No será difícil. Por lo que sé son el único regimiento que lleva casacas blancas, y en cuanto los encontremos los vigilarémos de cerca. No los perderemos de vista hasta que rompan filas, entonces los perseguiremos.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó Sevajee.

—Pues volveremos a marchar y volveremos a combatir —respondió el coronel en tono grave—. Pero por la gracia de Dios, Sevajee, que encontraremos a ese hombre aunque tengamos que darle caza por los desiertos de Persia. Gran Bretaña tiene algo más que un pesado yugo, Sevajee, tiene un brazo muy largo.

—Los brazos largos se pueden cortar bastante fácilmente —dijo Sevajee.

Sharpe había dejado de escuchar. Había oído jaleo a sus espaldas cuando a un grupo de esposas de los miembros del ejército las sacaron del camino a empujones y se había girado para ver quién había empujado a las mujeres a un lado y, al principio, lo único que había visto era a un grupo de casacas rojas. Luego había reconocido las rojas vueltas de las guerreras y se había preguntado qué demonios estaban haciendo allí unos soldados del 33.º. Fue entonces cuando reconoció al sargento Hakeswill.

¡Obadiah Hakeswill! ¡Nada menos que Hakeswill! Sharpe miró horrorizado a su enemigo de toda la vida, Obadiah Hakeswill lo vio y sonrió maliciosamente, y Sharpe

supo que su aparición no presagiaba nada bueno. Hakeswill echó a correr torpemente, con lo que la mochila, las bolsas, la bayoneta y el mosquete le iban dando golpes contra el cuerpo.

—¡Señor! —le gritó al coronel McCandless—. ¡Coronel McCandless, señor!

McCandless se volvió con el ceño fruncido ante aquella interrupción y acto seguido, al igual que Sharpe, se quedó mirando al sargento como si no creyera lo que veían sus ojos. McCandless conocía a Hakeswill, porque éste había estado encarcelado en las mazmorras del sultán Tippoo al mismo tiempo que Sharpe y el coronel, y lo que conocía no le gustaba. El escocés puso mala cara.

—¿Sargento Hakeswill? Está muy lejos de casa.

—Igual que lo estamos todos, señor, cumpliendo con nuestro deber hacia el rey y la patria en tierras paganas, señor. —Hakeswill aminoró la marcha y siguió andando al ritmo del caballo del escocés—. Me han ordenado que viniera a verle, señor, el general en persona, señor. Sir Arthur Wellesley, señor, que Dios lo bendiga, señor.

—Sé quién es el general, sargento —dijo McCandless fríamente.

—Me alegra oírlo, señor. Tengo un documento para usted, señor. Un documento urgente, señor, que necesita su atención inmediata, señor. —Hakeswill le lanzó una mirada cargada de veneno a Sharpe y levantó la orden ofreciéndosela a McCandless—. Este documento, señor, que he llevado en mi bolsa, señor, con las órdenes del coronel Gore, señor.

McCandless desplegó la orden. Sevajee se había adelantado a toda prisa para ir a buscar un lugar en el pueblo donde alojar a sus tropas y, mientras McCandless leía las órdenes para arrestar a Sharpe, Hakeswill se rezagó para seguir andando al lado de éste.

—Vamos a hacerle bajar de ese caballo en menos de un minuto, Sharpy —le dijo.

—Váyase a freír espárragos, Obadiah.

—Usted siempre tuvo delirios de grandeza, Sharpy. ¡Eso no puede ser! Al menos en este ejército. Nosotros no somos los franchutes. No llevamos unas bonitas botas largas de color rojo como las tuyas, no señor, porque nosotros no nos damos aires, no en este ejército. Así consta en las Escrituras.

Sharpe dio un tirón a las riendas de modo que su pequeño caballo viró bruscamente y se cruzó en el camino de Hakeswill. El sargento se apartó de un salto.

—¡Está usted bajo arresto, Sharpy! —alardeó Hakeswill—. ¡Bajo arresto! Se le formará un consejo de guerra. Que se resolverá con un fusilamiento, diría yo. —Hakeswill sonrió dejando al descubierto su amarillenta dentadura—. ¡Pum! ¡Pum! ¡Está muerto! Me ha llevado mucho tiempo, Sharpy, pero voy a vengarme de usted. Para usted todo ha terminado, eso es. Es lo que dicen las Escrituras.

—¡No dicen nada parecido, sargento! —exclamó bruscamente McCandless, al tiempo que se daba la vuelta en la silla y fulminaba al sargento con la mirada—. ¡Ya

tuve la oportunidad de hablar con usted sobre las Escrituras y si le vuelvo a oír citando su autoridad una vez más lo degradaré, sargento Hakeswill, lo degradaré!

—¡Sí, señor! —respondió Hakeswill. Dudaba que McCandless, un oficial de la Compañía, pudiera degradar a nadie en el Ejército del Rey, al menos no sin un montón de esfuerzo, pero no dejó traslucir su escepticismo, puesto que Obadiah Hakeswill era partidario de demostrar una sumisión ciega a todos los oficiales—. No era mi intención ofenderlo, señor —añadió—, le pido disculpas, señor. No quería ofenderlo, señor.

McCandless leyó la orden por tercera vez. Había algo en los términos empleados que le preocupaba, pero no podía identificar qué era exactamente lo que le inquietaba.

—Aquí dice, Sharpe —explicó McCandless—, que golpeó usted a un oficial el cinco de agosto de este año.

—¿Que yo hice qué, señor? —preguntó Sharpe horrorizado.

—Agredir al capitán Morris. Mire —y McCandless le tendió la orden a Sharpe—. Tómela, hombre. Léalo.

Sharpe cogió el documento y mientras lo leía el sargento Hakeswill adornó la acusación para el coronel McCandless.

—Una agresión, señor, con un orinal, señor. Uno lleno, señor. Líquidos y sólidos, señor, de todo. Justo en la cabeza del capitán, señor.

—¿Y usted fue el único testigo? —inquirió McCandless.

—Yo y el capitán Morris, señor.

—No me creo ni una palabra —gruñó McCandless.

—Eso, señor, perdóneme usted, lo tiene que decidir un tribunal. Su trabajo, señor, es entregarme al prisionero y dejarlo bajo mi custodia, señor.

—¡No me enseñe cuáles son mis obligaciones, sargento! —replicó McCandless con enojo.

—Sólo sé que cumplirá usted con su deber, señor, como hacemos todos nosotros. Excepto algunos que podría mencionar. —Hakeswill le sonrió a Sharpe—. ¿Nos resultan difíciles las palabras largas, verdad, Sharpy?

McCandless alargó la mano y recuperó la orden de manos de Sharpe, a quien, en efecto, le estaban resultando difíciles las palabras más largas. El coronel había expresado su incredulidad ante aquella acusación, pero fue más por lealtad hacia Sharpe que por convicción, aunque seguía habiendo algo raro en la orden.

—¿Es eso cierto, Sharpe? —preguntó entonces McCandless.

—¡No, señor! —exclamó Sharpe, indignado.

—Siempre supo mentir muy bien, señor —terció Hakeswill amablemente—. Miente como un bellaco, señor, eso hace. Es famoso por ello. —El sargento se estaba quedando sin aliento mientras se afanaba por mantener el paso con el caballo del escocés.

—Así pues, ¿qué quiere hacer con el sargento Sharpe? —quiso saber McCandless.

—¿Hacer, señor? Hacer lo que debo, por supuesto, señor. Escoltar al prisionero de vuelta al batallón, señor, tal como se ha ordenado. —Hakeswill señaló a los seis hombres que marchaban a unos pocos pasos por detrás de él—. Lo vigilaré como es debido, señor, durante todo el trayecto, luego lo someteremos a juicio por su asqueroso delito.

McCandless se mordió el pulgar derecho y meneó la cabeza. Siguió cabalgando en silencio unos cuantos pasos y cuando Sharpe protestó no hizo caso de sus palabras de indignación. Volvió a coger la orden con su mano derecha y pareció leerla otra vez más. A lo lejos, hacia el este, a un kilómetro y medio de distancia como mínimo, se había formado una repentina nube de polvo y se veían los destellos de las espadas que reflejaban la luz del sol. Unos cuantos jinetes enemigos habían esperado en una arboleda desde la que habían estado observando la marcha de los británicos, pero en aquellos momentos fueron puestos al descubierto por un escuadrón de jinetes de Mysore que los persiguieron en dirección norte. McCandless dirigió la mirada hacia la distante acción.

—Ahora ya sabrán dónde estamos, es una pena. ¿Cómo se escribe su nombre, Sharpe? ¿Con «e» o sin ella?

—Con «e», señor.

—Corríjame si me equivoco —dijo McCandless—, pero a mí me parece que éste no es su nombre. —Le volvió a entregar la orden a Sharpe, que vio que la «e» final de su nombre se había corrido. En su lugar había un borrón de tinta negra y debajo de él la marca de la «e» que la plumilla de acero había hecho en el papel, pero la tinta se había diluido y casi borrado.

Sharpe ocultó su asombro ante el hecho de que McCandless, una persona que tanto insistía en la honestidad y la rectitud, hubiera recurrido a semejante subterfugio.

—No es mi nombre, señor —respondió Sharpe de modo inexpresivo.

Hakeswill dirigió la mirada de Sharpe a McCandless, luego volvió a mirar a Sharpe y por último a McCandless de nuevo.

—¡Señor! —La palabra le salió como un estallido.

—Está usted sin aliento, sargento —dijo McCandless al tiempo que volvía a cogerle la orden a Sharpe—. Pero verá que aquí se le ordena explícitamente arrestar a un sargento cuyo nombre es Richard Sharp. Sin «e», sargento. Este sargento Sharpe utiliza una «e» en su nombre, de modo que no puede ser el hombre que busca y, por supuesto, no puedo dejarlo bajo su custodia basándome en este pedazo de papel. Mire. —McCandless extendió la mano con la orden y la dejó caer un instante antes de que Hakeswill pudiera cogerla. El papel cayó revoloteando al polvoriento camino.

Hakeswill recogió la orden de un manotazo y miró detenidamente la escritura.

—¡Se ha corrido la tinta, señor! —protestó—. ¿Señor? —Corrió tras el caballo de McCandless, tropezando en los baches del camino—. ¡Mire, señor! La tinta se ha corrido, señor.

McCandless hizo caso omiso de la orden que le ofrecía.

—No hay duda, sargento Hakeswill, de que se ha corregido el nombre. En conciencia no puedo cumplir esa orden. Lo que debe hacer, sargento, es mandar un mensaje al teniente coronel Gore pidiéndole que aclare la confusión. Una nueva orden, creo, sería lo mejor, y hasta el momento en que yo no vea dicha orden, escrita de forma legible, no puedo dispensar al sargento Sharpe de sus obligaciones actuales. Que tenga un buen día, Hakeswill.

—¡No puede hacer esto, señor! —protestó Hakeswill.

McCandless sonrió.

—Esencialmente ha comprendido mal la jerarquía del ejército, sargento. Soy yo, un coronel, quien define sus obligaciones y no usted, un sargento, quien define las mías. «Yo le digo a un hombre, vete, y él se va». Así consta en las Escrituras. Que tenga un buen día. —Y diciendo esas palabras el escocés rozó con sus espuelas los ijares de su caballo castrado.

El rostro de Hakeswill se contrajo al tiempo que se volvía hacia Sharpe.

—Me las pagará, Sharpy, me las pagará. No he olvidado nada.

—Tampoco ha aprendido nada —dijo Sharpe, y apretó el paso tras el coronel. Alzó dos dedos al pasar junto a Hakeswill y lo dejó atrás en medio de la polvareda.

Era libre, de momento.

Simone Joubert colocó los ocho diamantes en la repisa de la ventana de la diminuta casa en la que habían alojado a las esposas de los oficiales europeos de Scindia. De momento estaba sola puesto que las demás mujeres habían ido a visitar los tres *compoos* emplazados en la ribera norte del Kaitna, pero Simone no había querido su compañía y había alegado tener el estómago revuelto, aunque se suponía que debía visitar a Pierre antes de la batalla, si es que en realidad iba a tener lugar un combate. No es que a Simone le importara mucho. Que tengan su batalla, pensó, y cuando terminara, cuando el río se hubiese oscurecido con la sangre británica, su vida no iba a ser mejor. Volvió a contemplar los diamantes y a pensar en el hombre que se los había dado. Pierre se enfadaría si se enteraba de que ocultaba semejante riqueza, pero en cuanto se le hubiera pasado el enojo vendería las piedras y mandaría el dinero a su avariciosa familia en Francia.

—¡*Madame* Joubert! —Una voz la llamó desde el otro lado de la ventana y Simone, con aire de culpabilidad, empujó los diamantes dentro de su pequeño monedero, aunque, como estaba en un piso superior, nadie podía ver las gemas. Se asomó a la ventana y vio a un alegre coronel Pohlmann, en mangas de camisa y

tirantes, de pie entre la paja del patio de la casa de al lado.

—Coronel —respondió ella obedientemente.

—Estoy escondiendo mis elefantes —dijo el coronel al tiempo que señalaba a las tres bestias que eran conducidas al interior del patio. El más alto llevaba el *howdah* de Pohlmann mientras que los otros dos iban cargados con los arcones de madera en los que se suponía que el coronel guardaba su oro—. ¿Podría dejarle mi colección de animales salvajes para que los vigile?

—¿De qué? —preguntó Simone.

—De los ladrones —respondió el coronel de lo más tranquilo.

—¿No será de los británicos?

—Nunca llegarán tan lejos, *madame* —dijo Pohlmann—, excepto como prisioneros. —Y Simone volvió a tener una súbita visión del sargento Sharpe. La habían educado en la creencia de que los británicos eran una raza de piratas, una nación sin conciencia que impedía ciegamente la divulgación de la ilustración francesa, pero tal vez, pensó ella, le gustaran los piratas.

—Vigilaré sus elefantes, coronel —repuso desde arriba.

—¿Y cenará conmigo? —preguntó Pohlmann—. Tengo pollo frío y vino caliente.

—He prometido reunirme con Pierre —contestó Simone, temiendo la cabalgata de tres kilómetros por los monótonos campos hacia el lugar donde los Cobras de Dodd esperaban junto al Kaitna.

—Entonces la escoltaré hasta él, *madame* —dijo Pohlmann cortésmente. Creía que una vez finalizada la batalla tal vez pudiera preparar un ataque contra la virtud de *madame* Joubert. Sería un entretenido divertimento pero no una campaña especialmente difícil, pensaba él. Las mujeres desdichadas sucumbían a la paciencia y la simpatía, y ambos tendrían mucho tiempo en cuanto Wellesley y Stevenson hubieran sido destruidos. Y sería un placer, también, ganarle a Dodd el premio de la virtud de Simone.

Pohlmann destacó a veinte miembros de su escolta para que vigilaran a los tres elefantes. Nunca entraba en combate montado en una de esas bestias, pues un elefante se convertía en el objetivo de todo artillero enemigo, pero estaba deseando subirse al *howdah* en el gran desfile de la victoria tras la campaña. Y la victoria dejaría a Pohlmann siendo un hombre rico, lo bastante rico como para empezar a construir su inmenso palacio de mármol en el que tenía intención de colgar las banderas capturadas a su enemigo. De sargento a principito en diez años, y la clave para ese principado era el oro que estaba almacenando en Assaye. Le ordenó a su escolta que no se le permitiera la entrada al patio a nadie, ni siquiera al rajá de Berar, cuyas tropas guarnecían el pueblo, luego dio instrucciones a sus criados para que desmontaran los paneles de oro del *howdah* y los añadieran a los cofres del tesoro.

—Si ocurre lo peor —le dijo al *subadar* que estaba al mando de los soldados que

guardaban el tesoro— me reuniré con usted aquí. No es que vaya a ocurrir —añadió alegremente.

Un chacoloteo de cascos proveniente del callejón al que daba el patio anunció la llegada de una patrulla de jinetes que regresaban de una incursión por el sur del Kaitna. Durante tres días Pohlmann no había dejado que su caballería se alejara demasiado porque no quería alarmar a Wellesley, ya que el general británico marchaba en dirección norte hacia la trampa, pero aquella mañana había mandado a unas pocas patrullas hacia el sur, y una de ellas volvía entonces con la agradable noticia de que el enemigo se encontraba a tan sólo unos seis kilómetros al sur del Kaitna. Pohlmann ya sabía que el segundo ejército británico, el del coronel Stevenson, se hallaba todavía a dieciséis kilómetros en dirección oeste, lo cual significaba que los británicos habían metido la pata. Wellesley, en su ansia por llegar a Borkardan, había llevado a sus hombres hacia los ansiosos brazos de todo el ejército maharatta.

El coronel consideró si esperar a *madame* Joubert, luego decidió que no disponía de tiempo, de modo que se subió al caballo que montaba en combate y, con los miembros de su escolta que no había comisionado para que le vigilaran el oro y un grupo de edecanes a su alrededor, salió de Assaye y galopó en dirección sur hacia la orilla del Kaitna en la que estaba preparada su trampa. Transmitió la noticia a Dupont y Saleur y después se fue a preparar a sus propias tropas. Habló con sus oficiales, dejando al comandante William Dodd para el final.

—He oído que los británicos están acampando en Naulniah —dijo Pohlmann—, de manera que lo que debemos hacer es marchar hacia el sur y darles una paliza. Una cosa es tener a Wellesley tan cerca y otra muy diferente hacerlo entrar en batalla.

—¿Y por qué no lo hacemos? —preguntó Dodd.

—Porque Scindia no piensa consentirlo, por eso. Scindia está empeñado en que luchemos a la defensiva. Está nervioso. —Dodd escupió, pero no hizo ningún otro comentario sobre la timidez de su patrono—. Así pues, existe el serio peligro —siguió diciendo Pohlmann— de que Wellesley ni siquiera nos ataque, sino que se retire hacia Stevenson.

—Entonces los derrotamos a los dos a la vez —dijo Dodd con confianza.

—Que es lo que haremos, si debemos hacerlo —asintió Pohlmann secamente—, pero yo preferiría combatirlos por separado. —Estaba seguro de la victoria, no había soldado que pudiera estarlo más, pero no era tonto y, dada la oportunidad de derrotar a dos ejércitos pequeños en vez de a un contingente de tamaño mediano, él se inclinaba por lo primero—. Si tiene usted un dios, comandante —le dijo—, ruegue para que Wellesley se confíe demasiado. Rece para que nos ataque.

Se trataba de una ferviente plegaria, puesto que si Wellesley atacaba se vería obligado a enviar a sus hombres al otro lado del Kaitna, el cual tenía sesenta o setenta

pasos de ancho y cuyas aguas marrones fluían entre altos márgenes separados por más de cien pasos. De haber llegado el monzón el río hubiese llenado su cauce y alcanzado una profundidad de cuatro o cinco metros mientras que en aquellos momentos tan sólo era de dos o dos y medio. No dejaba de ser hondura suficiente para impedir que un ejército cruzara, pero justo delante de la posición de Pohlmann había una serie de vados y su plegaria era que los británicos trataran de atravesarlos y atacar directamente por el camino que conducía a Assaye. Wellesley no tendría otra alternativa si quería entrar en batalla, Pohlmann lo sabía porque había convocado a los granjeros de todas las aldeas de los alrededores, de Assaye y Waroor, de Kodully, Taunklee y Peepulgaon, y les había preguntado por dónde se podría conducir un hato de ganado a través del río. Había utilizado el ejemplo de la manada de bueyes porque por donde ésta pudiera pasar, también podrían hacerlo los que tiraban de los cañones, y todos estuvieron de acuerdo de que en aquella época del año los únicos lugares para poder cruzar eran los vados entre Kodully y Taunklee. Uno podía conducir la manada río arriba hacia Borkardan, le explicaron al intérprete de Pohlmann, y cruzar por allí, pero eso suponía medio día de caminata y, ¿por qué iba uno a ser tan tonto de hacerlo cuando el río proporcionaba ocho vados seguros entre los dos pueblos?

—¿Hay otros lugares para cruzar río abajo? —preguntó Pohlmann.

Un montón de rostros oscuros se menearon al unísono en señal de negación.

—No, *sahib*, en la estación de las lluvias no.

—Esta temporada no está lloviendo.

—Aun así no hay vados, *sahib*. —Estaban seguros de ello, tan seguros como sólo podían estarlo los habitantes del lugar que se habían pasado la vida entre las mismas aguas, los mismos árboles y el mismo suelo.

Pohlmann seguía sin estar convencido.

—Y si uno no quiere cruzar una manada sino que simplemente quiere cruzar él, ¿por dónde podría hacerlo?

Los lugareños brindaron la misma respuesta.

—Entre Kodully y Taunklee, *sahib*.

—¿Por ningún otro sitio?

Por ningún otro sitio, le aseguraron, cosa que significaba que Wellesley se vería obligado a atravesar el río por delante de donde aguardaba el ejército de Pohlmann. La infantería y artillería británicas tendrían que deslizarse por la empinada orilla sur del Kaitna, cruzar una ancha extensión de fango, vadear el río y luego trepar por la escarpada orilla norte, y durante todo ese tiempo estarían bajo el fuego de los cañones maharatta hasta que, cuando alcanzaran los verdes campos de la ribera norte, volverían a formar filas y avanzarían hacia un doble torrente de mosquetería y artillería. Fuera cual fuera el lugar por el que los británicos cruzaran el Kaitna, en cualquier sitio entre Kodully y Taunklee, se iban a encontrar con que les esperaba la misma mortífera

recepción, pues los tres principales *compoos* de Pohlmann estaban formados en una larga línea frente a todo aquel tramo del río. Había ochenta cañones en aquella línea, y aunque algunos no disparaban otra cosa más que balas de cinco o seis libras, al menos la mitad de ellos eran piezas de artillería pesada y todos estaban servidos por artilleros goaneses que conocían su trabajo. Los cañones estaban agrupados en ocho baterías, una por cada uno de los vados, y no había un solo centímetro de terreno entre las baterías que no pudiera ser trillado por la metralla, golpeado por las balas o chamuscado por los cohetes. La bien entrenada infantería de Pohlmann quería arrojar el peso devastador de sus descargas cerradas sobre los regimientos de casaca roja ya ensordecidos y desmoralizados por el fuego de artillería que habría hecho pedazos sus filas mientras luchaban por cruzar los ensangrentados vados. La innumerable caballería mahratta había salido hacia el oeste, avanzarían alineados a lo largo de la orilla hacia Borkardan y esperarían allí hasta que los británicos fueran derrotados y Pohlmann diera rienda suelta a los jinetes para que se abandonaran a los placeres de la persecución y la masacre.

El hanoveriano creía que la línea de batalla que tenía esperando en los vados diezmaría al enemigo y los jinetes transformarían la derrota británica en una sangrienta huida en desbandada, pero siempre había una pequeña posibilidad de que el enemigo sobreviviera al cruce del río y consiguiera alcanzar la orilla norte del Kaitna manteniendo la formación. Dudaba que los británicos pudieran obligar a retroceder a sus tres *compoos* pero, en caso de que lo hicieran, Pohlmann tenía planeado batirse en retirada unos tres kilómetros hasta el pueblo de Assaye e invitar a los británicos a que desperdiciaran más soldados en un ataque a lo que entonces ya era una fortaleza en miniatura. Assaye, al igual que cualquier otra aldea de la llanura, vivía atemorizada por los asaltos de los bandidos, por lo que las viviendas situadas más exteriormente contaban con altas paredes sin ventanas hechas de grueso adobe y las casas estaban unidas de manera que sus muros formaban una muralla continua igual de alta que la de Ahmednuggur. Pohlmann había bloqueado las calles del pueblo con carretas de bueyes, había ordenado abrir troneras en el muro exterior, había colocado toda su artillería ligera, una veintena de cañones de dos y tres libras, al pie de la muralla y luego había guarnecido las viviendas con los veinte mil soldados de infantería del rajá de Berar. Pohlmann dudaba que alguno de aquellos veinte mil hombres tuviera que combatir, pero tenía la suerte de saber que estaban de reserva por si algo iba mal en el Kaitna.

Ya sólo le quedaba un único problema y para resolverlo le pidió a Dodd que lo acompañara hacia el este siguiendo el margen del río.

—Si usted fuera Wellesley —le preguntó a Dodd—, ¿cómo atacaría?

Dodd consideró la pregunta y se encogió de hombros como para sugerir que la respuesta era evidente.

—Concentraría todas mis mejores tropas en un extremo de la línea y arremetería para abrirme camino.

—¿En qué extremo?

Dodd se quedó pensando unos segundos. Había estado tentado de decir que Wellesley atacaría por el oeste, en los vados cercanos a Kodully, puesto que así no se alejaría del ejército de Stevenson, pero Stevenson se encontraba a un buen trecho de distancia y Pohlmann se dirigía hacia el este de forma deliberada.

—¿El extremo este? —sugirió Dodd con poca seguridad.

Pohlmann movió la cabeza afirmativamente.

—Porque si hace retroceder a nuestro flanco izquierdo puede situar su ejército entre nosotros y Assaye. Nos divide.

—Y nosotros lo rodeamos —señaló Dodd.

—Yo preferiría que no quedáramos divididos —dijo Pohlmann, pues si Wellesley conseguía hacer retroceder el flanco izquierdo bien podría tener éxito en la toma de Assaye, y aunque eso aún dejaba los *compoos* de Pohlmann en el campo, significaría que el coronel perdería su oro. Así pues, el coronel necesitaba un fuerte y buen sostén en el extremo este de su línea para evitar que hicieran dar la vuelta a su flanco izquierdo, y de todos los regimientos que tenía al mando le parecía que los Cobras de Dodd eran los mejores. En aquellos momentos el flanco izquierdo lo formaba uno de los regimientos de Dupont, un buen regimiento, pero no tan bueno como el de Dodd.

Pohlmann señaló a las tropas de casaca marrón del holandés, que miraban al otro lado del río hacia la pequeña aldea de Taunklee.

—Son buenos soldados —dijo—, pero no tan buenos como los suyos.

—No hay muchos que lo sean.

—De todas formas, será mejor que recemos para que esos hombres resistan —añadió Pohlmann—, porque si yo fuera Wellesley sería ahí donde lanzaría mi más duro ataque. Avanzar recto, dar la vuelta a nuestro flanco, aislarnos de Assaye. Eso me preocupa, sí, me preocupa.

Dodd no veía que aquello fuera un motivo para preocuparse en extremo, pues él dudaba que las mejores tropas del mundo pudieran sobrevivir al cruce del río bajo el fuego concentrado de las baterías de Pohlmann, pero sí que entendía la importancia del flanco izquierdo.

—Envíe refuerzos a Dupont entonces —sugirió en tono despreocupado.

Pohlmann pareció sorprenderse, como si esa idea no se le hubiera ocurrido aún.

—¿Enviarle refuerzos? ¿Por qué no? ¿Le importaría tomar posiciones en la izquierda, comandante?

—¿En la izquierda? —preguntó Dodd con recelo. Tradicionalmente la derecha de la línea era el puesto de honor en un campo de batalla y mientras que a la mayoría de las tropas de Pohlmann no les importaban ni sabían de tales cortesías, estaba claro

que William Dodd sí las conocía, motivo por el cual Pohlmann había dejado que el propio comandante sugiriera que la izquierda debía reforzarse en lugar de limitarse a ordenarle al susceptible Dodd que trasladara a sus preciados Cobras.

—No va a estar bajo las órdenes de Dupont, por supuesto que no —tranquilizó Pohlmann a Dodd—. Usted será su propio jefe, comandante, y tendrá que rendir cuentas conmigo, únicamente conmigo. —Pohlmann hizo una pausa—. Claro que si prefiere no tomar posición en la izquierda lo comprenderé perfectamente y otros compañeros pueden tener el honor de vencer a la derecha británica.

—¡Mis hombres pueden hacerlo! —exclamó Dodd agresivamente.

—Es una posición de mucha responsabilidad —dijo Pohlmann sin mucha convicción.

—¡Podemos hacerlo, señor! —insistió Dodd.

Pohlmann le dio las gracias mediante una sonrisa.

—Esperaba que dijera eso. Todos los demás regimientos están al mando de un franchute o de un holandés, comandante, y yo necesito a un inglés para que luche la batalla más dura.

—Y ha encontrado a uno, señor —dijo Dodd.

He encontrado a un idiota, pensó Pohlmann mientras regresaba galopando al centro de la línea, pero Dodd era un idiota en quien se podía confiar y un hombre que peleaba duro. Observó cómo los hombres de Dodd abandonaban la formación, cómo se cerraba la línea para llenar el hueco y observó también cómo los Cobras tomaban posiciones en el flanco izquierdo. Entonces la línea estuvo completa, era mortífera, estaba firmemente anclada y dispuesta. Todo lo que hacía falta era que el enemigo agravara su error garrafal intentando un ataque, entonces Pohlmann coronaría su carrera llenando el Kaitna de sangre británica. Que ataquen, rezaba, que ataquen, y la victoria, con toda su gloria, sería suya.

El campamento británico se desplegó alrededor de Naulniah. Las hileras de tiendas dieron cobijo a la infantería, los intendentes buscaron al cacique y acordaron que las mujeres del pueblo hornearían pan a cambio de unas cuantas rupias, en tanto que la caballería llevó los caballos a abreviar al río Purna, cuyo cauce pasaba justo al norte del pueblo. Un escuadrón de los Dragones del 19.º recibió la orden de cruzar el río y adentrarse unos tres kilómetros hacia el norte en busca de patrullas enemigas, por lo que aquellos soldados de caballería dejaron sus sacas de forraje en el pueblo, dieron de beber a sus caballos, se lavaron para quitarse el polvo de la cara y luego volvieron a montar y se perdieron de vista.

El coronel McCandless eligió un amplio árbol como tienda. No tenía criado, ni quería ninguno, de manera que cepilló a *Eolo* con puñados de paja mientras Sharpe iba a llenar un balde de agua al río. El coronel, en mangas de camisa, se puso derecho

cuando Sharpe regresó.

—¿Se da usted cuenta, sargento, de que soy culpable de cierta falta de honradez en el asunto de esa orden de arresto?

—Quería darle las gracias, señor.

—Dudo que merezca ningún agradecimiento, si no es que mi engaño pueda haber evitado un mal mayor. —El coronel caminó hacia a sus alforjas, sacó su Biblia y se la entregó a Sharpe—. Ponga la mano derecha sobre las Escrituras, sargento, y júreme que es inocente de esa acusación.

Sharpe colocó su palma derecha sobre la gastada cubierta de la Biblia. Se sintió ridículo, pero el rostro de McCandless reflejaba severidad y Sharpe se puso serio.

—Lo juro, señor. No toqué a ese hombre aquella noche, ni siquiera lo vi. —Su voz reveló tanto su indignación como su inocencia, pero eso no servía de mucho consuelo. Tal vez hubieran rechazado la orden de arresto por el momento, pero Sharpe sabía que esas cosas no se resuelven solas—. ¿Qué va a ocurrir ahora, señor?

—Tendremos que cerciorarnos de que la verdad prevalezca —contestó McCandless con vaguedad. Todavía estaba intentando decidir qué era lo que le pasaba a esa orden, pero no podía identificar lo que le había preocupado. Recuperó la Biblia, la guardó, luego se puso las manos en la parte baja de la espalda y arqueó el espinazo—. ¿Cuánto camino hemos recorrido hoy? ¿Veintitrés kilómetros? ¿Veinticuatro?

—Más o menos, señor.

—Me noto los años, Sharpe, me noto los años. La pierna se está curando bien, pero ahora me duele la espalda. Eso no es bueno. Pero sólo queda una corta marcha mañana, gracias a Dios, no más de dieciséis kilómetros, y luego la batalla. —Sacó un reloj del bolsillito del chaleco y abrió la tapa—. Tenemos quince minutos, sargento, así que lo más prudente sería que preparáramos nuestras armas.

—¿Quince minutos, señor?

—¡Es domingo, Sharpe! El día del Señor. El capellán del coronel Wallace celebrará la santa misa a la hora en punto y espero que venga conmigo. Da un sermón excelente. Pero aún queda tiempo para que limpie el mosquete primero.

El mosquete se limpió con agua hirviendo que Sharpe vertió por el cañón y que luego agitó para que se llevara hasta los últimos restos de residuos de pólvora. No estaba muy seguro de que hiciera falta limpiar el mosquete, pero lo hizo obedientemente, después engrasó la llave y puso un pedernal nuevo en el percutor. Le pidió prestada una piedra de afilar a uno de los soldados de Sevajee y puso a punto el extremo de la bayoneta hasta que la punta relució con un brillo blanco y mortífero, a continuación frotó la hoja con un poco de aceite antes de deslizarla de nuevo en su vaina. No había nada más que hacer aparte de escuchar el sermón, dormir y realizar las tareas rutinarias. Habría que cocinar una comida y volver a darles agua a los

caballos, pero aquellos trabajos comunes y corrientes quedaban ensombrecidos por el conocimiento de que el enemigo se encontraba tan sólo a una corta marcha de distancia, en Borkardan. Sharpe se estremeció a causa de los nervios. ¿Cómo sería la batalla? ¿Iba a resistir? ¿O haría igual que aquel cabo en Boxtel que había empezado a delirar sobre los ángeles y luego había echado a correr como una liebre bajo la lluvia de Flandes?

A unos ochocientos metros por detrás de Sharpe el tren de bagaje empezó a adentrarse con dificultad en un extenso prado donde se maneó a los bueyes, se encerró a los camellos en una cerca y se amarraron los elefantes a los árboles. Los soldados forrajeadores se desplegaron por el campo en busca de hierba para los animales, a los que abrevaron en una acequia lodosa. A los elefantes les dieron de comer montones de hojas de palma y cubos llenos de arroz empapado en agua, mientras que el capitán Mackay corría de aquí para allá en medio de aquel caos montado en su pequeño caballo zaino, cerciorándose de que la munición se guardara debidamente y de que a los animales les dieran de comer de forma adecuada. De pronto vio a un desconsolado sargento Hakeswill y a sus seis hombres.

—¡Sargento! ¿Aún está aquí? Pensaba que a estas alturas ya habría puesto a su malhechor a buen recaudo.

—Problemas, señor —dijo Hakeswill al tiempo que se ponía en una rígida posición de firmes.

—Descanse, sargento, descanse. ¿No hay malhechor?

—Todavía no, señor.

—Así que vuelve a estar a mis órdenes, ¿no es cierto? Eso es espléndido, espléndido. —Mackay era un joven y entusiasta oficial que hacía todo lo posible por ver el lado bueno de todo el mundo, y aunque el sargento del 33.º lo intimidaba un poco, se esforzó para comunicar su propio entusiasmo—. *Puckalees*, sargento —dijo alegremente—, *puckalees*.

El rostro de Hakeswill se torció en una serie de espasmos.

—¿*Puckalees*, señor?

—Aguadores, sargento.

—Sé lo que es un *puckalee*, señor, puesto que he vivido en esta tierra pagana más años de los que puedo contar, pero, perdóneme usted, señor, ¿qué tiene que ver conmigo un *puckalee*?

—Tenemos que establecer un punto de reunión para ellos —dijo Mackay. Todos los *puckalees* formaban parte de los efectivos de cada uno de los regimientos y en la batalla su trabajo consistía en procurar que no les faltara agua a los soldados que combatían—. Necesito a alguien que los vigile —añadió Mackay—. Son buenos tipos, todos ellos, ¡pero le tienen un extraño terror a las balas! Necesitan a alguien que los empuje. Yo ya estaré bastante atareado mañana con los carros de munición,

así pues, ¿puedo confiar en que se asegurará de que los *puckalees* hagan su trabajo como muchachos corpulentos que son? —Los «muchachos corpulentos» eran niños, abuelos, tullidos, los medio ciegos y los imbéciles—. ¡Estupendo! ¡Estupendo! —exclamó el joven capitán—. ¡Un problema resuelto! Procure descansar un poco, sargento. Todos necesitamos estar llenos de brío mañana. Y si siente la necesidad de un refresco espiritual verá que el 74.º va a celebrar una misa en cualquier momento. —Mackay le sonrió a Hakeswill y luego salió tras un grupo de carros de bueyes descarriado—. ¡Eh, vosotros! ¡Vosotros! ¡Los de las tiendas! ¡Por ahí no! ¡Venid aquí!

—*Puckalees* —dijo Hakeswill al tiempo que escupía—, *puckalees*. —Ninguno de sus soldados le contestó porque sabían muy bien que había que dejar tranquilo al sargento Hakeswill cuando estaba más iracundo de lo habitual—. Aunque podría ser peor —añadió.

—¿Peor? —se aventuró a preguntar el soldado Flaherty.

El rostro de Hakeswill se estremeció.

—Tenemos un problema, muchachos —dijo con adustez—, y el problema es un coronel escocés que está tratando de joder el buen orden de nuestro regimiento. No voy a tolerarlo, no señor. Está en juego el honor del regimiento. Ha querido ponernos una venda en los ojos, ¿no? Y cree que nos la ha puesto, pero no lo ha hecho, porque yo le conozco el juego, sí señor, yo he calado su alma escocesa y está tan corrompida como los huevos podridos. Sharpy le está untando la mano, ¿eh? ¡Es lógico! Corrupción, muchachos, nada más que corrupción. —Hakeswill parpadeó, las ideas se le agolpaban en la cabeza—. Si mañana tenemos que ir azotando *puckalees* por la mitad de la maldita India, chicos, llegará nuestro momento y el regimiento querría que lo aprovecháramos.

—¿Aprovecharlo? —preguntó Lowry.

—¡Matar a ese cabrón, burro!

—¿Matar a Sharpy?

—Que Dios me ayude al mando de unos imbéciles —dijo Hakeswill—. ¡A Sharpy no! A él lo queremos en privado, en un lugar donde podamos machacarlo bien. ¡Vosotros matáis al escocés! En cuanto el maldito señor McCandless haya desaparecido, Sharpy ya es nuestro.

—¡No se puede matar a un coronel! —exclamó Kendrick horrorizado.

—Apunta usted su arma, soldado Kendrick —dijo Hakeswill clavando con fuerza la boca de su propio mosquete en el estómago de Kendrick—. Amartilla el mosquete, soldado Kendrick —Hakeswill echó hacia atrás el percutor y la pesada llave encajó en su lugar—, luego dispara y atraviesa a ese cabrón. —Hakeswill apretó el gatillo. La pólvora de la cazoleta explotó con un pequeño chisporroteo efervescente, y Kendrick retrocedió de un salto a la vez que el humo salía de la llave, pero el

mosquete no estaba cargado. Hakeswill se rió—. Lo he asustado, ¿eh? ¡Creyó que le iba a meter una *goolie* en el vientre! Pero eso es lo que tiene que hacerle usted a McCandless. Una *goolie* en el vientre o en la cabeza o en cualquier otro lugar que sea mortal. Y lo hará mañana. —Los seis soldados parecían tener sus reservas y Hakeswill sonrió—. Recibiréis una parte adicional para todos si esto ocurre, muchachos, os tocará más. Podréis pagaros las putas de los oficiales cuando volváis, y sólo os costará una *goolie*. —Esbozó una sonrisa rapaz—. Mañana, muchachos, mañana.

Pero al otro lado del río, allí donde la patrulla de casacas azules del 19.º de Dragones exploraba el terreno al sur del Kaitna, todo estaba cambiando.

Wellesley había desmontado, se había despojado de su chaqueta y se estaba lavando la cara con el agua de un cuenco sostenido en un trípode. El teniente coronel Orrock, el oficial de la compañía que aquel día estaba al mando de los piquetes, se quejaba de los dos cañones tirados por caballos que supuestamente habían sido añadidos a su pequeño comando.

—No pueden seguir el ritmo, señor. Se quedan rezagados, señor. ¡Me encontré a cuatrocientos metros por delante de ellos! ¡Cuatrocientos metros!

—Le pedí que se mantuviera a paso ligero, Orrock —dijo el general, deseando que ese tonto se largara. Alargó la mano para coger una toalla y se secó la cara frotando enérgicamente.

—Pero, ¡y si nos hubieran abordado! —protestó Orrock.

—La artillería montada puede moverse con brío cuando debe hacerlo —dijo el general, luego suspiró al darse cuenta de que ese quisquilloso de Orrock necesitaba que lo apaciguaran—. ¿Quién estaba al mando de los cañones?

—Barlow, señor.

—Hablaré con él —prometió el general, y acto seguido se dio la vuelta cuando la patrulla del 19.º de Dragones que habían cruzado el río Purna para reconocer el terreno de la otra ribera se acercó a él abriéndose paso entre las tiendas a medio montar. Wellesley no se esperaba que la patrulla volviera tan pronto y su regreso lo desconcertó, entonces vio que estaban escoltando a un grupo de *bhinjarries*, los mercaderes de túnica negra que atravesaban la India comprando y vendiendo comida—. Me tendrá que disculpar, Orrock —dijo el general al tiempo que cogía su casaca de un taburete.

—¿Hablará con Barlow, señor? —preguntó Orrock.

—Le dije que lo haría, ¿no? —respondió Wellesley mientras caminaba hacia los jinetes.

El comandante de la patrulla, un capitán, se deslizó de su caballo y señaló al jefe de los *bhinjarries*.

—Encontramos a estos individuos a menos de un kilómetro al norte del río, señor. Tienen dieciocho bueyes cargados con grano y creen que el enemigo no se encuentra en Borkardan. Su intención era vender el grano en Assaye.

—¿Assaye? —el general frunció en ceño al oír aquel nombre que le resultaba desconocido.

—Es un pueblo situado a unos siete u ocho kilómetros de aquí en dirección norte, señor. El jefe dice que está plagado de enemigos.

—¿Siete u ocho kilómetros? —preguntó Wellesley, atónito—. ¿Siete u ocho?

El capitán de caballería se encogió de hombros.

—Eso es lo que dicen, señor —señaló con un gesto a los mercaderes de grano que permanecían impassibles entre los soldados a caballo.

Dios santo, pensó Wellesley, ¿siete u ocho kilómetros? ¡Lo habían engañado! El enemigo le había ganado por la mano, el mismo enemigo que en cualquier momento podía aparecer por el norte y lanzar un ataque contra el campamento británico, y no había ninguna posibilidad de que Stevenson acudiera en su ayuda. Los soldados del 74.º cantaban himnos y el enemigo estaba a tan sólo ocho kilómetros, tal vez menos. El general se dio la vuelta rápidamente.

—¡Barclay! ¡Campbell! ¡Los caballos! ¡Rápido!

El arrebató de actividad en la tienda del general hizo que un rumor se extendiera rápidamente por el campamento, y el rumor se avivó convirtiéndose en alarma cuando todo el 19.º regimiento de los Dragones y el 4.º de la caballería autóctona atravesaron el río al trote pegados a los talones del general y sus dos edecanes. El coronel McCandless iba andando con Sharpe hacia las líneas del 74.º, pero al ver la repentina agitación se dio la vuelta y regresó a toda prisa hacia su caballo.

—¡Vamos, Sharpe!

—¿Adonde, señor?

—Ya lo averiguaremos. ¿Sevajee?

—Estamos listos.

El grupo de McCandless salió del campamento cinco minutos después que el general. Veían el polvo levantado por la caballería que iba delante y McCandless se apresuró para alcanzarlos. Cabalgaban por un paisaje de pequeños campos cortados por profundos barrancos secos y setos de cactus. Wellesley había seguido el camino de tierra que iba hacia el norte. Al cabo de un rato el general efectuó un brusco viraje en dirección oeste y se adentró en un campo de rastrojo, pero McCandless no lo siguió sino que continuó camino arriba.

—No tiene sentido cansar a los caballos innecesariamente —explicó, aunque Sharpe sabía que sencillamente el coronel estaba impaciente por dirigirse hacia el norte y ver qué era lo que había causado el alboroto. Los dos regimientos de caballería británicos eran visibles al este, pero no había ningún enemigo a la vista.

Sevajee y sus hombres se habían adelantado, pero cuando llegaron a una cima situada a unos doscientos metros por delante de McCandless pegaron un brusco tirón a las riendas y dieron la vuelta. Sharpe se esperaba ver venir una agitada horda de caballería maharatta por encima de la cresta, pero el horizonte estaba vacío cuando Sevajee y sus soldados se detuvieron a pocos metros de la cresta y allí desmontaron.

—No querrá que le vean, coronel —dijo Sevajee con sequedad cuando McCandless llegó junto a él.

—¿Quiénes?

Sevajee señaló hacia la cima.

—Eche un vistazo. Tendrá que desmontar.

Tanto McCandless como Sharpe bajaron de las sillas y caminaron hacia la línea del horizonte donde un seto de cactus les ofrecía un escondite desde el cual podían contemplar el terreno del norte y Sharpe, que nunca había visto nada semejante, se quedó mirando lleno de asombro.

Aquello no era un ejército. Era una multitud, todo un pueblo, una nación. Miles y miles de soldados enemigos, todos alineados, miles y miles de ellos. Hombres, mujeres, niños, cañones, camellos, bueyes, baterías de morteros, caballos, tiendas y más hombres todavía hasta que dio la impresión de que no se acababan nunca.

—¡Por Dios! —exclamó Sharpe, una imprecación que le salió como arrancada.

—¡Sharpe!

—Disculpe, señor. —Pero no era extraño que hubiera blasfemado, porque Sharpe nunca había imaginado que un ejército pudiera llegar a ser tan vasto. Los soldados más próximos se hallaban a no más de ochocientos metros de distancia, al otro lado de un río descolorido que fluía entre unos escarpados márgenes enfangados. Había un pueblo en la orilla más cercana, pero en el lado norte, justo más allá del lodoso risco, había una línea de cañones. Cañones grandes, los mismos cañones pintados y esculpidos que Sharpe había visto en el campamento de Pohlmann. Detrás de los cañones estaba la infantería y detrás de la infantería, extendiéndose hacia el este hasta perderse de vista, había una concentración de caballería y, tras ellos, la miríada de seguidores del campamento. Había apostada más infantería en una alejada aldea en donde Sharpe sólo distinguió un grupo de banderas de vivos colores.

—¿Cuántos soldados hay ahí? —preguntó.

—¿Unos cien mil por lo menos? —se aventuró McCandless.

—Por lo menos —asintió Sevajee—, pero la mayoría de ellos son aventureros que han venido por el botín. —El indio estaba mirando por un largo catalejo revestido de marfil—. Y la caballería no servirá de mucho en combate.

—Todo se reducirá a esos tipos —dijo McCandless señalando a los soldados de infantería situados detrás de la línea de cañones—. ¿Quince mil?

—Catorce o quince mil —dijo Sevajee—. Demasiados.

—Demasiada artillería —añadió McCandless con pesimismo—. Habrá una retirada.

—¡Creía que habíamos venido aquí a combatir! —exclamó Sharpe agresivamente.

—Vinimos aquí esperando poder descansar y mañana retomar la marcha hacia Borkardan —dijo McCandless con irritación—. No vinimos para enfrentarnos a todo el enemigo con tan sólo cinco mil soldados de infantería. Ellos saben que nos estamos acercando, están preparados y sencillamente quieren que caigamos en medio de su fuego. Wellesley no es tonto, Sharpe. Nos hará retroceder, unirnos a Stevenson y luego volver a buscarlos.

Sharpe se sintió aliviado al darse cuenta de que no iba a descubrir la realidad de la batalla, pero su alivio se vio moderado por un matiz de decepción. Dicha decepción lo sorprendió y el alivio le hizo temer que tal vez fuera un cobarde.

—Si nos retiramos —advirtió Sevajee—, esos jinetes nos hostigarán durante todo el camino.

—Pues tendremos que rechazar sus ataques —repuso McCandless con seguridad antes de exhalar largamente el aire con satisfacción—. ¡Lo tenemos! ¡Allí, el flanco izquierdo! —Señaló con el dedo y Sharpe vio a lo lejos, en el mismísimo extremo de la línea de artillería, unos uniformes blancos dispersos—. No es que nos sirva de nada —dijo McCandless irónicamente—, pero al menos vamos pisándole los talones.

—O él nos los está pisando a nosotros —terció Sevajee, y a continuación le ofreció el telescopio a Sharpe—. Véalo usted mismo, sargento.

Sharpe apoyó el largo tubo del catalejo en una gruesa hoja de cactus. Desplazó poco a poco la lente a lo largo de la línea de infantería. Los soldados dormían a la sombra, algunos estaban dentro de sus pequeñas tiendas y otros permanecían sentados en grupos, y Sharpe hubiera jurado que había unos cuantos que tenían montada una timba. Los oficiales, indios y europeos, se paseaban por detrás de sus hombres mientras que, frente a ellos, la enorme hilera de cañones aguardaba con sus carros de munición. Dirigió el antejo hacia el extremo más alejado de las líneas enemigas y vio las casacas blancas de los soldados de Dodd, y vio algo más. Dos enormes piezas de artillería, las más grandes que había visto nunca.

—Tienen cañones de asedio en la línea, señor —le dijo a McCandless, que enfocó su propio catalejo.

—Dieciocho libras —supuso McCandless—, ¿o tal vez sean más grandes? —El coronel plegó su antejo—. ¿Por qué no están patrullando este lado del río?

—Porque no quieren ahuyentarnos —respondió Sevajee—. Quieren que nos acerquemos a los cañones y que muramos en el río, pero son capaces de tener unos cuantos jinetes ocultos en esta orilla esperando para avisarles cuando emprendamos la retirada.

Un ruido de cascos hizo que Sharpe se diera la vuelta rápidamente previendo encontrarse con la mencionada caballería enemiga, pero sólo se trataba del general Wellesley y sus dos edecanes, que avanzaban a medio galope por el terreno situado bajo la cresta.

—Están todos, McCandless —gritó alegremente el general.

—Eso parece, señor.

El general frenó su caballo y esperó a que McCandless bajara de la línea del horizonte y se uniera a él.

—Parecen imaginar que realizaremos un ataque frontal —dijo Wellesley con ironía, como si la idea le divirtiera.

—No hay duda de que están formados para ello, señor.

—Deben de suponer que somos burros. ¿Qué hora es?

Uno de sus edecanes consultó el reloj.

—Faltan diez minutos para el mediodía, señor.

—Tenemos mucho tiempo —murmuró el general—. Adelante, caballeros, permanezcan por debajo de la línea del horizonte. ¡No vayamos a ahuyentarlos!

—¿Ahuyentarlos? —preguntó Sevajee con una sonrisa, pero Wellesley hizo caso omiso del comentario, espoleó su montura y se dirigió hacia el este, en paralelo al río. Unos cuantos escuadrones de caballería de la Compañía recorrían los campos y al principio Sharpe creyó que buscaban piquetes enemigos ocultos, luego vio que andaban a la caza de granjeros locales y los acosaban para que siguieran los pasos del general.

Wellesley cabalgó unos tres kilómetros en dirección este con una hilera de jinetes tras él. Los granjeros estaban sin aliento cuando llegaron al lugar donde su caballo estaba amarrado a una estaca bajo una colina poco elevada. El general se hallaba de rodillas en la cima y observaba el este con un catalejo.

—¡Pregúntenles a esos tipos si hay algún vado al este de aquí! —les gritó a sus edecanes.

A ello siguió una apresurada consulta, pero los granjeros estaban seguros de que no había ningún vado. Los únicos puntos por los que se podía cruzar, insistieron, estaban justo delante del ejército de Scindia.

—Busque a uno que sea inteligente —ordenó Wellesley— y tráigalo aquí arriba. ¿Coronel? Tal vez podría usted traducir.

McCandless eligió a uno de los granjeros y lo condujo colina arriba. Sharpe, sin que nadie se lo pidiera, los siguió y Wellesley no le ordenó regresar, se limitó a decirles entre dientes que agacharan la cabeza.

—Allí —el general señaló un pueblo situado al este, en la orilla sur del Kaitna—, esa aldea. ¿Cómo se llama?

—Peepulgaon —respondió el granjero, y añadió que su madre y sus dos

hermanas vivían en ese grupo de casas de paredes de adobe y techos de paja.

Peepulgaon se hallaba a menos de un kilómetro de aquel altozano pero por lo menos a tres kilómetros al este de Taunklee, el pueblo situado frente al extremo oriental de las líneas maharatta. Ambas localidades estaban en la orilla sur del río, en tanto que el enemigo esperaba en la ribera norte de Kaitna y Sharpe no comprendía el interés de Wellesley.

—Pregúntele si tiene algún pariente al norte del río —le ordenó el general a McCandless.

—Tiene un hermano y varios primos, señor —tradujo McCandless.

—¿Y su madre cómo va a visitar al hijo del lado norte? —preguntó Wellesley.

El granjero emprendió una larga explicación. En la estación seca, dijo, cruzaba el lecho del río, pero en la estación lluviosa, cuando las aguas crecían, se veía obligada a dirigirse corriente arriba y cruzar en Taunklee. Wellesley escuchó y luego soltó un gruñido con aparente incredulidad. Miraba atentamente por el catalejo.

—¿Campbell? —llamó, pero su edecán se había dirigido a otra baja elevación del terreno que había a unos cien metros al oeste y que ofrecía una mejor vista de las filas enemigas—. ¿Campbell? —volvió a llamar Wellesley y, al no obtener respuesta, se giró—. Sharpe, usted servirá. Venga aquí.

—¿Señor?

—Tiene la vista joven. Venga aquí y agáchese.

Sharpe se reunió con el general en la cima donde, para su sorpresa, le pasó el telescopio.

—Mire el pueblo —le ordenó Wellesley—, luego observe la otra orilla y dígame lo que ve.

Sharpe tardó unos instantes en situar Peepulgaon en el anteojo, pero de pronto sus paredes de adobe llenaron la lente. Movié lentamente el catalejo y por él se deslizó la imagen de bueyes, cabras y pollos, pasó por la ropa puesta a secar sobre los arbustos del margen del río y luego se desplazó por el agua marrón del Kaitna hasta la otra orilla, donde vio un risco enlodado coronado por árboles y, al otro lado de la arboleda, una ondulación del terreno. Y en aquella ondulación del terreno había tejados, tejados de paja.

—Allí hay otra aldea, señor —dijo Sharpe.

—¿Está seguro? —inquirió Wellesley en tono apremiante.

—Casi seguro, señor. Tal vez sólo sean establos.

—Los establos no se construyen separados del pueblo —dijo el general en tono mordaz—, al menos no en una región infestada de bandidos. —Wellesley se dio la vuelta—. ¿McCandless? Pregúntele a su amigo si hay una aldea al otro lado del río frente a Peepulgaon.

El granjero escuchó la pregunta y asintió con la cabeza.

—Waroor —dijo, y amablemente informó al general de que su primo era el cacique del pueblo, el *naique*.

—¿Qué distancia hay entre esas dos aldeas, Sharpe? —quiso saber Wellesley.

Sharpe calculó la distancia durante un par de segundos.

—¿Unos trescientos metros, señor?

Wellesley recuperó el catalejo y se alejó de la cima.

—En toda mi vida —dijo— no he visto dos aldeas situadas en las orillas opuestas de un río que no estuvieran comunicadas por un vado.

—Él insiste en que no hay ninguno, señor —dijo McCandless señalando al granjero.

—En ese caso es un granuja, un mentiroso o un asno —afirmó Wellesley alegremente—. Probablemente esto último. —Frunció el ceño mientras pensaba y los dedos de la mano derecha tamborileaban sobre el tubo del catalejo—. Yo aseguro que ahí hay un vado —dijo para sí.

—¿Señor? —El capitán Campbell había regresado a toda prisa de la loma oeste—. El enemigo está levantando el campamento, señor.

—¿Sí? ¡Vaya por Dios! —Wellesley volvió a la cima y miró otra vez por el antejo. La infantería situada justo en la ribera norte no se movía pero a lo lejos, cerca del pueblo fortificado, estaban desmontando las tiendas—. Se están preparando para salir corriendo, diría yo —murmuró Wellesley.

—O disponiéndose a cruzar el río y atacarnos —comentó McCandless con gravedad.

—Y están mandando a la caballería a la otra orilla —añadió Campbell en tono alarmante.

—No hay por qué preocuparnos —dijo Wellesley, luego se volvió para observar las aldeas opuestas de Peepulgaon y Waroor—. Tiene que haber un vado —repitió para sus adentros, en voz tan baja que sólo Sharpe lo oyó—. Tiene lógica —añadió, luego se quedó un buen rato en silencio.

—Esa caballería enemiga, señor —le apuntó Campbell.

Wellesley pareció sobresaltarse.

—¿Qué?

—Allí, señor. —Campbell señaló en dirección oeste a una gran cuadrilla de jinetes enemigos que habían salido de un bosquecillo pero que aparentemente se contentaban con observar al grupo de Wellesley desde unos ochocientos metros de distancia.

—Ha llegado el momento de irnos —dijo Wellesley—. Déle una rupia a ese bruto mentiroso, McCandless, y marchémonos.

—¿Acaso piensa batirse en retirada, señor? —preguntó McCandless.

Wellesley había empezado a descender por la cuesta a toda prisa pero al oír

aquello se paró y miró sorprendido al escocés.

—¿Batirme en retirada?

McCandless pestañeó.

—No me dirá que tiene intención de combatir, ¿verdad?

—¿Y de qué otro modo vamos a realizar el trabajo para Su Majestad? ¡Por supuesto que vamos a combatir! Allí hay un vado. —Wellesley extendió rápidamente el brazo en dirección este hacia Peepulgaon—. ¡Tal vez ese condenado granjero lo niegue, pero es un burro! Tiene que haber un vado. ¡Lo cruzaremos, rodearemos su flanco izquierdo y los haremos pedazos! ¡Pero debemos darnos prisa! Ya es mediodía. Tres horas, caballeros, tres horas para entrar en combate. Tres horas para rodear el flanco. —Continuó corriendo cuesta abajo hacia el lugar donde *Diomedes*, su blanco caballo árabe, esperaba.

—Dios mío —dijo McCandless—, Dios mío. —Pues cinco mil soldados de infantería cruzarían el Kaitna por un lugar por el que todos decían que el río no se podía vadear y luego lucharían con una horda enemiga que como mínimo era tres veces superior a ellos en número—. Dios mío —volvió a repetir el coronel, y se apresuró a seguir a Wellesley hacia el sur. El enemigo les había ganado la mano, los casacas rojas habían viajado toda la noche y estaban exhaustos, pero Wellesley tendría su batalla.

—¡Allí! —dijo Dodd al tiempo que señalaba con el dedo.

—No lo veo —se quejó Simone Joubert.

—Baje el catalejo, mírelo a simple vista, *madame*. ¡Allí! Se ve un destello.

—¿Dónde?

—¡Allí! —Dodd volvió a señalar—. Al otro lado del río. Tres árboles, una pequeña loma.

—¡Ah! —Al final Simone vio el brillo de la luz del sol que se reflejaba en la lente de un antejo utilizado en el otro margen del río y a un buen trecho corriente abajo del lugar en el cual las Cobras de Dodd constituían el extremo izquierdo de las líneas de Pohlmann.

Simone y su marido habían comido con el comandante, que estaba gravemente alegre ante la expectativa de un ataque británico, el cual, afirmaba él, inevitablemente caería con más dureza sobre sus Cobras.

—Será una carnicería, *madame* —dijo Dodd con una sonrisa rapaz—, ¡una auténtica carnicería! —El capitán Joubert y él habían acompañado a Simone hasta el borde del risco por encima del Kaitna, le habían enseñado los vados y le habían demostrado que cualquiera que los atravesara quedaría atrapado en el lacerante fuego cruzado de los cañones maharatta, luego afirmaron que los británicos no tenían otra opción que seguir adelante bajo la tumultuosa avalancha de botes de metralla, balas y granadas—. Si desea quedarse a mirar, *madame* —había ofrecido Dodd—, puedo buscarle un sitio seguro. —Señaló con un gesto hacia una baja elevación del terreno situada detrás del regimiento—. Desde allí podría observar y creo que no se le acercaría ningún soldado británico.

—No podría soportar quedarme mirando una carnicería, comandante —había respondido Simone con sentimiento.

—Sus escrúpulos la honran, *madame* —había contestado Dodd—. La guerra es cosa de hombres. —Fue entonces cuando Dodd divisó a los británicos en la orilla opuesta y había enfocado con su catalejo a los distantes soldados. Simone, que entonces ya sabía hacia donde mirar, apoyó el antejo en el hombro de su marido y enfocó la lente hacia la alejada colina. Allí vio a dos hombres, uno con un sombrero de tres picos y el otro con un chacó. Ambos estaban agachados.

—¿Por qué se encuentran tan río abajo? —preguntó.

—Están buscando la manera de rodear nuestro flanco —respondió Dodd.

—¿Hay algún modo de hacerlo?

—No. Deben cruzar por aquí, *madame*, o de lo contrario no cruzarán. —Dodd señaló los vados situados frente al *compoo*. Un grupo de soldados de caballería atravesaba al galope el agua poco profunda y con los cascos de sus caballos

levantaban un rocío plateado al cruzar hacia la orilla sur del Kaitna—. Yesos jinetes —explicó Dodd— van a ver si cruzan el río o no.

Simone plegó el catalejo y se lo devolvió al comandante.

—¿No podría ser que atacaran?

—No lo harán —respondió su marido en inglés en beneficio de Dodd—. Tienen demasiado sentido común.

—El Muchachito Wellesley no tiene sentido común —replicó Dodd en tono mordaz—. ¿No ve cómo atacó Ahmednuggur? ¡Fue directo contra la muralla! Van cien rupias a que ataca.

El capitán Joubert meneó la cabeza en señal de negación.

—Yo no juego, comandante.

—Un soldado debería disfrutar del riesgo —dijo Dodd.

—¿Y si no cruzan —preguntó Simone— no habrá batalla?

—Habrá una batalla, *madame* —respondió Dodd con gravedad—. Pohlmann ha ido en busca del permiso de Scindia para dirigirnos al otro lado del río. Si ellos no vienen a nosotros, nosotros iremos hacia ellos.

Pohlmann, en efecto, había ido a buscar a Scindia. El hanoveriano se había vestido para la batalla con su mejor casaca, que era una guerrera de seda azul con ribetes escarlata y decorada con galón dorado y cordones negros. Llevaba un fajín de seda blanca en el que había bordada una estrella de diamantes y del que colgaba una espada con empuñadura de oro, aunque Dupont, el escocés, que le acompañó para encontrarse con Scindia, observó que los bombachos y las botas del coronel estaban viejos y muy gastados.

—Los llevo para que me traigan suerte —explicó Pohlmann al darse cuenta de la perpleja mirada que Dupont dirigía a sus raídos pantalones—. Son del antiguo uniforme de la Compañía de las Indias Orientales. —El hanoveriano estaba de buen humor. Con su corta marcha hacia el este había conseguido todo lo que deseaba, pues ello había llevado a que uno de los dos pequeños ejércitos británicos quedara a su merced mientras aún estaba lejos del otro. Lo único que tenía que hacer entonces era no dejar que la ocasión se le escurriera entre las manos como un pez y caer sobre el contingente de Stevenson, pero Scindia había insistido mucho en que ninguna infantería atravesara los vados del Kaitna sin su permiso y en aquel momento Pohlmann necesitaba ese permiso. El hanoveriano no tenía intención de cruzar inmediatamente al otro lado ya que primero quería asegurarse de que los británicos se batían en retirada, pero tampoco quería esperar a que le dieran permiso una vez se enterara del repliegue del enemigo.

—A nuestro amo y señor lo asustará la idea de un ataque —le dijo Pohlmann a Dupont—, de modo que le daremos betún a ese cabrón. Le daremos *ghee* a paladas,

Dupont. Le diremos que será señor de toda la India si nos deja a nuestro aire.

—O podemos decirle que hay un centenar de mujeres blancas en el campamento de Wellesley y que él mismo encabezará el ataque —observó Dupont secamente.

—Pues eso es lo que vamos a decirle —dijo Pohlmann—, y le prometeremos que hasta la última de esas preciosidades será su concubina.

Salvo que cuando Pohlmann y Dupont llegaron al tramo de terreno que los árboles ensombrecían por encima del río Juah, donde el maharajá de Gwalior había estado esperando la victoria de su ejército, no había rastro de sus fastuosas tiendas. Las habían desmontado, todas ellas, junto con las tiendas rayadas del rajá de Berar, y lo único que quedaba eran las cocinas que en aquellos precisos instantes estaban siendo plegadas, dobladas y colocadas en el fondo de una docena de carros de bueyes. Todos los elefantes menos uno se habían ido, los caballos de la escolta real se habían ido, las concubinas se habían ido y los dos príncipes también.

El único elefante que quedaba pertenecía a Surjee Rao y el ministro, arrellanado en el *howdah* donde un criado lo abanicaba, sonrió con benevolencia a los dos sudorosos y colorados europeos.

—Su Majestad Serenísima juzgó más seguro replegarse hacia el oeste —explicó con ligereza— y el rajá de Berar estuvo de acuerdo con él.

—¿Que hicieron qué? —gruñó Pohlmann.

—Los augurios —dijo Surjee Rao con vaguedad al tiempo que agitaba una mano enojada para indicar que las sutilezas de tales mensajes sobrenaturales escapaban a la comprensión de Pohlmann.

—¡Los malditos augurios son propicios! —insistió Pohlmann—. ¡Tenemos a esos cabrones agarrados por las pelotas! ¿Qué más augurios pueden desear?

Surjee Rao sonrió.

—Su Majestad tiene absoluta confianza en sus aptitudes, coronel.

—¿Para hacer qué? —quiso saber el hanoveriano.

—Todo lo que sea necesario —repuso Surjee Rao, y volvió a sonreír—. Aguardaremos la noticia de su triunfo en Borkardan, coronel, y esperaremos con ansiedad ver, tras el triunfo, los estandartes de nuestros enemigos amontonados al pie del trono de su Majestad Serenísima. —Y una vez expresadas tales esperanzas, chasqueó los dedos y el *mahout* le dio un golpe al elefante, que se alejó pesadamente hacia el oeste.

—Hijos de puta —le dijo Pohlmann a Dupont en voz lo suficientemente alta como para que lo oyera el ministro que se retiraba—. ¡Bastardos pusilánimes! ¡Cobardes! —No era que le importara si Scindia y el rajá de Berar estaban o no presentes en la batalla; en realidad, si le dieran a elegir, preferiría mucho más combatir sin ellos, pero no podía afirmarse lo mismo de sus hombres, quienes, al igual que todos los soldados, luchaban mejor cuando sus gobernantes estaban

mirando, de manera que Pohlmann estaba enojado por su causa. No obstante, se dijo para consolarse mientras regresaba al sur, iban a combatir bien de todas formas. El orgullo se encargaría de que así fuera, y la seguridad, y la promesa del botín.

Y las últimas palabras de Surjee Rao, decidió Pohlmann, habían sido más que suficientes para concederle permiso para cruzar el río Kaitna. Le habían dicho que hiciera cuanto fuera necesario y Pohlmann consideraba que eso le daba carta blanca, así pues le proporcionaría una victoria a Scindia aun cuando ese desgraciado cobarde no se lo mereciera.

Pohlmann y Dupont regresaron a medio galope hacia el flanco izquierdo de la línea donde vieron que el comandante Dodd había ordenado a sus hombres que dejaran la sombra de los árboles y formaran. Lo que vieron indicaba que el enemigo se aproximaba al Kaitna y Pohlmann espoleó su caballo para ponerlo al galope, al tiempo que se sujetaba el extravagante sombrero con penacho para evitar que se le cayera. Dio un giro brusco para detenerse a poca distancia del regimiento de Dodd, y miró por encima de sus cabezas hacia el otro lado del río.

El enemigo había llegado, salvo que aquel enemigo no era más que una larga línea de caballería con dos pequeños cañones tirados por caballos. Era una tapadera, por supuesto. Una cortina destinada a evitar que sus propias patrullas descubrieran lo que ocurría en el terreno que quedaba oculto más allá.

—¿Algún indicio de su infantería? —le preguntó a Dodd.

—Ninguno, señor.

—¡Esos hijos de puta están huyendo! —exultó Pohlmann—. Por eso han tendido una cortina. —De repente se dio cuenta de la presencia de Simone Joubert y se apresuró a sacarse el sombrero emplumado—. Le pido disculpas por mi lenguaje, *madame*. —Volvió a calarse el sombrero y dio la vuelta a su caballo—. ¡Enganchen los cañones! —gritó.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —preguntó Simone con inquietud.

—Vamos a cruzar el río —dijo su marido en voz baja—, y tú tienes que regresar a Assaye.

Simone sabía que debía decirle algo cariñoso, ¿no era eso lo que se esperaba de una esposa en un momento como aquél?

—Rezaré por ti —dijo con timidez.

—Vuelve a Assaye —repitió su marido, consciente de que ella no le había mostrado ningún cariño— y quédate ahí hasta que todo esto termine.

No iba a durar mucho. Los cañones aún tenían que engancharse a los arzones pero la infantería estaba lista para marchar y la caballería impaciente por empezar la persecución. La existencia de la cortina de la caballería británica indicaba que Wellesley debía de estar replegándose, de modo que lo único que Pohlmann tenía que hacer era cruzar el río y aplastar al enemigo. Dodd desenvainó su espada con la

empuñadura en forma de elefante, tocó la hoja recién afilada y esperó las órdenes de empezar la matanza.

La caballería mahratta persiguió al grupo de Wellesley desde el momento en que vieron que el general se retiraba de su puesto de observación por encima del río.

—¡Tenemos que mirar por nosotros, caballeros! —había exclamado Wellesley a la vez que clavaba sus talones hacia atrás y *Diomedes* salía disparado. Los demás jinetes se ajustaron a su paso, pero Sharpe, a lomos de su pequeño caballo mahratta capturado, no podía seguirles el ritmo. Había montado apresuradamente, con las prisas no pudo encajar la bota derecha en el estribo y las sacudidas del caballo aún lo complicaban más, pero no se atrevió a frenar a la bestia puesto que no muy lejos, a sus espaldas, oía los gritos del enemigo y el chacoloteo de sus cascos. Por unos momentos le entró el pánico. El golpeteo de los cascos de los perseguidores iba aumentando de volumen, veía que sus compañeros se alejaban cada vez más por delante de él, su caballo resoplaba y trataba de aguantar los desesperados puntapiés que le propinaba; cada patada amenazaba con derribarlo, por lo que se aferró a la perilla de la silla pero aun así su bota derecha no encontraba el estribo. Sevajee, que huía a toda velocidad por el flanco derecho, vio el aprieto en el que se encontraba y torció hacia él.

—No es usted un jinete, sargento.

—No lo fui nunca, señor. Detesto estas malditas bestias.

—Un guerrero y su caballo, sargento, son como un hombre y una mujer —dijo Sevajee al tiempo que se inclinaba y empujaba el acero del estribo contra la bota de Sharpe. Lo hizo sin frenar ni una sola vez el vertiginoso paso de su propio caballo, luego le dio un palmetazo en la grupa a la pequeña yegua de Sharpe, que salió disparada como uno de los cohetes enemigos y estuvo a punto de tirar a Sharpe hacia atrás.

El sargento se aferró a la perilla mientras que su mosquete, que colgaba de su codo izquierdo por el portafusil, chocaba y le golpeaba el muslo. Se le voló el chacó y no tuvo tiempo de recuperarlo, pero entonces sonó una trompeta a su derecha y vio a un torrente de soldados de la caballería británica que se dirigían a interceptar la persecución. Aún había más miembros de la caballería que apretaban el paso al norte de Naulniah y Wellesley, al pasar junto a ellos, los instó a seguir hacia el Kaitna.

—Gracias, señor —le dijo Sharpe a Sevajee.

—Debería aprender a manejar un caballo.

—Seguiré siendo un soldado de a pie, señor. Es más seguro. No me gusta ir sentado en unas cosas con cascos y dientes.

Sevajee se rió. Wellesley ya había aminorado el paso y le daba palmaditas en el cuello a su caballo, pero la breve persecución no había hecho más que aumentar su

buen humor. Hizo girar a *Diomedes* para observar corrió se alejaba la caballería mahratta.

—¡Es un buen presagio! —exclamó alegremente.

—¿De qué, señor? —preguntó Sevajee.

Wellesley notó el tono escéptico del indio.

—¿Usted no cree que debemos presentar batalla?

Sevajee se encogió de hombros, buscando alguna forma de expresar con diplomacia su desacuerdo con la decisión de Wellesley.

—La batalla no siempre la gana el ejército más numeroso, señor.

—No siempre —dijo Wellesley—, pero sí normalmente, ¿verdad? ¿Piensa que me estoy precipitando? —Sevajee se negó a que lo sonsacara y simplemente volvió a encogerse de hombros por toda respuesta—. Ya veremos, ya veremos —añadió el general—. Su ejército parece estupendo, de acuerdo, pero en cuanto acabemos con los *compoos* profesionales los demás huirán.

—Eso espero, señor.

—Cuenta con ello —repuso Wellesley, luego apretó el paso.

Sharpe miró a Sevajee.

—¿Estamos locos si combatimos, señor?

—Muy locos —respondió Sevajee—, completamente locos. Pero tal vez no haya más remedio.

—¿No hay más remedio?

—Metimos la pata, sargento. Hemos marchado demasiado lejos y nos hemos acercado demasiado al enemigo, de modo que una de dos, o lo atacamos o huimos de él, y en ambos casos tendremos que luchar. Atacándole sólo haremos que la batalla sea más corta. —Se giró en la silla y señaló hacia el entonces oculto Kaitna—. ¿Sabe lo que hay al otro lado de ese río?

—No, señor.

—Otro río, Sharpe, y los dos convergen a tan sólo unos tres kilómetros corriente abajo —señaló hacia el este, en dirección al lugar donde las aguas se unían—, y si cruzamos ese vado nos encontraremos en una lengua de tierra cuya única salida es avanzar a través de cien mil soldados mahratta. La muerte a un lado y el agua al otro. —Sevajee se rió—. ¡Hemos metido la pata, sargento, hemos metido la pata!

Pero si Wellesley había cometido un error garrafal el general seguía estando muy animado. En cuanto regresó a Naulniah mandó desensillar y almohazar a *Diomedes* y a continuación empezó a dar órdenes. El bagaje del ejército permanecería en Naulniah, lo llevarían arrastrando hasta aquellos callejones de la aldea que iban a cerrarse con barricadas para que ningún maleante de la caballería mahratta pudiera saquear las carretas, que estarían bajo la vigilancia del batallón de cipayos menos numeroso. McCandless oyó que se dictaba la orden y comprendió su necesidad, pero

soltó un fuerte gruñido cuando se dio cuenta de que, de ese modo, casi quinientos soldados de infantería quedaban separados del ejército atacante.

La caballería que permanecía en Naulniah recibió órdenes de ensillar sus caballos y dirigirse al Kaitna, para formar allí una cortina en la orilla sur, mientras que a la agotada infantería, que había marchado durante toda la mañana, se la hizo salir de las tiendas y formar filas a toda prisa.

—¡Las mochilas no! —gritaban los sargentos—. Sólo los fusiles y las cajas de munición. ¡Las mochilas no! ¡Nos vamos a una batalla de domingo, muchachos! ¡Ahórrense las malditas plegarias y dense prisa! ¡Venga, Johnny, ponte las botas, chico! Tenemos que matar a toda una horda de paganos. ¡Vamos, con brío! ¡Despiértense! ¡En pie!

Los piquetes del servicio, formados por media compañía de cada uno de los siete batallones del ejército, abrieron la marcha. Cruzaron chapoteando el pequeño río al norte de Naulniah y en la otra orilla se les unió uno de los edecanes del general que los guió hacia el sendero que conducía a Peepulgaon. A los piquetes seguían los soldados del 74.º del Rey acompañados por la artillería de su batallón, mientras que detrás de ellos iba el segundo batallón del 12.º regimiento de Madras, el primer batallón del 4.º de Madras, el primero del 8.º de Madras y el primero del 10.º de Madras, y, por último, los Highlanders de falda escocesa del 78.º del Rey. Seis batallones cruzaron el río y siguieron la hollada senda de tierra entre los campos de mijo bajo el horno de un sol indio. No vieron a ningún enemigo mientras marchaban, aunque los rumores decían que el ejército mahratta al completo no se encontraba muy lejos.

Dos cañones dispararon alrededor de la una. El sonido fue fuerte y grave y resonó por la tierra que titilaba con el calor, pero la infantería no vio nada. El estrépito provenía de su izquierda y los oficiales del batallón dijeron que había soldados de caballería por ahí, en algún lugar, lo cual significaba sin duda alguna que los cañones ligeros tirados por caballos habían entablado combate con el enemigo o, de lo contrario, que el enemigo había traído la artillería para enfrentarse a la caballería británica, pero el combate no parecía amenazador puesto que tras los dos disparos se hizo el silencio. McCandless, que tenía los nervios de punta por el desastre que él temía inminente, galopó a lomos de *Eolo* unos cuantos metros hacia el oeste como si quisiera encontrar una explicación para las dos descargas, pero entonces se lo pensó mejor e hizo dar la vuelta a su caballo para volver al camino.

Momentos después sonaron más disparos de cañón, pero no había nada apremiante en las distantes descargas, que eran monótonas, uniformes y esporádicas. Si se estuviera preparando la batalla los cañonazos hubieran sonado fuertes y rápidos, pero aquellos disparos eran casi indolentes, como si los artilleros simplemente estuvieran practicando en Aldershot Heath un ocioso día de verano.

—¿Son nuestros cañones o los suyos, señor? —le preguntó Sharpe a McCandless.

—Nuestros, me imagino —respondió el escocés—. Cañones de tiro de la caballería que mantienen alerta a los caballos enemigos. —Dio un tirón a las riendas de *Eolo* y apartó al caballo castrado del paso de sesenta zapadores cipayos que también bajaban por el borde izquierdo del camino con picos y palas al hombro. La tarea de éstos consistía en llegar al Kaitna y asegurarse de que sus márgenes no fueran demasiado empinados para la artillería tirada por bueyes. Wellesley iba a medio galope detrás de los zapadores y se dirigía a la cabeza de la columna con toda una serie de edecanes a la zaga. McCandless se unió al grupo del general y Sharpe dio un golpe de talón a su caballo para situarse junto a Daniel Fletcher, que montaba una gran yegua ruana y llevaba de una larga rienda a un *Diomedes* desensillado.

—Lo necesitará cuando el zaino se canse —le explicó Fletcher a Sharpe con un movimiento de la cabeza en dirección a Wellesley, quien entonces iba a lomos de un alto semental castaño—. Y la yegua es por si acaso los dos caballos mueren de un disparo —añadió al tiempo que le daba unas palmaditas en la grupa a su montura.

—Así pues, ¿en qué consiste su trabajo? —le preguntó Sharpe al dragón.

—Sólo tengo que permanecer cerca hasta que quiera cambiar de caballo y evitar que pase sed —contestó Fletcher. Llevaba nada menos que cinco cantimploras de agua en el cinturón, amontonadas sobre un pesado sable de vaina metálica, la primera vez que Sharpe veía al ordenanza con un arma—. Esta sí que es sanguinaria —dijo Fletcher al ver que Sharpe miraba el arma—, una buena hoja ancha, perfecta para tajar sin esfuerzo.

—¿La ha utilizado alguna vez? —inquirió Sharpe.

—Contra Dhoondiah —le respondió Fletcher. Dhoondiah había sido un cacique de bandidos cuyos estragos en Mysore finalmente habían convencido a Wellesley para perseguirlo con la caballería. La batalla resultante había consistido en un breve enfrentamiento entre jinetes que los británicos habían ganado en un momento—. Y hace una semana sacrificué con ella una cabra para la cena del general —continuó diciendo Fletcher a la vez que desenvainaba la pesada hoja curva—, y creo que el pobre bicho murió de miedo cuando vio que la espada se le acercaba. Le cercenó la cabeza de cuajo, sí señor. Mire esto, sargento. —Le tendió la espada a Sharpe—. ¿Ve lo que pone aquí? ¿Justo encima de la empuñadura?

Sharpe inclinó el sable de cara al sol.

—«Infalibilidad garantizada» —leyó en voz alta. Sonrió, pues el alarde parecía estar extrañamente fuera de lugar en un objeto diseñado para matar o mutilar.

—Fabricada en Sheffield —dijo Fletcher agarrando de nuevo el arma—, ¡y con garantía de infalibilidad! Es una estupenda máquina de rebanar, buena de verdad. Puedes partir a un hombre por la mitad con una de éstas si das bien el golpe.

Sharpe esbozó una sonrisa.

—Yo me quedo con el mosquete.

—No, a caballo no, sargento —repuso Fletcher—. Un mosquete no sirve de nada a lomos de un caballo. Necesitará una espada.

—Nunca aprendí a utilizarla —dijo Sharpe.

—No es difícil —afirmó Fletcher con el desdén de alguien que ha llegado a dominar un complicado oficio—. Mantenga el brazo recto y utilice la punta cuando luche contra la caballería, porque si dobla el codo esos cabrones le cortarán la muñeca, tan seguro como que dos y dos son cuatro, y empréndala a cuchilladas como si fuera un segador contra la infantería porque lo que pueden hacerle al contraatacar no es cosa de risa, no cuando ya están en danza. Tampoco es que pudiera usar ninguna espada montado en este caballo. —Señaló la pequeña bestia autóctona de Sharpe con un movimiento de la cabeza—. Se parece más a un perro demasiado grande, eso es. ¿Le trae cosas?

El camino llegó al punto más elevado entre los dos ríos y Fletcher, montado en lo alto de la yegua del general, vislumbró por primera vez el ejército enemigo en la distante orilla norte del Kaitna. Silbó bajito.

—¡Hay millones de esos hijos de puta!

—Vamos a rodear su flanco —dijo Sharpe, repitiendo lo que había oído decir al general. Por lo que Sharpe entendía, la idea era cruzar el río por aquel vado, que nadie más que Wellesley creía que existiera, y luego realizar un ataque contra el flanco izquierdo de la infantería que aguardaba. A Sharpe le pareció que la idea tenía sentido puesto que las líneas enemigas se encontraban mirando al sur y acercándose a ellas por el este los británicos bien podían sumir en la confusión a los *compoos*.

—¡Millones de esos hijos de puta! —repitió Fletcher maravillado, pero entonces el camino empezó a descender y dejó al enemigo fuera de la vista. El ordenanza de los Dragones enfundó el sable—. Pero está muy seguro de sí mismo —dijo con un gesto de la cabeza en dirección a Wellesley, que vestía la casaca de su antiguo uniforme del 33.º. El general llevaba una delgada espada recta pero no tenía ninguna otra arma, ni siquiera una pistola.

—Siempre lo estuvo —comentó Sharpe—. Es tranquilo como el que más.

—Es un buen tipo —dijo Fletcher fielmente—. Un oficial como es debido. No es simpático, desde luego, pero siempre es justo. —Rozó los ijares de su yegua con las espuelas porque Wellesley y sus edecanes se habían adelantado a toda prisa y habían entrado en la aldea de Peepulgaon, cuyos habitantes se quedaron boquiabiertos al ver a los extranjeros con sus casacas rojas y sus negros sombreros de tres picos. Wellesley desperdigó a unos pollos a su paso al bajar a medio galope por la polvorienta calle del pueblo en dirección al lugar donde el camino descendía por un escarpado risco hacia el lecho medio seco del Kaitna. Los zapadores llegaron al cabo de un momento y la emprendieron con la escarpadura para allanar su empinada

cuesta. En la otra orilla del río Sharpe vio que el camino se adentraba serpenteando en los árboles que ocultaban a medias el pueblo de Waroor. El general estaba en lo cierto, creyó él, y allí tenía que haber un vado, pues ¿por qué otra razón habría un camino en ambas orillas? Pero si el vado era lo bastante poco profundo para que el ejército pudiera atravesarlo, eso nadie lo sabía aún.

Wellesley detuvo su caballo en lo alto del risco e hizo tamborilear los dedos de la mano derecha sobre el muslo. Fue la única señal de nervios. Miraba fijamente hacia el otro lado del río, pensando. No había enemigo a la vista, pero tampoco debería haberlo puesto que las líneas maharatta se encontraban entonces a unos tres kilómetros al oeste, cosa que significaba que en aquellos momentos el ejército de Scindia estaba entre Stevenson y él. Wellesley hizo una mueca al darse cuenta de que ya había abandonado su primer principio para luchar aquella batalla, el cual había consistido en asegurar su flanco izquierdo, de manera que Stevenson pudiera unírsele. No había duda de que desde el momento en que la artillería empezara su verdadero, intenso y continuado trabajo, el sonido de su cañoneo haría que Stevenson acudiera hacia allí a toda prisa y campo traviesa, pero entonces el viejo simplemente tendría que sumarse al combate como pudiera. Sin embargo, Wellesley no se arrepentía de plantearle tales dificultades a Stevenson, pues la oportunidad de rodear el flanco enemigo venía caída del cielo. Siempre que el vado fuera practicable, claro.

El capitán de zapadores bajó con una docena de sus cipayos en dirección al río.

—Me ocuparé de la otra orilla, señor —le dijo el capitán al general a voz en cuello, sobresaltando a Wellesley y sacándolo de su ensueño.

—¡Vuelvan aquí! —exclamó Wellesley con enojo—. ¡Vuelvan!

El capitán casi había llegado al agua pero entonces se giró y se quedó mirando a Wellesley con desconcierto.

—Tenemos que nivelar ese talud, señor —gritó, señalando hacia el lugar donde el camino ascendía abruptamente hacia la cortina de árboles de la ribera norte del Kaitna—. Es demasiado empinado para los cañones, señor.

—¡Vuelvan aquí! —volvió a exclamar Wellesley en alta voz, luego esperó mientras la docena de soldados regresaban a la orilla sur con paso dificultoso—. El enemigo puede ver el río, capitán —le explicó el general—, y de momento no quiero que nos vean. No quiero que conozcan nuestras intenciones, de modo que esperará hasta que crucen los primeros soldados de infantería y entonces hará su trabajo.

Pero el enemigo ya había visto a los zapadores. Aquella docena de soldados sólo habían permanecido a la vista en el lecho abierto del río unos pocos segundos, no obstante, en las líneas de la artillería maharatta había alguien despierto; se levantó una repentina y violenta columna de agua en el río y, casi simultáneamente, se oyó el ruido de un cañón pesado azotar el cielo.

—Buena puntería —dijo McCandless en voz baja cuando aquella fuente de casi

cinco metros de alto hubo desaparecido para dejar nada más que un remolino en el agua marrón del río. Debía de haber una distancia de casi tres kilómetros, sin embargo los maharatta habían girado el cañón, apuntado y disparado en cuestión de segundos, y con una puntería poco menos que perfecta. Disparó un segundo cañón cuyo pesado proyectil surcó el seco y agrietado fango que había junto al río y rebotó hacia arriba esparciendo montones de tierra seca de la pared del risco—. Ocho libras —imaginó McCandless en voz alta al pensar en los dos pesados cañones de asedio que había visto frente a los hombres de Dodd.

—Caray —dijo Wellesley quedamente—. Pero no ha hecho verdadero daño, supongo. —En aquellos momentos los primeros soldados de infantería bajaban por la empinada calle de Peepulgaon. El teniente coronel Orrock iba en cabeza de los piquetes de turno mientras que, tras él, Sharpe vio a la compañía de granaderos del 74.º. Los tambores escoceses marcaban un ritmo de marcha y el sonido de los redobles hacían que a Sharpe se le acelerara la sangre en las venas. Aquel sonido presagiaba batalla. Parecía un sueño, pero aquel domingo por la tarde habría una batalla, y sería sangrienta.

—Buenas tardes, Orrock. —Wellesley espoleó a su caballo para ir al encuentro de la vanguardia de infantería—. Directos hacia el otro lado, creo.

—¿Han sondado el vado? —preguntó nervioso el coronel Orrock, un hombre lúgubre de aspecto preocupado.

—Me parece que eso es cosa nuestra —respondió Wellesley alegremente—. ¿Caballeros? —Esa última invitación iba dirigida a sus edecanes y ordenanza—. ¿Procedemos?

—Vamos, Sharpe —dijo McCandless.

—¡Usted puede cruzar detrás de nosotros, capitán! —le dijo Wellesley al impaciente capitán de zapadores antes de conducir a su enorme semental cuesta abajo por el risco y trotar hacia el río. Daniel Fletcher lo siguió de cerca con el roncal de *Diomedes* en la mano, en tanto que los edecanes, McCandless, Sevajee y Sharpe fueron detrás. Cuarenta jinetes iban a ser los primeros en cruzar el Kaitna y el general sería el primero de todos, y Sharpe observó cómo el semental de Wellesley se sumergía al trote en el río. Quería comprobar la profundidad del agua y estaba decidido a no quitarle ojo al general mientras cruzara pero, de pronto, el estallido de un cañón de dieciocho libras intimidó el cielo y Sharpe miró corriente arriba para descubrir una bocanada de humo de cañón que manchaba el horizonte, entonces oyó relinchar a un caballo, volvió la vista de nuevo y vio que la montura de Daniel Fletcher se empinaba al borde del agua. Fletcher aún estaba en la silla, pero al ordenanza no le quedaba cabeza, tan sólo un chorro de sangre que salía a borbotones de su cuello destrozado. Las riendas de *Diomedes* seguían en la mano del muerto, pero por algún motivo el cuerpo no se caía de la silla de la yegua y ésta gritaba

aterrorizada mientras la sangre de su jinete le salpicaba la cabeza.

Disparó un segundo cañón, un disparo alto que pasó retumbando por encima de sus cabezas para acabar hundiéndose entre los árboles de la orilla sur. Una tercera bala cayó al agua y dejó empapado a McCandless. La yegua de Fletcher salió corriendo río arriba pero se vio obligada a pararse en seco a causa de un árbol caído y se quedó allí, temblando, y el cuerpo decapitado del jinete seguía en la silla con las riendas de *Diomedes* en su mano muerta. La sangre de Fletcher había manchado de rojo la ijada izquierda del caballo rucio. Entonces el soldado de caballería se había desplomado y su tronco sin cabeza permanecía inclinado de forma espeluznante vertiendo al río la sangre que goteaba.

Para Sharpe fue como si el tiempo se hubiese detenido. Era consciente de que alguien gritaba, consciente de la sangre que caía del cuello del dragón, consciente de que su pequeño caballo se estremecía, pero aquella violencia súbita lo había inmovilizado. Disparó otro cañón, uno de pequeño calibre, y la bala golpeó contra el agua a unos cien metros río arriba, rebotó una vez y luego desapareció en medio de un ramillete de blanco rocío.

—¡Sharpe! —exclamó una voz con brusquedad. Unos jinetes dieron media vuelta en el bajío para agarrar la brida del muerto—. ¡Sharpe! —Era Wellesley quien gritaba. El general estaba en medio del río y el agua ni siquiera le llegaba a los estribos, así que después de todo había un vado y podía cruzarse el río, pero entonces ya no iban a pillar al enemigo por sorpresa precisamente—. ¡Asuma el puesto de ordenanza, Sharpe! —gritó Wellesley—. ¡Deprisa, hombre! —No había nadie más para reemplazar a Fletcher a menos que uno de los edecanes de Wellesley lo relevara en sus funciones, y Sharpe era el que estaba más cerca.

—¡Adelante, Sharpe! —dijo McCandless—. ¡Dése prisa, muchacho!

El capitán Campbell había sujetado a la yegua del ordenanza Fletcher.

—¡Móntela, Sharpe! —gritó el capitán—. Ese caballo tan pequeño no podrá seguirnos el paso. Suéltelo. Deje que se vaya.

Sharpe desmontó y corrió hacia la yegua. Campbell trataba de sacar el cuerpo de Fletcher, empapado en sangre, pero los pies del soldado estaban atorados en los estribos. Con esfuerzo Sharpe logró liberar la bota izquierda de Fletcher, luego le dio un tirón a la pierna y el cadáver se deslizó hacia él. Se apartó de un salto cuando los restos del cuello, que no era más que carne, tendones, y jirones destrozados, le golpearon la cara. El cadáver cayó al borde del río y Sharpe pasó por encima de él para montar la yegua del general.

—Coja las cantimploras del general —le ordenó Campbell, y un instante después otro proyectil de dieciocho libras pasó azotando el aire justo por encima de sus cabezas, como un trueno—. ¡Las cantimploras, hombre, dése prisa! —Campbell apremió a Sharpe, pero éste tenía problemas para desatar las botellas de agua del

cinturón de Fletcher así que optó por darle la vuelta al cadáver no sin esfuerzo, con lo que un chorro de sangre salió del cuello para quedar diluido al instante en el agua poco profunda. Tiró del cinturón del soldado de caballería, lo desabrochó y lo soltó con las bolsas, las cantimploras y el pesado sable. Se colocó el cinturón encima del suyo, se lo abrochó a toda prisa, trepó a la silla de la yegua e intentó meter el pie derecho en el estribo. Campbell estaba sujetando las riendas de *Diomedes*.

Sharpe las agarró.

—Lo siento, señor. —Se disculpó por haber hecho esperar al edecán.

—No se separe del general —le ordenó Campbell, a continuación se inclinó y le dio unas palmaditas en el brazo a Sharpe—. No se separe, manténgase alerta y disfrute del día, sargento —dijo con una sonrisa—. ¡Parece que va a ser una tarde animada!

—Gracias, señor —contestó Sharpe. Los primeros soldados de infantería se encontraban entonces en el vado y Sharpe hizo girar a la yegua, clavó los talones hacia atrás y tiró de *Diomedes* a través del agua. Campbell apretó el paso y se adelantó para alcanzar a Wellesley en tanto que, torpemente, Sharpe puso la yegua a medio galope y casi salió despedido cuando ésta tropezó en el lecho del río, pero de alguna manera consiguió aferrarse a su crin mientras el animal recuperaba el equilibrio. A su izquierda, una bala de cañón sacudió el agua tornándola blanca y mojándolo en su aspersión. El mosquete se le había resbalado del hombro, le colgaba incómodamente del codo y él no podía manejar el mosquete y las riendas de *Diomedes* al mismo tiempo, así que dejó caer el fusil al río y tiró de la espada y las pesadas cantimploras para colocarlas en una posición más cómoda. Vaya mierda, pensó. ¡Había perdido un sombrero, un caballo y un arma en menos de una hora!

Los zapadores trabajaban en el risco de la orilla norte para hacer la pendiente menos escarpada, pero los primeros cañones ligeros, los que acompañaban a los piquetes de servicio, ya estaban dentro del Kaitna. Los cañones de campaña iban tirados por caballos y los artilleros les daban gritos a los zapadores para que se apartaran de su camino. Los zapadores se desperdigaron cuando los animales salieron del río con el agua que chorreaba con cada vuelta de las ruedas del cañón que iba en cabeza; restalló un látigo por encima de la cabeza del primer caballo y todo el tiro subió galopando por la pendiente con el cañón y el armón dando erráticos tumbos por detrás. Un artillero salió despedido del armón pero se levantó y empezó a correr detrás del cañón. Sharpe dio un golpe de talones a su caballo para que subiera por el risco en cuanto la segunda pieza de artillería hubo pasado sin percances y de pronto se encontró en un terreno bajo, protegido del cañoneo enemigo por la elevación de tierra que quedaba a su izquierda.

Pero, ¿dónde diablos estaba Wellesley? No vio a nadie en la zona más elevada que conducía hacia el enemigo y los únicos soldados que había justo delante en el

camino eran las primeras compañías de los piquetes de turno que continuaban marchando hacia el norte. Se oyó un sonido parecido a un golpe que provenía del río y Sharpe se giró en la silla para ver que una bala había atravesado como un látigo una fila de soldados de infantería. Un cuerpo iba flotando corriente abajo en medio de remolinos de sangre, entonces los sargentos le gritaron a la tropa que cerrara filas y la infantería siguió adelante. Pero, ¿adonde demonios tenía que dirigirse él? A su derecha se encontraba la aldea de Waroor medio oculta tras sus árboles y por un instante se le ocurrió que el general debía de haber ido hacia allí, pero entonces vio al teniente coronel Orrock que subía al terreno más alto de la izquierda y Sharpe supuso que el coronel estaría siguiendo a Wellesley, de modo que guió a la yegua en esa dirección.

El terreno ascendía hacia una suave cima por unos campos de rastrojo salpicados con unos cuantos árboles. El coronel Orrock era el único hombre a la vista y estaba obligando a su caballo a subir por la cuesta hacia la línea del horizonte, de modo que Sharpe lo siguió. Oía los disparos de la artillería enemiga, imaginó que seguía bombardeando el vado que supuestamente no existía, pero cuando espoleó la yegua para que subiera a través de las cosechas que crecían el cañoneo cesó de pronto y lo único que llegó a sus oídos fue el chacoloteo de los cascos, los golpes de la vaina metálica del sable contra su bota y el ruido apagado de los tambores escoceses a sus espaldas.

Orrock había girado hacia el norte siguiendo la línea del horizonte y Sharpe, que lo seguía, vio que el general y sus edecanes se hallaban apiñados bajo un grupo de árboles desde donde escudriñaban el oeste con sus catalejos. Se unió a ellos bajo la sombra y se sintió incómodo al estar en tan elevada compañía sin McCandless, pero Campbell se dio la vuelta en su silla y sonrió.

—Bien hecho, sargento. ¿Sigue con nosotros, eh?

—Me las voy arreglando, señor —dijo Sharpe al tiempo que volvía a colocar bien las cantimploras que se habían enredado todas en un montón.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el coronel Orrock al cabo de un momento. Estaba mirando a través de su propio catalejo y lo que vio hizo que sacudiera la cabeza antes de volver a observar por la lente—. ¡Por Dios! —dijo, y Sharpe se puso de pie en los estribos para ver qué era lo que tanto había trastornado al coronel de la Compañía de las Indias Orientales.

El enemigo estaba cambiando la disposición de las tropas. Wellesley había cruzado el vado para llevar a su pequeño ejército contra el flanco izquierdo del rival, pero el comandante maharatta se había dado cuenta de sus intenciones y en aquellos momentos le estaba negando dicha ventaja. Las fuerzas enemigas se dirigían hacia el vado de Peepulgaon y giraban luego a la izquierda para formar una nueva línea defensiva que se extendía por todo el territorio entre los dos ríos; una línea que

entonces estaba situada frente al ejército de Wellesley. En lugar de atacar un flanco vulnerable, el general se vería obligado a realizar un ataque frontal. Los maharattas no llevaban a cabo su maniobra con una prisa fruto del pánico, sino que marchaban con calma en filas disciplinadas. Los cañones se trasladaban con ellos, tirados por bueyes o elefantes. El enemigo ya se encontraba a menos de un kilómetro y medio de distancia y su continua y pausada reorganización era evidente para los oficiales que observaban.

—¡Se nos adelantan, señor! —informó Orrock a Wellesley, como si el general pudiera no haber comprendido el propósito de las maniobras enemigas.

—Sí —asintió Wellesley con tranquilidad—, en efecto. —Plegó el catalejo y le dio unas palmaditas en el cuello a su caballo—. ¡Y están maniobrando muy bien! —añadió con admiración, como si no estuviera ocupado en nada más alarmante que observar a una brigada realizando una demostración en Hyde Park—. ¿Sus hombres han cruzado ya el vado? —le preguntó a Orrock.

—Sí, señor, ya lo han cruzado —respondió Orrock. El coronel tenía la nerviosa costumbre de echar la cabeza hacia delante cada pocos segundos como si el cuello le apretara demasiado—. Pero pueden dar marcha atrás —añadió de manera significativa.

Wellesley hizo caso omiso de aquel sentimiento tan derrotista.

—Llévelos unos ochocientos metros camino arriba —le ordenó a Orrock—, luego despliéguense por el terreno elevado a este lado del camino. Iré a verle antes de que avancemos.

Orrock miró al general Wellesley con unos ojos abiertos como platos.

—¿Que nos despleguemos?

—A este lado del camino, si es usted tan amable, coronel. Formará la derecha de nuestras líneas, coronel, y tendrá a la brigada de Wallace a su izquierda. Hagámoslo ahora mismo, coronel, ¿me hace usted el favor?

—Hacerle el favor... —dijo Orrock al tiempo que echaba la cabeza hacia delante como una tortuga—. Por supuesto —añadió nerviosamente; a continuación dio la vuelta a su caballo y lo espoleó para dirigirse de nuevo al camino.

—¿Barclay? —el general se dirigió a uno de sus edecanes—. Salude de mi parte al coronel Maxwell y dígame que haga que toda la caballería del Rey y de la Compañía ocupe su posición a la derecha de Orrock. La caballería nativa permanecerá al sur del río. —Aún quedaban soldados de la caballería enemiga al sur del Kaitna y los jinetes de los aliados indios de los británicos, que se quedarían en aquella orilla para mantener a raya a dichos enemigos—. Después no se muevan del vado —continuó diciéndole Wellesley a Barclay— y dígalos al resto de la infantería que formen con los piquetes de Orrock. Dos líneas, Barclay, dos líneas, y el 78.º constituirá el flanco izquierdo aquí. —El general, que había estado mirando la

calmada redistribución del enemigo, se volvió entonces hacia Barclay, que garabateaba unas notas a lápiz en un pedazo de papel—. Primera línea, desde la izquierda. El 78.º, el 10.º de Dallas, el 8.º de Corben, los piquetes de Orrock. Segunda línea, desde la izquierda. El 4.º de Hill, el 12.º de Macleod y luego el 74.º. Que formen las líneas y aguarden mis órdenes. ¿Lo ha entendido? Tienen que esperar. — Barclay asintió con la cabeza, luego dio un tirón a las riendas y espoleó a su caballo de vuelta al vado mientras el general volvía a girarse para observar el nuevo despliegue enemigo—. Un trabajo magnífico —comentó con aprobación—. Dudo que nosotros hubiéramos podido maniobrar con más garbo. ¿Cree que se estaban preparando para cruzar el río y atacarnos?

El comandante Blackiston, su edecán ingeniero, movió la cabeza en señal de afirmación.

—Ello explicaría por qué estaban preparados para moverse, señor.

—Tendremos que descubrir si combaten tan bien como maniobran —dijo Wellesley al tiempo que plegaba su catalejo, luego mandó a Blackiston al norte para que explorara el terreno hasta el río Juah—. Vamos, Campbell —dijo Wellesley cuando Blackiston se hubo marchado y, para sorpresa de Sharpe, en lugar de volver al lugar por donde el ejército estaba cruzando el vado, el general espoleó su caballo para dirigirse aún más hacia el oeste, en dirección al enemigo. Campbell lo siguió y Sharpe decidió que era mejor ir también él.

Los tres jinetes entraron en un valle de empinadas laderas muy poblado de árboles y maleza y luego ascendieron por la otra falda hacia una franja de abiertas tierras de labranza. Anduvieron a medio galope a través de un campo de mijo aún sin segar y luego por una pradera, siempre con inclinación norte hacia la cima de otra baja colina.

—Le estaría muy agradecido si me diera una cantimplora, sargento —dijo Wellesley cuando se acercaban a la cima, y Sharpe clavó los talones en los ijares de la yegua para alcanzar al general. Entonces desenganchó torpemente una de las cantimploras y se la tendió, pero eso supuso soltar la mano izquierda de las riendas mientras que la derecha seguía sosteniendo el cabestro de *Diomedes*, por lo que la yegua, libre del ronzal, dio un brusco viraje y se alejó del general. Wellesley alcanzó a Sharpe y tomó la cantimplora.

—Podría atarse las riendas de *Diomedes* al cinturón, sargento —dijo—. Eso le proporcionaría otra mano.

Un soldado necesitaba tres manos para hacer el trabajo de Sharpe, pero en cuanto llegaron a la suave cima el general volvió a detenerse y ello le dio tiempo a Sharpe para atarse las riendas del caballo árabe al cinturón de Fletcher. El general Wellesley miraba fijamente al enemigo que en aquellos momentos se encontraba a tan sólo unos cuatrocientos metros de distancia. Desde allí las balas de cañón podían alcanzarlos

perfectamente pero, o bien la artillería enemiga no estaba lista para disparar, o bien tenían órdenes de no malgastar la pólvora en tres simples jinetes. Sharpe aprovechó la ocasión para examinar lo que había en la bolsa de Fletcher. Había un mohoso pedazo de pan, que se había remojado cuando el cuerpo del soldado de caballería cayó al río, un trozo de carne en salazón, que Sharpe imaginó que era cecina de cabra, y una piedra de amolar. Eso le hizo desenvainar a medias el sable para comprobar la hoja. Estaba afilada.

—¡Un pequeño poblado peligroso! —comentó Wellesley alegremente.

—¡Sí, lo es, señor! —asintió Campbell con entusiasmo.

—Debe de ser Assaye —observó Wellesley—. ¿Cree que estamos a punto de hacerlo famoso?

—Confío en que sí, señor —respondió Campbell.

—Espero que lo hagamos famoso y no infame —dijo Wellesley, y soltó su corta y aguda risotada.

Sharpe vio que ambos miraban hacia una aldea situada al norte de las nuevas líneas enemigas. Al igual que todas las aldeas de aquella parte de la India, contaba con una muralla que formaban las paredes de adobe de las casas emplazadas en el exterior. Dichos muros podían tener un metro y medio o dos de grosor y aunque era posible que se derrumbaran si los alcanzaba un bombardeo de la artillería, seguían constituyendo un obstáculo formidable para la infantería. Había soldados enemigos apostados en todos los tejados mientras que, fuera de la muralla, en una formación tan densa como las púas de un erizo, había todo un surtido de cañones.

—Una pequeña localidad muy peligrosa —dijo el general—. Debemos evitarla. ¡Veo que sus amigos están allí, Sharpe!

—¿Mis amigos, señor? —preguntó Sharpe desconcertado.

—Casacas blancas, sargento.

De manera que el regimiento de Dodd había ocupado posiciones al sur de Assaye. Seguían estando a la izquierda de la línea de Pohlmann, pero esa línea se extendía entonces hacia el sur desde las hirsutas defensas que rodeaban la ciudad hasta la orilla del río Kaitna. La infantería estaba en su sitio y ya se arrastraban los últimos cañones para situarlos frente a la línea enemiga. Sharpe se acordó de las crudas palabras de Syud Sevajee sobre la confluencia de los ríos y supo que la única forma de salir de aquel istmo que se estrechaba era volviendo a cruzar de nuevo por los vados, o bien seguir recto y atravesar las filas del ejército enemigo.

—Veo que hoy tendremos que ganarnos la paga —comentó el general sin dirigirse a nadie en particular—. ¿A qué distancia de la infantería se encuentra su línea de cañones, Campbell?

—¿A unos cien metros, señor? —calculó el joven escocés después de mirar unos instantes por el catalejo.

—A unos ciento cincuenta, creo —dijo Wellesley.

Sharpe contemplaba el pueblo. De los muros del lado este partía un camino y una hilera de caballería se alejaba de las casas en dirección a unos árboles.

—Piensan dejar que soportemos los cañonazos —imaginó Wellesley—, creen que quedaremos tan machacados por las balas y acribillados por la metralla que su infantería podrá entonces administrar el *coup de grâce*. ¡Desean tratarnos con una dosis doble! Artillería y fusilería.

Los árboles entre los que había desaparecido la caballería descendían hacia un barranco escarpado que giraba hacia el terreno elevado desde el cual Wellesley estaba observando al enemigo. Sharpe, mientras miraba el barranco lleno de árboles, vio que los pájaros alzaban el vuelo desde las ramas a medida que la caballería avanzaba bajo la espesura del follaje.

—Jinetes, señor —advirtió Sharpe.

—¿Dónde, muchacho, dónde? —preguntó Wellesley.

Sharpe señaló el barranco.

—Está plagado de esos cabrones, señor. Salieron de la aldea hace apenas unos momentos. No se ven, señor, pero creo que debe de haber un centenar de hombres ahí escondidos.

Wellesley no discutió lo que dijo Sharpe.

—Quieren meternos en el bote —dijo con aparente regocijo—. No los pierda de vista, Sharpe. No tengo ganas de ver la batalla desde la tienda de Scindia con todas sus comodidades. —Volvió la mirada hacia las líneas enemigas, donde las últimas piezas de artillería pesada eran arrastradas hacia su posición. Aquellas dos últimas piezas eran los enormes cañones de asedio de dieciocho libras que habían hecho blanco en el ejército británico al cruzar el vado y en aquellos momentos se estaban emplazando las colosales piezas frente al regimiento de Dodd. Los elefantes tiraron de los cañones hasta llevarlos a su posición y luego fueron conducidos hacia el parque de bagajes situado al otro lado del pueblo—. ¿Cuántos cañones calcula usted que hay, Campbell? —preguntó el general.

—Ochenta y dos cañones, señor, sin contar los que hay junto a Assaye.

—Allí habrá unos veintitrés, creo. ¡Tendremos que ganarnos la paga! Y su línea es más larga de lo que pensaba. Tendremos que extendernos. —No hablaba tanto con Campbell como consigo mismo, pero entonces miró al joven oficial escocés—. ¿Ha contado la infantería?

—¿Unos quince mil en la línea, señor? —se aventuró a responder Campbell.

—Y como mínimo otros tantos en la aldea —dijo Wellesley al tiempo que plegaba el catalejo de golpe—, por no mencionar a la horda de jinetes que hay tras ellos, pero esos sólo contarán si nos enfrentamos al desastre. Son los quince mil que hay al frente los que nos interesan. Si los vencemos a ellos los vencemos a todos. —

Anotó algo a lápiz en un pequeño cuaderno de color negro y a continuación volvió una vez más la vista hacia las líneas enemigas bajo sus estandartes de vivos colores—. ¡Maniobraron muy bien! Fue una actuación encomiable. Pero, ¿saben combatir, eh? Ése es el quid del asunto. ¿Sabrán combatir?

—¡Señor! —exclamó Sharpe en tono apremiante porque, a menos de doscientos pasos de distancia, los primeros jinetes enemigos habían aparecido por el barranco, con sus *tulwars* y las lanzas que refulgían bajo el sol de la tarde, y en aquellos momentos apretaban el paso hacia Wellesley.

—Volvamos por donde vinimos —dijo el general—, y creo que es mejor que nos demos un poco de brío.

Aquella era la segunda vez en un día que a Sharpe lo había perseguido la caballería mahratta, pero en la primera ocasión iba montado en un pequeño caballo autóctono mientras que entonces iba en uno de los corceles del propio coronel y la diferencia era como entre la noche y el día. Los mahratta iban a galope tendido, pero Wellesley y sus dos compañeros no pasaron de medio galope y aun así sus grandes monturas tomaron la delantera en aquella frenética persecución. Sharpe, aferrándose desesperadamente a la perilla de la yegua, echó un vistazo hacia atrás al cabo de dos minutos y vio que los jinetes enemigos se detenían. Así que aquel era el motivo, pensó él, por el que los oficiales estaban deseosos de pagar una pequeña fortuna por caballos británicos e irlandeses.

Los tres hombres descendieron por el valle, subieron por la otra loma y Sharpe vio que la infantería británica ya se había apartado del camino para formar su línea de ataque a lo largo de la baja cresta que se extendía paralela al sendero, pero aquella formación de casacas rojas parecía lastimosamente pequeña comparada con las numerosas huestes enemigas que se encontraban a menos de un kilómetro y medio al oeste. En lugar de una línea de artillería pesada allí sólo había unos cuantos cañones ligeros de seis libras desperdigados y una única batería de catorce piezas más grandes, y para enfrentarse a los tres *compoos* de quince mil hombres de Pohlmann apenas contaban con cinco mil casacas rojas de infantería. Sin embargo, a Wellesley no parecían preocuparle las probabilidades. Sharpe no veía cómo iban a ganar la batalla, en realidad se preguntaba por qué iba a tener lugar siquiera, pero siempre que las dudas aumentaban sus temores no tenía más que mirar a Wellesley y reconfortarse con la serena confianza del general.

Wellesley cabalgó primero hacia el flanco izquierdo de sus tropas donde los Highlanders de falda escocesa del 78.º esperaban formados en línea.

—Avanzarán dentro de unos momentos, Harness —le dijo a su coronel—. ¡Derechos al frente! Me imagino que se encontrarán con que las bayonetas les serán útiles. Dígales a sus tiradores que hay caballería por ahí, aunque dudo que se encuentren con ellos en este extremo de las líneas.

Harness dio la impresión de no oír al general. Estaba sentado sobre un caballo grande de un color tan negro como su altísimo sombrero de piel de oso y llevaba un enorme claymore que tenía aspecto de haber estado matando a los enemigos de Escocia durante más de un siglo.

—Es domingo, Wellesley. —Finalmente habló, aunque sin mirar al general—. «Acuérdate del día de reposo, para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios, no hagas en él obra alguna.» —El coronel miró a Wellesley con el ceño fruncido—. ¿Está usted seguro de que quiere combatir hoy?

—Completamente seguro, coronel —respondió Wellesley con mucha serenidad.

Harness hizo una mueca.

—No será el primer mandamiento que desobedezco, así que, ¡al diablo con ello! —Hizo un floreo con su enorme claymore—. No tiene que preocuparse por mis granujas, Wellesley, pueden matar igual que cualquiera aunque sea domingo.

—Nunca lo he dudado.

—Derechos al frente, ¿eh? Le pegaré con el látigo a cualquier perro que flaquee. ¿Lo han oído, cabrones? ¡Los azotaré hasta que sangren!

—Le deseo que disfrute de la tarde, coronel —le dijo Wellesley a Harness, y a continuación se dirigió hacia el norte para hablar con los comandantes de los otros cinco batallones. Les dio instrucciones parecidas a las que le había dado al coronel Harness aunque, como los cipayos de Madras no desplegaron tiradores, a ellos simplemente les advirtió que tenían una posibilidad de conseguir la victoria y que ésta consistía en marchar en línea recta bajo el fuego enemigo y, soportándolo, llevar las bayonetas contra las tropas mahratta. Les dijo a los oficiales al mando de los dos batallones cipayos de la segunda línea que tendrían que unirse a la primera—. Ustedes avanzarán hacia la derecha en diagonal —les dijo— y formarán entre el 8.º de Corben y los piquetes del coronel Orrock. —Él había tenido la esperanza de atacar en dos líneas de manera que los soldados de atrás pudieran apoyar a los de delante, pero la formación enemiga era demasiado extensa y tendría que hacer avanzar a todos los soldados de infantería en una sola línea. No habría reservas. El general fue al encuentro del coronel Wallace que aquel día estaría al mando de una brigada de sus propios Highlanders del 74.º así como de dos batallones cipayos que, junto a los piquetes de Orrock, formarían el flanco derecho de las fuerzas atacantes. Advirtió a Wallace sobre la extensión de la línea—. Haré que Orrock avance en diagonal hacia la derecha para dejar sitio a sus cipayos —le prometió a Wallace—, y voy a situar su regimiento en el flanco derecho de Orrock. —Wallace, al estar al mando de la brigada, no dirigiría a sus propios hombres de las Highlands, que estarían a las órdenes de su segundo, el comandante Swinton. El coronel McCandless se había reunido con su amigo Wallace y Wellesley lo saludó—. Veo que su hombre está en el

flanco izquierdo, McCandless.

—Eso he visto yo también, señor.

—Pero no quiero lidiar con él demasiado pronto. Se encuentra muy cerca del pueblo y lo han convertido en una plaza fuerte, así que atacaremos la derecha de la línea, luego giraremos hacia el norte e inmovilizaremos a los demás contra el río Juah. Tendrá usted su oportunidad, McCandless, la tendrá.

—Confío en ello, señor —respondió McCandless. El coronel movió la cabeza en un mudo saludo dirigido a Sharpe, que entonces tuvo que seguir a Wellesley hacia las filas del 74.º.

—Le agradecería, Swinton —dijo Wellesley—, que hiciera girar a sus hombres hacia la derecha y tomara posiciones más allá de los piquetes del coronel Orrock. Ustedes formarán el nuevo flanco derecho. Le he dicho al coronel Orrock que se mueva un poco a la derecha, de modo que tendrán que recorrer un buen trecho para dirigirse a su nueva posición. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor —contestó Swinton—. Orrock avanzará en diagonal hacia la derecha, nosotros giramos y lo rodeamos para formar el nuevo flanco y los cipayos ocuparán nuestro lugar aquí.

—¡Muy bien! —exclamó Wellesley y a continuación galopó al encuentro del coronel Orrock. Sharpe supuso que el general le había ordenado al 74.º que se situara en el lado exterior de las tropas de Orrock porque no confiaba en el nervioso coronel para que mantuviera el flanco derecho. El contingente de medias compañías de Orrock constituía una poco numerosa aunque potente fuerza, pero carecía de la cohesión de los batallones a los que pertenecían los soldados—. Usted tiene que conducirlos hacia la derecha —le explicó Wellesley al coronel de rostro colorado—, pero no demasiado. ¿Lo entiende? ¡No vaya demasiado a la derecha! Porque se encontrará con una aldea defendida frente a su flanco derecho y es un lugar salvaje. No quiero ver a ninguno de sus hombres cerca de allí hasta que hayamos mandado a freír espárragos a la infantería.

—¿Voy a la derecha? —preguntó Orrock.

—Avance en diagonal hacia la derecha —dijo Wellesley— y luego vuelva a enderezar la marcha. Debería bastar con unos doscientos pasos. En diagonal hacia la derecha, Orrock, deje que la línea se ensanche unos doscientos pasos más y luego enderece y marche directo hacia el enemigo. Swinton llevará a sus hombres a su flanco derecho, Orrock. No lo espere, deje que sea él quien lo alcance a usted, y no dude cuando atacemos. Usted límitese a avanzar con la bayoneta en ristre.

Orrock echó la cabeza hacia delante, se rascó la barbilla y parpadeó.

—¿Me dirijo hacia la derecha?

—Y después recto hacia delante —dijo Wellesley pacientemente.

—Sí, señor —repuso Orrock y se sobresaltó, nervioso, cuando uno de sus

pequeños cañones de seis libras, que estaba apostado a unos cincuenta metros frente a su línea, disparó.

—¿Qué diablos...? —preguntó Wellesley al tiempo que se daba la vuelta para mirar a la pequeña pieza de artillería que había dado un salto de cinco o seis metros hacia atrás. No vio contra lo que había disparado porque el humo de la descarga formó una espesa nube delante del tubo, pero un segundo después una bala enemiga atravesó la humareda con un bramido, agitándola, para acabar rebotando entre dos de las medias compañías de Orrock. Wellesley cabalgó hacia la izquierda y vio que el enemigo había abierto fuego. De momento se limitaban a disparar para calibrar el alcance pero los cañones no tardarían en verter un torrente de metal sobre las tropas vestidas de rojo.

El general volvió a cabalgar hacia el sur. Era casi media tarde y el sol quemaba el mundo hasta teñirlo de blanco. La atmósfera era húmeda, costaba respirar y todos los soldados de la línea británica estaban sudando. Las balas enemigas rebotaban en el suelo frente a ellos y uno de los proyectiles saltó hacia arriba y aplastó a una fila de cipayos convirtiéndolos en sangre y huesos. El sonido del cañoneo enemigo era discordante y las balas chocaban contra el suelo caliente con golpes sucesivos que se hacían cada vez más seguidos a medida que más cañones se unían al bombardeo. La artillería británica respondió y el humo de sus descargas reveló sus posiciones, y los artilleros enemigos apuntaron sus piezas en dirección a los cañones británicos que, ampliamente superados en número, se estaban llevando sin lugar a dudas la peor parte del intercambio. Sharpe vio cómo el terreno alrededor de un seis libras era golpeado una y otra vez por las balas enemigas y cómo a cada golpazo se levantaba una carretada de tierra, entonces el pequeño cañón pareció desintegrarse cuando una pesada bala cayó a plomo en la parte delantera de su cureña. Las astillas salieron despedidas y evisceraron a la tropa que había estado sirviendo el arma. El tubo se empinó y los muñones se arrancaron de la cureña, luego el pesado tubo de metal cayó lentamente sobre un soldado herido. Otro artillero se alejó tambaleándose y respirando con dificultad mientras que un tercero yacía en el suelo con aspecto de estar dormido.

Un gaitero empezó a tocar cuando el general se acercó a los soldados de falda escocesa del 78.º.

—Creía haber ordenado que todos los músicos a excepción de los tambores dejaran atrás sus instrumentos —dijo Wellesley con enojo.

—Es muy difícil entrar en batalla sin las gaitas, señor —repuso Campbell en tono recriminatorio.

—Y también es difícil salvar a los heridos sin ordenanzas —se quejó Wellesley. En combate el trabajo de los gaiteros consistía en salvar a los heridos, pero Harness había desobedecido alegremente la orden y se había traído a sus gaiteros. Sin

embargo, era demasiado tarde para preocuparse entonces por aquel acto de indisciplina. Otra bala encontró su objetivo en un batallón cipayo, arrojando a los soldados hacia los lados como si fueran muñecas rotas, mientras que un proyectil de elevada trayectoria chocó contra un alto árbol sacudiendo las hojas de más arriba, y provocando que un pequeño loro verde soltara un chillido al tiempo que huía de las ramas.

Wellesley detuvo su caballo cerca del 78.º. Echó un vistazo a su derecha, luego volvió la vista hacia los ochocientos o novecientos metros de campiña que separaban su pequeño contingente del enemigo. En aquellos momentos el ruido de los cañones ya era constante, un estruendo ensordecedor, y la humareda de los disparos ocultaba a la infantería mahratta que aguardaba su ataque. Si el general estaba nervioso no daba muestras de ello, a menos que el suave tamborileo de sus dedos contra el muslo fuera indicio de cierta preocupación. Aquél era su primer combate propiamente dicho en el campo de batalla, artillería contra artillería e infantería contra infantería, pero él parecía estar completamente tranquilo.

Sharpe se pasó la lengua por los labios resecos. Su yegua estaba inquieta y *Diomedes* no dejaba de parar las orejas con cada cañonazo. Fue alcanzado otro cañón británico y en esa ocasión perdió una rueda a causa de una bala enemiga. Los artilleros trajeron rodando una rueda nueva mientras que el oficial al mando de la pequeña batería avanzaba corriendo con un espeque en la mano. La infantería esperaba bajo sus estandartes de seda de vivos colores y en su larga línea de dos filas brillaban las puntas de las bayonetas.

—Es hora de irse —dijo Wellesley en voz muy baja—. Adelante, caballeros —añadió, todavía sin alzar la voz. Tomó aire—. ¡Adelante! —gritó y, al mismo tiempo, se sacó el sombrero de tres picos y lo agitó hacia el enemigo.

Los tambores británicos empezaron con sus redobles. Los sargentos gritaron. Los oficiales desenvainaron las espadas. Los soldados iniciaron la marcha.

La batalla había comenzado.

Los casacas rojas avanzaron en una línea de dos filas. Las tropas se desplegaron al andar y los sargentos les gritaban a las filas que se mantuvieran cerradas. La infantería tenía que rebasar primero la línea de los cañones británicos que estaban sufriendo terriblemente en un desigual duelo de artillería con los servidores goaneses. El enemigo disparaba granadas así como proyectiles macizos y Sharpe se estremeció cuando una granada estalló entre un grupo de bueyes que había atados a unas estacas a unos cien metros por detrás de su cañón. Las bestias heridas bramaron y una de ellas se soltó de su atadura para irse cojeando, arrastrando una pata ensangrentada, hacia la infantería del 10.º de Madras. Un oficial británico echó a correr, acabó con el sufrimiento del animal con la pistola y los cipayos pasaron con delicadeza junto al tembloroso cadáver. El coronel Harness, al ver que sus dos pequeños cañones del batallón iban a ser destruidos inevitablemente si permanecían en acción, ordenó a sus artilleros que engancharan los arzones y siguieran al regimiento en su avance.

—¡Dense prisa, montón de granujas! Quiero que se peguen a mis espaldas.

Los artilleros enemigos, al ver que habían ganado el combate entre las baterías, volvieron sus armas contra la infantería. Disparaban desde una distancia de unos setecientos metros, demasiado lejos para los botes de metralla, pero una bala podía azotar una fila y convertirla en jirones sangrientos en un abrir y cerrar de ojos. El ruido de los cañones era interminable, un disparo se fundía con el siguiente y juntos provocaban un estruendo de ensordecedora violencia. La línea enemiga estaba envuelta en una cortina de humo de color blanco grisáceo que constantemente quedaba iluminada por los fogonazos de los disparos en lo profundo de la humareda. De vez en cuando una batería mahratta hacía una pausa para dejar que el humo se disipara y Sharpe, cabalgando a unos veinte pasos por detrás del general que estaba avanzando por la derecha del 78.º, pudo observar cómo los artilleros enemigos tiraban de sus armas, los veía retroceder cuando el capitán acercaba el botafuego al tubo, luego el cañón desaparecía de nuevo tras una nube de humo de pólvora y, al cabo de un instante, una bala caía frente a la infantería. A veces rebotaba por encima de las cabezas de los soldados, pero con demasiada frecuencia los pesados proyectiles chocaban contra las filas y los hombres quedaban destrozados bajo una lluvia de sangre. Sharpe vio la mitad anterior de un mosquete hecho pedazos que salía volando de entre las filas de los Highlanders. Dio unas vueltas por los aires, seguido por la sangre de su propietario, y luego cayó para atravesar el césped con su bayoneta. Un suave viento del norte se llevó el humo de la zona central de la línea enemiga donde los cañones estaban situados de manera que los ejes casi se tocaban entre ellos. Sharpe miró cómo los soldados atacaban los tubos, observó cómo se apartaban, vio surgir el humo de nuevo y oyó el silbido de una bala justo por encima de la cabeza.

De vez en cuando Sharpe veía la lengua de fuego rojo oscuro que como un rayo surgía del centro de la nube en su dirección, luego el trazo gris plumizo de una bala que iba hacia él describiendo un arco en el cielo y en una ocasión vio la voluta de humo en furiosa espiral que dejaba la mecha ardiendo de una granada, pero en todos los casos las balas se desviaron o cayeron antes de alcanzar el blanco para revolver un polvoriento tramo de tierra.

—¡Cierren filas! —gritaban los sargentos—. ¡Cierren filas!

Los tambores marcaban el ritmo del avance. Por delante el terreno era bajo y cuanto antes llegara la línea de ataque al valle, antes quedaría fuera de la visión de los artilleros. Wellesley miró a su derecha y vio que Orrock se había detenido y que el 74.º, que debía haber formado a la derecha de los hombres de Orrock, también se había parado.

—¡Dígale a Orrock que siga! ¡Dígale que siga adelante! —le gritó el general a Campbell, el cual apretó el paso para cruzar la línea de avance. Su caballo atravesó al galope una nube de humo de granadas, saltó sobre una cureña rota y luego Sharpe perdió de vista al edecán. Wellesley espoleó su caballo para que se acercara más a los soldados del 78.º, que en aquellos momentos se estaban colocando delante de los cipayos. Los Highlanders eran más altos que los de los batallones de Madras y con unas zancadas más largas se apresuraron a llegar al terreno cubierto donde el bombardeo no los alcanzara. Una granada que había rebotado se detuvo cerca de la compañía de granaderos situada a la derecha de la línea del 78.º y los soldados de falda escocesa se apartaron de un salto, todos menos uno que salió despedido de la primera fila cuando el proyectil se puso a girar violentamente en el suelo mientras la mecha escupía una maraña de humo. Con la bota derecha pisó con fuerza la granada para detenerla y luego le propinó un fuerte golpe con la culata metálica de su mosquete y separó la espoleta.

—¿Ahora se me perdona el castigo, sargento? —gritó.

—Póngase en la fila, John, póngase en la fila —le respondió el sargento.

Wellesley sonrió y luego se estremeció cuando una bala pasó peligrosamente cerca de su sombrero. Miró a su alrededor buscando a sus edecanes y vio a Barclay.

—Es la calma antes de la tormenta —comentó el general.

—Pues vaya calma, señor.

—Vaya tormenta —terció un indio. Era uno de los jefes mahratta que se habían aliado con los británicos y cuyos jinetes mantenían atareada a la caballería al sur del río. Tres hombres como aquél cabalgaban con Wellesley y uno de ellos tenía un caballo mal entrenado que echaba a correr hacia un lado cada vez que estallaba una granada.

El comandante Blackiston, el ingeniero del estado mayor de Wellesley al que habían enviado a reconocer el terreno al norte del lugar donde se encontraba el

ejército, regresaba entonces galopando por detrás de la línea que avanzaba.

—El terreno junto al pueblo es muy accidentado, señor, está cortado por barrancos —informó—, no se puede avanzar por ningún sitio.

Wellesley soltó un gruñido. Aún no tenía ninguna intención de mandar a la infantería junto a la aldea, de modo que la información de Blackiston no era inmediatamente útil.

—¿Vio usted a Orrock?

—Estaba preocupado por sus dos cañones, señor. No puede hacerlos avanzar porque han matado a todos los animales de tiro, pero Campbell lo está empujando a que siga adelante.

Wellesley se puso de pie en los estribos para mirar hacia el norte y vio que los piquetes de Orrock finalmente se alejaban a paso rápido. Marchaban en diagonal, sin sus dos pequeños cañones, dejando espacio para que los dos batallones cipayos se sumaran a la línea. Más allá estaba el 74.º, que desaparecía en un pliegue del terreno.

—No avance demasiado, Orrock, no avance demasiado —dijo Wellesley entre dientes, luego perdió de vista a los soldados de Orrock cuando su caballo siguió al 78.º adentrándose en una zona más baja—. Cuando los tengamos inmovilizados contra el río —le preguntó a Blackiston con un ademán para indicar que se refería al río Juah, al norte—, ¿pueden escapar?

—Es perfectamente vadeable, señor, me temo —respondió Blackiston—. Dudo que puedan bajar por la orilla más que un puñado de cañones, pero un soldado puede escapar con suma facilidad.

Wellesley se dio por enterado con un bufido y avanzó apretando el paso y dejando atrás al ingeniero.

—¡Ni siquiera preguntó si me persiguieron! —le comentó Blackiston a Barclay con fingida indignación.

—¿Y lo hicieron, John?

—¡Ya lo creo que sí, maldita sea! Dos docenas de cabrones de los que van montados en esos enjutos ponis. Parecen niños cazando con jauría.

—¿Pero no se llevó ningún agujero de bala? —preguntó Barclay.

—Ni uno —contestó Blackiston con pesar, entonces vio la sorprendida mirada de Sharpe—. Es una apuesta, sargento —explicó el ingeniero—. El miembro del séquito del general que acabe con más agujeros de bala gana el bote.

—¿Yo también cuento, señor?

—Usted sustituye a Fletcher, y él no tuvo que pagar para participar porque afirmó estar sin blanca. Lo admitimos porque somos personas bondadosas. Pero nada de trampas. No podemos consentir que nadie se agujeree la casaca con la espada para ganar puntos.

—¿Cuántos puntos obtiene Fletcher, señor —preguntó Sharpe—, por haberle

saltado la cabeza por los aires?

—Está descalificado, por supuesto, por negligencia extrema.

Sharpe soltó una carcajada. Las palabras de Blackiston no hacían gracia, desde luego, pero la risa surgió de su interior y ello hizo que Wellesley se volviera en la silla y lo mirara con el ceño fruncido. En realidad Sharpe luchaba contra un miedo cada vez mayor. De momento se encontraba bastante seguro puesto que el flanco izquierdo de la línea de ataque se hallaba en terreno cubierto y el bombardeo enemigo se concentraba en los batallones cipayos que aún no habían llegado al valle, pero Sharpe oía el estruendo, rápido como un azote, de las balas que hendían el aire, oía los cañonazos, y cada pocos segundos una granada de obús caía al valle y explotaba con una bocanada de humo y llamaradas. Hasta el momento los obuses no habían conseguido causar daños, pero Sharpe vio cómo se doblaban los pequeños arbustos con sus estallidos y oyó cómo los pedazos de casco de las granadas atravesaban las hojas. En algunos puntos la maleza había prendido.

Trató de concentrarse en las pequeñas cosas. Una de las cantimploras tenía una correa rota, de modo que la anudó. Observó que las orejas de su yegua se agitaban con cada estallido de las granadas y se preguntó si los caballos tenían miedo. ¿Comprendían esa clase de peligro? Miró a los escoceses que avanzaban imperturbables entre las matas y los árboles, espléndidos con sus sombreros de piel de oso con plumas y sus faldas escocesas plisadas. Se encontraban muy lejos de su puñetero hogar, pensó, y se sorprendió de que en realidad él no sintiera eso mismo, sino que no supiera cuál era su hogar. Londres no, seguro, aunque había crecido allí. ¿Inglaterra? Suponía que sí, pero, ¿qué significaba para él Inglaterra? Algo distinto a lo que significaba para el comandante Blackiston, imaginó. Volvió a pensar en la oferta de Pohlmann y especuló sobre cómo sería estar tras aquella línea de cañones maharatta con espada y fajín. Le pareció totalmente seguro limitarse a estar ahí y observar a través del humo mientras una línea de enemigos de casaca roja marchaba hacia el horror. Así pues, ¿por qué no había aceptado? Y supo que la verdadera razón no era un cierto amor sentido a medias por su país, ni un odio hacia Dodd, sino que la única espada y el único fajín que él quería eran los que le permitieran volver a Inglaterra y escupir a las personas que le habían amargado la vida. Pero no habría ni espada ni fajín. Los sargentos no eran nombrados oficiales, no con frecuencia, y de pronto se sintió avergonzado por haber interrogado a McCandless sobre el tema. Aunque al menos el coronel no se había reído de él.

Wellesley había dado la vuelta para hablar con el coronel Harness.

—Vamos a lanzar una descarga de mosquetería sobre los cañones, Harness, cuando a usted le parezca bien. Eso nos debería dejar tiempo para recargar, pero guarde la segunda descarga para la infantería.

—Yo ya había pensado lo mismo —contestó Harness con el ceño fruncido—. Y

no voy a utilizar tiradores, no en domingo. —Por norma general la compañía ligera iba delante del resto del batallón y se dispersaba en una amplia línea que disparaba contra el enemigo antes de que llegaran las principales fuerzas de ataque, pero Harness debía de haber decidido que sería mejor reservar el fuego de la compañía ligera para la única descarga que planeaba lanzar contra los artilleros.

—Pronto terminará todo —dijo Wellesley sin rebatir la decisión de Harness de mantener alineada a su compañía ligera, y Sharpe decidió que el general debía de estar nervioso puesto que aquellas tres últimas palabras sonaron más locuaces que de costumbre. El mismo Wellesley debió de creer que había dejado traslucir sus sentimientos, pues su expresión era de lo más aciaga. Su buen humor se había desvanecido desde el instante en que la artillería enemiga había empezado a disparar.

En aquellos momentos los escoceses iniciaban el ascenso. Marchaban pesadamente por el rastrojo y en cualquier momento cruzarían la cima de la suave colina y se encontrarían de nuevo en la mira de los artilleros. Lo primero que éstos verían serían los dos estandartes del regimiento, luego a los oficiales a caballo, después la línea de gorros de piel de oso y por último todo el despliegue rojo, blanco y negro de un batallón en línea con el destello de sus bayonetas caladas bajo el sol. «Y ahora que Dios nos ayude», pensó Sharpe, porque a esas alturas todos y cada uno de aquellos jodidos cañones debían de estar recargados y a la espera del objetivo, y de pronto la primera bala cayó en la cima a tan sólo unos pasos por delante, rebotó y pasó sin causar daños por encima de las cabezas de los soldados.

—Ése ha disparado antes de tiempo —dijo Barclay—. ¡Expulsado!

Sharpe miró a su derecha. Los siguientes cuatro batallones, todos cipayos, se encontraban entonces a salvo en terreno cubierto mientras que los piquetes de Orrock y el 74.º habían desaparecido entre los árboles al norte del valle. Los escoceses de Harness serían los primeros en estar a la vista durante el ascenso y, por unos momentos, contarían con toda la atención de los artilleros. Había algunos Highlanders que iban deprisa, como si quisieran terminar cuanto antes con la terrible experiencia.

—¡Mantengan la formación! —les bramó Harness—. ¡Esto no es una carrera para ver quién llega antes a la taberna! ¡Maldita sea!

Elsie. De repente Sharpe se acordó del nombre de una chica que había trabajado en la taberna cercana a Wetherby donde él había huido tras escaparse de Brewhouse Lane. Se preguntó por qué habría pensado en ella y tuvo una repentina visión del bar, lleno del vapor que emanaba de los abrigo húmedos de los hombres una noche de invierno, y de Elsie y las otras chicas llevando la cerveza en las bandejas, del fuego que chisporroteaba en el hogar, del pastor ciego emborrachándose y de los perros durmiendo debajo de las mesas, y se imaginó entrando de nuevo en aquella estancia ennegrecida por el humo con su fajín de oficial y su espada, pero entonces se olvidó

de todo lo que tuviera que ver con Yorkshire cuando el 78.º, con Wellesley y su séquito a su derecha, apareció en el llano terreno frente a la artillería enemiga.

La primera reacción de sorpresa de Sharpe fue al ver cuan cerca se encontraban; el terreno bajo los había llevado a unos ciento cincuenta pasos de distancia de los cañones enemigos. Y la segunda reacción fue al ver el espléndido aspecto del rival, pues sus cañones estaban alineados como para una inspección mientras que, detrás de ellos, los batallones maharatta se hallaban formados en cuatro filas cerradas bajo sus banderas. Entonces se le ocurrió que aquél era el aspecto que debía tener la muerte y, en el preciso momento en el que lo pensó, toda la magnífica formación del ejército enemigo desapareció detrás de una extensa humareda, una masa turbia en la que el humo se retorció como si lo torturaran, y a cada pocos metros surgía una llamarada en aquel albor mientras que, delante de la nube, las cosechas se allanaban con los estallidos de la pólvora al tiempo que las pesadas balas de cañón arrasaban las filas de los Highlanders.

Parecía haber sangre por todas partes, y soldados abatidos que caían o se deslizaban en medio de aquella carnicería. Un hombre daba unos gritos ahogados en algún lugar, pero nadie chillaba. Un gaitero soltó su instrumento y corrió hacia un soldado caído al que le habían arrancado la pierna. A cada pocos metros había una maraña de hombres muertos y agonizantes que indicaban el lugar en el que una bala había alcanzado las filas del regimiento. Un joven oficial trataba de calmar a su caballo que andaba de lado aterrorizado, con los ojos en blanco y sacudiendo la cabeza. El coronel Harness guió a su propio caballo para que rodeara a un soldado destripado sin dirigirle ni una mirada al muerto. Los sargentos gritaban enojados para que las filas se cerraran, como si fuera culpa de los Highlanders que hubiese huecos en la línea. Luego todo pareció sumirse en un extraño silencio. Wellesley se dio la vuelta y habló con Barclay, pero Sharpe no oyó nada, entonces cayó en la cuenta de que le zumbaban los oídos debido al terrible estruendo de aquella descarga de artillería. *Diomedes* intentó zafarse y él tiró del caballo rucio para que no se alejara. La sangre de Fletcher se había secado formando una costra en la ijada de *Diomedes*, que estaba plagada de moscas. Un soldado de las Highlands iba soltando una terrible retahíla de palabrotas mientras sus compañeros se alejaban de él. Estaba en cuatro patas, sin ninguna herida aparente, pero entonces levantó la vista para mirar a Sharpe, pronunció una última obscenidad y se desplomó boca abajo. Más moscas se congregaron en aquel desparrame azul brillante que eran las entrañas del escocés destripado. Otro soldado se arrastraba por el rastrojo e iba dando tirones al mosquete que llevaba agarrado por el blanqueado portafusil.

—¡Cuidado! —gritó Harness—. ¡Maldita sea vuestra prisa! ¡No estamos haciendo ninguna carrera! ¡Pensad en vuestras madres!

—¿Madres? —preguntó Blackiston.

—¡Cierren filas! —bramó un sargento—. ¡Cierren filas!

Los artilleros mahratta estarían recargando frenéticamente, pero esta vez con botes de metralla. El humo de los cañones se estaba disipando, haciendo volutas al tiempo que la suave brisa se lo llevaba, y Sharpe vio las borrosas figuras de los soldados atacando los tubos y llevando las cargas a las bocas. Otros movían los timones con espeques para encarar las armas que habían retrocedido contra los escoceses. Wellesley frenaba a su semental por si se alejaba demasiado de los Highlanders. A la derecha no se veía nada. Los cipayos se encontraban aún en una zona cubierta y el flanco derecho se perdía entre los dispersos árboles y el accidentado terreno del norte, así que de momento parecía como si los Highlanders de Harness estuvieran luchando la batalla solos, seiscientos hombres contra cien mil, pero los escoceses no flaquearon. Dejaron atrás a sus muertos y heridos y cruzaron el campo abierto hacia los cañones que estaban cargados con sus muertes. Los gaiteros empezaron a tocar de nuevo y la delirante música pareció dotar de nuevo brío los pasos de los Highlanders. Caminaban hacia la muerte, pero lo hacían en perfecto orden y con aparente calma. No era de extrañar que los soldados compusieran canciones sobre los escoceses, pensó Sharpe, y entonces se giró al oír un ruido de cascos a su espalda y vio que se trataba del capitán Campbell que regresaba de su misión. El capitán le sonrió a Sharpe.

—Pensé que llegaría demasiado tarde.

—Llega a tiempo, señor. Justo a tiempo —dijo Sharpe, pero ¿a tiempo para qué?, se preguntó.

Campbell siguió cabalgando para ir al encuentro de Wellesley y presentar su informe. El general escuchó, asintió con la cabeza y luego la artillería que había justo delante empezó a descargar otra vez, sólo que en aquella ocasión lo hizo de forma irregular puesto que los cañones iban disparando a medida que se cargaban. Cada uno de ellos provocaba un tremendo estallido, igual de ensordecedor que un puñetazo en el oído, y los botes de metralla salpicaban el campo frente a los escoceses con una miríada de bocanadas de polvo antes de rebotar y arrojar hacia atrás a los soldados. Las cargas consistían en un bote metálico abarrotado de balas de mosquete o de fragmentos de metal y trozos de piedra y, en cuanto salía del tubo del cañón, el bote de metralla se rasgaba y esparcía sus proyectiles como una gigantesca ráfaga de perdigones.

Disparó otro cañón, luego otro, y cada cañonazo aporreaba la tierra y mandaba su parte de escoceses a la otra vida o bien causaba otro tullido para el distrito u otro herido para el cirujano. Los tambores seguían tocando aunque uno de ellos renqueaba y otro iba goteando sangre sobre el cuero de su instrumento. El gaitero empezó a tocar una melodía más desenfadada, como si aquella marcha hacia una horda enemiga fuera algo para celebrar, y algunos Highlanders apretaron el paso.

—¡No se impacienten tanto! —gritó Harness—. ¡No se impacienten! —Empuñaba su claymore e iba detrás de las dos filas de sus soldados, pegado a ellas, como si quisiera atravesarlas y llevar su mortífera hoja contra los artilleros que hacían trizas su regimiento. Un gorro de piel de oso voló en pedazos debido a un bote de metralla que dejó intacto al soldado que lo llevaba puesto.

—¡Cuidado! —exclamó un comandante.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —gritaban los sargentos—. ¡Cierren las filas! —Los cabos, que eran los encargados de estrechar las filas, iban corriendo detrás de las tropas y llevaban a los soldados a derecha o izquierda para tapar los huecos que los cañones habían abierto. En aquellos momentos los huecos eran más grandes porque un tubo cargado con un bote de metralla y bien dirigido podía abatir cuatro o cinco filas, mientras que una bala sólo podía derribar una sola fila a la vez.

Dispararon cuatro cañones, luego un quinto y después toda una sucesión de piezas de artillería estallaron al mismo tiempo y la atmósfera que envolvía a Sharpe pareció llenarse de un viento veloz y ululante mientras que la línea de los Highlanders daba la sensación de retorcerse bajo aquel violento vendaval. Sin embargo, aunque dejó atrás a algunos soldados, aquellos que sangraban, vomitaban, lloraban y llamaban a sus compañeros o a sus madres, los demás cerraron filas y siguieron avanzando imperturbablemente. Hubo más cañonazos que cubrieron de humo al enemigo y Sharpe oyó que los botes de metralla alcanzaban al regimiento. Cada estallido traía consigo el traqueteo de las balas al golpear los mosquetes y los Highlanders, tal y como hacía la infantería en todas partes, se cercioraron de que las anchas culatas de sus armas les cubrieran la entrepierna. La línea ya era más corta, mucho más corta, y casi había alcanzado el extremo de la persistente masa de humo bombeada por la artillería enemiga.

—¡78.º —gritó Harness con un inmenso vozarrón—, alto!

Wellesley frenó su caballo. Sharpe miró a la derecha y vio que los cipayos salían del valle formando una larga línea roja, una línea irregular puesto que había huecos entre los batallones y el trayecto a través del valle invadido de arbustos había sesgado la formación de los cipayos. Entonces abrieron fuego los cañones situados en el extremo norte de la línea mahratta y la alineación de los cipayos fue aún más irregular. Aun así, al igual que los escoceses que tenían a la derecha, siguieron adelante bajo los cañonazos.

—¡Apunten! —exclamó Harness con un dejo expectante en la voz. Los escoceses se llevaron los fusiles al hombro. Se hallaban a tan sólo sesenta metros de los cañones y hasta un mosquete de ánima lisa era lo suficientemente preciso a esa distancia—. ¡No disparen alto, perros! —les advirtió Harness—. Haré azotar a cualquiera que dispare alto. ¡Fuego!

La descarga sonó débil comparada con el estruendo de los grandes cañones, pero

de todas formas fue reconfortante y Sharpe casi gritó entusiasmado cuando los soldados de las Highlands abrieron fuego y sus disparos hendieron el aire con un chasquido por encima del rastrojo. Los artilleros desaparecían. Algunos debían de haber resultado muertos, pero otros simplemente se refugiaban bajo los grandes timones de sus cañones.

—¡Recarguen! —bramó Harness—. ¡No pierdan el tiempo! ¡Recarguen!

Era en aquel punto cuando el entrenamiento de los Highlanders resultaba provechoso puesto que un mosquete era muy incómodo de cargar, lo cual resultaba más engorroso aún a causa de la bayoneta de más de cuarenta centímetros que llevaba calada en la boca. La hoja triangular hacía difícil atacar el arma debidamente y algunos de los Highlanders desenroscaron las bayonetas para hacer más fácil la tarea, pero todos recargaron con rapidez, tal como les habían enseñado a hacer durante largas y duras semanas en su país. Recargaron, atacaron y cebaron los fusiles y luego volvieron a encajar las baquetas en los aros del cañón. Aquellos que habían sacado las bayonetas volvieron a fijarlas en sus encajados y así dejaron sus armas otra vez listas.

—¡Reserven la descarga para la infantería! —les avisó Harness—. ¡Y ahora, muchachos, adelante, y dadles a esos cabrones paganos una matanza de domingo como es debido!

Aquello era venganza. Aquello era dar rienda suelta a la ira. Los cañones enemigos aún no estaban cargados y los soldados que los servían habían sido duramente alcanzados por la descarga, por lo que no habría tiempo de cargar la mayoría de esas piezas de artillería antes de que los escoceses cayeran sobre ellas. Algunos artilleros huyeron. Sharpe vio que un oficial maharatta a caballo los rodeaba y los obligaba a volver a sus armas con la cara de la hoja de su espada pero también vio un cañón, un monstruo pintado situado justo frente a él, cuya carga apretaban dos soldados que tiraron de la baqueta, la sacaron y se echaron a un lado a toda prisa.

—Lo que estamos a punto de recibir —murmuró Blackiston. El ingeniero también había visto a los artilleros cargar el tubo.

El cañón disparó y su chorro de humo casi envolvió al séquito del general. Por un instante Sharpe vio la alta figura de Wellesley recortada contra la pálida humareda, luego ya no vio nada más que sangre y al general que caía. El calor y la emisión de gases del cañón pasaron velozmente junto a Sharpe tan sólo un segundo después de que los pedazos del bote de metralla hubieran llenado el aire a su alrededor, pero él se hallaba justo detrás del general, a su sombra, y era Wellesley quien había sido alcanzado por la explosión.

O mejor dicho, su caballo. El semental resultó herido en una docena de lugares mientras que Wellesley, como por arte de magia, no había sufrido ni un rasguño. El enorme caballo perdió el equilibrio y cayó muerto antes de tocar el suelo y Sharpe vio

que el general sacaba los pies de los estribos con una sacudida y se valía de las manos para arrojar fuera de la silla mientras el caballo se desplomaba. El pie derecho de Wellesley fue el primero en tocar el suelo y, antes de que el semental pudiera aplastarle la pierna al caer, se apartó de un salto y se tambaleó ligeramente a causa de su apremio. Campbell se volvió hacia él pero el general le hizo señas para que no se acercara. Sharpe golpeó la yegua con los talones para hacerla avanzar y se desató las riendas de *Diomedes* del cinturón. ¿Acaso tenía que desensillar al caballo muerto? Supuso que sí, de modo que se deslizó de su propia montura. Pero, ¿qué diablos iba a hacer con la yegua y con *Diomedes* mientras le desenredaba la silla al semental muerto? Entonces se le ocurrió atar a ambos a la brida del animal inerte.

—Cuatrocientas guineas perdidas por una bala que vale un penique —dijo Wellesley con sarcasmo, mirando cómo Sharpe desabrochaba la cincha del semental muerto. O casi muerto, porque la bestia aún se agitaba y coceaba en tanto que las moscas acudían a darse un festín con su sangre recién derramada.

—Me llevaré a *Diomedes* —le dijo Wellesley a Sharpe, y se agachó para ayudar, tirando de la silla con todas las bolsas y pistoleras que llevaba sujetas para quitársela al caballo agonizante, pero entonces un grito salvaje hizo que el general se volviera para ver cómo los hombres de Harness cargaban contra la línea de artillería. El grito fue el ruido que hicieron al atacar el objetivo, un grito que suponía la liberación de todos sus miedos y un terrible ruido que presagiaba la muerte de sus enemigos. ¡Y cómo gritaron! Los escoceses encontraron a los artilleros que habían permanecido en sus puestos agachados bajo los timones, los sacaron de ahí a rastras y les clavaron las bayonetas una y otra vez.

—¡Hijo de puta! —gritó un soldado al tiempo que hundía repetidamente la hoja en el vientre de un artillero muerto—. ¡Negro pagano hijo de puta! —Le dio una patada en la cabeza y a continuación volvió a acuchillarlo con la bayoneta. El coronel Harness blandió su espada hacia atrás para matar a un hombre y limpió luego la sangre de la hoja en la negra crin de su caballo con indiferencia.

—¡Formen en línea! —gritó—. ¡Formen en línea! ¡Dense prisa, villanos!

Los artilleros se habían dispersado huyendo de los escoceses y corriendo hacia la seguridad de la infantería mahratta, que en aquellos momentos se encontraba a poco menos de cien pasos de distancia. Tendrían que haber atacado, pensó Sharpe. Mientras los escoceses arremetían ciegamente contra los artilleros, la artillería debería haber avanzado, pero en lugar de eso esperaron a la siguiente fase del ataque de los escoceses. A su derecha todavía había algunos cañones que disparaban contra los cipayos, pero aquélla era una batalla aparte que no tenía relación con el barullo de los sargentos que trataban de apartar a los Highlanders de los artilleros muertos y agonizantes y conducirlos de nuevo a la formación.

—¡Aún quedan artilleros vivos, señor! —le gritó un teniente a Harness.

—¡Formen! —bramó Harness haciendo caso omiso del teniente. Los sargentos y los cabos hacían alinearse a los soldados a empujones—. ¡Adelante! —exclamó Harness a voz en grito.

—Dése prisa, hombre —le dijo Wellesley a Sharpe, pero sin enojo. Con gran esfuerzo Sharpe había logrado colocar la silla en el lomo de *Diomedes* y se agachó entonces bajo el vientre del caballo rucio para recoger la cincha—. No le gusta demasiado apretada —dijo el general.

Sharpe abrochó la correa y Wellesley tomó de sus manos las riendas de *Diomedes* y subió a la silla sin decir nada más. La casaca del general estaba manchada de sangre, pero era sangre de caballo, no suya.

—¡Bien hecho, Harness! —le gritó al escocés que se hallaba más adelante, luego se alejó al galope y Sharpe desenganchó la yegua de la brida del caballo muerto, se encaramó a su lomo y siguió al general.

Tres gaiteros tocaban entonces para los soldados del 78.º. Se hallaban lejos de su hogar, bajo un sol infernal en un cielo cegador, y traían a la India la música demencial de las guerras de Escocia. Y es que aquello era una locura. El 78.º había sufrido graves daños con el fuego de la artillería y su línea de avance estaba plagada de soldados muertos, agonizantes y heridos, aunque entonces los supervivientes volvían a formar para atacar la principal línea de batalla mahratta. Avanzaban en dos filas, sostenían las bayonetas ensangrentadas al frente y avanzaban contra el propio *compoo* de Pohlmann situado a la derecha de la línea enemiga. Los Highlanders parecían enormes, convertidos en gigantes por sus altos gorros de piel de oso con los penachos de plumas, y tenían un aspecto terrible, porque eran terribles. Aquéllos eran guerreros del norte que provenían de una dura tierra y ninguno de ellos habló mientras avanzaban. A los mahratta que aguardaban debieron parecerles criaturas salidas de una pesadilla, tan sobrecogedores como los dioses que se contorsionaban en las paredes de sus templos. Pero la infantería mahratta, con sus casacas azules y amarillas, era igual de orgullosa. Eran guerreros reclutados de las belicosas tribus del norte de la India y en aquellos momentos apuntaban sus mosquetes mientras las dos filas escocesas se aproximaban.

Los Highlanders eran ampliamente superados en número y a Sharpe le dio la impresión de que iban a morir todos con la inminente descarga. El mismo Sharpe se encontraba medio aturdido, anonadado por el ruido y sin embargo consciente de que su estado de ánimo pasaba de la euforia ante el coraje de los escoceses al puro terror de la batalla. Oyó unos vítores y volvió la vista hacia la derecha para ver que los cipayos cargaban contra los cañones. Vio que los artilleros huían y luego que los cipayos de Madras la emprendían a bayonetazos con los rezagados.

—Ahora veremos cómo combate su infantería —le dijo Wellesley a Campbell con ferocidad, y Sharpe comprendió que aquella era la verdadera prueba, pues la

infantería lo era todo. A la infantería se la menospreciaba porque no poseía el glamour de la caballería ni la capacidad destructiva de los artilleros, pero seguía siendo la infantería la que ganaba las batallas. Si se derrotaba a la infantería enemiga la caballería y los artilleros no tenían donde esconderse.

Los mahratta esperaban con los mosquetes apuntando. Los Highlanders, de nuevo en silencio, siguieron adelante. Quedaban noventa pasos, ochenta, y entonces la espada de un oficial descendió en las filas de los mahratta y llegó la descarga. A Sharpe le pareció irregular, tal vez porque muchos de los soldados no dispararon cuando se dio la orden sino que lo hicieron después de oír la descarga de sus compañeros, y ni siquiera se dio cuenta de que una bala le pasó muy cerca de la cabeza porque estaba mirando a los escoceses, aterrorizado por ellos, pero le dio la impresión de que no caía ni un solo hombre. Algunos soldados debieron de ser alcanzados porque vio las ondulaciones allí donde las filas se abrían para pasar junto a los caídos, pero el 78.º, o lo que quedaba del 78.º, aún estaba intacto y Harness no disparó todavía, siguió haciéndolos avanzar.

—¡Han disparado demasiado alto! —exclamó Campbell con regocijo.

—Hacen muy bien la instrucción pero disparan fatal —señaló Barclay alegremente.

Quedaban setenta pasos, luego sesenta. Un Highlander se tambaleó en la fila y se desplomó. Otros dos soldados que habían resultado heridos por los botes de metralla, pero que ya se habían recuperado, salieron a toda prisa de la retaguardia y se abrieron camino a empujones para volver a situarse entre la tropa.

—¡Alto! —gritó de pronto Harness—. ¡Apunten armas!

Los fusiles, con las hojas de acero manchadas de sangre en la punta, subieron a los hombros de los Highlanders de manera que toda la línea pareció dar un cuarto de vuelta a la derecha. El humo de la descarga de los mahratta se estaba disipando y los soldados enemigos pudieron ver los pesados mosquetes de los escoceses y el odio tras ellos, y los Highlanders esperaron un segundo para que el enemigo pudiera ver también su muerte en los mosquetes que lo apuntaban.

—Disparen bajo, cabrones, o tendrán que darme explicaciones —gruñó Harness antes de inspirar profundamente—. ¡Fuego! —bramó, y sus Highlanders no dispararon alto. Dispararon bajo y sus pesadas balas atravesaron vientres, muslos e ingles.

—¡Y ahora a por ellos! —gritó Harness—. ¡A por esos hijos de puta! —Y los soldados de las Highlands, dando rienda suelta a su odio, avanzaron a todo correr con sus bayonetas y empezaron a proferir sus estridentes gritos de guerra, tan discordantes como la música de las gaitas que los incitaba a avanzar. Eran asesinos que se habían lanzado a los placeres de la matanza y el enemigo no esperó su llegada, se limitó a darse la vuelta y huir.

El contingente situado en las filas traseras del *compoo* contaba con espacio para correr, pero los que estaban delante se vieron obstaculizados por los de detrás y no pudieron escapar. Se oyó un terrible lamento desesperado cuando el 78.º cayó sobre su objetivo y sus bayonetas se alzaron y descendieron en una orgía de muerte. Un oficial encabezó un ataque contra un puñado de abanderados que trataban desesperadamente de salvar sus estandartes, pero los escoceses no iban a renunciar y Sharpe observó mientras los soldados con falda escocesa pasaban por encima de los muertos para arremeter con sus espadas contra los vivos. Las banderas cayeron y fueron levantadas de nuevo en manos escocesas. Se alzó una ovación y en aquel preciso momento Sharpe oyó más vítores y vio cómo los cipayos cargaban contra la siguiente sección de la línea enemiga y, de la misma manera que las primeras tropas mahratta habían huido de los escoceses, los batallones vecinos escapaban entonces de los cipayos. La cacareada infantería enemiga se había venido abajo al primer contacto. Habían visto cómo la delgada línea se acercaba a ellos y debieron suponer que las casacas rojas se volverían más rojas aún con el pesado fuego de la artillería, pero la línea había soportado el castigo de los cañones y siguieron avanzando, maltrechos y ensangrentados, y debió de parecerles a los mahratta que aquellos soldados eran invencibles. Los enormes escoceses, con sus extrañas faldas, habían iniciado aquella derrota, pero los batallones cipayos de Madras emprendieron entonces la destrucción de todo el centro y la derecha del enemigo. Sólo la izquierda se había mantenido firme.

Los cipayos mataron y luego persiguieron a los fugitivos que salieron en desbandada hacia el oeste.

—¡Deténganlos! —les gritó Wellesley a los comandantes del batallón más próximo—. ¡Deténganlos! —Pero a los cipayos no iban a detenerlos. Querían ir a la caza de un enemigo derrotado y salieron tras ellos en desordenado tumulto acabando con todo aquél que encontraban a su paso. Wellesley hizo dar la vuelta a *Diomedes*—. ¡Coronel Harness!

—¿Quiere que forme y tome posiciones aquí? —preguntó el escocés. Su espada goteaba sangre.

—Aquí —asintió Wellesley. La infantería enemiga tal vez hubiera huido, pero había una vorágine de caballería a unos ochocientos metros de distancia y sus jinetes avanzaban a medio galope para atacar a los desorganizados perseguidores británicos—. Despliegue su artillería, Harness.

—Ya he dado la orden —contestó Harness con un gesto hacia los dos pequeños grupos de artilleros que se apresuraban a colocar los seis libras en posición—. ¡Columnas de compañías enteras! —gritó Harness—. ¡A un cuarto de distancia!

Los escoceses, tan salvajes un minuto antes, regresaron entonces a toda prisa de nuevo a sus filas. El batallón no se enfrentaba a ningún enemigo inmediato puesto

que no había ni infantería ni artillería a tiro, pero la distante caballería era una amenaza, y por ello Harness los había hecho formar en sus diez compañías, juntos, para que parecieran un cuadrado. La estrecha formación podía defenderse sola contra cualquier ataque de caballería y con la misma facilidad podía formar en línea o en una columna de asalto. Los seis libras gemelos de Harness se desengancharon de los arzones y empezaron a disparar hacia los jinetes que, horrorizados por el descalabro de su infantería, optaron por detenerse antes que atacar a los casacas rojas.

Los oficiales británicos e indios galopaban entre los cipayos perseguidores ordenándoles que regresaran a sus filas en tanto que el 78.º de Harness permanecía quieto como una fortaleza a la que los cipayos podían retirarse.

—De modo que la cordura no es un requisito militar —dijo Wellesley en voz baja.

—¿Señor? —Sharpe era el único que estaba lo bastante cerca para oír al general y supuso que esas palabras iban dirigidas a él en particular.

—Nada que le incumba, Sharpe, nada que le incumba —dijo Wellesley, sobresaltado al darse cuenta de que lo habían oído—. Una cantimplora, por favor.

Había sido un buen comienzo, decidió el general, pues el flanco derecho del ejército de Pohlmann había sido destruido en tan sólo unos minutos. Observó cómo los cipayos se apresuraban a regresar a las filas y cómo aparecían los primeros *puckalees* provenientes del cercano Kaitna con sus enormes cargamentos de odres y cantimploras. Dejaría que los soldados tomaran un trago de agua y luego haría girar la línea de cara al norte y podría terminar el trabajo asaltando Assaye. El general anduvo por ahí con *Diomedes* para examinar el terreno por el que debía avanzar su infantería y en el preciso momento en el que se daba la vuelta se desató un infierno en la aldea.

Wellesley puso mala cara al ver la densa nube de humo que había aparecido de pronto cerca de los muros de adobe. Oyó fuego de fusilería y vio que eran los supervivientes del flanco izquierdo mahratta quienes disparaban, no sus casacas rojas, y, lo que aún era más alarmante, una oleada de caballería mahratta había aparecido por el extremo norte y galopaban libremente por el campo detrás del pequeño ejército de Wellesley.

Alguien había metido la pata.

El flanco izquierdo del regimiento de William Dodd se hallaba a tan sólo un centenar de pasos de las murallas de adobe de Assaye donde los veinte cañones que defendían el pueblo proporcionaban a ese flanco cierta seguridad añadida. Frente a los Cobras había otros seis cañones, dos de los cuales eran los dieciocho libras de largos tubos que habían bombardeado el vado, en tanto que la pequeña batería de piezas de cuatro libras del propio Dodd estaba agrupada en el reducido espacio entre

el flanco derecho de sus hombres y el regimiento vecino. Pohlmann había optado por desplegar su artillería delante de la infantería, pero Dodd esperaba que los británicos atacaran en línea y el fuego directo de un cañón contra una línea que se aproximara podía causar mucho menos daño que uno que disparara oblicuamente a lo largo de la línea, de manera que había colocado su artillería por todo el flanco, donde pudiera causar más estragos.

No era una mala posición, creía Dodd. Delante de su línea se extendían unos doscientos metros de mortífero campo abierto tras el cual el terreno descendía hacia un abrupto barranco que torcía hacia el oeste. El enemigo podía acercarse por el acantilado, pero para alcanzar a los soldados de Dodd tendría que subir hasta las llanas tierras de labranza y allí lo destrozarían. Un seto de espinosos cactus atravesaba el campo de batalla y eso proporcionaba al enemigo cierta cobertura, pero había anchos huecos entre los pinchos. Si le hubieran dado tiempo, Dodd habría enviado a unos cuantos hombres para que cortaran el seto entero, pero las hachas necesarias para hacerlo estaban en el bagaje, a casi dos kilómetros de distancia. Naturalmente, Dodd culpó a Joubert por las herramientas que faltaban.

—¿Por qué no están aquí, monsieur? —había preguntado.

—No lo pensé. Lo lamento.

—¡Que lo lamenta! Con lamentos no se ganan las batallas, monsieur.

—Haré que alguien vaya a buscar las hachas —dijo Joubert.

—Ahora no —replicó Dodd. No quería mandar a ningún soldado al campamento del bagaje porque su ausencia debilitaría momentáneamente su regimiento y esperaba que los atacaran de un momento a otro. Estaba deseando que llegara dicho momento pues el enemigo tendría que exponerse a un fuego fulminante, y Dodd siguió de pie en los estribos en busca de cualquier indicio de aproximación del enemigo. Había algunos miembros de la caballería británica y de la Compañía a lo lejos en dirección este, pero aquellos jinetes permanecían bien lejos del alcance de la artillería maharatta. Otros soldados enemigos sí que debían de hallarse a tiro de los cañones de Pohlmann puesto que Dodd oyó que disparaban y vio las nubes de humo gris blanquecino que salieron despedidas con cada detonación, pero el cañoneo tenía lugar al sur de donde él se encontraba y no se extendía por la línea en su dirección, y poco a poco Dodd cayó en la cuenta de que Wellesley evitaba acercarse a Assaye de forma deliberada—. ¡Maldito sea! —exclamó en voz alta.

—¿Monsieur? —preguntó el capitán Joubert con resignación, esperándose otra reprimenda.

—Nos van a dejar fuera —se quejó Dodd.

Joubert pensó que probablemente eso fuera una bendición. El capitán había estado ahorrando su exiguo sueldo con la esperanza de retirarse a Lyon, y si el general Wellesley optaba por hacer caso omiso del capitán Joubert, el capitán Joubert

estaba totalmente encantado. Y cuanto más tiempo pasaba en la India, más atractivo le parecía Lyon. Y Simone estaría mejor en Francia, pensaba él, porque el calor de la India no le sentaba bien. Le había provocado inquietud, la inactividad le daba tiempo para darle vueltas a la cabeza y nunca salía nada bueno de una mujer que pensara. En Francia Simone estaría siempre ocupada. Habría comidas que cocinar, ropa que remendar, un jardín del que ocuparse, incluso niños a los que criar. En opinión de Joubert, era a esas cosas a las que debían dedicarse las mujeres, y cuanto antes pudiera llevarse a su Simone lejos de las lánguidas tentaciones de la India, mejor.

Dodd volvió a ponerse de pie en los estribos para escudriñar el sur a través de su barato catalejo.

—El 78.º —gruñó.

—¿Monsieur? —Joubert salió sobresaltado de su feliz ensueño sobre una casa cerca de Lyon donde su madre pudiera ayudar a Simone a educar a una pequeña tropa de niños.

—El 78.º —repitió Dodd, y Joubert se alzó en sus estribos para mirar hacia el distante regimiento escocés que salía del terreno bajo y avanzaba hacia la línea maharratta—. ¿Y no tienen sostén? —preguntó Dodd, desconcertado, y había empezado a pensar que el Muchachito Wellesley había metido la pata hasta el fondo, pero entonces vio a los cipayos que venían por el valle. La línea de ataque parecía muy delgada y frágil y vio que algunos soldados salían despedidos a causa del fuego de la artillería—. ¿Por qué no vendrán hacia aquí? —preguntó enfurruñado.

—Sí vienen, monsieur —contestó Joubert, y señaló en dirección hacia el este.

Dodd se volvió y se quedó mirando fijamente.

—Alabado sea Dios del que emanan todas las bendiciones —dijo en voz baja—. ¡Idiotas! —Porque el enemigo no tan sólo se dirigía hacia la posición de Dodd, sino que además se acercaba formado en una columna de medias compañías. La infantería enemiga había aparecido de pronto por el extremo superior del barranco, pero en el mismo lado del obstáculo en el que se encontraba Dodd, y estaba claro que los casacas rojas debían de haberse alejado mucho de sus posiciones puesto que se encontraban a un buen trecho del resto de la infantería británica atacante. Mejor aún, no se habían desplegado en línea. Su comandante debió de haber decidido que avanzarían más deprisa en columna y sin duda planeaba desplegarse en línea cuando lanzara su ataque, pero los soldados no daban muestras de ir a hacerlo todavía.

Dodd apuntó su catalejo y por un momento se quedó perplejo. La media compañía que iba al frente estaba constituida por tropas del Rey con guerreras rojas, chacos negros y pantalones blancos y los cuarenta o cincuenta hombres de la media compañía que iba detrás vestían faldas escocesas, pero las otras cinco medias compañías estaban todas formadas por cipayos de la Compañía de las Indias Orientales.

—Son los piquetes de servicio —dijo al comprender de pronto aquella extraña formación. Oyó un grito cuando un capitán de artillería ordenó que hicieran girar su cañón con las palancas para apuntar a los soldados que se aproximaban y rápidamente les chilló a sus artilleros que no abrieran fuego—. Que nadie dispare todavía, Joubert —ordenó Dodd y a continuación espoleó su caballo y se dirigió hacia el norte, hacia el pueblo.

Los soldados de infantería y los artilleros que defendían la aldea de Assaye no estaban a las órdenes de Dodd, pero él las dio de todas formas.

—No deben disparar todavía —les dijo bruscamente—, no disparen. ¡Esperen! ¡Esperen! —Algunos de los artilleros de Goa que hablaban un poco de inglés lo entendieron y pasaron la orden. La infantería del raja, apostada en las murallas de adobe por encima de los cañones, no fue tan vivaz y algunos de sus hombres abrieron fuego contra los distantes casacas rojas, pero sus mosquetes no tenían suficiente alcance y Dodd no les hizo caso—. Ustedes disparen cuando lo hagamos nosotros, ¿entendido? —les bramó a los artilleros, algunos de los cuales entendieron lo que estaba haciendo y sonrieron con aprobación ante su astucia.

Regresó al galope junto a los Cobras. Una segunda formación británica había aparecido a unos cien pasos por detrás de los piquetes. Aquella segunda unidad era un batallón completo de casacas rojas que avanzaban en línea y que, puesto que marchar a través del campo en una extensa línea era inevitablemente más lento que avanzar en una columna de medias compañías, se habían quedado rezagados respecto a los piquetes, quienes, con absoluta indiferencia hacia los defensores de Assaye que los esperaban, continuaron su avance hacia el seto de cactus. Parecía tratarse de un ataque aislado, muy distinto del clamor que se oía al sur y del que Dodd hacía caso omiso. Dios le había otorgado a Dodd la posibilidad de una victoria y sintió cómo aumentaba su entusiasmo. Aquello era la gloria, la felicidad absoluta. No podía perder. Desenvainó la espada con empuñadura en forma de elefante y, como para dar las gracias, besó la hoja de acero.

La media compañía de piquetes que iba en cabeza había llegado al seto de espinas y allí se había detenido, poco dispuestos por fin a continuar su avance suicida hacia los mahratta que los aguardaban. Algunas piezas de artillería situadas más adelante en la línea y que no se hallaban bajo el control de Dodd habían abierto fuego sobre la columna, pero las fuerzas mahratta de casacas blancas que había justo delante de la columna permanecieron en silencio, cosa que al parecer animó al oficial al mando de los piquetes que entonces instó a sus hombres a seguir adelante.

—¿Por qué no se despliegan? —preguntó Dodd a nadie en concreto, y rezó para que no lo hicieran, pero en cuanto la media compañía de Highlanders de falda escocesa pasaron en fila por uno de los huecos del seto de cactus empezaron a desplegarse y Dodd supo que se acercaba su momento. Pero espera, se dijo a sí

mismo, espera a más víctimas, y sin vacilación alguna los cipayos se abrieron paso entre las brechas del seto hasta que todos los piquetes estuvieron frente al cactus y sus oficiales y sargentos empezaron a meterles prisa para que avanzaran hacia el prado abierto donde habría más espacio para que las medias compañías formaran en línea.

Al capitán Joubert le preocupaba que Dodd retrasara demasiado la orden de abrir fuego. La segunda formación británica ya estaba cerca del seto y en cuanto atravesaran los huecos sumarían un enorme peso de mosquetería al ataque. Pero Dodd sabía que aquel regimiento tardaría un buen rato en maniobrar a través del seto y lo único que le preocupaba eran los trescientos o cuatrocientos soldados de los piquetes que ya se encontraban tan sólo a unos ochenta metros de su línea de artillería y que aún no se habían desplegado debidamente. Sus propios soldados se hallaban a unos cien pasos por detrás de los cañones, pero entonces los hizo avanzar.

—Que avance el regimiento —ordenó—. ¡Paso ligero! —Su intérprete gritó el mandato y Dodd observó con orgullo como sus hombres avanzaban a paso rápido. Mantuvieron la formación y se detuvieron con prontitud siguiendo sus órdenes cuando alcanzaron el emplazamiento de artillería—. Gracias, Señor —rezó él. Los piquetes, conscientes de pronto del horror que les esperaba, empezaron a apresurarse mientras se desplegaban en línea, pero Dodd no disparó aún. En lugar de eso cabalgó con su nuevo caballo para situarse detrás de sus tropas—. ¡Disparen bajo! —les dijo a sus Cobras—. ¡Asegúrense de disparar bajo! Apunten a sus muslos. —La mayoría de soldados disparaban alto y por consiguiente un hombre que apuntara a las rodillas de su enemigo lo más probable era que le alcanzara en el pecho. Dodd se detuvo para observar a los piquetes que entonces avanzaban en una larga línea doble. Dodd inspiró profundamente—. ¡Fuego!

Cuarenta cañones y más de ochocientos mosquetes apuntaron a los piquetes y apenas un cañón o un mosquete fallaron el tiro. El terreno frente al seto era un hervidero de soldados y al cabo de un momento se convirtió en un osario, barrido por el metal y desollado por el fuego, y aunque Dodd no veía nada debido al humo de la pólvora, sabía que prácticamente había aniquilado la línea de casacas rojas. La descarga había sido inmensa. De hecho, dos de los cañones eran las piezas de asedio de dieciocho libras y lo único que lamentaba Dodd era que se hubieran cargado con balas en lugar de botes de metralla, pero al menos entonces podían recargarlos con botes y atacar salvajemente al batallón británico que casi había llegado al seto de cactus.

—¡Recarguen! —dijo Dodd a sus hombres. La humareda se retiraba agitándose, disipándose a medida que se alejaba, y Dodd vio los cuerpos de los soldados enemigos en el suelo. Vio a hombres que se retorcían, que se arrastraban, que agonizaban. La mayoría de ellos no se movían en absoluto, aunque milagrosamente su oficial al mando, o al menos el único hombre que iba a caballo, seguía vivo.

Fustigó a su caballo y volvió a cruzar al otro lado del seto.

—¡Fuego! —gritó Dodd, y una segunda descarga hendió el aire del campo de batalla como un látigo para atravesar el seto y caer sobre el batallón que había detrás. Dicho batallón fue aún más maltratado por la artillería que entonces disparaba botes de metralla y los estallidos del metal estaban destrozando el seto, destruyendo así la poca protección que tenían los casacas rojas. Los pequeños cañones de cuatro libras que disparaban balas insignificantes, servían entonces de escopetas gigantes que rociaban a los casacas rojas con las bolsas de metralla caseras de Dodd. Sus cipayos cargaban y atacaban sus mosquetes. La hierba seca que tenían frente a ellos titilaba con cientos de diminutas llamas pálidas allí donde el taco que ardía había prendido.

—¡Fuego! —volvió a gritar Dodd y vio, justo antes de que la nube de humo de pólvora emborronara su visión, que el enemigo retrocedía. La descarga retumbó y llenó la atmósfera de un hedor a huevos podridos.

—¡Recarguen! —bramó Dodd, y admiró la eficiencia de sus hombres. Ni uno solo se había dejado llevar por el pánico, ni uno había disparado su baqueta por error. Eran soldados mecánicos, tal como debían ser los soldados, mientras que el fuego que devolvía el enemigo era patético. Uno o dos de los soldados de Dodd habían muerto y había un puñado de heridos, pero a cambio habían destruido la unidad británica que iba en cabeza y estaban haciendo retroceder a la otra—. ¡Que avance el regimiento! —exclamó, y escuchó cómo su intérprete repetía la orden.

Marcharon en línea a través de su propio humo de pólvora y luego pasaron junto a los montones de piquetes enemigos muertos y agonizantes. Los soldados se inclinaban sobre los cadáveres para robar cualquier recuerdo o dinero que encontraran y Dodd les gritaba que siguieran adelante. El botín podía esperar. Llegaron a los restos del seto de cactus y allí Dodd les dio el alto. El batallón británico seguía replegándose, sin duda buscando la seguridad del barranco.

—¡Fuego! —gritó Dodd, y la descarga que lanzaron sus hombres pareció hacer retroceder más aún a los casacas rojas—. ¡Recarguen!

Las baquetas traquetearon dentro de los tubos, los percutores se echaron hacia atrás hasta el tope. La línea británica se retiraba rápidamente, pero desde el norte, desde la zona más cercana al río, un grupo de soldados de la caballería mahratta galopaban hacia el sur para unirse a la matanza. Dodd lamentó que la caballería no se mantuviera al margen porque tenía la idea de que podía perseguir al batallón británico hacia la lengua de tierra donde confluían los ríos con que hasta el último de sus hombres moriría en los lodosos bajíos del Kaitna, pero no se atrevió a disparar otra descarga por miedo a alcanzar con ella a la caballería.

—¡Que avance el regimiento! —le dijo a su intérprete. Dejaría que la caballería disfrutara de su momento y luego él seguiría adelante con la carnicería.

El comandante del batallón británico vio la caballería y comprendió que debía

detener su retirada. Sus hombres aún estaban alineados, una línea de tan sólo dos filas, y los soldados de caballería soñaban con encontrarse a la infantería en línea.

—¡Formen en cuadro! —les gritó el oficial al mando, y los dos extremos de la línea se retiraron obedientemente hacia el centro. La doble fila se convirtió en cuádruple, cuatro filas que realizaron la conversión y formaron, y de pronto la caballería se vio frente a una fortaleza de casacas rojas, mosquetes y bayonetas. Los soldados de la primera fila del cuadro se arrodillaron y apoyaron sus mosquetes en el suelo mientras que los de las otras tres filas prepararon sus armas para los jinetes que se acercaban.

La caballería debería haberse desviado al ver el cuadro, pero habían sido testigos de la anterior carnicería y se les ocurrió ampliarla, así que bajaron sus lanzas con banderolas, alzaron sus *tulwars* y profirieron sus gritos de guerra al tiempo que galopaban directos hacia los casacas rojas. Y los casacas rojas dejaron que se acercaran, dejaron que se aproximaran peligrosamente antes de gritar la orden y que el lado del cuadro más próximo a la caballería estallara en humo y fogonazos y los caballos gritaran al ser alcanzados o al morir. Los jinetes supervivientes viraron bruscamente y recibieron otra mortífera descarga al pasar rápidamente junto a los costados del cuadro. Cayeron más caballos y sus cuerpos levantaban polvo al desplomarse. Un *tuhuar* rodó por el suelo y su propietario soltó un alarido cuando su pierna atrapada quedó totalmente aplastada por el peso de su caballo moribundo.

—¡Recarguen! —gritó la voz de un escocés desde el interior del cuadro, y los casacas rojas recargaron sus mosquetes.

La caballería siguió adelante a toda velocidad hacia campo abierto y allí dieron la vuelta. Algunos de los caballos ya no tenían jinete, otros estaban ensangrentados, pero todos regresaron hacia el cuadro.

—¡Dejen que se acerquen! —exclamó un oficial británico a caballo dentro del cuadro—. Dejen que se aproximen. ¡Esperen! ¡Fuego!

Cayeron más caballos, sus patas crujían al romperse los huesos, y en esa ocasión la caballería no se desvió para pasar junto a los letales flancos del cuadro, sino que giró en redondo y se alejó a toda prisa. Dos lecciones fueron suficientes para enseñarles a ser cautos, pero no se alejaron demasiado, sólo lo suficiente para mantenerse fuera del alcance de los mosquetes de los casacas rojas. Los jefes de la caballería habían visto que el regimiento de Dodd atravesaba el seto de cactus y sabían que su propia infantería, atacando en línea, debía arrollar el cuadro con su mosquetería y, cuando el cuadro quedara destrozado, tal como tenía que ocurrir con el asalto de la infantería, los jinetes podrían volver rápidamente para eliminar a los supervivientes y arrancar las grandes banderas de colores chillones para ponerlas frente a Scindia a modo de trofeos.

Dodd apenas podía creer en su suerte. Al principio se había sentido contrariado

por la intrusión de la caballería al pensar que estaban a punto de robarle su victoria, pero sus dos imponentes cargas habían obligado al batallón enemigo a formar en cuadro y una pura cuestión matemática dictaba que un batallón en cuadro únicamente podía utilizar una cuarta parte de sus mosquetes contra un ataque proveniente de cualquiera de los lados. Y el batallón británico, que por sus vueltas blancas Dodd reconoció entonces como el 74.º, era mucho menos numeroso que los Cobras de Dodd y probablemente contaba tan sólo con la mitad de efectivos que éste poseía. Y, además de los hombres de Dodd, un desordenado regimiento de la infantería del rajá de Berar salió en tropel de Assaye para sumarse a la carnicería mientras que un batallón del *compoo* de Dupont, que había estado apostado inmediatamente a la derecha de Dodd, había acudido también para unirse a la matanza. A Dodd le molestó la presencia de aquellos hombres que temía pudieran atenuar el mérito de su victoria, pero ni mucho menos podía ordenarles que se fueran. Lo más importante era acabar con los soldados Highlanders.

—Vamos a destrozarnos a esos cabrones con una descarga cerrada —les dijo a sus hombres, y esperó a que su intérprete lo tradujera—. Y luego los remataremos con las bayonetas. ¡Y quiero esos dos estandartes! Esta noche quiero ver esas banderas colgadas en la tienda de Scindia.

Los escoceses no estaban aguardando el ataque cruzados de brazos. Dodd vio pequeños grupos de soldados que salían corriendo del cuadro y al principio pensó que estaban robando a los soldados de caballería muertos, pero luego vio que lo que hacían era llevarse a rastras los cadáveres de hombres y caballos para construir con ellos una pequeña muralla. Los pocos supervivientes de los piquetes estaban entre los escoceses, quienes se encontraron entonces ante un terrible dilema. Si permanecían en cuadro se mantendrían a salvo de cualquier ataque de la caballería que aún rondaba por el sur, pero la formación en cuadro los convertía en un blanco fácil para los mosquetes enemigos, aunque si se desplegaban en línea, de manera que pudieran utilizar todos sus mosquetes contra la línea de infantería enemiga, se convertían en cebo para la caballería. Su oficial al mando decidió permanecer en cuadro. Dodd consideró que él haría lo mismo si alguna vez era tan tonto de dejarse atrapar como lo habían hecho aquellos idiotas. Debía acabar con ellos de todos modos, lo cual prometía ser una ardua tarea puesto que el 74.º tenía fama de ser un regimiento duro, pero Dodd contaba con la ventaja numérica y la de su posición y sabía que tenía que ganar.

Salvo que los escoceses no estaban de acuerdo con él. Se agazaparon detrás de su barricada de hombres y caballos muertos y lanzaron una violenta descarga de mosquetería contra los Cobras de blanca casaca. Un solitario gaitero que había desobedecido la orden de dejar su instrumento en Naulniah tocaba en el centro del cuadro. Dodd oía el sonido pero no podía ver al gaitero, en realidad no podía ver ni el

cuadro propiamente dicho puesto que una arremolinada niebla de oscuro humo de pólvora lo ocultaba. Los fogonazos de los disparos de los mosquetes iluminaban la humareda y Dodd pudo oír los golpes de las pesadas balas al alcanzar a sus hombres. Los Cobras ya no avanzaban, pues cuanto más se acercaban al mortífero humo mayor era el número de bajas, así que se detuvieron a unos cincuenta metros del cuadro para dejar que sus propios mosquetes hicieran el trabajo. Recargaban con la misma rapidez que sus enemigos, pero desperdiciaban demasiadas balas contra la barricada de cadáveres. En aquellos momentos estaban disparando los cuatro lados del cuadro, pues el 74.º se hallaba rodeado. Por el oeste dispararon contra la línea de ataque de Dodd, por el norte contra la infantería del raja, mientras que por el este y el sur mantenían a raya a la caballería. Los jinetes maharatta, que presentían la muerte del regimiento escocés, merodeaban cada vez más cerca con la esperanza de poder salir disparados y capturar los estandartes antes que la infantería.

Los Cobras de Dodd, junto con el batallón del *compoo* de Dupont, empezaron a agruparse cerca del flanco sur del acorralado regimiento. Deberían bastar tres o cuatro descargas, pensó Dodd, para poner fin al asunto, tras lo cual sus hombres podían atacar con las bayonetas. No es que sus soldados siguieran lanzando descargas, lo que hacían era disparar en cuanto sus mosquetes estaban cargados; Dodd notó el entusiasmo de sus hombres y trató de frenarlo.

—¡No malgasten los disparos! —gritó—. ¡Apunten bajo! —William Dodd no tenía ningún deseo de encabezar un ataque a través del fétido humo para encontrarse con una formación intacta de vengativos Highlanders esperando con sus bayonetas. Puede que a Dodd no le gustaran los escoceses, pero tenía un saludable miedo a combatir con ellos con el frío acero. Primero había que mermar a esos cabrones, pensó él, destrozarlos, desangrarlos, y luego masacrarlos, pero sus hombres estaban demasiado excitados ante la perspectiva de una victoria inminente y una cantidad excesiva de sus disparos se lanzaban demasiado altos o bien se malgastaban en la barricada de cadáveres—. ¡Apunten bajo! —volvió a gritar—. ¡Apunten bajo!

—No aguantarán mucho más —comentó Joubert. En realidad, el francés estaba asombrado de que los escoceses aún estuvieran vivos.

—Son muy incómodos de matar, los escoceses —dijo Dodd. Tomó un trago de su cantimplora—. Detesto a esos hijos de puta. Son todos predicadores o ladrones. Les roban el trabajo a los ingleses. ¡Apunten bajo! —Cerca de Dodd un soldado salió despedido hacia atrás con una brillante mancha de sangre en su casaca blanca—. ¿Joubert? —Dodd llamó al francés.

—¿Monsieur?

—Traiga dos de los cañones del regimiento. Cargados con botes de metralla. —Eso terminaría con esos cabrones. Dos lluvias de metralla de los cuatro libras abrirían unos huecos enormes en el cuadro escocés y entonces Dodd podría conducir a sus

hombres hacia esos huecos y trincharía al agonizante regimiento desde el interior. ¡Que lo asparan si la caballería se llevaba las banderas! ¡Eran suyas! Era Dodd el que había luchado contra esos Highlanders hasta llegar a un punto muerto y era Dodd el que tenía intención de llevar los estandartes de seda a la tienda de Scindia y recibir allí su debida recompensa—. ¡Apresúrese, Joubert! —exclamó.

Dodd desenfundó la pistola y disparó por encima de sus tropas hacia la humareda que ocultaba el agónico cuadro.

—¡Apunten bajo! —gritó—. ¡No malgasten los disparos! —Pero ya faltaba poco. Dos cargas de metralla, creía él, y entonces las bayonetas le proporcionarían la victoria.

El comandante Samuel Swinton se encontraba justo tras la cara oeste del cuadro, la que quedaba frente a la infantería de casacas blancas. Oyó una voz en inglés que a gritos daba órdenes e infundía ánimos en las filas enemigas y, aunque el propio Swinton era inglés, el acento lo enojó. Ningún cabrón inglés iba a aniquilar al 74.º, no mientras el comandante Swinton estuviera al mando, así que les dijo a sus hombres que su enemigo era un condenado inglés y eso pareció sumar entusiasmo a sus esfuerzos.

—¡Agáchense! —les dijo—. ¡Sigan disparando! —Si permanecían agazapados los escoceses quedaban protegidos por su improvisada barricada, pero eso también les dificultaba mucho más la recarga de los mosquetes y algunos soldados se arriesgaban a levantarse tras cada disparo. Su única protección entonces era la masa de humo que ocultaba el regimiento de sus enemigos. Ya Dios gracias, pensó Swinton, que el enemigo no había hecho avanzar a la artillería.

Los disparos de los mosquetes azotaban el cuadro. Muchos de ellos, especialmente los que provenían del norte, pasaban altos, pero el regimiento de casacas blancas estaba mejor entrenado y su mosquetería estaba surtiendo efecto, tanto era así que Swinton tomó la fila interior de la cara este y la añadió a la oeste. Los sargentos y cabos cerraron las filas mientras las balas enemigas arrojaban a los soldados hacia el ensangrentado interior del reducido cuadro donde el comandante caminaba entre los escoceses muertos y heridos. El caballo de Swinton había muerto, fue alcanzado por tres balas de mosquete y la propia pistola del comandante lo liberó de su sufrimiento. El coronel Orrock, que había sido el primero en conducir a los piquetes hacia el desastre, también había perdido a su caballo.

—No fue culpa mía —no dejaba de decirle a Swinton, y a Swinton le entraban ganas de pegarle a ese bastardo cada vez que abría la boca—. ¡Obedecía órdenes de Wellesley! —insistió Orrock.

Swinton hizo caso omiso de ese idiota. Desde el comienzo del avance el comandante había notado que los piquetes se alejaban demasiado hacia la derecha. Las órdenes que recibió Orrock habían sido muy claras. Tenía que avanzar en

diagonal hacia la derecha y de ese modo dejar espacio para que los dos batallones cipayos entraran en la línea, luego tenían que realizar un ataque frontal, pero aquel idiota había llevado a sus hombres demasiado hacia el norte y Swinton, que estaba intentando rodear a los piquetes para situarse a su derecha, no tuvo oportunidad de ocupar su posición. Había mandado al ayudante de campo del 74.º a hablar con Orrock para suplicarle al coronel de la Compañía de las Indias Orientales que volviera a girar hacia delante, pero Orrock, con arrogancia, no había hecho caso del soldado y siguió marchando en dirección a Assaye.

Entonces Swinton tuvo que tomar una decisión. Podía haber ignorado a Orrock y enderezar su propio ataque para formar el lado derecho de la línea que Wellesley había hecho avanzar, pero la media compañía de los piquetes de Orrock que iba en cabeza la constituían cincuenta soldados del propio regimiento de Swinton y el comandante no estaba dispuesto a ver cómo se sacrificaban por culpa de un idiota, de modo que había seguido a los piquetes en su descarriado rumbo con la esperanza de que el fuego de sus soldados pudiera salvar a Orrock. No había funcionado. Tan sólo cuatro de los cincuenta hombres de la media compañía se habían vuelto a unir al regimiento, el resto estaban muertos o agonizaban, y parecía entonces que todo el 74.º estaba condenado. El humo y el ruido los envolvían, estaban rodeados de enemigos, morían en su cuadro, pero el gaitero seguía tocando, los soldados seguían luchando y el regimiento seguía con vida, y las dos banderas aún pendían en lo alto, aunque para entonces el impacto de las balas ya había rasgado y convertido en jirones aquellos cuadrados de seda con flecos.

Un abanderado del grupo que protegía el estandarte recibió una bala de mosquete en el ojo izquierdo y cayó de espaldas sin emitir ni un sonido. Un sargento agarró el asta con una mano y en la otra llevaba una alabarda de siniestra hoja. Dentro de un momento, el sargento lo sabía, tal vez tuviera que combatir con la alabarda. El cuadro acabaría siendo un montón de hombres ensangrentados alrededor de los estandartes, el enemigo caería sobre ellos y durante unos instantes sería acero contra acero, y el sargento pensó que le daría la bandera a un herido y haría todo el daño que pudiera con aquella pesada hacha de largo mango. Era una lástima morir, pero él era un soldado, y nadie había ideado aún la manera de que una persona viviera para siempre, ni siquiera esos bastardos tan inteligentes de Edimburgo. Pensó en su esposa que estaba en Dundee y en la mujer que tenía en el campamento de Naulniah y se arrepintió de sus muchos pecados porque no era bueno que un hombre fuera al encuentro de su dios con mala conciencia, pero ya era demasiado tarde, así que se aferró a la alabarda, ocultó su miedo y decidió que moriría como un hombre y que se llevaría a otros con él.

Los mosquetes golpearon contra los hombros de los Highlanders. Estos mordían la punta de los cartuchos nuevos y con cada bocado añadían más pólvora salada a sus

bocas de manera que no les quedaba saliva, sólo unas gargantas completamente secas que respiraban un humo asqueroso, y los puchalees del regimiento se hallaban lejos, perdidos en alguna parte de la campiña que se extendía a sus espaldas. Los escoceses siguieron disparando y las chispas de la pólvora en la cazoleta les quemaban las mejillas, y ellos cargaban, atacaban, se arrodillaban y disparaban de nuevo, y desde algún lugar al otro lado de la humareda el fuego enemigo surgía centelleante, sacudía los cadáveres de la barricada o bien hacía salir despedido a algún soldado en medio de una lluvia de sangre. Los heridos luchaban junto a los vivos con el rostro ennegrecido por la pólvora, la boca reseca, los hombros magullados y las vueltas y puños blancos de sus casacas rojas manchados con la sangre de los soldados ya muertos o agonizantes.

—¡Cierren filas! —gritaron los sargentos, y el cuadro se redujo un poco más cuando a los muertos los arrastraron hacia el centro y los vivos estrecharon las filas. Soldados que habían empezado el combate a cinco o seis filas de distancia eran entonces vecinos.

—¡No fue culpa mía! —insistió Orrock.

Swinton no tenía nada que decir. No había nada que decir y nada más que hacer excepto morir, así que recogió el mosquete de un muerto, sacó la caja de cartuchos de la bolsa del cadáver y se abrió camino a empujones hacia la cara oeste del cuadro. El soldado que tenía a su derecha estaba borracho, pero a Swinton no le importó porque el hombre estaba combatiendo.

—¿Ha venido a hacer un trabajo como es debido, comandante? —le preguntó a Swinton el soldado ebrio a modo de saludo, con una sonrisa desdentada.

—A hacer un trabajo como es debido, Tam —asintió Swinton. Mordió el extremo del cartucho, cargó el mosquete, cebó la cazoleta y disparó en dirección a la humareda. Recargó, volvió a disparar y rezó para morir con valor.

A unos cincuenta metros de distancia William Dodd observó la nube de humo que habían provocado los mosquetes escoceses. Se iba haciendo cada vez más pequeña, pensó. Los soldados morían allí delante y el cuadro mermaba, pero seguía arrojando llamaradas y plomo. Entonces oyó un tintineo de cadenas y se giró para ver que los dos cañones de cuatro libras eran arrastrados hacia él. Dejaría que las piezas de artillería dispararan un bote de metralla cada una, luego ordenaría a sus hombres que calaran las bayonetas y los conduciría al otro lado de la muralla de cadáveres, hacia el centro de la humareda.

Y entonces sonó la trompeta.

McCandless había permanecido junto a su amigo el coronel Wallace, el comandante de la brigada que constituía el flanco derecho de la línea de Wellesley. Wallace había visto desaparecer a los piquetes y a su propio regimiento, el 74.º, en algún lugar hacia el norte, pero había estado demasiado atareado conduciendo a sus dos batallones cipayos hacia la línea de ataque como para preocuparse por Orrock o Swinton. Lo que sí hizo fue ordenarle a un edecán que estuviera pendiente de los hombres de Orrock, esperando verlos virar de nuevo hacia él en cualquier momento. Luego se olvidó de los piquetes errantes cuando sus hombres dejaron el terreno bajo y ascendieron para adentrarse en el fuego de la línea de la artillería mahratta. La metralla hizo trizas a las tropas de Wallace, batió contra los mosquetes de sus hombres como si fuera granizo y barrió las hojas de los dispersos árboles a través de los cuales marchaban los batallones de Madras; pero, al igual que el 78.º, los cipayos no huyeron. Siguieron caminando obstinadamente como hombres, abriéndose paso a la fuerza en medio de una tormenta, y al cabo de unos sesenta pasos Wallace les dio el alto para que lanzaran una vengativa descarga contra los artilleros. McCandless oyó el sonido metálico de las balas de los mosquetes al chocar contra los pintados tubos de los cañones. Sevajee estaba con McCandless y miraba con respeto cómo los cipayos recargaban y seguían adelante de nuevo, en esa ocasión llevando sus bayonetas hacia los soldados de artillería. Por un momento hubo una caótica carnicería cuando los cipayos de Madras dieron caza a los artilleros goaneses alrededor de las cureñas y los cañones, pero Wallace ya estaba mirando hacia delante y vio que la cacareada infantería enemiga flaqueaba, impresionada sin duda por la fácil victoria del 78.º. Por ello el coronel les gritó a sus cipayos que no hicieran caso de los artilleros, que volvieran a formar en línea y dejaran atrás los cañones. Wallace lanzó una descarga contra la infantería enemiga, luego cargó contra ella y a lo largo de toda la línea los cacareados soldados de a pie mahratta salieron huyendo del ataque cipayo.

McCandless estuvo ocupado durante los minutos siguientes. Sabía que el asalto no se había realizado en ningún lugar cercano al regimiento de Dodd, pero tampoco había esperado que fuera así y tenía previsto cabalgar hacia el norte con Wallace para ir en busca del 74.º, el regimiento que se hallaba más cerca de su presa. Pero cuando los cipayos perdieron el control y rompieron filas para perseguir a la derrotada infantería enemiga, McCandless ayudó a los demás oficiales a rodearlos y reunirlos de nuevo. Sevajee y sus jinetes se quedaron atrás porque existía la posibilidad de que los confundieran con la caballería enemiga. Por unos instantes hubo el verdadero peligro de que los dispersos cipayos fueran atacados y masacrados por la concentración de caballería enemiga situada al oeste, pero su propia infantería les

obstaculizaba el camino. El 78.º permanecía como una fortaleza en el flanco izquierdo y los cañones escoceses iban lanzando proyectiles a lo largo del frente de caballería y los jinetes mahratta, después de un intento de avanzar, se lo pensaron mejor y no cargaron. Los cipayos volvieron a formar filas, sonriendo por la victoria alcanzada. McCandless, una vez terminada su pequeña tarea, se reunió con Sevajee.

—De modo que así es como luchan los mahratta. —El coronel no pudo resistirse a la provocación.

—Mercenarios, coronel, mercenarios —dijo Sevajee—, no mahratta.

Cinco victoriosos regimientos de casacas rojas se hallaban entonces alineados en la mitad sur del campo de batalla. Al oeste, la infantería enemiga aún estaba desordenada, aunque los oficiales trataban de volver a formar sus tropas. Mientras, al este, había el horror de cuerpos y sangre que quedó en el suelo por el que habían avanzado los casacas rojas. Los cinco regimientos habían arrollado la línea de artillería y ahuyentado a la infantería, y en aquellos momentos formaban filas a unos doscientos pasos en dirección oeste del lugar en el que la infantería mahratta se había alineado, de manera que pudieron mirar atrás y ver el reguero de muerte que habían provocado. Caballos sin jinete galopaban entre los estratos de humo de pólvora cada vez más finos donde los perros ya se comían a los muertos y unos pájaros descendían batiendo sus gigantescas alas negras para darse un festín con los cadáveres. Más allá de los despojos, en el alejado terreno donde los escoceses y los cipayos habían iniciado su avance, había soldados de la caballería mahratta y McCandless, al mirar por su catalejo, vio que algunos de ellos enganchaban a sus animales la artillería británica que había quedado abandonada cuando su tiro de bueyes había resultado muerto en el bombardeo que había dado comienzo a la batalla.

—¿Dónde está Wellesley? —preguntó el coronel Wallace a McCandless.

—Se fue hacia el norte. —En aquellos momentos McCandless miraba fijamente en dirección al pueblo donde tenía lugar un terrible combate, pero no podía ver los detalles porque unos árboles ocultaban la contienda. Sin embargo, la nube de humo de pólvora que se alzaba por encima de las hojas era tan elocuente como el incesante traqueteo de la mosquetería. McCandless sabía que su misión era estar en el lugar donde se luchaba aquella batalla porque seguramente Dodd se encontraría cerca del combate, si no envuelto en el mismo. Pero al coronel le obstruía el camino el extremo de la línea defensiva mahratta, esa parte de la línea que no había sido atacada por los escoceses o los cipayos, y aquellos soldados estaban dando la vuelta para situarse de cara al sur. Para llegar a aquella batalla meridional McCandless tendría que dar un ancho rodeo hacia el este, un tramo de terreno que estaba plagado de grupos de caballería enemiga que merodeaban por allí—. Tendría que haber avanzado con Swinton —dijo con arrepentimiento.

—Lo alcanzaremos enseguida —dijo Wallace, aunque sin mucho

convencimiento. Ambos tenían claro que el regimiento de Wallace, el 74.º, había marchado demasiado hacia el norte y se había visto enredado en aquella fronda de defensas mahratta cerca de Assaye, y su oficial al mando, que se había separado de él para dirigir la brigada, estaba visiblemente preocupado—. Creo que es hora de girar hacia el norte —dijo Wallace, y les gritó a sus dos batallones cipayos que hicieran una conversión derecha. No tenía autoridad sobre los dos batallones cipayos restantes, ni sobre el 78.º, porque pertenecían a la brigada de Harness, pero estaba dispuesto a conducir a los dos batallones que le quedaban hacia la distante aldea con la esperanza de rescatar a su propio regimiento.

McCandless observó mientras Wallace organizaba los dos batallones. Aquella zona del campo de batalla en la que minutos antes no se oía más que el estrépito de los silbidos de los botes de metralla y el golpeteo de las descargas se hallaba entonces extrañamente silenciosa. El ataque de Wellesley había resultado un éxito asombroso y el enemigo se estaba reagrupando. Mientras, los atacantes que habían quedado victoriosos en la orilla norte del Kaitna recuperaban el aliento y buscaban su próximo objetivo. McCandless pensó en servirse del puñado de jinetes de Sevajee como escolta para que lo llevaran hacia el pueblo sin ningún percance, pero otro torrente de caballería mahratta se acercaba galopando desde el terreno bajo. Wellesley y sus edecanes se habían dirigido hacia el norte y parecían haber sobrevivido al remolino de jinetes enemigos, pero el paso del general había atraído más jinetes a la zona y McCandless no tenía intención de sufrir su perverso ataque, de modo que abandonó la idea de lanzarse al galope hacia el norte. Fue entonces cuando vio al sargento Hakeswill, en cuclillas junto a un enemigo muerto con las riendas de un caballo sin jinete en la mano. Con él había un grupo de casacas rojas, todos de su mismo regimiento, el 33.º. Yen el preciso momento en que McCandless vio al sargento, Hakeswill levantó la vista y le dirigió al escocés una mirada de tal malevolencia que McCandless estuvo a punto de girarse horrorizado. En lugar de eso espoleó su caballo para avanzar los pocos metros que les separaban.

—¿Qué está haciendo aquí, sargento? —le preguntó con aspereza.

—Cumplir con mis responsabilidades, señor, tal como me corresponde —respondió Hakeswill. Tal como hacía cada vez que un oficial se dirigía a él, se había puesto en posición de firmes, con el pie derecho colocado detrás del izquierdo, los codos hacia atrás y sacando pecho.

—¿Y cuáles son sus responsabilidades? —quiso saber McCandless.

—Los *puckalees*, señor. Estoy a cargo de los *puckalees*, señor, me aseguro que esas pequeñas bestias cañoneras cumplan con su deber, señor, y nada más, señor. Y lo hacen, señor, porque cuido de ellos como un padre. —Se relajó lo suficiente para hacer un rápido movimiento con la cabeza en dirección al 78.º, donde, en efecto, un grupo de *puckalees* estaba distribuyendo los pesados odres de agua que habían traído

del río.

—¿Ha escrito ya al coronel Gore? —inquirió McCandless.

—¿Si he escrito ya al coronel Gore, señor? —Hakeswill repitió la pregunta y su rostro se convulsionó horriblemente bajo la visera del chacó. Había olvidado que tenía que hacer que se volviera a expedir la orden puesto que, en lugar de eso, confiaba en que la muerte de McCandless le allanaría el camino para el arresto de Sharpe. No es que aquél fuera lugar para matar a McCandless, había un millar de testigos a la vista—. He hecho todo lo que tenía que hacerse, señor, como es el deber de un soldado —respondió Hakeswill evasivamente.

—Yo mismo escribiré al coronel Gore —le dijo entonces McCandless a Hakeswill— porque he estado pensando en esa orden. ¿La tiene?

—Sí, señor.

—Pues déjemela ver otra vez —exigió el coronel.

Hakeswill sacó de mala gana el mugriento papel de su bolsa y se lo entregó al coronel. McCandless desplegó la orden, leyó rápidamente las líneas y de pronto la falsedad que encerraban las palabras le saltó a la vista.

—Aquí dice que al capitán Morris lo agredieron la noche del cinco de agosto.

—Y así fue, señor. Vilmente agredido, señor.

—Entonces no pudo haber sido Sharpe quien cometió dicha agresión, sargento, porque la noche del cinco de agosto estaba conmigo. Fue el día que recogí al sargento Sharpe del arsenal de Seringapatam. —El rostro de McCandless se crispó con desagrado al bajar la vista hacia el sargento—. ¿Sigue diciendo que usted fue testigo de la agresión? —le preguntó a Hakeswill.

Hakeswill sabía reconocer la derrota.

—Era una noche oscura, señor —dijo el sargento inexpresivamente.

—Está usted mintiendo, sargento —replicó McCandless con mucha frialdad—, y yo sé que está mintiendo y mi carta al coronel Gore dará fe de sus mentiras. Aquí no tiene nada que hacer, y así voy a comunicárselo al general de división Wellesley. Si de mí dependiera recibiría su castigo aquí mismo, pero eso lo tiene que decidir el general. Me va a entregar ese caballo.

—¿Este caballo, señor? Lo encontré, señor. Vagando, señor.

—¡Traiga aquí! —exclamó McCandless con brusquedad. A los sargentos no les correspondía tener caballos sin permiso. Le arrebató las riendas a Hakeswill—. Y si tiene responsabilidades con los *puckalees*, sargento, le sugiero que se ocupe de ellas en vez de saquear a los muertos. Y en cuanto a esa orden... —El coronel, ante la horrorizada mirada de Hakeswill, rompió el papel en dos—. Que tenga un buen día, sargento —dijo McCandless y, concluida su pequeña victoria, dio la vuelta a su caballo y se marchó.

Hakeswill observó al coronel mientras se alejaba al galope, luego se agachó y

recogió las dos mitades de la orden que guardó cuidadosamente en su bolsa.

—¡Escocés! —soltó.

El soldado Lowry se movió, incómodo.

—Si él está en lo cierto, sargento, y Sharpy no estaba allí, entonces nosotros no tendríamos que estar aquí.

Hakeswill se volvió ferozmente hacia el soldado.

—¿Y desde cuando, soldado Lowry, le corresponde a usted despachar los asuntos militares? El duque de York lo ha nombrado oficial, ¿no? Su excelencia le ha puesto galones en la casaca sin decírmelo, ¿no es cierto? Lo que hizo Sharpy no es asunto suyo, Lowry. —El sargento estaba metido en un lío, y lo sabía, pero aún no estaba acabado. Se dio la vuelta y se quedó mirando fijamente a McCandless que le había dado el caballo a un oficial desmontado y se hallaba enfrascado en una conversación con el coronel Wallace. Los dos hombres miraron hacia Hakeswill y el sargento imaginó que estaban hablando de él—. Seguiremos a ese escocés —dijo Hakeswill—, y esto es para el que lo ponga bajo tierra. —Rebuscó en el bolsillo, sacó una moneda de oro y se la mostró a sus seis soldados.

Los soldados contemplaron la moneda con solemnidad y entonces, de repente, se agacharon cuando una bala de cañón pasó silbando muy cerca de sus cabezas. Hakeswill soltó un juramento y se tiró al suelo. Sonó otro cañonazo y esa vez una lluvia de metralla salpicó la hierba al sur de donde se encontraba el sargento.

El coronel Wallace había estado escuchando a McCandless, pero en aquel momento se volvió hacia el este. No habían muerto todos los artilleros de la línea mahratta y los supervivientes, junto a la caballería que había estado buscando algo que hacer, habían vuelto a los cañones. Habían girado las piezas de cara al oeste en lugar de hacerlo hacia el este y disparaban contra los cinco regimientos que esperaban que la batalla volviera a empezar. Los artilleros sorprendieron a los casacas rojas y con los cañones británicos capturados, traídos desde el este, e, incorporados a su batería, lanzaban balas, granadas y botes de metralla contra la infantería de casacas rojas. Dispararon desde una distancia de trescientos pasos, a bocajarro, y sus proyectiles atravesaron las filas de forma sangrienta.

Era evidente que los mahratta aún no estaban vencidos.

William Dodd podía oler la victoria. Casi podía sentir en sus manos el brillo de los estandartes de seda capturados. Lo único que hacía falta eran dos descargas de metralla y una asquerosa carnicería con las bayonetas y el 74.º quedaría destruido. La Guardia Montada de Londres podría tachar de la lista del ejército al primer batallón del regimiento, todo entero, y anotar que había sido sacrificado por el talento de William Dodd. Con un gruñido les dijo a sus artilleros que cargaran los botes de metralla caseros, observó cómo los cargadores atacaban los misiles en su sitio y

entonces sonó la trompeta.

La caballería británica y la de la Compañía habían sido apostadas en la mitad norte del campo de batalla para evitar que los jinetes enemigos se acercaran rápidamente por la retaguardia de la infantería, pero entonces acudieron al rescate del 74.º. Los Dragones del 19.º aparecieron por el barranco que había detrás de los Highlanders y en su carga viraron hacia el norte, saliendo del terreno bajo y dirigiéndose hacia el 74.º y la aldea situada más allá. La mayor parte de los soldados de caballería eran reclutas de los condados rurales de Inglaterra, jóvenes a los que desde niños les habían enseñado a conocer los caballos y a los que el trabajo agrícola había fortalecido, y todos llevaban el nuevo sable de la caballería ligera de infalibilidad garantizada. Y no falló.

Atacaron primero a la caballería mahratta. Los jinetes ingleses eran superados en número, pero montaban caballos más grandes y sus hojas eran mejores, y se abrieron camino con una ferocidad maníaca. Fue una tarea sangrienta, brutal, rápida y escandalosa, y los mahratta dieron la vuelta a sus caballos más ligeros para alejarse de los siniestros sables huyendo hacia el norte. Pero en cuanto los jinetes enemigos cayeron muertos o escaparon, la caballería británica clavó sus espuelas y cargó contra la infantería mahratta.

Atacaron primero al batallón del *compoo* de Dupont y aquello fue más una ejecución que un combate porque aquellos hombres todavía estaban formados en línea en vez de estar preparados para enfrentarse a la caballería. Esta iba montada en altos caballos y todos los soldados se habían pasado horas entrenando con el sable, aprendiendo a cortar, a dar estocadas y a esquivar golpes. Sin embargo, lo único que tuvieron que hacer entonces fue acuchillar con sus pesadas armas de ancha hoja diseñadas para semejante carnicería. Tajar, acuchillar, gritar y clavar las espuelas, luego seguir abriéndose paso entre soldados aterrorizados que únicamente pensaban en escapar. Los sables causaron espantosas heridas, el peso de la hoja dotaba a las armas de una gran fuerza en el corte y la curva del acero impulsaba los filos recién amolados a través de carne, músculo y hueso para hacer más grande la herida.

Algunos soldados de la caballería mahratta trataron valientemente de contener la carga, pero sus ligeros *tulwars* no podían competir con el acero de Sheffield. Los hombres del 74.º se levantaban y gritaban entusiasmados mientras observaban cómo los jinetes ingleses arremetían a cuchilladas contra aquel enemigo que tan terriblemente se había aproximado; y detrás de los ingleses galopaba la caballería de la Compañía, que desplegó más el ataque para conducir hacia el norte a los derrotados jinetes mahratta.

Dodd no se dejó llevar por el pánico. Sabía que había perdido aquella escaramuza, pero la indefensa concentración del batallón de Dupont le protegía el flanco derecho y aquellos condenados soldados le proporcionaron los pocos segundos

que necesitaba.

—¡Atrás —gritó—, atrás! —y esa vez no le hizo falta intérprete. Los Cobras retrocedieron a toda prisa hacia el seto de cactus. No corrieron, no rompieron filas, pero se distanciaron rápidamente para dejar espacio a la caballería enemiga, que pasaba a toda velocidad por delante de ellos. Cuando los jinetes pasaron, los soldados de Dodd, que aún tenían los mosquetes cargados, dispararon. Los caballos tropezaron y se vinieron abajo, los jinetes cayeron despatarrados y los Cobras siguieron retrocediendo.

Pero el regimiento aún estaba desplegado en línea, la aterrorizada infantería de Dodd se abría paso a empujones para meterse entre las compañías situadas a la derecha y la segunda fila de Dragones se sumó a ese caos para acometer con sus sables contra los soldados de casaca blanca. Dodd les gritó a sus hombres que formaran en cuadro y ellos obedecieron, pero las dos compañías de la derecha habían quedado reducidas a una ruinoso piltrafa y sus supervivientes no llegaron a unirse al cuadro, formado con tanta precipitación que parecía más un corrillo de gente que una ordenada formación. Algunos de los fugitivos de las dos compañías sentenciadas trataron de sumarse a sus compañeros en el cuadro, pero los jinetes se encontraban entre ellos y Dodd le gritó al cuadro que disparara. La descarga mató a enemigos y a soldados de los suyos, pero sirvió para ahuyentar a los jinetes y eso le dio tiempo a Dodd para mandar a sus soldados de vuelta a través del seto y más allá, allí donde al principio había esperado el ataque británico. La infantería del rajá de Berar, que había permanecido a la izquierda de Dodd, había salido más bien parada, ya que ninguno de sus soldados se había quedado a combatir. En lugar de eso habían salido corriendo de nuevo hacia las murallas de adobe de Assaye. Los artilleros que estaban cerca del pueblo vieron acercarse a la caballería y dispararon botes de metralla, matando a más de sus propios fugitivos que a miembros de la caballería enemiga, pero al menos el breve cañoneo indicó a los Dragones que la aldea estaba defendida y era peligrosa.

El torrente de caballería se dirigió hacia el norte dejando una estela de sufrimiento tras de sí. Los dos cañones de cuatro libras que Joubert había hecho avanzar se hallaban entonces abandonados, los soldados que los servían asesinados por los jinetes, y allí donde había estado el 74.º ya no quedaba nada más que un vacío recinto de hombres y caballos muertos que habían formado la barricada. Los supervivientes del asediado cuadro se habían replegado hacia el este llevándose consigo a los heridos y a Dodd le dio la impresión de que un repentino silencio había envuelto a los Cobras. No se trataba de un verdadero silencio puesto que los cañones habían empezado a disparar de nuevo en la mitad sur del campo de batalla, el distante sonido de cascos era constante y los gemidos de los heridos que había cerca eran fuertes, pero parecía todo muy tranquilo.

Dodd espolé a su caballo en dirección sur para intentar entender un poco aquella

batalla. El *compoo* de Dupont, que estaba a su lado, había perdido un regimiento a manos de los sables, pero los siguientes tres estaban intactos y en aquellos momentos el holandés hacía dar la vuelta a dichas unidades para que se situaran mirando al sur. Dodd vio a Pohlmann galopando por detrás de aquellos que realizaban la conversión y se imaginó que el hanoveriano cambiaría el frente de toda su línea hacia el sur. Los británicos habían destrozado el extremo de la línea, pero aún no habían destrozado al ejército.

No obstante, existía la posibilidad de que los aniquilaran. Dodd jugueteó con la empuñadura en forma de elefante de su espada y contempló lo que hacía menos de una hora había parecido imposible: la derrota. Maldito fuera Wellesley, pensó, pero no era el momento de irritarse, sino de calcular. Dodd no podía permitirse el lujo de que lo capturasen y no tenía ninguna intención de morir por Scindia, de modo que debía asegurar su línea de retirada. Lucharía hasta el final, decidió, y luego correría como el viento.

—¿Capitán Joubert?

El sufrido Joubert trotó y situó su caballo al lado de Dodd.

—¿Monsieur?

Dodd no habló enseguida porque veía que Pohlmann se acercaba. Entonces ya estaba claro que el hanoveriano estaba formando una nueva línea de batalla, una línea que, además, se extendería hacia el oeste de Assaye, de espaldas al río. Los regimientos de la derecha de Dodd, a los que aún no habían atacado, estaban retrocediendo y los cañones iban con ellos. Se estaba cambiando la disposición de toda la línea y Dodd supuso que los Cobras se trasladarían desde el lado este de los muros de adobe al oeste, pero eso no tenía importancia. El mejor vado para atravesar el Juah salía de la misma aldea, y era ese vado el que Dodd quería.

—Llévese a dos compañías, Joubert —ordenó—, y condúzcalas hacia el pueblo para vigilar este lado del vado.

Joubert frunció el ceño.

—Sin duda las tropas del raja... —empezó a protestar.

—¡Las tropas del rajá de Berar son inútiles! —exclamó Dodd con brusquedad—. Si nos hace falta utilizar el vado quiero que nuestros hombres lo aseguren. Asegúrelo usted. —Le dio al francés con el dedo—. ¿Su esposa está en el pueblo?

—*Oui, monsieur.*

—Pues ésta es su oportunidad para impresionarla, monsieur. Vaya a protegerla. Y cerciórese de que no capturen el maldito vado ni de que los fugitivos obstruyan el paso.

A Joubert no le importaba que lo mandaran lejos de la batalla, pero estaba consternado por el evidente derrotismo de Dodd. De todas formas tomó dos compañías, marchó hacia el pueblo y apostó a sus hombres para que vigilaran el vado

de modo que, si todo se perdía, quedara todavía una vía de escape.

Wellesley había cabalgado hacia el norte para investigar el violento combate que había estallado cerca del pueblo de Assaye. Galopó con media docena de edecanes y con Sharpe, que iba rezagado a lomos del último caballo del general, la yegua ruana. Fue una cabalgata frenética puesto que la zona situada al este de la infantería estaba infestada de jinetes mahratta, pero el general tenía fe en el tamaño y la velocidad de sus grandes equinos ingleses y escoceses y dejaron atrás al enemigo con facilidad. Wellesley avistó al atribulado 74.º justo en el momento en que los Dragones se lanzaban contra los soldados enemigos que los asediaban por el sur.

—¡Bien hecho, Maxwell! —exclamó Wellesley en voz alta aunque se hallaba demasiado lejos para que el jefe de la caballería pudiera oírlo, y entonces frenó su caballo para observar a los Dragones en acción.

La concentración de jinetes mahratta que había estado esperando a que el cuadro del 74.º se viniera abajo huyó hacia el norte y la caballería británica, que había destrozado a sablazos gran parte de un regimiento de infantería enemigo, los persiguió. La caballería ya no marchaba en ordenada formación, pues los casacas azules espoleaban a sus monturas para ir a la caza de su disperso enemigo por la campiña. Los soldados gritaban como cazadores de zorros, se acercaban a su presa, la acuchillaban con el sable y apretaban el paso hacia la siguiente víctima. Ni siquiera el río Juah frenó a los jinetes mahratta, sino que se zambulleron en él, condujeron a sus monturas a través del agua y subieron por la orilla septentrional. La caballería británica e india los siguió, de modo que la persecución se perdió de vista al norte. El 74.º, que tan denodadamente había luchado para seguir con vida, marchaba entonces para situarse fuera del alcance de los cañones cercanos al pueblo y Wellesley, quien pocos minutos antes se había olido un desastre, dio un enorme suspiro de alivio.

—Les dije que se mantuvieran alejados de la aldea, ¿no es verdad? —les preguntó a sus edecanes pero, antes de que alguno pudiera responder, se oyeron nuevos cañonazos provenientes del sur—. ¿Qué demonios es eso? —dijo Wellesley al tiempo que se giraba para ver qué significaban aquellos disparos de artillería.

Los restos de la línea de infantería mahratta se estaban retirando y se llevaban consigo los cañones, pero estaba cobrando vida de nuevo la artillería situada frente al derrotado flanco derecho del enemigo, los mismos cañones que la infantería de casacas rojas había dejado atrás. Les habían dado la vuelta y sus timones golpeaban estrepitosamente el suelo con el retroceso y arrojaban volutas de humo de sus bocas de fuego. Tras los cañones había una concentración de caballería enemiga dispuesta a proteger a los artilleros que estaban haciendo trizas a los cinco batallones que habían derrotado a la infantería enemiga.

—¿Barclay? —llamó Wellesley.

—¿Señor? —El edecán hizo avanzar a su caballo.

—¿Puede usted llegar hasta el coronel Harness?

El edecán miró hacia la zona sur del campo de batalla. Hacía un momento estaba plagada de jinetes maharatta, pero aquellos soldados ya se habían retirado tras los reanimados cañones. Delante de éstos quedaba un espacio, un espacio terriblemente estrecho pero que era el único sector del campo de batalla que en aquellos momentos se hallaba libre de caballería enemiga. Si Barclay quería alcanzar a Harness tendría que arriesgarse a hacerlo por allí y, si tenía mucha suerte, podría incluso sobrevivir a los botes de metralla. Y, vivo o muerto, pensó Barclay, ganaría la lotería de agujeros de bala en su casaca. El edecán respiró profundamente.

—Sí, señor.

—Salude de mi parte al coronel Harness y pídale que vuelva a capturar los cañones con sus Highlanders. El resto de su brigada se quedará donde está para mantener a raya a la caballería. —El general se refería a la congregación de soldados de caballería que seguían amenazando desde el oeste, y que todavía no había entrado en batalla—. Y salude también al coronel Wallace —prosiguió el general— y que sus batallones cipayos avancen hacia el norte, pero que no entablen combate con el enemigo hasta que yo los alcance. ¡Adelante! —Le dijo a Barclay que se fuera con un gesto de la mano y luego se giró en la silla—. ¿Campbell?

—¿Señor?

—¿Quiénes son éstos? —El general señaló hacia el este, donde una única unidad de caballería había quedado excluida de la carga que había rescatado al 74.º, supuestamente por si los Dragones hubieran galopado hacia un desastre y necesitaran ayuda.

Campbell miró hacia la lejana unidad.

—El 7.º de la Caballería Nativa, señor.

—Vaya a buscarles. ¡Rápido! —El general desenvainó su espada y Campbell salió al galope—. Bueno, caballeros —les dijo a sus restantes edecanes—, me parece que ha llegado la hora de ganarnos el sustento. Harness puede alejar a esos desgraciados de la artillería situada más al sur, pero tendremos que tener cuidado con la que está más cerca. —Por un momento Sharpe pensó que el general tenía intención de atacar los cañones únicamente con el puñado de hombres que quedaban a su lado; luego comprendió que aguardaba la llegada del 7.º de Caballería Nativa. Durante unos pocos segundos Wellesley había considerado la posibilidad de llamar a los supervivientes del 74.º; pero dichos soldados, que se habían retirado al otro lado del barranco, aún se estaban recuperando de su terrible experiencia. Estaban reuniendo a sus heridos, pasaban lista y reorganizaban a diez maltrechas compañías para volver a formar seis. El 7.º de la Caballería Nativa tendría que reducir a la artillería y Campbell los llevó por el campo de batalla y luego condujo a su oficial al mando, un

comandante de rostro colorado e hirsuto bigote, junto a Wellesley.

—Necesito llegar hasta nuestra infantería, comandante —explicó el general—. Usted va a escoltarme hasta ellos y el camino más rápido es a través de su línea de artillería.

El comandante se quedó mirando boquiabierto los cañones con su numerosa guardia de caballería.

—Sí, señor —dijo, nervioso.

—Dos líneas, si me hace usted el favor —ordenó el general con brusquedad—. Usted comandará la primera línea y ahuyentará a la caballería. Yo iré en la segunda y mataré a los artilleros.

—¿Matará a los artilleros, señor? —preguntó el comandante, como si la idea le pareciera original, luego se dio cuenta de que su pregunta se hallaba peligrosamente al borde de la insubordinación—. Sí, señor —se apresuró a añadir—, por supuesto, señor. —El comandante volvió a mirar detenidamente la línea de artillería. Él atacaría por el flanco, de modo que al menos no habría ningún cañón apuntando a sus hombres. El mayor peligro era la concentración de caballería mahratta que se había congregado detrás de las piezas de artillería y que superaba ampliamente en número a sus soldados. Entonces, al notar la impaciencia de Wellesley, espoleó su caballo, regresó junto a sus hombres y les gritó a sus soldados montados—: ¡Formen dos líneas a la derecha! —El comandante estaba al mando de ciento ochenta hombres y Sharpe vio que sonreían al desenvainar los sables y situar a los caballos en formación.

—¿Alguna vez ha participado en una carga de caballería, sargento? —le preguntó Campbell a Sharpe.

—No, señor. Nunca quise hacerlo, señor.

—Ni yo tampoco. Debe ser interesante. —Campbell empuñaba su claymore y acuchilló el aire con su enorme espada de tal manera que casi le rebanó las orejas a su caballo—. Tal vez lo disfrute más, sargento —dijo amablemente—, si desenvaina su sable.

—Claro, señor —repuso Sharpe sintiéndose como un idiota. Por algún motivo se había imaginado que pasaría su primera batalla en un batallón de infantería, disparando y recargando tal como le habían enseñado a hacer, pero en cambio parecía que iba a combatir como un soldado de caballería. Desenvainó la pesada arma que sentía extraña en su mano, tan extraña como le parecía toda aquella batalla. Pasaba de momentos de un terror que llegaba a aflojar los intestinos a una calma repentina y después al terror de nuevo. Además iba y venía, estallando en una zona del campo y decayendo luego, al tiempo que la marea de muertes se trasladaba a otra parte de las pardas tierras de labranza.

—Nuestra tarea es matar a los artilleros —explicó Campbell— y asegurarnos de que no nos vuelvan a disparar. Dejaremos que los expertos se ocupen de su caballería

y nosotros nos limitaremos a acabar con lo que nos dejen. Es sencillo.

¿Sencillo? Lo único que Sharpe veía era un cúmulo de jinetes enemigos tras los enormes cañones que daban sacudidas y retrocedían mientras que lanzaban con estrépito humo, llamas y muerte, ¿y a Campbell le parecía sencillo? Entonces se dio cuenta de que el joven oficial escocés sólo trataba de tranquilizarlo y se sintió agradecido. Campbell miraba cómo Barclay atravesaba la barrera de artillería. Dio la impresión de que el capitán iba a morir, pues se acercó tanto a los cañones mahratta que en un momento dado su caballo desapareció en medio de una nube de humo de pólvora, pero reapareció al cabo de un instante agachado en su silla y con su montura al galope. Campbell dio un grito de entusiasmo al ver que Barclay daba un brusco viraje y se alejaba en dirección a la brigada de Harness.

—¿Una cantimplora, sargento, si es usted tan amable? —pidió Wellesley, y Sharpe, que había estado observando a Barclay, aflojó torpemente una de las correas de la cantimplora. Le dio el agua al general, luego abrió su propia cantimplora y bebió de ella. El sudor se deslizaba por su rostro y le empapaba la camisa. Wellesley se bebió la mitad del agua, tapó la cantimplora y la devolvió, luego puso su caballo al trote y se situó en un hueco que había en el lado derecho de la segunda línea de caballería. El general desenvainó su delgada espada. Los demás edecanes encontraron también un lugar en la línea, pero no parecía quedar espacio para Sharpe, de modo que se situó a unos pocos metros por detrás del general—. ¡Adelante! —le gritó Wellesley al comandante.

—¡La línea avanzará por el centro! —gritó el comandante—. ¡Al paso! ¡Marchen!

Parecía una orden extraña, pues Sharpe se había esperado que todos salieran al galope, pero en cambio la línea de jinetes en cabeza avanzó al paso y la segunda línea esperó. Sharpe entendió que se dejara un ancho espacio puesto que si la segunda línea se hallaba demasiado cerca de la primera podía enredarse en la carnicería que hiciera la línea en cabeza. Sin embargo, si había una buena distancia entre ambas, la segunda contaría con espacio suficiente para esquivar los obstáculos. Aun así, le parecía una idiotez conducir un caballo al paso hacia la batalla. Se pasó la lengua por los labios, que ya volvían a estar secos, y se limpió la mano sudorosa en los pantalones antes de volver a asir la empuñadura del sable.

—¡Ahora, caballeros! —dijo Wellesley, y la segunda línea empezó a avanzar a un paso igual de reposado que la primera. Las cadenas de barbada tintinearon y se agitaron las vainas vacías. Pasados unos segundos el comandante de la primera línea gritó una orden y las dos se pusieron al trote. Los cascos de los caballos levantaban remolinos de polvo. Los gorros negros de los soldados de caballería tenían unos altos penachos de color escarlata que se zarandeaban con gracia mientras que sus sables curvos brillaban con los reflejos de la luz del sol. Wellesley habló con Blackiston, que

estaba detrás de él, y Sharpe vio que el comandante se reía, entonces el trompeta que el comandante tenía a su lado dio un toque y las líneas gemelas se pusieron a medio galope. Sharpe intentó seguir el ritmo, pero era un mal jinete y la yegua no hacía más que desviarse hacia un lado y sacudir la cabeza.

—¡Sigue adelante! —le gruñó Sharpe. Los mahratta ya habían visto venir el ataque y los artilleros trataban desesperadamente de girar con las palancas el cañón situado más al norte para hacer frente a la amenaza, mientras que un cúmulo de soldados de caballería enemigos avanzaba para enfrentarse a la carga.

—¡Adelante! —gritó el comandante, su trompeta hizo sonar la orden de carga y Sharpe vio descender los sables de la primera línea con las puntas hacia delante como si fueran lanzas. Aquello ya era otra cosa, pensó, pues los caballos ya estaban galopando y sus cascos provocaban un violento estruendo mientras se dirigían a toda velocidad hacia el enemigo.

La línea que iba en cabeza se precipitó contra la caballería enemiga que venía en dirección contraria. Sharpe esperaba verla detenerse, pero apenas pareció frenar. En cambio vio los destellos de las hojas, tuvo la impresión de ver caer a un jinete y a su caballo y luego la línea del comandante ya había atravesado la caballería y se dirigía hacia el primer cañón. Los sables se alzaron y descendieron. La segunda línea viraba para esquivar los caballos caídos y también se encontraron entonces entre el enemigo. Luego se acercaron a la primera línea que finalmente vio entorpecido su avance por la resistencia del adversario.

—¡Sigán adelante! —les gritó Wellesley a los jinetes más avanzados—. ¡Sigán adelante! ¡Llévenme hacia la infantería!

La caballería había atacado de forma que su flanco derecho sobrepasara los cañones mientras que el resto de la carga se enfrentaba a la caballería situada al este de la línea de artillería. Aquellos soldados del extremo oriental avanzaban a buen ritmo, pero los del flanco derecho se vieron entorpecidos por los grandes carros de munición que habían aparcados tras los cañones. Los soldados de caballería indios arremetieron a cuchilladas contra los artilleros goaneses, que se metieron debajo de sus armas para protegerse. Uno de los cargadores blandió un atacador y derribó de su montura a un soldado de caballería. Estallaron los mosquetes, un caballo soltó un bramido y cayó sobre una maraña de cascos que se agitaban. Una flecha salió disparada en dirección a Sharpe y no le dio por un pelo. Los sables cortaban y se clavaban. Sharpe vio a un alto soldado de caballería que iba de pie en los estribos para tener más espacio para blandir su arma. El hombre dio un grito al tiempo que arremetía, luego arrancó la hoja de su víctima y siguió adelante en busca de otra. Sharpe se aferró desesperadamente a la silla cuando su yegua dio un brusco viraje para esquivar un caballo herido, luego él también se encontró entre los cañones. Dos líneas de caballería habían pasado junto a aquellas armas pero algunos de los

artilleros aún seguían con vida. Sharpe acometió contra un soldado con el sable, pero en el último momento el movimiento de la yegua le hizo perder el equilibrio y la hoja pasó muy por encima de la cabeza del enemigo. En aquellos momentos reinaba un sangriento caos. Aunque la caballería se abría camino a la fuerza, algunos de los jinetes enemigos rodearon al galope el flanco de la primera línea para atacar la segunda y había grupos de artilleros que se defendían como si fueran soldados de infantería. Iban armados con mosquetes y picas y Sharpe, que clavó los talones en su caballo para situarse detrás de Wellesley, vio aparecer a uno de aquellos grupos de debajo de un pintado cañón de dieciocho libras y corrió hacia el general. Trató de dar un grito de advertencia, pero el sonido que brotó de sus labios fue más parecido a un chillido que pedía ayuda.

Wellesley estaba aislado. El comandante Blackiston había girado a la izquierda para atacar a un alto árabe que blandía una espada enorme en tanto que Campbell se había lanzado a toda velocidad por la derecha tras un jinete fugitivo. Los soldados de caballería indios iban todos por delante del general, sableando a los artilleros a su paso, mientras que Sharpe se encontraba a unos diez pasos por detrás. Seis hombres atacaron al general y uno de ellos empuñaba una larga pica de hoja estrecha con la que embistió a *Diomedes*. Wellesley dio un fuerte tirón a las riendas para apartarlo del soldado, pero el formidable caballo iba demasiado deprisa y fue directo contra la pica que lo apuntaba.

Sharpe vio al soldado de la pica girar hacia un lado cuando el peso del caballo le arrancó el asta de las manos. Vio que el blanco semental caía hacia delante y vio que Wellesley salía despedido contra el cuello del animal. Vio que la media docena de enemigos se aproximaba para caer sobre su presa y de pronto todo el caos y el terror de aquel día se desvanecieron. Sharpe supo lo que tenía que hacer y lo vio tan claro como si se hubiera pasado toda la vida esperando precisamente ese momento.

Golpeó a la yegua con los talones para llevarla directa hacia el enemigo. No podía acercarse al general, pues Wellesley todavía estaba en la silla del malherido *Diomedes*, que se inclinaba hacia el suelo con el asta de la pica saliéndole del ensangrentado pecho, y la amenaza del peso del caballo había hecho que el enemigo se apartara, tres a la izquierda y tres a la derecha. Uno de ellos disparó su mosquete contra Wellesley, pero la bala se desvió y entonces, cuando *Diomedes* ralentizó su movimiento, los maharatta se acercaron pero Sharpe cayó sobre ellos.

Se sirvió de la yegua como si fuera un ariete, acercándola peligrosamente al lugar donde el general había caído de la silla, y la condujo hacia los tres artilleros de la derecha, dispersándolos, y al mismo tiempo sacó los pies de los estribos y se arrojó del caballo para aterrizar junto al aturdido Wellesley. Sharpe se tambaleó al caer pero se levantó del suelo gruñendo y blandiendo el sable contra los tres soldados a los que había atacado. Sin embargo, el impacto de la yegua los había hecho retroceder, de

modo que Sharpe se giró rápidamente para encontrarse con que uno de los artilleros estaba de pie con la bayoneta alzada justo encima del general, listo para cargar, y arremetió contra el soldado, gritándole. Notó cómo la punta del sable atravesaba los músculos del vientre del artillero, empujó el sable y arrojó al contrincante hacia atrás sobre la ensangrentada ijada de *Diomedes*.

El sable se quedó clavado en la herida y el artillero se retorció; su mosquete estaba en el suelo, y uno de sus compañeros trepaba por encima de *Diomedes* con un *tulwar* en la mano. Sharpe tiró del sable dándole una sacudida al moribundo pero la hoja no se liberó de la succión de la carne, así que pasó por encima de Wellesley, que aún estaba aturdido y tendido de espaldas, apoyó la bota derecha en la ingle del artillero y volvió a tirar. El soldado del *tulwar* arremetió con su arma y Sharpe sintió un golpe en el hombro izquierdo, pero entonces su sable se soltó y lo blandió torpemente contra su nuevo atacante. El hombre retrocedió para evitar la embestida de la hoja y tropezó con una de las patas traseras de *Diomedes*. Cayó al suelo. Sharpe se dio la vuelta y acometió a ciegas con amplios movimientos de su arma, de cuya punta goteaba la sangre, para hacer retroceder a cualquier enemigo que viniera por su derecha. No había ninguno. El general dijo algo, pero aún no era muy consciente de lo que ocurría, y Sharpe supo que ambos iban a morir allí si no encontraba algún refugio enseguida.

El enorme cañón pintado de dieciocho libras ofrecía cierta seguridad, de manera que Sharpe se agachó, agarró a Wellesley del cuello de la casaca y sin ningún miramiento arrastró al general hacia el cañón. El general no estaba inconsciente, pues se aferraba a su delgada espada recta, pero se hallaba medio aturdido e indefenso. Dos soldados echaron a correr para cortar el paso a Sharpe y evitar que pudiera refugiarse en el cañón, pero él soltó el rígido cuello del general y los atacó.

—¡Cabrones! —gritó mientras se enfrentaba a ellos. ¡A la mierda los consejos sobre mantener el brazo recto y parar los golpes!, era el momento de matar con auténtica furia y se lanzó a por los dos artilleros con enloquecida ferocidad. El sable era un arma tosca pero estaba afilada y pesaba, por lo que casi le cercenó el cuello al primero de los soldados y con el posterior golpe del revés le abrió el brazo hasta el hueso al segundo. Sharpe se volvió hacia Wellesley, que aún no se había recuperado del impacto de su caída, y vio que un lancero árabe espoleaba su caballo y se dirigía directo al postrado general. Sharpe le bramó una obscenidad al soldado, luego dio un salto hacia delante, le tajó la cara al caballo del lancero con la pesada hoja del sable y vio que la bestia viraba bruscamente. La lanza se alzó en el aire con una sacudida mientras el árabe trataba de controlar a su montura enloquecida de dolor, Sharpe se agachó, volvió a agarrar a Wellesley por el cuello de la casaca y arrastró al general hasta el espacio que había entre el vistoso tubo del cañón y una de sus gigantescas ruedas—. ¡Quédese aquí! —le dijo bruscamente Sharpe a Wellesley y a continuación

se dio la vuelta para encontrarse con que al árabe lo había tirado el caballo pero iba entonces a la cabeza de una carga de artilleros. Sharpe fue a su encuentro. Apartó la lanza de un golpe con la hoja del sable y luego le hundió la barra de la empuñadura al árabe en la cara. Notó que al hombre se le rompía la nariz, le dio una patada en las pelotas, le propinó un empujón, le clavó el sable y luego giró a la derecha y la hoja cortó el aire a unos dos centímetros de los ojos de un artillero.

Los atacantes retrocedieron y Sharpe se quedó jadeando. Por fin Wellesley se puso en pie y recuperó el equilibrio con una mano apoyada en la rueda del cañón.

—¿Sargento Sharpe? —preguntó Wellesley, desconcertado.

—¡Quédese ahí, señor! —dijo Sharpe sin girarse. En aquellos momentos tenía frente a él a cuatro hombres, cuatro soldados que enseñaban los dientes y empuñaban unas armas relucientes. Sus miradas iban de Sharpe a Wellesley y de vuelta a Sharpe. Los maharatta no sabían que habían atrapado al general británico. Lo que sí sabían era que el hombre que había junto al cañón debía de ser un oficial de alto rango puesto que en su casaca roja lucían los galones y trenzas y habían ido a capturarlo, pero para alcanzarlo primero tenían que cruzarse con Sharpe. Dos hombres se acercaron desde el extremo más alejado del cañón y Wellesley paró la hoja de una pica con su espada, luego se alejó unos pasos del cañón para situarse al lado de Sharpe e inmediatamente el enemigo se precipitó para atraparlo—. ¡Atrás! —le gritó Sharpe a Wellesley y se puso en medio de la carga enemiga.

Agarró una pica que iba dirigida al vientre del general, tiró de ella y recibió al artillero que iba detrás con la punta de su sable. Entró directo en la garganta del soldado, Sharpe giró la hoja para liberarla, la blandió hacia la derecha y notó que el acero chocaba contra la cabeza de un soldado, pero no tenía tiempo de comprobar el daño causado, sólo de dar un paso a la izquierda y acuchillar a un tercer soldado. Le salía sangre del hombro pero no sentía dolor. Profería un demencial gemido al combatir y en aquel instante a Sharpe le pareció que no podía hacer nada mal. Era como si por arte de magia el enemigo hubiera quedado ralentizado a la mitad de su velocidad y a él lo hubieran acelerado. Era mucho más alto que cualquiera de ellos, era mucho más fuerte y de repente era mucho más rápido. Estaba incluso disfrutando con el combate, si hubiera reconocido algo de lo que sentía, pero tan sólo notaba la locura de la batalla, la locura absoluta que borra el miedo, alivia el dolor y lleva a un hombre al borde del éxtasis. Les gritaba obscenidades a los enemigos, suplicándoles que se acercaran para matarlos.

Se movió hacia la derecha y dio un fuerte golpe hacia abajo con la hoja que le cortó la cara en dos a un soldado. El enemigo se había retirado, Wellesley volvió a situarse junto a Sharpe invitando así a los atacantes a que volvieran a acercarse y Sharpe empujó de nuevo al general hacia el espacio entre la alta rueda del cañón y el inmenso tubo pintado del dieciocho libras.

—¡No se mueva de ahí —le dijo bruscamente— y observe desde debajo del tubo! —Se dio la vuelta para enfrentarse a los atacantes—. ¡Vamos, cabrones! ¡Vamos! ¡Quiero que os acerquéis!

Se acercaron dos hombres y Sharpe avanzó hacia ellos y se valió de ambas manos para hacer descender el pesado sable con un golpe salvaje que le atravesó el sombrero y el cráneo al enemigo más próximo. Sharpe le lanzó una maldición al moribundo porque el sable se había quedado atrapado en su cabeza, pero logró soltarlo de un tirón y lo blandió hacia la derecha, con una gelatina gris que se deslizaba por el filo, para dar caza al segundo soldado. Éste alzó las manos mientras se retiraba, como sugiriendo que él no quería luchar al fin y al cabo, y Sharpe lo maldijo al tiempo que le atravesaba la garganta con la punta de la hoja. Le escupió al soldado que se tambaleaba y con la boca seca volvió a escupir a los enemigos que lo observaban.

—¡Venga! ¡Vamos! —exclamó para provocarlos—. ¡Cobardes hijos de puta! ¡Vamos!

Por fin se acercaron unos jinetes para ayudar, pero se estaban aproximando más mahrattas a la contienda. Dos intentaron llegar hasta Wellesley desde el otro lado del cañón y el general acuchilló a uno de ellos en la cara y luego le hizo un corte en el brazo al otro cuando se acercó por debajo del tubo. Por detrás de él Sharpe insultaba al enemigo a voz en grito, uno de los hombres aceptó el desafío y corrió hacia Sharpe con una bayoneta. Sharpe dio un temible gemido al tiempo que paraba la arremetida, luego estrelló la empuñadura del sable contra el rostro del soldado. Otro hombre se acercaba por la derecha, de modo que Sharpe le dio una patada en las piernas a su primer asaltante para hacerlo caer y arremetió entonces contra el recién llegado. Dios sabe cuántos cabrones de aquéllos había, pero a Sharpe no le importaba. Había ido allí a combatir y el Señor le había proporcionado una batalla que era un verdadero infierno. El soldado paró la embestida de Sharpe, entró a fondo y Sharpe esquivó la estocada y le hundió la barra de la empuñadura en el ojo. El hombre gritó y trató de agarrar a Sharpe, que intentó zafarse de él hundiéndole otra vez la empuñadura en la cara. Los demás atacantes se estaban esfumando, huían de los jinetes que volvían galopando hacia Wellesley.

Pero un oficial mahratta había estado acechando a Sharpe y vio su oportunidad entonces, cuando el soldado medio ciego lo sujetaba. El oficial se le acercó por la espalda y le propinó un golpe de *tulwar* en la nuca al casaca roja.

El golpe iba muy bien dirigido. Alcanzó a Sharpe justo en el cogote y en un instante le hubiera cortado la columna y lo hubiera dejado muerto en el ensangrentado suelo. Pero en la bolsa de cuero alrededor de la cual se enrollaba el pelo Sharpe había escondido el rubí de un rey muerto, y el enorme rubí paró en seco la hoja. La sacudida del golpe lo propulsó hacia delante, pero mantuvo el equilibrio y al final el soldado que lo había tenido agarrado lo soltó y Sharpe pudo darse la vuelta.

El oficial volvió a arremeter contra él y Sharpe paró la embestida con tanta fuerza que el acero de Sheffield cortó limpiamente la ligera hoja del *tulwar* y el siguiente golpe atravesó al propietario de la espada.

—¡Hijo de puta! —gritó Sharpe al tiempo que liberaba la hoja de un tirón y giraba sobre sus talones para matar al próximo que se acercara, pero el que estaba allí era el capitán Campbell, y tras él había una docena de soldados de caballería que espolearon a sus caballos hacia el enemigo y arremetieron con sus sables.

Durante unos segundos Sharpe apenas podía creer que estuviera vivo. Tampoco podía creer que hubiera terminado la lucha. Quería volver a matar. Le hervía la sangre, la rabia bullía en su interior y no había más enemigos, de manera que se contentó con clavar el sable en la cabeza del oficial mahratta.

—¡Hijo de puta! —exclamó, luego le dio una patada en la cara para liberar la hoja de una sacudida. Entonces, de pronto, se puso a temblar. Se volvió y vio que Wellesley le estaba mirando horrorizado y Sharpe estaba seguro de que debía haber hecho algo malo. Entonces se acordó de lo que era—. Lo lamento, señor —dijo.

—¿Que lo lamenta, dice? —repuso Wellesley, aunque apenas parecía capaz de hablar. El general tenía el rostro lívido.

—Haberle empujado, señor —explicó Sharpe—. No era mi intención hacerlo, señor.

—Pues yo espero que sí fuera su condenada intención —dijo Wellesley con contundencia, y Sharpe vio que el general, normalmente tan calmado, también temblaba.

Sharpe tuvo la sensación de que debía decir algo más, pero no se le ocurrió qué podía ser.

—Perdió su último caballo, señor —dijo en cambio—. Lo siento, señor.

Wellesley lo miró. En toda su vida no había visto combatir a nadie como el sargento Sharpe, aunque en realidad el general no recordaba todo lo que había ocurrido en los últimos dos minutos. Se acordaba de *Diomedes* cayendo y de tratar de soltar los pies de los estribos, recordaba un golpe en la cabeza que probablemente le había dado uno de los cascos de *Diomedes* al sacudirse, creía recordar haber visto una bayoneta brillando en el cielo por encima de él y había sabido que iban a matarlo en aquel preciso instante, y luego todo se convirtió en una confusión abrumadora. Recordaba la voz de Sharpe utilizando un lenguaje que lo había escandalizado incluso a él, que no se ofendía con facilidad, y se acordaba de haber sido empujado contra el cañón para que el sargento pudiera enfrentarse solo al enemigo. Ya Wellesley le había parecido bien aquella decisión, no porque le evitara la necesidad de luchar, sino porque se había dado cuenta de que Sharpe se vería obstaculizado por su presencia.

Después había observado a Sharpe mientras mataba, y se había quedado

asombrado ante la ferocidad, el entusiasmo y la destreza de aquella matanza, y Wellesley supo que le habían salvado la vida y supo que debía agradecerse a Sharpe, pero por algún motivo no encontraba las palabras adecuadas. Se limitó a mirar fijamente al incómodo sargento cuyo rostro estaba salpicado de sangre y cuyo largo cabello se había soltado, cosa que le confería un aspecto de demonio del infierno. Wellesley intentó formar las palabras que expresaran su gratitud y sin embargo las sílabas se le atragantaban en la garganta. Justo entonces un soldado de la caballería se acercó al trote hacia el cañón con las riendas de la yegua ruana en la mano. El animal había sobrevivido ileso y su jinete le ofreció las riendas a Wellesley, quien, como en un sueño, salió del protegido espacio en el interior de la alta rueda del cañón y pasó por encima de los cadáveres que Sharpe había dejado en el suelo. De pronto el general se detuvo y recogió una piedra.

—Esto es suyo, sargento —le dijo a Sharpe al tiempo que le tendía el rubí—. Lo vi caer.

—Gracias, señor. Gracias —Sharpe tomó el rubí.

El general frunció el ceño al verlo. No parecía adecuado que un sargento tuviera una gema de esas dimensiones, pero cuando Sharpe cerró los dedos alrededor de ella, el general decidió que debía de haberse tratado de un trozo de piedra manchado de sangre. ¿Seguro que no era un rubí?

—¿Está usted bien, señor? —preguntó el comandante Blackiston con preocupación.

—Sí, sí, gracias, Blackiston. —El general pareció quitarse de encima el sopor y se acercó a Campbell, que había desmontado y se había arrodillado junto a *Diomedes*. El caballo se agitaba y daba suaves relinchos—. ¿Se puede salvar? —preguntó Wellesley.

—No lo sé, señor —contestó Campbell—. El pobre tiene la hoja de la pica bien clavada en el pulmón.

—Sáquesela, Campbell. Con suavidad. Tal vez sobreviva. —Wellesley echó un vistazo a su alrededor y vio que el 7.º de la Caballería Nativa había aniquilado a los artilleros y había hecho retroceder a los jinetes mahratta que quedaban, en tanto que el 78.º de Harness marchaba de nuevo hacia el fuego de los botes de metralla y las balas para capturar la parte meridional de la artillería mahratta. En aquellos momentos el ayudante de Harness iba a medio galope entre los cuerpos desparramados junto a los cañones.

—Tenemos clavos y mazas si quiere que clavemos los cañones, señor —le dijo a Wellesley.

—No, no. Creo que los artilleros han aprendido la lección, y tal vez podamos poner a nuestro servicio algunos de los cañones —repuso Wellesley. Entonces se dio cuenta de que aún llevaba la espada en la mano. La envainó—. Es una lástima clavar

unas buenas piezas de artillería —añadió. Podía llevar horas de duro trabajo extraer un clavo introducido en el oído de una pieza de artillería y, siempre que los artilleros enemigos fueran derrotados, los cañones no constituirían un peligro. El general se dirigió a un soldado de caballería indio que se había unido a Campbell junto a *Diomedes*—. ¿Puede salvarlo? —le preguntó con preocupación.

El indio tiró suavemente de la pica, pero ésta no se movió.

—Más fuerte, hombre, más fuerte —lo apremió Campbell, y puso sus manos en la ensangrentada asta de la pica.

Los dos hombres tiraron de la lanza y el postrado caballo dio un relincho de dolor.

—¡Con cuidado! —exclamó Wellesley con brusquedad.

—¿Quiere la pica dentro o fuera, señor? —le preguntó Campbell.

—Trate de salvarlo —dijo el general, y Campbell se encogió de hombros, volvió a agarrar el asta, apoyó la bota en el pecho rojo y húmedo del caballo y dio un rápido y fuerte tirón. El caballo volvió a gritar mientras la hoja salía de su piel y un nuevo chorro de sangre brotaba para empapar su blanco pelaje.

—Ahora ya no podemos hacer nada más, señor —dijo Campbell.

—Cuide de él —le ordenó Wellesley al soldado de caballería indio, luego puso mala cara al ver que su último caballo, la yegua ruana, aún llevaba la silla de soldado y que a nadie se le había ocurrido sacar su propia silla de *Diomedes*. Eso era tarea del ordenanza y Wellesley buscó a Sharpe con la mirada, entonces se acordó que tenía que expresarle su agradecimiento al sargento, pero de nuevo no le salieron las palabras. Así pues Wellesley le pidió a Campbell que le cambiara la silla y trepó a continuación a lomos de la yegua. El capitán Barclay, que había sobrevivido a su embate por el campo, frenó su montura al lado del general.

—La brigada de Wallace está lista para atacar, señor.

—Tenemos que formar en línea a los hombres de Harness —dijo Wellesley—. ¿Se sabe algo de Maxwell?

—Todavía no, señor —respondió Barclay. El coronel Maxwell había ido al frente de la caballería en su persecución hacia el otro lado del río Juah.

—¡Comandante! —le gritó Wellesley al oficial al mando del 7.º de la Caballería Nativa—. Que sus hombres den caza a esos artilleros de ahí. Cerciórese de que no quede ninguno con vida, luego vigile los cañones para que no puedan volverlos a tomar. ¿Caballeros? —se dirigió a sus edecanes—. Vámonos.

Sharpe miró al general mientras se alejaba al galope hacia la nube de humo de cañón que se iba dispersando, luego posó la mirada en el rubí que tenía en la mano y vio que era igual de rojo y brillante que la sangre que goteaba de la punta de su sable. Se preguntó si el rubí lo habrían metido en la fuente de Zum-Zum junto con el casco del Tippoo. ¿Era ése el motivo de que le hubiera salvado la vida? No había hecho un carajo por el Tippoo, pero Sharpe estaba vivo cuando debería de estar muerto, y

también lo estaba el general de división sir Arthur Wellesley, en realidad.

El general había dejado a Sharpe junto al cañón sin más compañía que la de los soldados muertos, los que agonizaban y el soldado de caballería que intentaba contener la sangre de la herida de *Diomedes* con un trapo. Sharpe soltó una repentina carcajada que sobresaltó al soldado.

—Ni siquiera me dio las gracias —dijo Sharpe en voz alta.

—¿Cómo dice, *sahib*? —preguntó el soldado de caballería.

—No me llame *sahib* —repuso Sharpe—. No soy más que un puñetero soldado igual que usted, que no sirve para otra cosa que no sea luchar en las batallas de los demás. Y apuesto a que esos cabrones ni siquiera se lo agradecen. —Tenía sed, de modo que destapó una de las cantimploras del general y bebió con avidez—. ¿Se va a salvar el caballo?

El indio no parecía entender todo lo que Sharpe decía, pero la pregunta debió de tener sentido para él porque señaló la boca de *Diomedes*. El semental tenía los labios retraídos que dejaban al descubierto una dentadura amarilla por la cual se filtraba una espuma de un pálido color rosado. El indio sacudió la cabeza con pesar.

—Yo sangré a ese caballo —dijo Sharpe— y el general me dijo que estaba enormemente agradecido. Esas fueron sus palabras exactas, «enormemente agradecido». Me dio una maldita moneda, sí. ¡Pero le salvas la vida y ni siquiera te da las gracias! Debí sangrarle a él y no a este condenado caballo. Tendría que haberlo sangrado hasta que se muriera. —Bebió más agua y lamentó que no fuese *arrack* o ron—. ¿Y sabe qué es lo más gracioso? —le preguntó al indio—. Que ni siquiera lo hice porque se tratara del general. Lo hice porque me cae bien. No personalmente, pero me gusta. De una manera un tanto extraña. No lo hubiera hecho por usted. Lo hubiese hecho por Tom Garrard, pero él es un amigo, ¿entiende? Y lo hubiese hecho por el coronel McCandless, porque es un caballero como Dios manda, pero no lo hubiera hecho por mucha más gente. —Sharpe daba la impresión de estar borracho, incluso a él mismo se lo parecía, pero en realidad se encontraba totalmente sobrio en un campo de batalla que de repente había quedado en silencio bajo el sol que declinaba hacia el oeste. Ya era casi de noche, pero quedaba suficiente luz para poder terminar la batalla. Sin embargo, parecía discutible si Sharpe tendría o no algo que ver con dicha conclusión, pues había perdido su trabajo como ordenanza del general, había perdido su caballo, había perdido su mosquete y estaba ahí tirado con nada más que un mellado sable—. No es del todo cierto —le confesó al perplejo indio— lo que he dicho acerca de que me caía bien. Lo que quiero es caerle bien a él, y eso es diferente, ¿no? ¡Pensé que ese cabrón miserable podría nombrarme oficial! Vaya mierda de esperanza, ¿eh? No habrá fajín para mí, muchacho. Es cuestión de volver a ser un maldito soldado de infantería. —Se sirvió del ensangrentado sable para cortar una tira de tela de la túnica del árabe muerto, dobló la tela e hizo con ella un parche

que se metió bajo la casaca para contener la sangre que manaba de la herida de *tulwar* que tenía en el hombro izquierdo. No era una herida grave, decidió, pues no notaba ningún hueso roto y podía utilizar el brazo sin problemas. Desechó el sable mellado, encontró un mosquete mahratta abandonado, de un tirón arrancó la caja de cartuchos y la bayoneta del cinturón del fallecido propietario y a continuación se fue en busca de alguien a quien matar.

Se tardó media hora en formar la nueva línea con los cinco batallones que habían marchado bajo el fuego de la artillería mahratta y habían puesto en fuga a Pohlmann. Los cinco batallones se hallaban ya encarados al norte hacia la nueva posición de Pohlmann, quien hizo descansar a su flanco derecho junto a los muros de adobe de Assaye y luego se desplegó a lo largo de la orilla sur del río Juah. A los mahratta les quedaban cuarenta cañones, Pohlmann seguía al mando de ocho mil soldados de infantería e innumerable caballería y los veinte mil infantes del rajá de Berar todavía aguardaban tras las improvisadas murallas del pueblo. La infantería de Wellesley no llegaba a los cuatro mil hombres, contaba únicamente con dos cañones ligeros y con apenas seiscientos soldados de caballería montados en unos caballos agotados y muertos de sed.

—¡Podemos detenerlos! —les rugió Pohlmann a sus soldados—. ¡Podemos detenerlos y vencerlos! Detenerlos y vencerlos. —Seguía a lomos del caballo y todavía llevaba su vistosa casaca de seda. Había soñado con montar a su elefante por un campo con enemigos muertos desparramados por todas partes y con un montón de armas capturadas al rival, pero en lugar de eso animaba a sus hombres para que al menos se quedaran junto al río—. Detenerlos —gritó—, detenerlos y vencerlos. —El Juah fluía por detrás de sus soldados mientras que frente a ellos las sombras se alargaban por las tierras de cultivo de Assaye, plagadas de los restos de la batalla.

Entonces volvieron a sonar las gaitas y Pohlmann dio la vuelta a su caballo para dirigir la mirada hacia el extremo derecho de su línea y vio los altos gorros negros de piel de oso y las oscilantes faldas del maldito regimiento escocés que volvía a acercarse. El sol se reflejaba en sus blancos cinturones cruzados y hacía destellar las bayonetas. Tras ellos, medio oculta por los árboles, la caballería británica era amenazadora, aunque parecía frenarla una batería de cañones situados a la derecha de la línea de Pohlmann. El hanoveriano sabía que la caballería no suponía ningún peligro. Era la infantería, la imparable infantería de casaca roja, la que iba a derrotarlo. Vio que los batallones cipayos iniciaban el avance por el flanco de los Highlanders y dio media vuelta a su caballo con la intención de dirigirse al punto en el que el regimiento escocés atacaría su línea. Caerían sobre el *compo* de Saleur, y de repente a Pohlmann ya le importó todo un camino. Que Saleur luchara su batalla, porque Pohlmann sabía que estaba perdida. Se quedó mirando fijamente al 78.º y le

pareció que no había fuerza en la tierra capaz de detener a aquellos soldados.

—Esos condenados son la mejor infantería del mundo —le dijo a uno de sus edecanes.

—¿*Sahib*?

—¡Mírelos! En toda su vida verá a unos soldados que luchan mejor que éstos —dijo Pohlmann con amargura, luego envainó su espada mientras observaba a los escoceses que a pesar de ser azotados una vez más por el fuego de los cañones seguían avanzando en dos líneas. Pohlmann sabía que debía dirigirse al oeste para animar a los hombres de Saleur, pero en cambio estaba pensando en el oro que había dejado en Assaye. Aquellos diez últimos años habían constituido una aventura estupenda, pero la confederación mahratta estaba muriendo ante sus ojos y Anthony Pohlmann no quería morir con ella. El resto de principados mahratta podían seguir luchando, pero Pohlmann había decidido que había llegado el momento de recoger su oro y escapar.

El *compo* de Saleur ya estaba retrocediendo poco a poco. Algunos de los soldados de las filas de retaguardia ni siquiera esperaron a que llegaran los escoceses, sino que corrieron hacia el río Juah y vadearon sus turbias aguas que les llegaban hasta el pecho. El resto de regimientos empezaron a flaquear. Pohlmann se quedó mirando. Él creía que aquellos tres *compos* eran igual de buenos que cualquier infantería del mundo, pero habían demostrado ser frágiles. Los británicos dispararon una descarga y Pohlmann oyó como las pesadas balas alcanzaban a su infantería y los gritos de entusiasmo de los casacas rojas cuando se lanzaron a la carga bayoneta en ristre. De pronto no había ejército que se les opusiera, tan sólo un tumulto de soldados que huían hacia el río.

Pohlmann se sacó el sombrero de charro penacho que lo distinguiría como una valiosa captura y lo tiró. A continuación se despojó de la casaca y el fajín y los lanzó detrás del sombrero al tiempo que espoleaba a su caballo en dirección a Assaye. Calculó que disponía de unos pocos minutos que deberían bastarle para recuperar su dinero y escapar. La batalla estaba perdida y, en opinión de Pohlmann, con ella se había perdido también la guerra. Era el momento de retirarse.

Ya solamente quedaba Assaye en manos enemigas puesto que el resto del ejército del Pohlmann sencillamente se había desintegrado. La gran mayoría de jinetes maharatta habían pasado la tarde como espectadores, pero entonces dieron la vuelta y apretaron el paso en dirección oeste, hacia Borkardan, mientras que al norte, al otro lado del Juah, los soldados que quedaban de los tres *compoos* de Pohlmann huyeron despavoridos, perseguidos por un puñado de miembros de la caballería británica y de la Compañía montados en unos caballos cansados. Unos grandes cúmulos de humo se extendían como la niebla por el prado en el que hombres de ambos ejércitos gemían y morían. *Diomedes* tembló intensamente, alzó la cabeza una última vez, puso los ojos en blanco y se quedó quieto. El soldado de caballería cipayo al que le habían ordenado que vigilara al caballo se quedó en su puesto y le espantó las moscas de la cara a *Diomedes*.

El sol teñía de rojo las capas de humo de los disparos. Aún quedaba una hora de luz, unos momentos de crepúsculo y luego se haría de noche, y Wellesley aprovechó para lanzar a su victoriosa infantería contra las murallas de adobe de Assaye. Mandó llamar a los artilleros y les hizo arrastrar los cañones enemigos capturados hacia el pueblo.

—No resistirán —les dijo a sus edecanes—. Unas cuantas balas, la visión de las bayonetas y se irán a freír espárragos.

La aldea todavía albergaba a un pequeño ejército. Los veinte mil soldados del rajá de Berar se hallaban tras sus gruesos muros y el comandante Dodd había conseguido conducir a su propio regimiento al interior del pueblo. Había visto arrugarse a lo que quedaba de la línea maharatta, había observado cómo Anthony Pohlmann desechaba su sombrero y su casaca y huía hacia el pueblo. Dodd había hecho girar hacia el este a sus propios hombres antes de dejar que el pánico les contagiara. Había ordenado abandonar los pesados y voluminosos cañones del regimiento y luego siguió a su oficial al mando hacia el laberinto de estrechos callejones de Assaye. Beny Singh, caudillo del rajá de Berar y *killadar* de la guarnición de la aldea, se alegró de ver al europeo.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a Dodd.

—¿Que qué hacemos? Salir de aquí, por supuesto. La batalla está perdida.

Beny Singh lo miró parpadeando.

—¿Nos vamos sin más?

Dodd bajó del caballo y condujo a Beny Singh lejos de sus edecanes.

—¿Cuáles son sus mejores tropas? —preguntó.

—Las árabes.

—Dícales que va a buscar refuerzos, que defiendan el pueblo, y prométales que si

pueden retener el lugar hasta la caída de la noche les llegará ayuda por la mañana.

—Pero no será así —protestó Beny Singh.

—Pero si aguantan —dijo Dodd— cubrirán su huida, *sahib*. —Esbozó una sonrisa obsequiosa, consciente de que los soldados como Beny Singh aún podían influir en su futuro—. Los británicos se abalanzarán sobre cualquier fugitivo que abandone el pueblo —explicó Dodd—, pero no se atreverán a atacar a unos soldados bien entrenados y con un buen mando. Lo demostré en Ahmednuggur. De modo que puede marchar hacia el norte con mis hombres sin ningún problema, *sahib*. Le prometo que no van a abatirlos como a los demás. —Volvió a encaramarse a la silla, galopó de vuelta con sus Cobras y les ordenó que se reunieran con el capitán Joubert en el vado—. Espérenme allí —les dijo, luego le gritó a su propia compañía de cipayos que lo siguiera hacia el interior del pueblo.

Tal vez la batalla estuviera perdida, pero los hombres de Dodd no le habían decepcionado y él estaba empeñado en que debían obtener una recompensa, así que los condujo a la casa en la que el coronel Pohlmann había guardado su tesoro. Dodd sabía que, si no les daba oro, sus soldados se esfumarían en busca de otro caudillo que los recompensara pero que, si les pagaba, permanecerían a sus órdenes mientras él buscaba a otro príncipe a quien servir.

Oyó el sonoro estallido de un cañón grande que disparó desde más allá de la aldea y creyó que los británicos habían empezado a batir los muros de adobe de Assaye. Dodd sabía que aquellas paredes no podían durar mucho tiempo ya que cada disparo desmoronaría los secos ladrillos de adobe y echaría abajo las vigas de los tejados de las casas situadas más al exterior, con lo que en pocos minutos habría una amplia brecha que conduciría al centro de Assaye. Al cabo de un momento los casacas rojas recibirían órdenes de atravesar la polvorienta brecha, los callejones de la aldea quedarían obstruidos por el pánico e inundados por los gritos y las bayonetas.

Dodd llegó a la callejuela que conducía al patio donde Pohlmann había dejado sus elefantes y vio, tal como se esperaba, que la enorme verja seguía cerrada. Sin duda Pohlmann estaba dentro del patio, preparándose para escapar, pero Dodd no podía esperar a que el hanoveriano abriera las puertas, de manera que ordenó a sus hombres que se abrieran camino a la fuerza hacia el interior de la casa. Dejó a media docena de soldados bloqueando el callejón, le dio el caballo a uno de sus hombres para que lo sujetara y luego condujo hacia la casa al resto de los cipayos. Los miembros de la escolta de Pohlmann los vieron venir y dispararon, pero lo hicieron demasiado pronto y Dodd sobrevivió a la asustada descarga. Con un rugido instó a sus hombres a avanzar.

—¡Mátenlos! —gritó mientras, espada en mano, se abalanzaba a través del humo de los mosquetes. De un puntapié abrió la puerta de la casa y se precipitó a una

cocina abarrotada de soldados de casaca púrpura. Atacó con la espada para hacer retroceder a los defensores y entonces llegaron sus cipayos, que arremetieron con sus bayonetas contra los hombres de Pohlmann—. ¡Gopal! —exclamó Dodd.

—¿*Sahib*? —respondió el *jemadar* al tiempo que le daba un tirón a su *tulwar* para sacarlo del cuerpo de un soldado muerto.

—¡Busque el oro! ¡Asegúrese de que está cargado en los elefantes y luego abra la verja del patio! —Dodd dio las órdenes con brusquedad y siguió matando. Lo consumía una enorme ira. ¿Cómo podía haber un idiota que hubiera perdido aquella batalla? ¿Cómo podía alguien con cien mil soldados ser derrotado por un puñado de casacas rojas? Era culpa de Pohlmann, todo era culpa de Pohlmann, y Dodd sabía que el hanoveriano tenía que estar en algún lugar de la casa o del patio. Salió en su busca y dio rienda suelta a su ira con la guardia del coronel, persiguiéndolos de una habitación a otra, masacrándolos sin piedad, y mientras tanto los grandes cañones martilleaban el cielo con su estrépito y las balas golpeaban contra los muros de la aldea.

La mayor parte de la infantería del rajá de Berar huyó. Los que estaban situados en las provisionales murallas vieron a la concentración de casacas rojas tras el humo de la gran pieza de artillería y no esperaron a que la otra infantería atacara, sino que en lugar de eso se fueron corriendo hacia el norte. Solamente se quedaron los mercenarios árabes y algunos de ellos decidieron que era mejor ser cauto que valiente y se unieron a la infantería que chapoteaba cruzando el vado, donde el capitán Joubert esperaba con el regimiento de Dodd.

Joubert estaba nervioso. Los defensores de la ciudad estaban poniendo pies en polvorosa, Dodd no estaba por ninguna parte y Simone se encontraba aún en algún lugar de la aldea. Todo volvía a ser como en Ahmednuggur, pensó, sólo que entonces estaba decidido a que su esposa no iba a quedarse atrás, así que clavó los talones y condujo a su caballo a toda prisa hacia la casa en la que ella se había refugiado.

La casa se encontraba muy cerca del patio donde Dodd estaba buscando a Pohlmann, pero el hanoveriano había desaparecido. Todo su oro estaba en las alforjas que la escolta de Pohlmann había conseguido atar a los dos elefantes de carga antes de que los hombres de Dodd atacaran, pero de Pohlmann no había ni rastro. Dodd decidió que dejaría con vida a ese cabrón, así pues abandonó la caza, envainó su espada y sacó la barra que cerraba los portones del patio.

—¿Dónde está mi caballo? —les gritó a los soldados que había dejado vigilando el callejón.

—Muerto, *sahib* —respondió uno de ellos.

Dodd bajó corriendo por el callejón y vio que su precioso caballo castrado nuevo había sido alcanzado por una bala de la única descarga disparada por la escolta de Pohlmann. El animal aún no estaba muerto, pero se apoyaba contra la pared de la

calleja con la cabeza baja, los ojos sin brillo y sangre en la boca. Dodd soltó una maldición. Los grandes cañones seguían disparando más allá del pueblo, lo cual indicaba que los casacas rojas aún no avanzaban. De repente dejaron de oírse y Dodd supo que sólo le quedaban unos minutos para escapar, y en aquel preciso momento vio otro caballo que entraba en el callejón. El capitán Joubert iba en la silla y Dodd corrió hacia él.

—¡Joubert!

Joubert hizo caso omiso de Dodd. Sin embargo, se llevó las manos a la boca y haciendo bocina con ellas gritó hacia la casa en la que se habían cobijado las mujeres durante el combate.

—¡Simone!

—¡Déme su caballo, capitán! —exigió Dodd.

Joubert siguió sin prestar atención al comandante.

—¡Simone! —volvió a exclamar, luego espoleó su caballo y siguió adelante por el callejón. ¿Se habría ido ya? ¿Estaría al norte del Juah?—. ¿Simone? —gritó.

—¡Capitán! —bramó Dodd a sus espaldas.

Joubert reunió coraje y se volvió para decirle al inglés que se fuera al infierno, pero al darse la vuelta vio que Dodd empuñaba una enorme pistola.

—¡No! —protestó Joubert.

—Sí, monsieur —dijo Dodd, y disparó. La bala lanzó a Joubert contra la pared del callejón y éste se deslizó dejando un reguero de sangre. Una mujer lanzó un chillido desde una ventana situada por encima de la callejuela cuando Dodd montó en la silla del francés. Gopal ya hacía salir al primer elefante por la verja—. ¡Hacia el vado, Gopal! —le gritó Dodd y a continuación se apresuró a entrar en el patio para cerciorarse de que el segundo elefante también estaba listo para salir.

Mientras tanto, fuera, en los callejones, se hizo un repentino silencio. La mayor parte de la guarnición de la ciudad había huido, el polvo se alzaba de sus abatidos muros y entonces se dio la orden a los casacas rojas para que avanzaran. Assaye estaba condenada.

El coronel McCandless había observado cómo los hombres de Dodd se retiraban hacia el pueblo y dudaba que el traidor guiara a sus soldados con la intención de servir de refuerzo a la sentenciada guarnición.

—¡Sevajee! —llamó McCandless—. ¡Lleve a sus hombres hacia el otro lado!

—¿Al otro lado del río? —preguntó Sevajee.

—Esté atento por si lo ve cruzar el vado —dijo McCandless.

—¿Dónde estará usted, coronel?

—En el pueblo. —McCandless bajó de lomos de *Eolo* y se acercó cojeando a los cañones capturados que habían empezado a disparar contra los muros de adobe. Las

sombras ya eran alargadas, había poca luz y la batalla terminaba, pero aún había tiempo de atrapar a Dodd. Que fuera un héroe, rezaba McCandless, que permaneciera en la aldea el tiempo suficiente para poderlo arrestar.

Los grandes cañones se hallaban a tan sólo unos trescientos pasos de distancia del grueso muro de la aldea y cada uno de los disparos pulverizaba los ladrillos de adobe y provocaba unas enormes nubes de polvo rojizo que se alzaban densas como el humo de las armas. Wellesley mandó llamar a los supervivientes del 74.º y a un batallón de Madras y los alineó a ambos detrás de la artillería.

—No aguantarán, Wallace —le dijo Wellesley al comandante del 74.º—. Les daremos cinco minutos de fuego de artillería y luego sus muchachos pueden tomar el lugar.

—Permítame que le dé mi felicitación, señor —dijo Wallace al tiempo que soltaba una mano de las riendas y se la tendía al general.

—¿Felicitar-me? —preguntó Wellesley con el ceño fruncido.

—Por la victoria, señor.

—Supongo que es una victoria. Por Dios, sí que lo es. Gracias, Wallace. —El general se inclinó y le estrechó la mano al escocés.

—Una gran victoria —dijo Wallace efusivamente, luego desmontó para poder conducir al 74.º al interior del pueblo.

McCandless se unió a él.

—¿Le importa si voy con usted, Wallace?

—Me alegrará contar con su compañía, McCandless. Un día estupendo, ¿no es cierto?

—El Señor ha tenido piedad de nosotros —asintió McCandless—. Alabado sea su nombre.

Los cañones cesaron el fuego, su humareda se alejó hacia el norte y el sol que se apagaba alumbraba los derruidos muros. No se veían defensores, no se veía nada aparte de polvo, ladrillos caídos y maderos rotos.

—¡Adelante, Wallace! —exclamó Wellesley, y el gaitero solitario del 74.º levantó su instrumento y con su música hizo avanzar a los casacas rojas y cipayos. Los demás batallones les observaban. Aquellos que habían combatido toda la tarde, habían destruido a un ejército y que estaban tumbados junto al Juah, bebiendo de sus turbias aguas para saciar la sed producida por la pólvora. Ninguno de ellos cruzó el río, sólo un puñado de soldados de caballería atravesaron el cauce con un chapoteo para dar caza a los fugitivos rezagados de la otra orilla.

El comandante Blackiston le llevó a Wellesley un estandarte capturado, uno de entre una veintena que habían abandonado los maharatta al huir.

—¡También dejaron todos los cañones, señor, hasta el último de ellos!

Wellesley recibió el estandarte con una sonrisa.

—Preferiría que me trajera un poco de agua, Blackiston. ¿Dónde están mis cantimploras?

—Todavía las tiene el sargento Sharpe, señor —respondió Campbell al tiempo que le ofrecía su propia cantimplora al general.

—Ah, sí, Sharpe. —El general frunció el ceño, consciente de que allí había un asunto pendiente—. Si lo ve, tráigamelo.

—Lo haré, señor.

Sharpe no estaba muy lejos. Había caminado hacia el norte en medio de los restos de la línea de batalla mahratta y se dirigía hacia el lugar desde el cual los cañones disparaban hacia el pueblo. En el preciso momento en que dejaron de hacerlo vio a McCandless que iba andando detrás del 74.º mientras éste avanzaba sobre la ciudad. Corrió para alcanzar al coronel y se vio recompensado con una cálida sonrisa por parte de McCandless.

—Pensé que le había perdido, Sharpe.

—Estuvo a punto, señor.

—El general lo ha dispensado de su tarea, ¿no?

—Lo hizo, señor, por decirlo de alguna manera. Se nos terminaron los caballos, señor. Le mataron a dos.

—¡Dos! ¡Le ha salido caro el día! ¡Parece que le han ocurrido muchas cosas en este rato!

—En realidad no, señor —dijo Sharpe—. Fue todo un poco confuso, la verdad.

El coronel frunció el entrecejo al ver la sangre que manchaba la insignia de la infantería en el hombro izquierdo de Sharpe.

—Está usted herido, Sharpe.

—Un rasguño, señor. Un hijo de puta con... perdón, señor... un soldado con un *tulwar* intentó hacerme cosquillas.

—Pero entonces ¿está usted bien? —preguntó McCandless con preocupación.

—Muy bien, señor. —Levantó el brazo izquierdo para demostrar que la herida no era grave.

—Aún no ha terminado el día —dijo McCandless, y señaló hacia la aldea—. Dodd está ahí, Sharpe, o lo estaba. Me alegro de que esté usted aquí. No cabe duda de que intentará escapar, pero Sevajee se encuentra al otro lado del río y entre todos aún podríamos atrapar a ese villano.

El sargento Obadiah Hakeswill se hallaba a unos cien pasos por detrás de McCandless. Él también había visto al coronel seguir al 74.º y ahora seguía a McCandless, porque si el escocés escribía su carta, Hakeswill sabía que su sargentía estaría en peligro.

—No es que me guste hacerlo —les dijo a sus soldados mientras acechaba al coronel—, pero no me está dejando otra alternativa. No hay más remedio. Es culpa

suya. Culpa suya. —Tres de sus hombres lo seguían, los demás no habían querido ir con él.

Un mosquete disparó desde los tejados de Assaye, demostrando con ello que no todos los defensores habían huido. La bala sacudió el aire por encima de la cabeza de Wallace y el coronel, que no quería exponer a sus hombres a otro fuego que pudiera provenir del pueblo, les gritó que fueran a paso ligero.

—Métanse entre las casas, muchachos —les gritó—. ¡Entren ahí y denles caza! ¡Rápido!

Más mosquetes dispararon desde las viviendas, pero los soldados del 74.º ya corrían al tiempo que lanzaban gritos de entusiasmo. Los primeros hombres treparon como pudieron por la improvisada brecha abierta por los grandes cañones en tanto que otros apartaron un carro que bloqueaba un callejón. Una vez abierta dicha entrada, un doble torrente de escoceses y cipayos se precipitó hacia el interior del pueblo. Los defensores árabes lanzaron sus últimos disparos y luego se retiraron por delante del tumulto de casacas rojas. Unos cuantos quedaron atrapados en las casas y perdieron la vida bajo las bayonetas escocesas o indias.

—Vaya usted delante, Sharpe —dijo McCandless, pues su pierna herida lo hacía cojear y en aquellos momentos ya se encontraba muy por detrás de los Highlanders—. Mire a ver si puede encontrar a ese tipo —sugirió McCandless, aunque dudaba que Sharpe lo consiguiera. Dodd ya se habría ido hacía rato, pero siempre quedaba la posibilidad de que hubiese esperado hasta el último momento y, si los hombres del 74.º habían atrapado a Dodd, al menos Sharpe podría intentar asegurarse de que se llevaban con vida a ese desgraciado—. Váyase, Sharpe —le ordenó el coronel—. ¡Dése prisa!

Sharpe salió corriendo diligentemente. Trepó por el polvo de la brecha y saltó hacia las lamentables ruinas del interior de una habitación. Se abrió camino por la casa, pasó por encima de un árabe muerto que estaba tendido en la puerta de entrada, rodeó un montón de estiércol que había en el patio y luego bajó por un callejón. Se oían disparos provenientes del río, de modo que puso rumbo en esa dirección pasando junto a edificios que estaban siendo despojados de lo poco que quedaba tras la ocupación maharatta. Un cipayo salió de una de las casas con una olla rota mientras que un Highlander había encontrado una balanza metálica hecha pedazos, pero el botín no se parecía en nada a las riquezas que se habían capturado en Ahmednuggur. Sonó otra descarga en lo alto y Sharpe rompió a correr, dobló una esquina y entonces se detuvo por encima del vado de la aldea.

El regimiento de Dodd se encontraba al otro lado del río y dos compañías de casacas blancas habían formado allí la retaguardia. Era igual que en Ahmednuggur, donde Dodd había cubierto su ruta de escape con descargas cerradas. Cruzó el río sin problemas con los dos elefantes de Pohlmann y sus hombres, que habían disparado

contra cualquier casaca roja que se atreviera a aparecer en la orilla sur del vado, se dieron la vuelta y marcharon hacia el norte, justo cuando llegó Sharpe.

—Se escapó —dijo un soldado—, ese cabrón se escapó sin dejar rastro —y Sharpe miró al que hablaba y vio a un sargento de la Compañía de las Indias Orientales en una entrada a unos pocos metros de distancia. El hombre fumaba un puro y parecía estar vigilando a un grupo de prisioneros que había en la casa que se alzaba a sus espaldas.

Sharpe se volvió para observar cómo el regimiento de Dodd se adentraba en las sombras de algunos árboles.

—El hijo de puta —soltó Sharpe. Vio a Dodd a lomos de su caballo justo delante de las dos compañías de retaguardia y estuvo tentado de levantar el mosquete y probar suerte con un último disparo, pero la distancia era demasiado grande y Dodd desapareció entre las sombras. La retaguardia lo siguió. Sharpe vio a Sevajee a lo lejos, hacia el oeste, pero el indio no podía hacer nada. Dodd contaba con una tropa de quinientos hombres y Sevajee tan sólo tenía a diez jinetes—. ¡Se ha vuelto a escapar, maldita sea! —exclamó Sharpe, y escupió hacia el río.

—Con mi oro —dijo con abatimiento el sargento de la Compañía de las Indias Orientales, y Sharpe volvió a mirar a ese hombre.

—¡Demonios! —terció Sharpe, asombrado, porque estaba mirando a Anthony Pohlmann que se había puesto su viejo uniforme de sargento. Los «prisioneros» de Pohlmann eran un pequeño grupo de miembros de su escolta.

—Una lástima —añadió Pohlmann, y escupió una hebra de tabaco que se le había metido entre los dientes—. Hace diez minutos yo era uno de los hombres más ricos de la India. ¿Debo suponer que ahora soy su prisionero?

—Usted me importa un comino, señor —dijo Sharpe al tiempo que se colgaba el mosquete en bandolera.

—¿No quiere llevarme ante Wellesley? —preguntó el hanoveriano—. Eso supondría una gran pluma en su sombrero.

—Ese cabrón no regala plumas —repuso Sharpe—. Es un bastardo estirado e insensible, eso es lo que es, y preferiría rajarlo a él antes que a usted.

Pohlmann esbozó una sonrisa.

—Entonces, ¿me puedo ir, sargento?

—Haga lo que le dé la gana —respondió Sharpe—. ¿Cuántos hombres tiene ahí?

—Cinco. Los únicos que me dejó. Masacró al resto.

—¿Eso hizo Dodd?

—Intentó matarme, pero me escondí debajo de un montón de paja. Un vergonzoso final para mi carrera de caudillo, ¿no le parece? —Pohlmann sonrió—. Creo que hizo usted bien, sargento Sharpe, en rechazar el ascenso a oficial que le ofrecí.

Sharpe se rió con amargura.

—Sé cual es mi lugar, señor. En la cloaca. Los oficiales no quieren que la gente como yo se sume a ellos. Podría rascarme el culo durante un desfile o mearme en su sopa. —Fue andando hacia la pequeña casa y miró a través de la puerta abierta—. Será mejor que le diga a sus amigos que se quiten las casacas, señor. De lo contrario les dispararán. —Entonces se quedó muy quieto porque, agachada en la parte de atrás de la pequeña habitación había una mujer con un gastado vestido de lino y un sombrero de paja. Era Simone. Sharpe se quitó el chacó—. *¿Madame?*

Ella se lo quedó mirando, sin ver nada más que su silueta contra el resplandor de los últimos rayos de sol del día.

—¿Simone? —dijo Sharpe.

—¿Richard?

—Soy yo, querida. —Sonrió—. ¡No me diga que la han vuelto a dejar atrás!

—¡Mató a Pierre! —Simone se puso a llorar—. Lo vi. ¡Le disparó!

—¿Dodd?

—¿Quién si no? —terció Pohlmann detrás de Sharpe.

Sharpe penetró en la habitación y le tendió la mano a Simone.

—¿Quiere quedarse aquí —le preguntó— o venir conmigo?

Ella vaciló unos segundos, luego se puso de pie y le cogió la mano. Pohlmann suspiró.

—Yo esperaba consolar a la viuda, Sharpe.

—Ha perdido, señor —dijo Sharpe—, ha perdido. —Y se fue andando con Simone para ir a buscar a McCandless y darle la mala noticia. Dodd había escapado.

El coronel McCandless subió renqueando por la brecha y entró en Assaye. Intuía que Dodd se había marchado, pues ya no se combatía en el pueblo. Aún sonaban algunos disparos en la orilla del río, pero incluso éstos cesaron cuando el escocés pasó junto al cuerpo del hombre muerto en la puerta de la casa y cruzó el patio para salir a la calle.

Y acaso, pensó él, ya no tuviera importancia, porque la victoria de aquel día se repetiría por toda la India. Los casacas rojas habían desbaratado dos ejércitos, habían arruinado el poder de dos poderosos príncipes y, a partir de entonces, Dodd se vería perseguido de refugio en refugio mientras que el poder británico se extendía hacia el norte. Y se extendería, McCandless lo sabía. De cada nuevo avance se afirmaba que era el último, pero cada uno comportaba nuevas fronteras y nuevos enemigos. Los casacas rojas volvían a marchar, y tal vez nunca dejaran de hacerlo hasta que llegaran a las grandes montañas del mismísimo norte. Quizá fuera allí, pensó McCandless, donde Dodd sería finalmente atrapado y muerto a tiros como un perro.

De repente a McCandless ya no le importó demasiado. Se sentía viejo. La pierna

le dolía terriblemente. Aún estaba débil debido a la fiebre. Había llegado el momento, pensó, de irse a casa. Volver a Escocia. Vendería a *Eolo*, saldaría su deuda con Sharpe, aceptaría su pensión y subiría a bordo de un barco. Volvería a casa, pensó, a Lochaber y a las verdes laderas de Glen Scaddle. Tenía trabajo que hacer en Gran Bretaña, trabajo útil, pues mantenía correspondencia con personas de Londres y Edimburgo que deseaban crear una sociedad para difundir la Biblia por todo el mundo pagano y McCandless decidió que podía buscar una casa pequeña en Lochaber, contratar un criado y pasar los días traduciendo la palabra de Dios a las lenguas indias. Eso, pensó, sería un trabajo que valía la pena hacer, y se preguntó por qué había esperado tanto. Una casa pequeña, una cálida lumbre, una biblioteca, una mesa, una buena provisión de tinta y papel y, con la ayuda de Dios, podría hacer más por la India desde su modesto hogar que lo que nunca podría conseguir dando caza a un traidor.

La idea de aquella gran misión lo animó. Entonces dobló una esquina y vio el enorme elefante de Pohlmann deambulando libremente por un callejón.

—Te has perdido, chico —le dijo al elefante, y lo agarró de una de las orejas—. Alguien se dejó la puerta abierta, ¿no es verdad?

Hizo girar al elefante que lo siguió encantado. Pasaron junto a un caballo muerto y McCandless vio el cadáver de un europeo con casaca blanca y por un instante creyó que debía tratarse de Dodd. Luego reconoció al capitán Joubert, tendido de espaldas con un agujero de bala en el pecho.

—Pobre hombre —dijo, y guió al elefante a través de la verja hacia el interior del patio—. Me aseguraré de que te traigan comida —le dijo a la bestia, luego se dio la vuelta y atrancó la puerta.

Salió del patio por la casa, andando con mucho cuidado entre el mar de cadáveres que había en la cocina. Abrió la puerta de la calle de un empujón y se encontró mirando a los ojos azules del sargento Hakeswill.

—Le he estado buscando, señor —dijo Hakeswill.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar, sargento —replicó McCandless.

—Oh, ya lo creo que sí, señor —dijo Hakeswill, y sus tres hombres bloquearon el callejón detrás de él—. Yo quería hablar con usted, señor —continuó diciendo Hakeswill—, sobre la carta que no va a escribirle a mi coronel Gore.

McCandless sacudió la cabeza.

—No tengo nada que decirle, sargento.

—Detesto a los malditos escoceses —dijo Hakeswill con el rostro que le temblaba—. Son todo rezos y moralidad, ¿usted no es así, coronel? Pero a mí la moralidad no me supone ningún problema. Es una ventaja que tengo. —Sonrió, desenvainó la bayoneta y la encajó en la boca de su mosquete—. Me colgaron una vez, coronel, pero sobreviví porque Dios me ama, sí que lo hace, y no me van a

castigar de nuevo, nunca. Ni usted, coronel, ni nadie. Así consta en las Escrituras. — Avanzó hacia McCandless con la bayoneta. Sus tres soldados se quedaron atrás y a McCandless le pareció que estaban nerviosos, pero Hakeswill no demostraba ningún miedo al enfrentamiento.

—Levante su arma, sargento —ordenó McCandless en tono brusco.

—Oh, sí, lo haré, señor. La levantaré al clavársela a menos que me prometa por la sagrada palabra de Dios que no va a escribir ninguna carta.

—Escribiré la carta esta noche —replicó McCandless y a continuación desenvainó su claymore—. Y ahora levante su arma, sargento.

El rostro de Hakeswill tembló. Se detuvo a tres pasos de McCandless.

—Le gustaría matarme, ¿no es cierto, señor? Porque no le caigo bien, señor, ¿no? Pero Dios me ama, señor, ya lo creo que sí. Cuida de mí.

—Está usted bajo arresto, sargento —dijo McCandless—, por amenazar a un oficial.

—Veamos a quién ama más Dios, señor. Si a usted o a mí.

—¡Alce el arma! —rugió McCandless.

—Maldito bastardo escocés —dijo Hakeswill, y apretó el gatillo. La bala alcanzó a McCandless en la garganta, le atravesó la columna y el coronel murió antes de que su cuerpo tocara el suelo. El elefante que había en el patio cercano, sobresaltado por el disparo, barritó, pero Hakeswill no hizo caso del animal—. Hijo de puta escocés —dijo, luego atravesó la puerta y se arrodilló junto al cadáver para registrarlo en busca de oro—. Si alguno de ustedes tres dice una maldita palabra —amenazó a sus hombres—, irán a reunirse con él en el cielo. Si es que va allí, cosa que dudo, porque Dios no quiere abarrotar el paraíso de escoceses. Así consta en las Escrituras. — Encontró oro en la escarcela de McCandless y se volvió para enseñarles las monedas a sus soldados—. ¿Las quieren? —preguntó—. Pues ni una palabra de esto.

Ellos asintieron con un movimiento de la cabeza. Querían dinero. Hakeswill les lanzó las monedas y luego los condujo hacia el interior de la casa para ver si en sus habitaciones había algo que valiera la pena robar.

—Y en cuanto terminemos —dijo—, iremos a buscar al general, eso es, y haremos que nos entregue a Sharpy. Ya casi hemos llegado, muchachos. Ha sido un largo camino, sí, y duro en algunos momentos, pero ya casi hemos llegado.

Sharpe recorrió la aldea buscando al coronel McCandless, pero no pudo encontrarlo en ninguno de los callejones. Se llevó a Simone con él mientras registraba algunas de las casas más grandes y, desde una alta ventana, se encontró mirando fijamente al patio donde el enorme elefante de Pohlmann estaba encerrado, pero no vio ninguna señal de McCandless y Sharpe decidió que estaba perdiendo el tiempo.

—Me parece que vamos a dejarlo, querida —le dijo a Simone—. Ya me buscará él, lo más seguro, probablemente allí abajo junto al río. —Fueron andando hasta el vado. Pohlmann se había esfumado y los hombres de Dodd hacía rato que habían desaparecido. El sol estaba entonces en el horizonte y las largas sombras manchaban de negro las tierras de cultivo al norte del Juah. Los soldados que habían capturado el pueblo llenaban sus cantimploras en el río y las primeras hogueras empezaban a brillar en la penumbra mientras los hombres hervían el agua para prepararse un té. Simone se agarró a él y no dejaba de hablar de su marido. Se sentía culpable porque no lo había amado y sin embargo él había muerto por haber regresado a la aldea a buscarla, y Sharpe no sabía cómo consolarla—. Era un soldado, querida —le dijo—, y murió en combate.

—¡Pero yo lo maté!

—No, no lo hizo —replicó Sharpe, entonces oyó ruido de cascos a sus espaldas y se giró esperando ver al coronel McCandless, pero se trataba del general Wellesley, el coronel Wallace y una veintena de edecanes que se dirigían galopando hacia el vado. Se cuadró.

—Sargento Sharpe —dijo Wellesley denotando cierta vergüenza.

—Señor —repuso Sharpe en tono inexpresivo.

El general se deslizó de la silla. Tenía el rostro colorado y Sharpe supuso que era debido a los efectos del sol.

—He faltado a mi obligación, sargento —confesó el general, incómodo—, pues creo que le debo la vida.

Sharpe sintió que se sonrojaba y se alegró de que el sol estuviera bastante bajo y el camino donde él se hallaba envuelto en sombras.

—Hice todo lo que pude, señor —contestó entre dientes—. Esta es *madame* Joubert, señor. A su marido lo mataron, señor, combatiendo para el coronel Pohlmann.

El general se quitó el sombrero y le hizo una reverencia a Simone.

—Lo siento mucho, *madame* —dijo, y a continuación volvió a mirar a Sharpe, cuyo largo pelo negro aún caía sobre el cuello de su casaca—. ¿Sabe dónde está el coronel McCandless? —preguntó.

—No, señor. Le he estado buscando, señor.

Wellesley jugueteó con su sombrero, hizo una pausa para respirar profundamente y luego asintió con la cabeza.

—El coronel McCandless logró tener una larga conversación con el coronel Wallace esta tarde —dijo el general—. ¡No me explico cómo tuvieron tiempo para charlar en medio de una batalla! —Al parecer aquello era una broma puesto que el general sonrió, aunque Sharpe permaneció serio y su falta de reacción desconcertó a Wellesley—. Tengo que recompensarle, Sharpe —añadió Wellesley de manera

cortante.

—¿Por qué, señor?

—Por mi vida —contestó el general en tono irritado.

—Yo sólo me alegro de haber estado allí, señor —dijo Sharpe, sintiéndose igual de violento de lo que era evidente que se sentía el mismo Wellesley.

—Yo también me alegro de que estuviera ahí —replicó el general, entonces dio un paso hacia delante y le tendió la mano—. Gracias, señor Sharpe.

Sharpe vaciló, asombrado ante aquel gesto, y se obligó a estrecharle la mano al general. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de las palabras de Wellesley.

—¿Me ha llamado señor, mi general? —preguntó.

—En este ejército, señor Sharpe, se acostumbra a recompensar la valentía singular con un ascenso poco frecuente. Wallace me ha dicho que usted desea ser oficial y él cuenta con vacantes en el 74.º. Dios sabe que tiene demasiadas, de modo que si le parece bien, Sharpe, puede unirse al regimiento del coronel como abanderado.

Por un segundo Sharpe no acabó de comprender lo que se estaba diciendo, luego lo entendió de repente y sonrió. Había lágrimas en sus ojos, pero pensó que debía de ser por el humo de pólvora que aún flotaba persistentemente en la aldea.

—Gracias, mi general —dijo calurosamente—, gracias.

—Bueno, ya está —repuso Wellesley con alivio—. Mi enhorabuena, Sharpe, y mi más sincero agradecimiento. —Todos sus edecanes sonreían a Sharpe, que ya no era sargento sino abanderado del 74.º del Rey. Incluso el capitán Campbell bajó de su silla y le tendió la mano a Sharpe, que aún sonreía cuando se la estrechó.

—Acabará mal, por supuesto —le dijo Wellesley a Campbell cuando éste se apartó de Sharpe—. Siempre ocurre igual. Los ascendemos por encima de su condición e indefectiblemente se dan a la bebida.

—Es un buen hombre, señor —dijo Campbell lealmente.

—Eso también lo dudo. Pero es un buen soldado, eso sí. ¡Y ahora es todo suyo, Wallace, todo suyo! —El general trepó a la silla y luego se dirigió a Simone—. ¿*Madame*? Puedo ofrecerle muy poca cosa, pero si quiere cenar conmigo me sentiré honrado. El capitán Campbell la acompañará.

Campbell le tendió la mano a Simone. Ella miró a Sharpe, quien movió la cabeza en señal de asentimiento, y Simone aceptó tímidamente el brazo de Campbell y siguió al general calle arriba. El coronel Wallace se detuvo para inclinarse desde su montura y estrecharle la mano a Sharpe.

—Le daré unos minutos para que se limpie, Sharpe, y para que se quite esos galones de la manga. Tal vez quiera cortarse un poco ese pelo que lleva, ya puestos. Y odio sugerirlo, pero si camina unos pasos hacia el este de la ciudad encontrará un montón de fajines rojos en los cadáveres. Coja uno, procúrese una espada y luego

venga a conocer a sus compañeros oficiales. Quedan pocos, me temo, así que sin duda será bien recibido. Hasta los soldados puede que se alegren de tenerle, a pesar de que sea inglés —Wallace sonrió.

—Le estoy muy agradecido, señor —dijo Sharpe. Apenas podía creer todavía lo que había ocurrido. ¡Era el señor Sharpe! ¡Señor!

—¿Y qué es lo que quiere? —preguntó de pronto Wallace en tono gélido, y Sharpe vio que su nuevo coronel miraba fijamente a Obadiah Hakeswill.

—A él, señor —respondió Hakeswill al tiempo que señalaba a Sharpe—. Al sargento Sharpe, señor, que está bajo arresto.

Wallace esbozó una sonrisa.

—Puede arrestar al sargento Sharpe, sargento, pero desde luego no va a arrestar usted al abanderado Sharpe.

—¿Abanderado? —dijo Hakeswill empalideciendo.

—El señor Sharpe es un oficial, sargento —explicó Wallace resueltamente—, y lo tratará usted como a tal. Que tenga un buen día. —Wallace se llevó la mano al sombrero para saludar a Sharpe, dio la vuelta a su caballo y se alejó.

Hakeswill se quedó mirando boquiabierto a Sharpe.

—¿Usted, Sharpy —dijo—, oficial?

Sharpe se acercó al sargento.

—No es así como debe dirigirse a un oficial del rey, Obadiah, ya lo sabe.

—¿Usted? —El rostro de Hakeswill se contrajo—. ¿Usted? —preguntó de nuevo con horror y asombro.

Sharpe le pegó un puñetazo en el vientre que le hizo doblarse en dos.

—Llámeme «señor», Obadiah —le dijo.

—No voy a llamarle «señor» —contestó Hakeswill entre jadeos—. No lo haré hasta que el infierno se congele, Sharpy, y ni siquiera entonces.

Sharpe volvió a golpearle. Los tres soldados de Hakeswill miraban, pero no hicieron nada.

—Me llamará «señor» —dijo Sharpe.

—Usted no es un oficial, Sharpy —replicó Hakeswill, entonces dio un grito porque Sharpe lo había agarrado del pelo y lo arrastraba calle arriba. Los tres soldados empezaron a ir detrás, pero con un gruñido Sharpe les ordenó que no se movieran del sitio y los tres obedecieron.

—Me llamará «señor», sargento —dijo Sharpe—, espere y verá. —Y tiró de Hakeswill calle arriba, de vuelta a la casa en la que había visto el elefante. Arrastró a Hakeswill por la puerta y lo hizo subir las escaleras. El sargento le chilló y le golpeó. Pero Hakeswill nunca había estado a la altura de Sharpe, quien arrebató entonces el mosquete de manos de Hakeswill, lo arrojó lejos y a continuación lo llevó hacia la ventana que se abría a un piso de altura por encima del patio—. ¿Ve a ese elefante,

Obadiah? —preguntó mientras sujetaba el rostro del sargento ante la ventana abierta—. Hace poco lo vi matar a un hombre de un pisotón.

—No se atreverá, Sharpe —chilló Hakeswill, luego soltó un grito cuando Sharpe lo agarró de los fondillos del pantalón.

—Llámeme «señor» —dijo Sharpe.

—¡Nunca! ¡Usted no es un oficial!

—Lo soy, Obadiah, lo soy. Soy el señor Sharpe. Llevo espada y fajín y usted tiene que saludarme.

—¡Nunca!

Sharpe puso a Hakeswill en el antepecho de la ventana.

—Si me pide que lo baje —dijo— y me llama «señor», lo soltaré.

—No es un oficial —protestó Hakeswill—. ¡No puede serlo!

—Pero lo soy, Obadiah —replicó Sharpe, y arrojó al sargento por encima del alféizar. Hakeswill soltó un alarido al caer sobre la paja de abajo y el elefante, curioso ante aquella extraña irrupción en su ya extraño día, se acercó lenta y pesadamente para inspeccionar. Hakeswill golpeó débilmente al animal que lo había acorralado—. Adiós, Obadiah —le gritó Sharpe, y utilizó las palabras que recordó haber oído gritar a Pohlmann cuando el cipayo de Dodd había sido aplastado hasta morir—. ¡Haddah! —exclamó Sharpe—. ¡Haddah!

—¡Sáqueme a este cabrón de encima! —chilló Hakeswill cuando el elefante se acercó aún más a él y levantó una de las patas delanteras.

—Eso no servirá, Obadiah —dijo Sharpe.

—¡Señor! —gritó Hakeswill—. ¡Por favor, señor! ¡Sáquemelo de encima!

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sharpe, llevándose la mano a la oreja como para oír mejor.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Por favor, señor! ¡Señor Sharpe, señor!

—Así se pudra en el infierno, Obadiah —le dijo Sharpe desde arriba, y se alejó. El sol se había puesto, la aldea apestaba a humo de pólvora y dos ejércitos yacían destrozados en los ensangrentados campos de las afueras de Assaye, pero aquella gran victoria no era de Sharpe. La suya era la voz que lo llamaba desde el patio, que lo llamaba desesperadamente mientras él descendía a toda prisa por las escaleras de madera y bajaba andando por el callejón. «¡Señor! ¡Señor!», gritaba Hakeswill, y Sharpe escuchó y sonrió porque aquello, pensaba él, era su verdadera victoria. Era el triunfo del señor Sharpe.

Nota histórica

Los acontecimientos que sirven de contexto para *El triunfo de Sharpe*, el asedio de Ahmednuggur y la batalla de Assaye, ocurrieron ambos de forma muy parecida a como se describe en la novela, al igual que existieron muchos de los personajes de la historia. No tan sólo los más obvios como Wellesley, sino hombres como Colin Campbell, que fue el primero en subir por la muralla en Ahmednuggur, y Anthony Pohlmann, que verdaderamente fue sargento en la Compañía de las Indias Orientales pero que estaba al mando de las fuerzas mahratta en Assaye. Lo que le ocurrió a Pohlmann tras la batalla tiene algo de misterio, pero hay indicios de que volvió a unirse al ejército de la Compañía de las Indias Orientales, sólo que en aquella ocasión fue como oficial. Los coroneles Gore, Wallace y Harness existieron todos, y el pobre Harness estaba perdiendo el juicio, por lo que tendría que retirarse poco después de la batalla. La masacre de Chasalgaon es una completa invención, aunque sí que hubo un teniente William Dodd que desertó para irse con los mahratta justo antes de la campaña, prefiriendo esa opción a enfrentarse a un juicio civil por la muerte del orfebre al que había ordenado apalear. Dodd había sido condenado a seis meses sin paga y Wellesley, enfurecido por la lenidad del consejo de guerra, convenció a la Compañía de las Indias Orientales para que impusiera una nueva sentencia, la de expulsarlo de su ejército, y tenía intención de juzgar a Dodd por asesinato ante un tribunal civil. El teniente, al enterarse de aquella decisión, huyó, aunque dudo que se llevara con él a ningún cipayo. No obstante aquella deserción fue un problema para la Compañía en esa época puesto que muchos cipayos sabían que los estados indios pagarían bien por unas tropas entrenadas al estilo británico. Pagarían aún más por unos oficiales europeos (o americanos) competentes, y muchos de ellos hicieron una fortuna en aquellos tiempos.

La ciudad de Ahmednuggur ha crecido tanto que la mayor parte de los vestigios de sus murallas han quedado engullidos por nuevas construcciones, pero queda la fortaleza adyacente y sigue siendo un bastión formidable. Actualmente el fuerte es un depósito del ejército indio y una especie de santuario para los nativos, puesto que los líderes de la independencia india fueron encarcelados por los británicos en el interior del extenso circuito de sus rojas murallas de piedra durante la segunda guerra mundial. Los visitantes pueden explorar las murallas con sus impresionantes bastiones y galerías ocultas. La altura de los muros del fuerte era ligeramente mayor que la de las defensas de la ciudad y la fortaleza, a diferencia de la ciudad, contaba con una zanja de protección. Sin embargo, las murallas aún dan una idea del obstáculo al que tuvieron que enfrentarse los hombres de Wellesley cuando lanzaron su escalada sorpresa la mañana del 8 de agosto de 1803. Fue una decisión valiente y calculada, pues Wellesley sabía que se vería ampliamente superado en número en la

Guerra Mahratta y debió decidir que un despliegue de arrogante seguridad minaría la moral de su enemigo. Ciertamente el éxito del ataque impresionó a algunos indios. Goklah, un jefe mahratta que se alió con los británicos, dijo de la toma de Ahmednuggur: «Estos ingleses son gente extraña, y su general un hombre maravilloso. ¡Llegaron aquí por la mañana, miraron la muralla del *pettah*, treparon por ella hacia el otro lado, mataron a toda la guarnición y volvieron para desayunar! ¿Qué puede oponerse a ellos?». El tributo de Goklah era apropiado, sólo que fueron escoceses y no ingleses los que «treparon por la muralla», y la celeridad de su victoria contribuyó a establecer la reputación de invencibilidad de Wellesley. Como recompensa por su valentía el teniente Colin Campbell, del 78.º, obtuvo un ascenso y un puesto en el estado mayor de Wellesley. Con el tiempo se convirtió en sir Colin Campbell, gobernador de Ceilán.

Hay testimonios que confirman la historia de Wellesley en la que deduce la presencia del vado en Peepulgaon mediante la observación y el sentido común. Utilizar aquel paso supuso una decisión valerosísima porque nadie sabía si realmente existía hasta que el mismo Wellesley se metió en el río. Su ordenanza, del 19.º de Dragones, resultó muerto cuando se acercaba al río Kaitna. No hay constancia de quién ocupó su lugar, pero algún soldado debió asumir sus funciones, puesto que aquel día a Wellesley sí que le mataron a dos caballos mientras él estaba encima, y en ambas ocasiones había alguien cerca con una montura de repuesto. Los dos équidos murieron tal como se describe en la novela, el primero durante el magnífico ataque del 78.º sobre el flanco derecho de Pohlmann y *Diomedes*, el caballo de batalla favorito de Wellesley, durante el irregular combate para volver a capturar la línea de artillería mahratta. Fue durante aquella refriega cuando Wellesley se quedó sin montura y fue rodeado momentáneamente por los enemigos. El nunca explicó la historia con detalles, si bien se cree que se vio obligado a utilizar su espada para defenderse y probablemente fue el momento en que más cerca estuvo de la muerte durante toda su larga carrera militar. ¿Le salvó la vida algún soldado no identificado? No es probable, pues sin duda Wellesley hubiera reconocido los méritos de semejante acto que podrían haberse traducido en un ascenso en el campo de batalla. Era bien conocido que a Wellesley no le gustaban esos ascensos desde la tropa («siempre se dan a la bebida»), aunque sí que ascendió a dos soldados que destacaron por su valentía la tarde de Assaye.

Assaye no es la más famosa de las batallas de Arthur Wellesley, pero era de la que más orgulloso estaba. Años después, mucho después de que hubiera expulsado a los franceses de Portugal y España, y después de haber derrotado a Napoleón en Waterloo, al duque de Wellington (en el cual se convirtió Arthur Wellesley) le preguntaron cuál había sido su mejor batalla. Él no lo dudó. «Assaye», respondió, y no hay duda de que lo fue, porque se mostró más hábil y derrotó a un enemigo mucho

más numeroso, y lo hizo rápida, brutal y magníficamente. Lo consiguió, además, sin la ayuda del coronel Stevenson. Éste trató de reforzar a Wellesley, pero su guía local se equivocó al apresurarse hacia el sonido de los cañones y Stevenson se enfadó tanto por el error del guía que lo mandó ahorcar.

Assaye fue una de las batallas más costosas de Wellesley: «la más sangrienta que he visto nunca en cuanto a número de bajas», recordó el duque posteriormente. Las fuerzas de Pohlmann tuvieron 1.200 muertos y alrededor de 5.000 heridos, mientras que Wellesley sufrió 456 muertes (200 de ellas de escoceses) y cerca de 1.200 heridos. Todos los cañones enemigos, 102 en total, fueron capturados y muchos de ellos resultaron ser de tal excelente calidad que fueron incorporados al servicio británico. Hubo otros, principalmente porque sus calibres no coincidían con los pesos estándar de la artillería británica, a los que les dispararon una doble carga y los hicieron estallar en el campo de batalla, donde algunos de sus restos yacen aún.

El escenario de combate permanece prácticamente tal y como era. No se han engravado los caminos, los vados tienen el mismo aspecto de siempre y la misma Assaye es apenas mayor de lo que era en 1803. Los muros exteriores de las viviendas siguen siendo murallas de adobe, mientras que se sacan constantemente huesos y balas del suelo al ararlo («eran hombres muy grandes», me dijo un granjero señalando el terreno donde el 74.º sufrió tanto). En Assaye no hay ningún motivo conmemorativo, aparte de un mapa pintado en una de las paredes del pueblo en el que se muestra la disposición de los ejércitos y la tumba de un oficial británico de la que robaron la placa de bronce, pero los habitantes saben que la historia se hizo en sus campos, están orgullosos de ello y se mostraron realmente cordiales cuando los visitamos. Debería haber algún indicador en el campo, puesto que las tropas escocesas e indias que combatieron en Assaye obtuvieron una victoria asombrosa. Eran todos unos soldados extraordinariamente valientes y su campaña aún no había terminado, pues algunos de los enemigos habían escapado y la guerra continuaría mientras Wellesley y su pequeño ejército perseguían a los maharatta restantes hacia su refugio, situado en una gran colina en Gawilghur.

Lo cual significa que el señor Sharpe debe marchar de nuevo.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. En lenguaje vulgar, el nombre propio Peter es un apelativo de «pene». (*N de la T.*) <<